

BUSCADORES DE CONOCIMIENTO



Elena Sant Iago



PRIMERA PARTE:

RECUERDOS DEL PASADO...

Capítulo 1

—Bien, tal y como sospechaba, se trata de leucemia. — dijo el doctor.

Carolina sintió un vuelco en el corazón, y empezó a temblar. Miró a su padre y a su hermano en busca de una palabra de alivio, pero lo único que encontró fue una mirada de preocupación entre ellos.

—¿Es seguro?— preguntó el padre.

—Sí. Todas las pruebas y análisis son concluyentes. —continuó diciendo el médico.

—¿Y qué va a pasar ahora?— preguntó la joven asustada.

—Bueno, —respondió el doctor— ya sabes que esta enfermedad es muy grave, pero intentaremos luchar contra ella. Debo ser sincero: no va a ser fácil, pero haremos lo posible y puede ser que te cures.

A Carolina, las últimas palabras no le parecieron nada esperanzadoras, pues más bien le pusieron la losa encima. Ella en realidad escuchó: “la muerte está sobre ti, como lo estuvo sobre tu madre. A ver si con suerte, a ti no te cae”.

—Vamos a empezar dándote varias sesiones de quimioterapia.— dijo el médico — Luego iremos haciendo más pruebas. Vamos a pedir también una punción lumbar para ver si existen células leucémicas en el líquido cefalorraquídeo. Pero tú no te preocupes, porque si con la quimioterapia no es suficiente, podemos recurrir a la radioterapia, y por supuesto si hace falta se te hace un trasplante de médula, aunque esperemos que eso no sea necesario.

—Está bien.— contestó el padre —¿Cuándo empezamos?

—Hay que consultar las listas, pero posiblemente la semana que viene pueda recibir la primera sesión.

—Sí, cuanto antes mejor. —intervino el hermano— No queremos volver a pasar por el mismo calvario que con mi madre.

Para Carolina, que contaba ya veinte años, el que toda esta conversación se hiciera delante de ella sin tenerla en cuenta para nada, era ya algo muy normal.

Cierto era que tanto su padre, como su hermano y su hermana eran médicos, y lógicamente se suponía que sabían de medicina y de enfermedades. Ella tan sólo era una estudiante de magisterio. Aunque también es verdad que fue ella misma quien eligió esta opción, en contra de la tradición familiar.

Su madre había muerto años antes, después de diagnosticarle varios cánceres, a pesar de varias sesiones de quimioterapia, y de radioterapia.

Volver a recordar todo esto no hacía otra cosa sino aumentar su miedo.

—Por supuesto— dijo el médico— la ingresaremos con la primera sesión de quimioterapia, al menos durante una semana para que esté en observación. Luego, según se vaya viendo, decidiremos.

—Muy bien. — respondió el padre.

La joven seguía sin saber qué decir. Durante las pruebas que le estuvieron haciendo ya se había empezado a mentalizar en que era posible que pudiese tener una enfermedad parecida a la de su madre. No era exactamente así, pero el resultado

tampoco era muy consolador.

Buscando salir del estado de confusión y de miedo en el que se encontraba, echó un vistazo a su alrededor por toda la habitación mientras intentaba respirar profundo, y luego miró a su padre, a su hermano y al médico, que seguían hablando de su enfermedad con una naturalidad que no podía soportar.

Movida por un impulso de revelación, se levantó de su silla y dijo:

—Papá, necesito salir de aquí. Me voy a casa.

Y sin esperar a que su padre o su hermano reaccionaran, salió de la consulta.

Una vez en los pasillos, vio la puerta del ascensor que se abría, e impulsada con la fuerza que le daba el querer huir de allí, se metió rápidamente, de tal manera que su padre y su hermano no fueron capaces de alcanzarla.

Cuando salió del hospital, cogió el primer taxi que vio y se fue de allí sin mirar atrás.

Al llegar a su casa, se metió en su habitación y se cerró.

Se encontraba realmente cansada y se tumbó en su cama. Entonces, por fin rompió a llorar.

Al cabo de unos diez minutos llegó su padre. Éste llamó a la puerta de su dormitorio con ímpetu.

—¡Abre la puerta, Carolina!— ordenó.

La joven se levantó secándose las lágrimas, y abrió. Luego se fue otra vez a su cama y se sentó mirando a su padre y esperando la regañina.

—¡Vamos a ver! ¿Qué forma de actuar es ésta? ¿Te das cuenta de que has dejado a un doctor con la palabra en la boca? ¡Que es tu médico! ¡Que es quien te puede salvar la vida! ¡Que estás gravemente enferma y él está haciendo todo lo posible por salvarte! ¿Así se lo agradeces? ¿Dejándote llevar por la histeria y mostrando la mala educación que yo no te he enseñado?

La joven escuchaba con la cabeza baja, sintiendo que su padre estaba olvidando que era ella la que estaba enferma, la que se encontraba mal. No pudiendo resistirlo más, contestó:

—Lo siento mucho, papá. Siento haberte dejado en mal lugar. Pero me parece que no sabes realmente por lo que yo estoy pasando. Me sentía muy mal. Necesitaba salir de allí y eso es lo que he hecho. De todas maneras, ya me he dado cuenta de que no hacía falta que estuviera en la consulta puesto que entre tú, Carlos y el médico ya estabais solucionando todo.

—¡No me hables de esa manera!— le reprendió el padre — ¡Claro que sé lo que estás pasando! ¿Es que acaso crees que nosotros no lo estamos pasando también? ¡Todos estamos preocupados por ti y buscamos lo mejor! ¡Pero tú, como siempre, quieres hacer lo que te viene en gana y no eres capaz de apreciar lo que los demás hacemos por ti!

Carolina no contestó, pensando que no merecía la pena discutir con su padre.

—¡He tenido que disculparme yo mismo con el doctor!— continuó él — ¡Afortunadamente, nos conocemos desde hace mucho tiempo y no se lo ha tomado muy mal!... Aunque seguramente se habrá dado cuenta de lo desagradecida que eres.—

El padre se fue calmando al ver que la joven no decía nada.

—Bien, entonces, lo has comprendido, ¿no? La semana que viene seguramente empezarás con la quimioterapia. A ver si hay suerte, y no necesitas muchas sesiones.

—Papá, estoy muy cansada.— dijo con sumisión —Por favor, déjame dormir un

poco, ¿quieres?

El padre la miró fijamente y respondió:

—Está bien. Sí. Será mejor que descanses.

Le dio un beso en la frente y se marchó.

Ella se sintió agradecida por la inhabitual muestra de afecto de su padre y luego se tumbó. Cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 2

Después de dos horas se despertó. Mirando el techo, se preguntó cómo había llegado a esa situación.

Sin querer, le empezaron a venir recuerdos de su niñez:

Carolina era la menor de tres hermanos. Cuando ella nació, su hermano Carlos tenía siete años y su hermana Anastasia, seis.

Conforme los niños iban creciendo, los dos mayores se habían convertido en una mezcla de compañeros de juegos pero también rivales. Y quizás debido a la diferencia de edad, o a la forma de ser tan diferente, ella se había criado un poco aparte.

Cuando Carolina tenía cinco años le regalaron un gatito. Éste fue para ella como otro hermano. Lo llevaba constantemente y le encantaba mimarlo: continuamente lo tenía cogido y le gustaba rozar su carita con la del minino.

Sin embargo, dos años después el gato murió en un accidente. Carolina se sintió realmente triste por la pérdida de su mascota, y le costó bastante tiempo acostumbrarse a su ausencia.

Fue por entonces cuando la niña desarrolló una dermatitis bastante fuerte en las manos y en la cara, curiosamente, en la misma zona que ella solía rozar a su gato. Además andaba a menudo como distraída. El médico le prescribió una crema antiinflamatoria y antibióticos. Después de eso también tuvo problemas de estómago durante un tiempo.

A la edad de nueve años, tuvo otro percance. Estando en la piscina con sus hermanos y algunos amigos de ellos, a una chica bastante traviesa se le ocurrió gastarle una broma. Le metió la cabeza bajo el agua y la mantuvo un buen rato, hasta que Carolina en un último esfuerzo sobrehumano logró darle un manotazo a su verdugo, pudiendo emerger del agua totalmente desesperada. Cuando Carolina salió de la piscina estaba temblando, aún bajo los efectos del pánico que había pasado. Ella creyó que iba a morir y eso la aterró.

Poco después cayó enferma con lo que inicialmente parecía un simple catarro, pero la tos persistía, tenía fiebre y escalofríos, fatiga y pérdida del apetito y por las noches tenía pesadillas. Su padre, que era cardiólogo, decidió llevarla al médico y después de algunas pruebas le diagnosticaron tuberculosis. Como consecuencia de ello, tuvieron que aislarla en una habitación aparte donde no pudiera contagiar a sus hermanos. Solamente entraba a ratos su madre y a veces su padre. Carolina pasó sola mucho tiempo, sin nada que la distrajese a excepción de algunos libros del colegio y la compañía de su madre a ratos, pues su padre entraba a verla unos minutos cada tarde.

Sin embargo en vez de mejorar, ella se fue sintiendo peor. Tosía cada vez más, apenas orinaba y estaba empezando a hincharse.

Viendo esto, la llevaron de nuevo al hospital y la dejaron ingresada en una habitación aislada. Sin embargo, a pesar de que los médicos hacían lo posible, ella no mejoraba. Veía a sus padres muy preocupados y eso no la animaba mucho, que digamos.

Incluso, en una ocasión en la que no sentía fuerzas para abrir los ojos, y los

mayores debían creer que dormía, los escuchó decir que esperaban no tener que llegar a hacer un transplante de riñón.

Así que en el colmo de su desesperación y de su miedo a morir, por la noche se puso a rezar, pidiendo, rogando, suplicando fervorosamente que la curaran.

—Dios mío,— decía— te suplico que me cures y me saques de aquí. Yo te prometo que cuando sea mayor y pueda valerme por mí misma, me dedicaré a ayudar a las personas más desfavorecidas. ¡Te lo ruego, Dios mío: cúrame!

Y se durmió rezando de esa manera.

Entonces vio que llegaban a su habitación unos médicos con unas batas tan blancas que brillaban. De hecho, parecía que los mismos médicos irradiaban como una especie de luz. La miraban sonrientes y la rodearon mientras la tocaban en la cabeza y en el corazón y le decían:

—No tengas miedo. No estás sola. Nosotros estamos contigo, y vas a curarte enseguida. Ten fe y sanarás muy pronto.

Luego se despertó y aunque vio que los médicos ya no estaban, sintió confianza y creyó firmemente en lo que ellos le habían dicho.

Al día siguiente empezó a orinar con normalidad.

Cuando llegaron sus padres, ella les contó lo que le habían dicho aquellos médicos y ellos se quedaron bastante extrañados.

A partir de ese día, la niña empezó a notar una mejoría bastante rápida. Ella intuía que la oración que había hecho había tenido sus resultados, así que desde ese día, todas las noches rezaba.

Al cabo de un par semanas ya estaba de vuelta en su casa.

Todas estas experiencias hicieron de Carolina una niña algo tímida e introvertida y muy reflexiva. Sus hermanos, acostumbrados a obtener casi todo lo que les apetecía, se burlaban cuando veían que ella no se interesaba por casi nada de lo que atraía a los niños de su edad. Le daba igual la ropa que tenía, las nuevas adquisiciones de sus compañeros del colegio, no le interesaba apenas la televisión, y no necesitaba ni juegos, ni aderezos de ningún tipo. Sin embargo, le gustaba escuchar música clásica, leer libros de mitología de diferentes culturas y religiones, y entre ellos la Biblia.

Poco después de su recuperación, fue cuando su madre notó algo extraño en su mama izquierda. Sin embargo, no quiso decir nada a su esposo ni a sus hijos y fue sola al médico. Le diagnosticaron una mastitis, y ella decidió tratarse con remedios naturales. Al cabo de poco tiempo, el pecho estaba recuperado. Carolina lo supo accidentalmente cuando un día que estaban solas en la casa, la pilló en el cuarto de baño aplicándose una cataplasma hecha a base de zanahoria, trigo y tomillo. De esa manera, su madre confió en ella y le hizo prometer que no lo contaría.

Y así, fue como Carolina aprendió que también se podían utilizar remedios naturales, no agresivos, para la cura de algunas enfermedades.

Capítulo 3

La joven recordaba con nitidez aquellos pasajes de su vida en los que la enfermedad estaba presente.

Al poco llamó su hermana a la puerta.

—Entra— contestó ella.

—¿Cómo estás Caro?— se interesó Anastasia.

—He dormido un buen rato.

—Bueno, venga, levántate para comer algo. Eloisa te ha preparado una sopa buenísima.

Eloisa era una señora que llevaba trabajando en su casa, desde antes de que ella naciera.

Carolina se levantó y se dirigió al comedor con su hermana.

—Me ha contado papá lo que ha dicho el médico —comentó su hermana— No te preocupes, Caro. Ya verás como todo sale muy bien y dentro de poco estás como nueva.

La hermana pequeña se sentó en la mesa mirando con agradecimiento a su hermana mayor.

—Gracias por darme ánimos. Los necesito porque el médico me ha resultado muy frío.

—Ya. —respondió Anastasia— Bueno, él se cura en salud diciéndote las cosas como son. Pero yo estoy segura de que vas a salir bien. Además —dijo sonriendo— tienes a tus médicos particulares, que te curarán, ¿no?

Carolina sonrió levemente, recordando la experiencia con aquellos misteriosos médicos.

Eloisa entró en el comedor.

—Carolina, ¿cómo te encuentras?— le preguntó, mientras se acercaba a ella portando una sopera.

—Hola Eloisa. La verdad es que sigo casi sin fuerzas y no tengo mucha hambre.

—Te he hecho un caldo de gallina y de hueso de res que te va a sentar estupendamente, ya verás.

La muchacha sonrió, agradecida.

—Gracias, Eloisa. Eres muy buena.

—¡Qué dices, niña!—respondió la mujer —¡Tú te mereces lo mejor!

—¡Qué sería de nosotros sin ti!— dijo Carolina, mientras la miraba con cariño.

Después de comer un poco, volvió a acostarse.

Estuvo un buen rato durmiendo. Cuando se despertó, no tenía ganas de levantarse y se quedó en la cama.

Entonces, le vinieron más recuerdos. Aunque éstos eran diferentes:

Se acordó de cuando tenía once años.

Un día, regresaba del colegio, y al pasar por una pequeña calle, repentinamente, de una casa salió un perro que le ladraba amenazante. Ella se quedó paralizada del miedo. Al mirar directamente al animal, éste pareció enardecerse aún más. El animal parecía querer arrancarse de un momento al otro a por ella. Carolina, completamente

aterrorizada, quiso gritar, pero el mismo pánico le bloqueó la voz. Estaba a punto de salir corriendo, cuando sintió que alguien por detrás de ella le dijo:

—Quieta. No te muevas.

Entonces vio que se trataba de un joven, y que éste se ponía a su lado.

—Intenta no tener miedo y tranquilízate— le susurró sin perder de vista a la fiera — No le mires a los ojos y enséñale tus manos.

Carolina obedeció, mientras que él se iba poniendo suavemente delante de ella.

—¡Tranquilo, chico! —le dijo el joven al canino.

El animal, poco a poco, fue tranquilizándose.

El joven se giró, cogió a la muchacha por un brazo y la empujó suavemente con la intención de marcharse de allí, mientras él controlaba de reojo al perro.

Éste se mantuvo quieto, y al final ellos pudieron salir de la calle.

Carolina estaba aún bastante asustada.

El joven la miró sonriendo.

—Será mejor que cojas otro camino.

Ella asintió con la cabeza.

—Si hubieras salido corriendo, como me pareció que ibas a hacer, él habría salido detrás de ti y te habría alcanzado en un santiamén. Y la verdad es que no habría sido muy agradable.

La niña asintió sin poder dejar de mirarlo.

—¿Se te ha quitado ya el susto? ¿Estás más tranquila?

—Sí.

—En ese caso, adiós. Y ten cuidado — se despidió él.

—Adiós — contestó Carolina.

Para volver a su casa cogió una ruta paralela. Todo el camino de regreso fue pensando en su salvador. A partir de aquel día, cada vez que pasaba por aquella calle, recordaba al joven y daba la vuelta aunque el perro no estuviese allí.

Al día siguiente por la tarde, empezó a tener dolores de garganta y tos y empezó a ponerse afónica. Estuvo con una laringitis durante varios días.

Unos meses más tarde, un día en el que sus padres habían salido, se encontraba haciendo unos trabajos de dibujo en el salón de su casa, acompañada de Anastasia, que estaba estudiando.

Entonces llegó Carlos con un amigo.

Cuál no sería la sorpresa de Carolina, al ver que el amigo de su hermano era su salvador.

Éste la reconoció también enseguida y le sonrió.

—Hugo,— dijo su hermano— éstas son mis hermanas: Anastasia y Carolina.

Anastasia enseguida se acercó al joven para saludarle con mucha simpatía, y le dio dos besos. Carolina, más tímida, se quedó donde estaba y le saludó con un movimiento de cabeza, diciéndole simplemente “hola”.

—Hugo está en la facultad conmigo —explicó Carlos— Hemos venido porque le quiero enseñar unos libros de medicina que compré ayer.— y dirigiéndose a su amigo —Ven a mi cuarto. Te los enseñaré.

Y se fueron al dormitorio de Carlos.

Anastasia no hacía nada más que mirar en dirección al pasillo, como esperando a que regresaran mientras que Carolina continuó dibujando, pero pensando en lo curioso de aquella casualidad, la cual le había resultado muy grata.

Al cabo de un cuarto de hora, las hermanas oyeron venir a los muchachos hacia el salón.

—Carlos, —dijo Anastasia— ¿No has ofrecido a Hugo algo para tomar?

Su hermano la miró y se sonrió.

—No. Ya nos tomaremos algo por ahí— respondió él con la intención de llevarle la contraria a su hermana.

—¿Por qué?— rebatió ella, levantándose y acercándose al amigo de su hermano

— Hugo, mi hermano es un grosero. ¿Quieres tomar algo? ¿Un zumo, un café, un té? ¿O tal vez prefieres una cerveza?

—¡Euh! Gracias, pero no te preocupes. Seguid estudiando, nosotros nos vamos y no os interrumpimos más— contestó él.

—¡Pero si no nos interrumpes!— insistió Anastasia —¡Anda sentaos, que os voy a traer algún aperitivo!

Hugo preguntó con gestos a Carlos y éste se encogió de hombros. Luego se fijó en Carolina y vio que ésta lo estaba mirando, pero ella, inmediatamente, bajó la cabeza para seguir trabajando en su dibujo.

—Está bien. Por mí vale. — contestó el joven.

—Bueno, pues siéntate. — le dijo Carlos.

Anastasia iba a ir a la cocina, pero se quedó a mitad de camino, y le dijo a Carolina:

—Caro, llevas toda la tarde con eso. Deberías descansar un poco. Ya que Eloisa no está, ¿por qué no nos traes unos zumos y unas pastas y algunos frutos secos, mientras nosotros charlamos un poco?

La niña se dio cuenta del juego de su hermana, pero no le importó hacer el recado, puesto que era en honor a su secreto salvador.

Así pues, cuando Carolina entró en la cocina, se puso a pensar qué manjares podría preparar para él.

Primeramente puso agua a hervir para hacer té. Después cogió todos los frutos secos que encontró y que pensó que podían serle apetecibles y los puso en una bandeja bellamente decorados. Luego sacó el bizcocho recién hecho de la mañana, lo partió en rodajas perfectas para meterlas de forma armoniosa en una cesta de mimbre decorada con un paño blanco que encontró en uno de los cajones. Escogió las pastas más vistosas e hizo espirales con ellas en un plato. En otro plato apiló bombones formando un cono. Seguidamente rellenó una jarra de zumo y por último seleccionó la mejor tetera que tenían, metió varias bolsas de té oriental y vertió el agua.

Cogió el carrito de servir y colocó todo encima, incluyendo unas tazas con sus correspondientes platos, cucharillas y un azucarero.

Y entró en el salón con todo ello.

Sus hermanos se quedaron asombrados cuando la vieron entrar con semejante obra de arte. Hugo la miró muy sonriente y ella sintió que su pequeño corazón se reconfortaba con ese gesto.

—Bueno, Caro. Está muy bien. Siéntate ya, que yo serviré —dijo Anastasia, observando detenidamente todo lo dispuesto en el carrito.

Carolina se sentó en su sitio con la intención de continuar su trabajo, aunque de vez en cuando no podía evitar mirar a su salvador.

—¿No vas a tomar nada con nosotros?— le preguntó éste.

—No. —se adelantó a responder su hermana —ella ya ha merendado.

Carolina no dijo nada y siguió trabajando.

—¡Así que tú también estudias medicina!— dijo Anastasia.

—Pues sí. Ya ves. — respondió Hugo, divertido por la pregunta.

—Yo también voy a hacer medicina. — declaró la joven.

—¿De veras?

—Sí. El año que viene.

—¡Estupendo! — respondió él.

—Si es que saca la nota en la selectividad. — comentó Carlos.

—¿Y por qué no la voy a sacar? ¡Voy muy bien en mis estudios!— dijo Anastasia bastante picada con su hermano.

—Carolina, ¿tú también quieres ser médico?— preguntó Hugo dirigiéndose a la niña.

Ella levantó la cabeza, sorprendida por el hecho de ser incluida en la conversación.

—¿Yo?...Todavía no lo sé —respondió.

—¿Quieres saber lo que va a ser mi hermanita? — intervino Anastasia — Yo te lo diré.

Todos la miraron expectantes, incluida la aludida.

—Mi hermana se va a hacer monja. Monja misionera. —contestó riéndose.

Carlos también lanzó una carcajada.

La niña bajó la cabeza.

—¿Es cierto eso?— preguntó Hugo.

—No sé por qué dice eso. —respondió Carolina.

—¡Ya me dirás!— dijo Anastasia — No le gusta nada de lo que le gusta a todas las niñas de su edad. Siempre está leyendo la Biblia u otros libros parecidos, y además quiere irse a los países del tercer mundo para ayudar en las misiones. ¡Ah! ¡Y además ve ángeles!

Hugo miró muy interesado a la chiquilla.

—¿De verdad, ves ángeles?

La niña se sintió algo cohibida y no contestó.

—Es una historia que le pasó cuando era más pequeña. —respondió Carlos— Estuvo gravemente enferma. Incluso mi padre se temía lo peor. Entonces, un día Caro contó que la noche anterior vio unos médicos con batas relucientes que habían entrado en su habitación y le habían dicho que iban a estar con ella y que se iba a curar. Sin embargo, cuando mi padre les preguntó a los médicos, éstos le dijeron que aquella noche no había entrado nadie en la habitación de mi hermana. Debieron de ser alucinaciones, pero ella creyó que eran ciertas.

—¡Ah!— respondió Hugo pensativo— Ya veo. ¿Y cuándo empezaste a curarte?— preguntó el joven a Carolina.

—A la mañana siguiente ya estaba mejorándome. — respondió ella, agradecida de que se lo preguntase.

—Entiendo. — respondió él reflexivo — Entonces deduzco que algo fuera de lo normal debió de pasar aquella noche, cuando de repente, la enfermedad empezó a remitir. Y no fue ni antes, ni mucho después, sino a raíz de aquello.

Y mirando a los dos hermanos mayores, les dijo:

— Yo no me reiría tanto sin saber verdaderamente qué fue lo que pasó.

Éstos se quedaron callados.

—Entonces, ¿no quieres ser monja misionera?— insistió Hugo.

—No. — contestó ella, más segura de sí. —Quiero hacer algo que sea útil para la gente más desfavorecida. Puede ser que me haga misionera, pero monja, no.

Él sonrió.

—Me alegro. Hubiera sido una lástima, pues estoy seguro de que habrías dejado más de un corazón roto.

Anastasia y Carlos se rieron.

—¿Cómo el tuyo, por ejemplo?— ironizó Anastasia.

—¡Quién sabe! ¡Tal vez!— contestó Hugo.

Los hermanos mayores siguieron riéndose. Pero a Carolina no le importó, porque aunque lo que aquel joven había dicho fuera sólo una broma, ella sintió que de alguna manera la defendía de las burlas de sus hermanos. La muchacha estaba acostumbrada a ellas, pero el ver que su salvador seguía protegiéndola, le provocaba una alegría inenarrable.

Después de ese día, no volvió a ver a Hugo en bastante tiempo. Sin embargo, ella no se olvidó de él, ya que a menudo escuchaba hablar del joven a sus dos hermanos, pues al año siguiente Anastasia entró también en la facultad y lo veía con frecuencia.

A ésta parecía gustarle, aunque también había otros chicos que le gustaban. Carlos y Anastasia hablaban delante de ella, como si creyeran que su hermana pequeña no les escuchaba o simplemente no les prestaba atención, como solía pasar habitualmente. Pero, aunque era cierto que Carolina normalmente no se interesaba por los temas de discusión de sus hermanos, cada vez que éstos hablaban de Hugo, toda su atención estaba en cada palabra que pronunciaban la una o el otro. Sin embargo nunca dio muestras de ello, pues aunque su corazón latía con fuerza al escuchar hablar de él, la muchacha siempre mantuvo silencio absoluto.

Capítulo 4

Volvieron a llamar a la puerta del dormitorio de Carolina.

—Estoy despierta. Entra. — dijo ella.

Era su hermano.

—¿Qué te ha pasado esta mañana, Caro? Nos has dejado muy sorprendidos.

—Me sentía muy mal. Encima de que me dolía mucho la cabeza, y todo el cuerpo, tenía el estómago revuelto, y me estaba agobiando mucho con las palabras del médico.

—¡Ah, ya! ¿Y ahora cómo te sientes?

—Un poco mejor. Me duele menos la cabeza y tengo menos molestias en el estómago.

Carlos se sentó en la cama al lado de ella.

—Ten ánimo Caro. Te pondrás buena pronto. Quizás sea duro el proceso, pero al final te recuperarás. Debemos pensar en positivo.

—¿De verdad lo crees? ¿O sólo me lo dices para que no me derrumbe?

—Claro que sí. Te lo digo en serio. Ya verás como la quimioterapia te ayuda. Y si no, ya sabes que tenemos otros recursos.

—Sin embargo a mamá no le fue bien. Y además cada vez fue a peor.

El joven dio un suspiro y contestó:

—Bueno, es que ella estaba demasiado mal. Ya, hiciéramos lo que hiciéramos, daba igual.

—Pero entonces, ¿por qué hacerle todos esos tratamientos tan fuertes que la dejaron tan destrozada?

—Pues... porque había que intentarlo, ¿no?

Carolina se quedó callada unos momentos mientras reflexionaba, y luego le preguntó a su hermano:

—Carlos, ¿tú, cuál crees que fue la razón de que mamá tuviera todos esos cánceres? Y ¿por qué tengo yo ahora la leucemia? ¿Por qué me ha ocurrido a mí? Y no me digas que es por un capricho de Dios, porque eso sí que no me lo creo.

—La verdad es que no lo sé. Tal vez tengas un organismo débil y por eso estuviste tan enferma de pequeña. No lo sé. No puedo contestarte a eso. Pero lo importante no es ya el porqué, sino que te cures.

—Puede ser que te equivoques y el por qué sea realmente lo importante.

—Caro, ¡no me vengas ahora con tus ideas místicas! ¡No es momento! — respondió el joven— Lo importante es que te cures. Y haremos todo lo que sea necesario para ello.

Ella suspiró.

—¡Pero... tengo miedo...!— exclamó.

Su hermano la miró cariñosamente, y luego la abrazó y le dijo:

—¡Ya verás cómo vas a salir de esto! ¡Todos vamos a ayudarte!

Ella siguió pensando, y después decidió sincerarse con él:

—Carlos, ¿sabes?, no os lo he contado nunca, pero hace unos meses vi un cartel anunciando una charla sobre el origen de las enfermedades. Me llamó la atención y fui

a escucharla... Allí me encontré con Hugo, y mi sorpresa fue que era él quien la iba a dar.

El joven se echó hacia detrás, mirando a su hermana con cara seria.

—¡Supongo que ahora me vas a decir que te quedaste a la charla!

—¡Por supuesto que me quedé!

Carlos se levantó de forma rápida.

—¡Pero, Caro!— exclamó —¿No sabías que Hugo no dice nada más que tonterías desde que se metió en esas historias? ¿Tuviste el valor de quedarte a escucharlas?... ¿O más bien te quedaste por él?

—Bueno, siendo sincera, por las dos cosas, pero lo que dijo me pareció muy interesante.

—¿Interesante?— repitió él, mirándola con un gesto de incredulidad.

—Sí. Y además cuando terminó, estuvimos hablando un poco. A mí me pareció que lo que decía tenía sentido.

—¡Bueno, vale ya! ¡No quiero escuchar más tonterías!— dijo Carlos. —Sólo me faltaba que ahora me vinieras diciendo que Hugo sabía por qué nuestra madre enfermó.

—Estuvimos hablando de ello. Y me di cuenta de que todo cuadraba. — respondió la joven.

—¡Basta ya, Caro! ¡No quiero saber nada más!— exclamó él, contrariado.

—¡Carlos, no quiero pasar por todo el tormento que pasó mamá! Estoy convencida de que los tratamientos que le dieron, empeoraron su estado.

—¡Pero, ¿qué ideas te metió en la cabeza ese imbécil?!— exclamó el joven muy disgustado.

—Por favor, — insistió ella —¿por qué no investigas un poco sobre esto, en vez de negarte tan radicalmente?

El joven se puso a dar vueltas por la habitación, bastante nervioso. Y luego, haciendo un verdadero esfuerzo para mantener la calma, miró a su hermana y le dijo:

—Vamos a ver, ¿tú crees que después de tantos años estudiando medicina, no sé de lo que te hablo? ¿Y papá? ¿Qué me dices de papá? ¡Que lleva ejerciendo desde antes de que yo naciera!

—Lo entiendo. Pero también entiendo que a lo largo de la historia se han ido haciendo descubrimientos nuevos. Y lo que Hugo está haciendo, está basado en unos nuevos descubrimientos.

—¡Es suficiente!— respondió él realmente enfadado — ¡No voy a seguir esta conversación! Sólo dime si has seguido teniendo contacto con él.

—No. — respondió ella, sintiendo una cierta tristeza por dentro.

—¡Bien! — exclamó Carlos — ¡Menos mal! Lo siento por ti, pero es lo mejor, créeme.

Carolina suspiró y dijo:

—Por favor, investiga un poco. Hazlo por mí. ¿Qué puedes perder? Si realmente son ideas falsas, no perderás nada.

—Caro, no insistas. Olvídate de eso ya. En tu estado no puedes permitirte jugar con tu salud. — respondió el joven.

La muchacha se sintió defraudada.

En ese momento, llamaron a la puerta del dormitorio, de nuevo. Era Eloisa.

—Niña. Te traigo un vasito de leche y unas pastitas.

—No me apetece mucho. —respondió Carolina — Si acaso, me tomaría un zumo.

—Muy bien. Ahora mismo te lo traigo. — contestó la mujer, marchándose a la cocina.

Carlos le propuso a la joven levantarse y tumbarse en un sofá del salón para cambiar un poco de aire, y ella aceptó.

Mientras se tomaba el zumo, llegó su padre y se sentó con ellos en el salón. Éste quiso sacar el tema de las sesiones de quimioterapia que Carolina iba a empezar a partir de la semana siguiente, a pesar de que su hijo intentó desviar la conversación hacia otro tema varias veces, sin lograr resultados. Al final, la joven dijo que se encontraba demasiado cansada y que se iba de nuevo a la cama.

Cuando se acostó, cerró los ojos y se mantuvo un rato así, sin llegar a dormirse. Luego, empezaron a venirle más recuerdos:

Capítulo 5

Ella tenía ya doce años. Hacía poco que había empezado el instituto. Un fin de semana sus padres y Anastasia se marcharon de viaje y ella se quedó con su hermano.

Era domingo, y Carolina estaba en el salón de su casa leyendo tumbada en el sofá, mientras Carlos trabajaba con el ordenador.

De repente sonó el teléfono.

Carlos lo cogió.

La niña no pudo evitar escuchar la conversación de su hermano.

—Dígame... ¡Ah, Hugo!, ¿qué cuentas?... ¡sí, justamente yo también estoy liado con eso!... ¡Sí, sería buena idea!... ¿Hoy? ¡No puedo, tío! Mis padres se han marchado con Anastasia de viaje, Eloisa tiene el día libre, y me he quedado yo con mi hermana pequeña... ¿Llévame?— Carlos miró a Carolina —No, no creo que sea buena idea. Ya sabes que mi hermana es muy tímida y se va a sentir muy incómoda en tu casa. ¿Por qué no te vienes tú aquí?... ¡Claro!... Pues, no sé, ¿para las cuatro está bien?... OK, ¡hasta luego!

El joven colgó.

—Caro, va a venir Hugo después de comer, porque vamos a hacer un trabajo, juntos. ¿Te importa quedarte en tu dormitorio estudiando o haciendo lo que quieras? Es que ya sabes que a papá no le gusta que utilicemos su despacho, y en el salón vamos a estar más cómodos que en mi cuarto.

—Bueno. — respondió ella.

Carolina se puso muy contenta al saber que el joven iba a venir a su casa. Aunque su hermano le había dicho de permanecer en su cuarto, ella pensaba que sólo el hecho de que Hugo estuviera tan cerca era algo emocionante.

Poco antes de las cuatro, Carolina se metió en su cuarto y se puso a terminar sus deberes.

A las cuatro y pocos minutos, escuchó el timbre y se dijo: “Ya está aquí”.

Pero como desde su dormitorio no se podía escuchar nada proveniente del salón, continuó con sus tareas escolares.

Al cabo de casi dos horas, ya había terminado. Y en vista de que se tenía que mantener en su cuarto, decidió seguir leyendo el libro que tenía a medias. Así que se tumbó en su cama y se puso a leer. Pero aunque la obra le había estado resultando interesante por la mañana, ahora no lograba concentrarse.

De manera que después de media hora de lectura alternada con pensamientos de “qué sería lo que estaba ocurriendo en el salón”, se levantó y se puso a dibujar.

A Carolina le encantaba dibujar. Comenzó un nuevo boceto y poco a poco se fue olvidando de lo demás.

Hasta que llegó su hermano.

—Caro, ¿no quieres merendar?

Ella lo miró.

—Sí. Tengo un poco de hambre.

—Entonces, si quieres, vente con nosotros. Vamos a hacer un descanso y vamos

a tomarnos algo. Yo he sacado algunas cosas para Hugo y para mí. Prepárate tu merienda y te vienes al salón.

—Bueno.— aceptó ella, con cierta emoción.

Carlos se fue al salón, Y Carolina se dirigió a la cocina. Allí se preparó un vaso de leche y unas galletas. Pero cuando iba a reunirse con ellos, le dio mucha cortedad presentarse allí. Así que optó por quedarse en la cocina.

Con mucha frustración, pensó que era una tonta porque, con las ganas que tenía de ver a Hugo, sin embargo no era capaz de ir hasta donde él estaba.

Al cabo de unos diez minutos, su hermano apareció en la cocina.

—¿Qué haces, Caro? ¿Pero no te vienes con nosotros?

Ella se mordió el labio inferior, mientras lo miraba cohibida.

—Ya sé. Te da vergüenza, ¿a que sí? Ya me lo imaginaba, y se lo he dicho a Hugo, pero él me ha dicho que tiene muchas ganas de saludarte. Se ve que se acuerda de ti, de cuando vino a casa el año pasado. ¡Venga, no seas maleducada! Ven conmigo.

Carolina obedeció. Cogió el resto de su merienda y lo siguió.

Cuando Hugo la vio, la miró muy sonriente y ella, aunque con cierta timidez, le devolvió la sonrisa.

—¡Hola Carolina!— le dijo él, con entusiasmo.

—Hola. — respondió ella.

—¿Me recuerdas? —le preguntó el joven.

Ella asintió:

—Sí.

—¡Me alegro mucho de verte! —exclamó Hugo— ¿Cómo estás?

—Bien, gracias, ¿y tú?— contestó ella.

Él se rio y le respondió alegremente.

—¡Estupendamente!

Carlos se sonrió al ver a su hermana.

—Bueno, pero cuéntame ¿sigues queriendo ser misionera?— preguntó Hugo.

—No sé. —respondió ella— Todavía es un poco pronto para asegurarlo.

Hugo se rio de nuevo.

—Me ha dicho Carlos que ya vas al instituto.

—Sí.

—¿Y qué? ¿Cómo te va?

—Bien. Hace sólo dos semanas que hemos empezado. Hay que estudiar más, pero no me importa.

Hugo la miraba complacido.

—Bueno, Hugo— interrumpió Carlos —¿qué tal si seguimos?

—Está bien. Sí. —repondió Hugo

Carolina se levantó para retirarse a su cuarto, pero Hugo la detuvo.

—¡Espera Carolina! Oye Carlos, ¿tienes a tu hermana encerrada en su dormitorio? ¡Cómo se te ocurre! ¡A lo mejor ella quiere ver la tele o hacer lo que sea, aquí!

—¿La tele? ¡A mi hermana no le gusta la tele!, ¿a que no, Caro?

—No. —contestó ella.

—Ya te dijimos que mi hermana era un poquito rarita. Sólo le gusta leer, escuchar música clásica y dibujar. Y no te preocupes, que eso lo puede hacer en su dormitorio.

Hugo miró a Carolina y ésta se disponía a marcharse de nuevo, sin replicar nada de lo dicho por su hermano.

—¿No estás cansada de estar toda la tarde en tu cuarto? ¿Te quieres venir aquí con nosotros?— le preguntó Hugo.

Ella miró a su hermano de reojo y respondió:

—No pasa nada. Yo estoy dibujando.

—Puedes dibujar en ese lado de la mesa, nosotros no te vamos a molestar. Así no estarás sola. ¡Carlos, no puedes dejar a tu hermana toda la tarde encerrada en su cuarto como si estuviera castigada!

—¡Está bien!— contestó el hermano— ¡Si a mí me da igual que esté aquí, que allí! Yo lo hacía por ella, porque como es tan tímida, para que no se sintiera incómoda.

Hugo hizo un gesto de desaprobación por el comentario de Carlos.

—¡Anda Caro, tráete tu cuaderno y te pones ahí!— le dijo éste a su hermana.

La niña miró a Hugo, le sonrió, y se fue a buscar su material de dibujo.

Un minuto después, se instaló al otro lado de la mesa. Hugo la miraba contento.

Así que mientras ella dibujaba, ellos siguieron trabajando en el ordenador.

Estaban haciendo un programa de presentación para exponerlo en la facultad. Entre ellos comentaban los detalles de las letras y los dibujos, queriendo hacerlas lo más atrayente posible.

—A esta imagen le falta algo, pero no sé bien qué es. —comentó Hugo.

—Yo creo que está bien. — opinó Carlos.

—No sé. No me convence mucho. Pero bueno, vamos a pasar a la siguiente, a ver.

Carolina los escuchaba mientras dibujaba. Se sentía contenta y de vez en cuando los miraba fugazmente.

Al cabo de un rato, los chicos parecían estar atrancados con un par de diapositivas.

—¿Y si le ponemos esta letra, con este fondo?— dijo Carlos.

—No sé. No me gusta mucho.— respondió Hugo.

—Bueno, pues cambiamos el fondo y le ponemos éste otro.

—No, tampoco. Se trata de que se vea el dibujo para ayudar a comprender visualmente lo que estamos diciendo.

—Sí, tienes razón, —dijo Carlos— pero es que ya no sé...

Hugo levantó la cabeza y miró a Carolina que estaba inmersa en su dibujo.

—Carolina, ¿quieres ayudarnos?— le dijo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Yo?

—Sí, anda ven y échale un vistazo a esto. A ver cómo lo ves.

La niña se levantó y fue hasta ellos. Miró la pantalla con atención, y después dijo:

—Yo creo que esta imagen podríais hacerla más pequeña y ponerla en esta esquina. Y el texto lo podéis poner aquí y aquí. Pero el fondo es mejor que sea de otro color.

—¡Ajá! A ver, dime qué color ves mejor.— contestó Hugo, buscando con el ratón las posibilidades.

—Podrías poner un fondo que no fuera liso. Por ejemplo, éste. Prueba a ver.

Hugo lo hizo, y sonrió.

—¡Esto está mucho mejor!— exclamó el joven— ¿Qué dices Carlos?

—Sí. Se queda muy bien. — admitió el aludido.

—¡Anda, córrrete y le dejamos sitio a Carolina para que se siente aquí!— dijo Hugo.

Carlos miró asombrado a su amigo, pero éste no se dio cuenta porque estaba alargando un brazo para arrimar otra silla para que la chiquilla se sentara a su lado.

—A ver, Carolina, dime qué opinas de esta otra diapositiva. —dijo Hugo.

Ella se sentó y la observó.

—Creo que las letras no se terminan de ver claras. Podríais ponerle un relieve, pero de otra forma. Éste no se queda muy bien.

—Mira esto. ¿Qué te parece?

—No... Ése tampoco... Ni ése... ¡A ver éste!

Hugo probó.

—¡Perfecto!— dijo él— ¿Qué te parece, Carlos?

—Sí. También se queda mejor.— reconoció éste.

—Había otra diapositiva que no terminaba de gustarme.— comentó Hugo — Espera, que la voy a buscar.

Fue pasando una por una y Carolina, que ya había cogido confianza, fue opinando sobre algunas.

Al cabo de un rato, cuando terminaron, Hugo se desperezó satisfecho.

Carolina se levantó de la silla suspirando contenta.

Carlos la observaba y sonrió.

—¡Bueno, Hugo!— exclamó —¡parece que has conquistado a mi hermana con algo que le llama la atención!

Carolina se sorprendió por el comentario y se sonrojó.

Pero Hugo le contestó a su hermano:

—Estás muy equivocado, Carlos. Es ella la que me ha conquistado a mí con su inteligencia y su sensibilidad. Con los retoques de Carolina, creo que la presentación nos ha quedado realmente bien.

—¿Con su inteligencia y su sensibilidad?— repitió Carlos riéndose y mirando a su hermana.

—¡Por supuesto!— contestó Hugo —Ya me gustaría tener una hermana que fuera como Carolina.

—¡Pero si tú no tienes hermanas!— exclamó Carlos, sin parar de reír.

—¡Pues por eso lo digo!— respondió su amigo.

La muchacha se sintió muy dichosa por las palabras de Hugo, y sonrió tímidamente.

Capítulo 6

Aquellos recuerdos hacían sonreír a Carolina. Ella siempre había sentido que Hugo la protegía constantemente de una forma o de otra.

Luego le vinieron más escenas del pasado:

En el instituto, a pesar de ser bastante introvertida, hizo varios amigos entre sus compañeros de clase. Quizás por su propia naturaleza, se fue acercando a los chicos y chicas que parecían estar excluidos del resto de la clase por distintas razones.

Entre ellos, había un pequeño grupo formado por hijos de inmigrantes: estaba Ileana, que era rumana. Ésta había llegado al país hacía tres años y cuando empezaron juntas en el instituto, enseguida simpatizaron. También estaba Asiri, nacida en Bolivia, la cual se incorporó en el segundo curso, así como Wang, de origen chino y Khalid, que provenía de Pakistán. Por otro lado estaba Violeta, compañera de Carolina desde el colegio y que solía juntarse con ellos, y por último, Félix, un inconformista de la sociedad.

Sin embargo, aún en contra de lo que se pudiera esperar, los chicos formaron una pequeña pandilla bastante alegre, pues todos poseían esta cualidad, a pesar de los prejuicios de otros compañeros. Cada uno tenía sus historias y su cultura e incluso su religión, pero todo ello hacía que la relación fuera mucho más interesante, e incluso se podría decir que bastante completa.

Paradójicamente, Carolina parecía la más tímida de todos, a pesar de que ella fue el hilo que los unió a todos al principio. Pero también disfrutaba con las conversaciones y las bromas de sus amigos.

Cuando Carolina tenía catorce años, Ileana sufrió un accidente grave y tuvieron que ingresarla en el hospital con la mayor parte del cuerpo escayolado.

Carolina estuvo llamando a casa de su amiga preguntando por su estado de salud, pero las veces que le contestaron, no le dieron muy buenas noticias. Así que la muchacha, recordando los malos momentos que pasó con la tuberculosis cuando era pequeña, decidió ir al hospital, para darle ánimos a la enferma.

No dijo nada en casa, pues temía que su padre se lo prohibiera, y haciendo creer que iba a la biblioteca, se dirigió al hospital.

Sin embargo, ella no había tenido la precaución de preguntar la habitación en la que se encontraba, así que cuando se vio allí, se dirigió a una cabina telefónica, desde la que llamó a casa de Ileana. Pero no le contestó nadie. Entonces no se le ocurrió otra cosa que buscar qué tipo de enfermedades se trataban en cada planta, y una vez que logró dar con traumatología, se dirigió al mostrador de la enfermería y preguntó por la habitación en la que se encontraba su amiga. Pero allí no quisieron darle la información que pedía, y además le preguntaron la edad que tenía.

Ella mintió sobre su edad, diciendo que tenía dieciocho, pero no por ello consiguió averiguar cuál de entre todas las habitaciones de toda la planta, era la de Ileana.

Desilusionada por este contratiempo, se retiró hacia el pasillo de los ascensores pensando qué podría hacer. Se sentó, y se puso a rezar mentalmente, pidiendo que de

alguna manera pudiera enterarse dónde estaba su amiga enferma.

De pronto escuchó una voz conocida que le decía:

—¿Carolina?

Ella alzó la vista y se encontró de frente con Hugo, vestido con una bata blanca.

—¿Eres tú, de verdad?— repitió éste.

La muchacha sintió una mezcla de asombro y de alegría.

—Sí.— respondió.

—¿Te acuerdas de mí?— le preguntó el joven sonriendo.

Ella asintió.

—Sí. Claro que sí. Eres Hugo.— contestó.

Él la miró complacido.

—¡Vaya, veo que tienes buena memoria!

Carolina sonrió también contenta.

Entonces él reaccionó y, cambiando el gesto, le dijo:

—Pero dime, ¿qué haces aquí? ¿Hay alguien de tu familia enfermo? Carlos no me ha dicho nada.

—No. No es nadie de mi familia— explicó ella —Se trata de una amiga mía. Es una compañera de mi clase, pero además una buena amiga. Tuvo un accidente y está ingresada. He venido a verla, pero no sé en qué habitación está y no he logrado que me lo digan. En el puesto de enfermería me han mirado con mala cara y cuando me han preguntado qué años tenía, les he dicho que tengo dieciocho. No suelo mentir, pero he temido que si les decía que tengo catorce me iban a echar sin poderla ver. Pero al final, creo que no me han creído porque no me han dicho el número de habitación.

Hugo sonrió, divertido por la historia.

—Bueno, creo que puedo ayudarte. Ahora mismo acabo de terminar mi clase de prácticas. Dime cómo se llama tu amiga y yo lo averiguaré. Pero no le digas a nadie lo que vamos a hacer. Ni siquiera a Carlos, ¿de acuerdo?

Ella asintió muy contenta. Le dijo el nombre completo de Ileana y él fue al puesto de enfermería y al cabo de un minuto vino a por ella. Luego se dirigieron juntos a ver a la enferma.

La amiga se encontraba acompañada de su madre y efectivamente se le veía casi toda escayolada y muy desmejorada, pero al ver a Carolina se alegró mucho. Ésta le dio un beso, ya que un abrazo se hacía realmente difícil de dar.

Hugo observó la escena con complacencia. La madre de Ileana, también.

Luego Carolina se sentó al lado de su amiga dándose la mano, y ésta le preguntó por el instituto y por los demás compañeros.

Mientras tanto su madre se dirigió a Hugo, preguntándole si era especialista en esa planta, a lo que el joven le respondió que él sólo era estudiante de medicina.

Ileana pareció escucharle y le dijo:

—Usted es Carlos, el hermano de Carolina, ¿verdad?

Él sonrió, y negó con la cabeza.

—No. No soy Carlos. Él y yo somos amigos y compañeros de la facultad. Mi nombre es Hugo. Y, por favor, no me llames de usted.

Ileana sonrió y miró a Carolina que también le sonrió.

Las dos chicas siguieron hablando de sus cosas, mientras la madre de Ileana hablaba con Hugo acerca del accidente de su hija. Estaba muy preocupada, porque la muchacha se había encontrado muy deprimida y estaba empezando a tener algunas

complicaciones. Su marido se había tomado algunos días de baja para poder estar en el hospital, pero no había logrado conseguir más días y ella apenas salía de allí. Su otra hija, que era unos años mayor que Ileana se estaba encargando de atender a su padre y de llevarle la ropa limpia y algo de comida a ella.

Luego miró a las dos amigas y sonrió, diciéndole a Hugo:

—Esta visita le está sentando muy bien. Yo ya no sé cómo entretenerla. La pobrecita, apenas puede moverse y ya ni la tele le distrae. Además, todavía sigue teniendo dolores y le cuesta mucho orinar.

El joven observó a las chicas hablando, pero luego se quedó fijándose en Carolina.

En ese momento llegó la hermana de Ileana.

—¡Ah! ¡Por fin llegas, Nicoleta!

Su hija mayor le dijo a su madre:

—Siento haber tardado. Es que he perdido el autobús, y he tenido que esperar al siguiente.

Su madre asintió.

Nicoleta tenía tres años más que Ileana y era una muchacha muy guapa.

Carolina le saludó, pues la conocía, ya que también iba al instituto, y estaba en el último curso. Y luego vio cómo la madre de Ileana presentaba su hija mayor a Hugo y éste la saludaba muy amable, mientras la muchacha le miraba algo tímida. Carolina no supo interpretar ese gesto, pero sintió un pequeño pellizco en su interior.

Después de unos minutos, Hugo dijo que se marchaba.

—Bueno, os voy a tener que dejar. Tengo que ver a mi profesor antes de que se vaya. Ileana, ten un poco de paciencia que vas a estar bien en unos días, ya verás. No pierdas el ánimo. Ya me pasaré por aquí, si puedo, los días que tenga prácticas, para ver cómo vas.

—Gracias. Eres muy amable. — contestó la madre de Ileana, mientras su hija pequeña sonreía agradecida.

Después el joven miró a Carolina y le dijo:

—Carolina, después de ver a mi profesor, con el que espero no tardar mucho, estaré en la cafetería del hospital. Cuando te vayas, si quieres, pásate por allí y te acompaño a tu casa.

La muchacha asintió muy contenta y él se fue.

Carolina se quedó algo más de media hora contándole a su amiga acerca de las clases y de sus otros amigos. Y después de despedirse dando un beso a Ileana y otro a su madre y a su hermana, se marchó en dirección de la cafetería.

Al llegar a la entrada del hospital, vio que el joven se encontraba hablando con un médico justo al lado de la puerta de la cafetería. Él la vio y le hizo señas de que esperara un momento y ella obedeció.

Así que se sentó mientras miraba a Hugo y al médico que estaba de espaldas. Al cabo de un par de minutos, se despidieron y el joven se acercó a Carolina.

—¿Nos vamos?— preguntó él.

—Sí. — contestó ella.

—He olvidado decirte que todavía soy demasiado pobre para comprarme un coche, así que tendremos que ir en autobús, si es que no te apetece ir andando.

Carolina se rio.

—Me da igual. Pero no hace falta que me acompañes. Puedo irme sola. De todas

formas es lo que pensaba hacer.

—No. Ahora oscurece muy pronto y prefiero acompañarte. Si no tienes mucha prisa y no estás cansada podemos ir dando un paseo. Tu casa está apenas a media hora de aquí.

—Vale.— respondió ella contenta.

Y se pusieron en camino hacia la casa de Carolina.

—Me ha dado mucha alegría encontrarme contigo.— dijo Hugo —A veces le pregunto a Carlos por ti, pero me cuenta poco. Ya estaba al tanto de que seguías en el instituto y, según tu hermano, no has cambiado mucho. Y veo que es cierto. Es un bonito gesto que vinieras a ver a tu amiga.

—No es para tanto. Es normal que venga, ya que es mi amiga.

—Es del este de Europa, ¿verdad?

—Sí. Es rumana.

El joven sonrió.

—Tu visita le ha debido venir como un soplo de aire fresco, porque la estancia en un hospital no es nada agradable. Bueno, tú ya lo sabes, ¿no?

—Sí. Por eso mismo, porque yo lo he pasado cuando era pequeña, pensé que le agradaría que viniese a darle ánimos. Yo creo que los hospitales deberían de ser de otra manera. Tendrían que ser un lugar donde uno se encontrara como en su casa y donde se tratara a los enfermos con más cariño y humanidad. No digo que no haya médicos o enfermeras o auxiliares que sean amables, pero por lo general, además de la generosidad, se debería de intentar hacer el menos daño posible al enfermo, que ya está sufriendo por su propia enfermedad.

—Estoy de acuerdo contigo.— respondió Hugo.

—Y luego están también las medicinas naturales que no hacen ningún daño. Hay mucha gente que no cree en ellas, pero yo he visto que también curan, sin producir efectos secundarios.

—Sí. Es cierto. Pero quizás son menos rápidas, ¿no crees? Y por otro lado, no sirven para todo. Por ejemplo, para enfermedades graves, o para dolores muy fuertes.

—Bueno, yo no he estudiado nada de eso, pero a lo mejor sirven para mucho más de lo que nos creemos. Sería cuestión de investigar, ¿no?

—Puede ser. —contestó reflexivo el joven — Esto que me estás diciendo, ¿también lo has hablado con Carlos y con tu hermana?

—¡Oh no! ¡Claro que no! ¡Y con mi padre menos! Pero mi madre y yo sí lo hemos hablado algunas veces.

—Hace tiempo Carlos me presentó a tu padre. ¡Es toda una personalidad!, ¿eh?
Carolina se rio.

—¡Sí! ¡Digamos que es el jefe de la familia, en todos los sentidos!

Hugo también se rio.

—Por cierto,— dijo la muchacha — no he dicho en casa que venía al hospital. Creen que me he ido a la biblioteca. Es que no me he atrevido a decirlo porque temía que mi padre no me dejara venir. Así que, por favor, no le digas nada a Carlos de que me has visto en el hospital.

—¡Vaya, vaya! ¡Así que hoy te estás volviendo una pequeña mentirosilla!

Ella lo miró sorprendida y luego bajó la cabeza sonrojándose.

—¡Eh! ¡Venga ya, Carolina!— exclamó Hugo, dándose cuenta de que su comentario había avergonzado a la chica.— ¡Sólo era una broma! ¡No pasa nada!

—Es cierto, he mentido.— asumió la muchacha, levantando la mirada hacia él — Pero lo he hecho para poder ayudar a Ileana. Aunque la mentira que les dije a las enfermeras acerca de mi edad no me sirvió de nada.

—Bueno, mira: tú no dices nada de que te he pasado a la habitación de tu amiga y yo no diré nada de que has ido al hospital. Ése será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Ella asintió sonriendo.

Al poco tiempo llegaron hasta el portal del edificio donde vivía Carolina.

—Me alegro de que hayas ido a ver a Ileana, porque así nos hemos podido encontrar, después de tanto tiempo. Si vuelves a visitarla, quizás volvamos a vernos, ¿no?

—Sí. Puede ser.— respondió la muchacha, mientras pensaba: “Ojalá que sí”.

—En ese caso, ¡hasta pronto, entonces!— dijo él, cogiéndole la mano y besándosela.

—¡Hasta pronto!— contestó ella sorprendida, pero dejándose hacer.

A lo largo de la semana, Carolina fue a visitar a Ileana todas las tardes. Se llevaba los libros y se ponía a explicarle las clases, y hacían los deberes juntas. Pero no logró coincidir con Hugo. Sin embargo, su amiga le dijo que él se había pasado por allí. Lo que ocurría es que o bien él iba por las mañanas, o bien por la tarde a primera hora. Por eso, no llegaron a verse.

Ella se sintió algo defraudada, pero ciertamente si iba a ver a Ileana lo hacía con la intención de ayudar a su amiga. La semana siguiente ella continuó yendo a estudiar al hospital con Ileana y teniendo en cuenta esto, se puso de acuerdo con la madre de su amiga para que pudiera salir, ir a su casa y despejarse un poco.

La joven enferma se fue sintiendo mucho mejor y se empezó a ver una clara recuperación. Las visitas diarias de Carolina, poniéndola al día de las clases le ayudaron mucho a Ileana, pero también se sintió muy arropada por las pequeñas visitas de Hugo, y así se lo declaró a Carolina.

—Está siendo muy amable con nosotros. Siempre nos trae una botella de agua y le pregunta a mi madre si necesita algo o si ha descansado bien por la noche, en el sillón. Y, ¿sabes?, creo que a mi hermana le gusta. Y he empezado a pensar si no viene a verme para poder encontrarse con ella. Además, cuando él se marcha, Nicoleta lo acompaña y no vuelve hasta al cabo de un rato. ¡Y siempre viene con una cara! Cuando le hablamos, a veces ni nos escucha. ¡Está como en las nubes! Yo creo que está coladita por él. Lo que me parece raro es que cuando Hugo está aquí, ella actúa normal, como si nada, pero luego... cuando regresa, viene completamente transformada. ¡A saber qué cosas le dice!— dijo Ileana riéndose.

Carolina volvió a sentir el pellizco en su interior y no pudo evitar pensar: “¡No, por favor, no! ¡Que no sea verdad!”

—¡Qué sería estás! ¿No te hace gracia?— le preguntó la amiga.

—Sí, claro. Pero yo creo que te equivocas. Seguro que viene a verte a ti.

—Pues no sé. Hay que admitir que mi hermana es más guapa que yo. Y además yo soy demasiado joven para él. Apenas tengo catorce años y él ya debe de tener más de veinte.— dijo Ileana riéndose más aún.

Carolina sonrió forzosamente y cambió de tema abriendo un libro.

Durante toda la semana estuvo yendo puntualmente al hospital y el viernes por la tarde, le anunció a su amiga que el sábado se llegaría por la tarde con un regalo. Con lo cual, Ileana se quedó bastante ilusionada.

El sábado por la tarde, Carolina apareció acompañada de todos sus amigos: Asiri, Violeta, Wang, Khalid y Félix. Ileana se puso muy contenta. Su madre se fue con su hermana a darse un paseo y todos los chicos se quedaron allí hablando y riendo.

Al cabo de un rato, entró Hugo, aparentemente sorprendido.

—¡Pero qué pasa aquí! ¿Han trasladado el instituto a esta habitación?— bromeó el joven.

Carolina lo miró, feliz de volver a verlo.

—¿Has visto, Hugo?— dijo Ileana —¡Han venido todos mis amigos a verme!

—¡Ya lo veo!— contestó él riéndose y pasando su mirada por cada uno de los chicos y deteniéndose en Carolina.

—Mira,— dijo la enferma, muy dispuesta — éstos son: Violeta..., Asiri..., Félix..., Khalid... y Wang.

—¡Hola a todos!— saludó él —Yo soy Hugo.

—Hola Hugo.— contestaron los demás.

—¡Qué bonita sorpresa te han dado!, ¿eh?— comentó el joven mientras se acercaba a la cama de Ileana y le acariciaba la cabeza.

—Sí. Es verdad.— afirmó ella.

—Carolina nos contaba cada día cómo estabas— explicó Violeta —y entonces nos propuso de venir hoy todos juntos, y nos pareció buena idea.

—Sí, ya me lo imaginaba. —respondió la enferma— Sois muy buenos amigos y estoy muy contenta de que hayáis venido.

Los chicos empezaron de nuevo a gastarle bromas y ella siguió riéndose y contestándoles.

Entonces Hugo aprovechó para acercarse a Carolina.

—Por fin nos volvemos a encontrar.— le dijo— Parece que no hemos podido coincidir desde el otro día.

—Sí —contestó ella.

Él la miró durante unos segundos, visiblemente contento, y después le dijo:

—Pero sé que has estado viniendo cada tarde y que le has estado dando clases a Ileana.

Ella se rio y le respondió:

—Y yo sé que tú también has venido todos los días a verla y te has preocupado por toda su familia.

—¡Ajá!— exclamó él, jugando a ponerse serio — Estoy pensando... que tal vez tú y yo seamos almas gemelas... ¿qué dices?

Ella sintió un vuelco en el corazón y lo miró sorprendida.

Él se rio, y le dijo:

—Bueno, ¿quién sabe? ¡El tiempo lo dirá! ¿No?

Pero lo que el tiempo dijo en principio fue que después de aquel día, a pesar de que Carolina siguió yendo a diario a ver a Ileana, no volvió a encontrarse con Hugo, pues éste continuó acercándose a ver a la enferma y a su familia por las mañanas. Además, en cuestión de dos semanas más, ya le dieron el alta a la muchacha.

Capítulo 7

Carolina estaba bastante sorprendida por la nitidez con la que recordaba todas aquellas escenas de su pasado.

Al poco rato llamó su hermana suavemente a la puerta.

—Caro, ¿estás despierta?— dijo en voz baja.

—Sí. Pasa, Anastasia.

—¿Cómo te encuentras?

—Me sigue doliendo un poco por todo el cuerpo, tengo nauseas, y sigo sin tener fuerzas.

—Te he traído un poco de sopa.

—La verdad es que no me apetece.

—¿Quieres un yogur?

—No. No quiero nada. Tengo el estómago revuelto.

—¡Anda! Algo tienes que tomar. No puedes debilitarte más.

—Está bien. Me tomaré un zumo.

—Te lo traeré.— le dijo su hermana

Anastasia tardó un par de minutos en regresar. Traía el zumo y un plato con pastas.

—Anda. Incorpórate.—le dijo Anastasia a su hermana.

Carolina obedeció.

Mientras tomaba el zumo, Anastasia se quedó pensativa y sonrió.

—¿Sabes de qué me he acordado ahora mismo, al verte con el zumo?

Carolina negó con la cabeza.

—Pues de hace bastantes años, cuando tú eras todavía una niña y Carlos vino a casa con su amigo Hugo y le invitamos a merendar y tú trajiste el carrito con una bandeja totalmente decorada con las pastas, los dulces, los zumos, etc.

—Sí. Me acuerdo de ello— dijo Carolina, recordando la segunda vez que vio a Hugo.

—¡Anda, que no te esmeraste!— dijo Anastasia, riéndose.

Carolina sonrió recordándolo.

—Ese día también fui muy cruel contigo, ¿verdad?— dijo Anastasia.

—De eso ya no me acuerdo. — respondió su hermana.

Las dos se sonrieron.

Después de estar un rato charlando, Anastasia se marchó y Carolina se quedó pensando en lo que habían hablado. Y después le empezaron a venir más recuerdos:

Capítulo 8

Carolina tenía por entonces dieciséis años.

Un día, a la hora de cenar, le preguntó su padre:

— Carolina, ya te falta muy poco para terminar este curso. El año que viene es el último. Supongo que ya habrás decidido qué quieres hacer con tu vida, ¿eh?

—No, papá. Todavía no lo tengo claro.

—¡Vaya! ¡Parece que es que no tienes sangre en las venas!— exclamó con un tono impaciente, el padre— ¿Cuándo te vas a decidir? ¡Tus hermanos ya sabían que iban a ser médico desde pequeños!

—No sé, papá. Sé que quiero hacer algo que me sirva para ayudar a otros, pero no sé todavía bien qué.

—¡Pues hija! ¿Qué mejor, que ser médico?

—No. Eso no. Cuando estuve en el hospital me sentí muy infeliz y no me gustaría causar esa infelicidad a otros.

—Pero... ¡habrase visto esta niña descarada! ¿Qué estás diciendo? ¡Es evidente que no eras feliz porque estabas enferma! ¡Muy enferma! ¡Pero gracias a los médicos, te curaste!

—No digo que no sea así. Pero también me sentí muy desgraciada por la forma en que me trataron. No me dejaban veros apenas, me pincharon un montón de veces, me miraban con una cara que me asustaba, y cuando les decía algo, no me hacían caso. Es verdad que estaba muy malita, pero ellos no me hicieron sentir mejor. No. Ahí decidí que yo no quería trabajar en un hospital.

—¡Muy bien!— contestó el padre, fuertemente irritado —¡Entonces, según tú, tu padre es un verdugo!, ¿no?

—No. No quería decir eso, papá— respondió ella, lamentándose de haber sido demasiado sincera.

—¿Entonces qué querías decir?, ¡a ver!

Carolina se quedó callada mientras reflexionaba la respuesta, no fuese a meter otra vez la pata.

—¡A ver! ¡Contesta!— insistió su padre.

—Lo siento, papá. Lo que quiero decir es que yo no siento esa vocación.

—¡Que tontería!— exclamó Anastasia —Yo tampoco la siento y sin embargo lo estoy haciendo.

Carolina y su padre la miraron sorprendidos.

—¡Euhh! ¡Bueno! ¡Pero en todo caso, alguna otra cosa te gustará!— dijo el padre, aún desconcertado por las declaraciones de su hija mayor.

—No lo sé, papá. En realidad, todavía no me he parado a pensarlo con seriedad. Esperaba que surgiera solo. —respondió ella.

—Bueno, tampoco tiene porqué ser una carrera universitaria.— intervino la madre.

—¿Qué?— estalló su marido —¿Qué estás diciendo? ¡Por supuesto que tendrá que ser una carrera universitaria! ¡Ningún hijo mío puede ser menos! ¿O es que

quieres que tu hija pequeña no haga nada, como tú? ¿Eso es lo que esperas de ella? ¿Qué no tenga estudios? ¿Qué sea una simple... peluquera? ¿O un ama de casa? ¿O que trabaje en un supermercado? ¡Tú has tenido suerte porque te has casado conmigo!

La madre no contestó nada. Sólo agachó la cabeza. Carolina pudo percibir una lágrima cayendo por su cara.

No pudiendo reprimirse, Carolina le contestó a su padre:

—Mi madre es una excelente madre. Nos ha criado a todos y nos ha dado cariño. Ella ha hecho lo posible para que seamos felices. Ella no habrá hecho ninguna carrera, pero ha cuidado de nosotros y hasta de ti. A eso es a lo que me refería antes. ¿De qué sirve ser médico, si no eres capaz de ayudar a que el enfermo sea un poco menos infeliz?

Y antes de que su padre pudiera contestar, se levantó y se fue a su cuarto corriendo.

De todas maneras, él no se dio la molestia de seguirla, pero la joven pudo escuchar desde su cuarto, como arremetía de nuevo contra su madre. Esto la hizo sentirse mal, porque comprendió que había empeorado las cosas.

Pasaron un par de semanas, y el ambiente estaba cargado en casa. Carolina se sentía mal, porque comprendió que todo era por ella. Pero aún no tenía claro qué hacer con su vida en el futuro. De momento, ella estaba estudiando, más bien porque era lo natural en una muchacha de su edad, pero ella sentía que necesitaba algo más. En su interior buscaba algo, pero no sabía bien qué.

A Carolina le gustaba dibujar, pues eso la relajaba mucho. Un día fue a comprar unas pinturas. De regreso a su casa, iba caminando por una calle peatonal en la que una cafetería tenía colocadas, un poco más adelante, algunas mesas.

Al principio no se dio cuenta, pero al acercarse, reconoció a Hugo sentado en una de las mesas, y leyendo algo, con un café al lado.

La joven se quedó parada, mientras sentía que su corazón se aceleraba. Dudó entre si decirle algo o no, pero al ver que él estaba totalmente sumergido en su libro, y que difícilmente podía darse cuenta de su presencia, decidió acercarse a él.

—Hola. Hugo.— le dijo.

Entonces él levantó la cabeza y la miró con gesto pensativo, pero después de unos segundos pareció despertar de sus pensamientos y le sonrió abiertamente.

—¡Carolina!

Ella asintió con la cabeza, sonriendo.

—¡Qué alegría me da verte!— exclamó él, levantándose de su asiento.

La muchacha se rio tímidamente.

—¡Estás hecha toda una adolescente! Ya estarás terminando el instituto, ¿no?

—¡No! ¡Aún me queda el año que viene!

Hugo se veía contento de verla y ella también se sentía feliz.

Él la miró con aire reflexivo y le dijo:

—¿Tienes prisa?

—No.— respondió Carolina.

—¿Te sientas un rato conmigo y charlamos un poco? Te invito a lo que quieras.— dijo él.

—Sí. Vale.— contestó ella.

Los dos se sentaron muy contentos y ella pidió un zumo.

El joven miró el libro que tenía sobre la mesa y lo cerró. Luego se dirigió a su

acompañante:

—Es curioso que nos encontremos. —comentó él—Últimamente he estado pensado en ti y en la conversación que tuvimos hace algunos años. Me llamó mucho la atención que siendo una niña ya querías dedicar tu vida a ayudar a otros. Y años más tarde pude comprobar que hablabas en serio.

Carolina sonrió pero no dijo nada.

—Dime, ¿todavía piensas así?— preguntó el joven.

—Sí.— respondió ella.

Él se quedó pensando y luego le dijo:

—¿Por qué? Quiero decir, ¿qué te impulsa a querer eso y no a hacer algo que te dé dinero o fama o simplemente que te haga disfrutar?

—No sé. Tal vez es que no me interesa ni el dinero, ni la fama, y creo que disfruto viendo a otros un poco más felices.

Hugo sonrió.

—Sí. Llevas razón. Creo que eres una chica estupenda. Quizás tú tengas las ideas más claras que yo.

—¿Claras?— repitió ella —Si ni siquiera sé todavía qué es lo que voy a hacer cuando termine el instituto.

—Bueno, aún tienes tiempo de verlo. Sin embargo yo... estoy terminando la licenciatura y ahora me estoy dando cuenta de que no sé qué es lo que quiero hacer.

La muchacha se quedó callada.

Él la miró, sonriendo con melancolía.

—Uno cree durante toda su vida que las cosas son como siempre le han explicado sus padres, los profesores, los amigos, los medios de comunicación, toda la sociedad... y de pronto, surge algo que no esperas, y te das cuenta de que hay infinidad de cosas que se nos escapan, y que no todo es como parece. Que en definitiva todos o casi todos estamos engañados, y no vemos la realidad de las cosas. Sólo vemos las consecuencias, la cola final del cometa. Todo lo que vemos son apariencias pero no somos capaces de captar lo que está más allá de ellas. No somos conscientes realmente de porqué ocurren las cosas y de qué manera. Creemos que lo sabemos y elaboramos teorías y explicaciones completamente subjetivas, pero en realidad, no sabemos casi nada. ¡Es tan grande el universo y nosotros tan pequeños!... Lo peor es que cuando alguien se plantea estas preguntas y quiere saber más, parece que todos se quisieran poner en contra... Estamos metidos en un sistema, y el sistema no nos deja salir tan fácilmente. Parece como si uno tuviera que luchar encarnecidamente para poder salirse de lo establecido y saltar solo al vacío.

Carolina lo escuchó atentamente.

Él sonrió de nuevo.

—¡Perdona! ¡Vaya rollo que te he contado! ¡Seguramente estarás preguntándote que de qué porras estoy hablando!

—No. No me parece un rollo. Creo que sí te he entendido. No sé exactamente qué es lo que te pasa, pero te he entendido a nivel general, más o menos.

—Sí, bueno, —dijo Hugo, sonriéndole— es que en este momento me estoy planteando algunas cosas importantes de mi vida y creo que es posible que tenga que dar ese salto.

—Ojalá, pudiera ayudarte. —contestó Carolina— Pero yo misma también me siento bastante desorientada. Siento que algo me falta. Que lo que me ofrece la vida no

es suficiente. Que necesito algo más, pero no sé qué. Y... el problema es que esta desorientación mía, está causando muchas tensiones en mi casa. Y eso me hace sentirme muy mal.

Él le cogió la mano y la miró con ternura.

—Carolina, ¿te has planteado que quizás estés buscando algo de tipo espiritual?

—¿Quieres decir, que tal vez tenga vocación religiosa? ¿Hacerme monja, como decía mi hermana? ¡No! ¡No quiero ser monja! ¡Eso sí lo tengo claro!

—Bueno, no necesariamente hay que ser monja o fraile cuando se tienen inquietudes espirituales.

—Sí, claro. Llevas razón.—respondió la muchacha reflexiva. —¿Y en tu caso, también crees que es lo mismo?

—Bueno... es cierto que me planteo muchas cosas de la vida y de mí mismo. Pero a lo que me refería antes es a algo concreto. Es sobre cierta información que me ha llegado, que revoluciona por completo el concepto de la medicina que he estado estudiando en la facultad. Que me desbarata todo lo que he aprendido, y que me fuerza a elegir entre dos caminos muy distintos. Tengo el camino fácil, porque es el aceptado por la mayoría, que me puede dar ciertas recompensas de tipo material: dinero, prestigio, incluso poder. Y tengo el camino difícil, que seguramente no me dará nada de esas cosas, sino más bien lo contrario, pero mi corazón parece decirme que éste es el correcto.

—Pero entonces, Hugo, ya has elegido, ¿no?—le dijo ella.

El joven se quedó pensando unos momentos, y luego le sonrió asintiendo con la cabeza y le contestó:

—Creo que sí.

Después se quedó mirándola detenidamente.

—Gracias Carolina. Sabía que me haría bien hablar contigo. Tienes una magia especial que siempre me hace ver las cosas de otra manera.

Ella se rio con cierta vergüenza y le respondió:

—Pero si yo no he hecho nada. Tú has decidido por ti mismo.

—Sí. Lo sé. Pero al hablar contigo he podido expresar libremente lo que sentía y eso me ha hecho desenredar la maraña de pensamientos y dudas que tenía en mi mente. Y tú, con pocas palabras, me has dado el soplo que necesitaba para ordenar mis ideas. Sí. Definitivamente tú tienes magia. Eres... como una pequeña hada. ¡Sí, eso es, una hadita!

Carolina se rio de nuevo negando con la cabeza, mientras Hugo complacido, se la quedó mirando fijamente.

Al cabo de varios segundos, ella, sintiéndose algo cohibida, bajó los ojos y él al darse cuenta también desvió la mirada hacia otro lado murmurando:

—Pero, ¿qué estoy haciendo?

Luego volvió a dirigirse hacia ella mientras se levantaba, y le dijo:

—Bueno, no quiero entretenerte más. Te deseo que encuentres muy pronto lo que buscas. Pero también te digo que cuando lo halles, no te lo guardes para ti, al menos compártelo conmigo, ¿vale?

La muchacha asintió, mientras se levantaba también.

Él le cogió la mano y se la besó diciéndole:

—¡Qué te vaya muy bien, hadita!

—Gracias. ¡Qué todo te vaya muy bien a ti también!— respondió ella, riéndose.

Y se marchó muy contenta por el encuentro.

Esa escena se repitió montones de veces en la mente de la chica, no sólo durante ese día, sino durante mucho tiempo.

Capítulo 9

Con cada recuerdo, Carolina parecía revivir de nuevo aquellos años de su niñez y de su adolescencia. Muchas cosas habían pasado a lo largo de esos años. Muchas alegres, y muchas muy tristes. Había tenido muy buenos momentos, pero también había pasado situaciones muy duras. Todo eso tenía que haberla marcado necesariamente. Y ella se planteaba que su enfermedad debía tener un porqué. Debía tener una causa.

La muerte de su madre había sido algo muy fuerte para ella, pero un tiempo después de ello, creyó comprender qué fue lo que le ocurrió a su madre. Sin embargo, ahora le habían dicho que era ella la que estaba muy enferma. Esto le daba miedo. Tenía miedo de que todo terminara como con su madre. Pero aún quedaba dentro de la joven una esperanza.

Sin embargo, esa esperanza se basaba en conocer la causa de su enfermedad. Por eso, Carolina buscaba entre sus recuerdos dónde podía estar dicha causa.

La joven se levantó para ir al baño, y al salir, vio que la luz del salón estaba encendida. Fue a ver quién estaba levantado. Era su hermano Carlos. Éste estaba trabajando con el ordenador. Parecía bastante concentrado e interesado en lo que estaba viendo, pues no se dio cuenta de que su hermana estaba allí.

—Carlos,— le dijo ella acercándose a él— ¿qué haces?

El joven pegó un respingo.

—¡Ah, Caro! ¡Me has asustado!— dijo — ¡No te había oído!

Carolina le sonrió.

—¡Sí, ya te he visto muy concentrado!— respondió —¿Estás estudiando?

Su hermano cerró la tapa del portátil y le contestó algo turbado:

—¡Euhh! ¡Sí! ¡Eso es!

Y se quedó mirando el ordenador con cierto aire reflexivo, durante unos segundos. Luego dirigió su atención de nuevo a su hermana y le dijo, con cariño:

—Ven, siéntate conmigo.

Ella se sentó en el sillón a su lado.

—¿Cómo te encuentras?— le preguntó él, mientras le ponía la mano en la frente.

—Más o menos igual. — respondió Carolina.

—Estás un poco caliente, pero no parece que sea mucha fiebre. ¿Te duele mucho la cabeza?

—Un poco, sí.

—¿Crees que puedes aguantar o quieres que te dé algo?

—No. No hace falta. Puedo aguantar. —respondió ella, apoyando su cabeza en el respaldo del sillón. —¿Anastasia ha vuelto ya?

—No, todavía no. Cuando sale con su novio, se le olvida el resto del mundo.

Carolina sonrió. Se fijó en su hermano y se le ocurrió preguntarle:

—Oye Carlos, ¿tú nunca te has enamorado?

Él la miró.

—¿Yo? Tengo demasiado trabajo para pararme a pensar en esas cosas.

—Pero alguien ha tenido que gustarte alguna vez, ¿no? Alguna compañera de clase o del hospital...

—Bueno, nada serio— respondió él, mirando de nuevo hacia el ordenador.

A Carolina le pareció que intentaba desviar su mirada de ella, para ocultarse de alguna manera.

—¿Quién era? ¿Una compañera de clase?— inquirió Carolina.

—¿Quién era quién?— dijo él, como distraído.

—¡Pues la chica que te gustaba! ¿No estamos hablando de eso?

—¡Tú eres demasiado curiosa!— respondió él.

Carolina se rio.

—¿Por qué no me lo quieres decir? ¿Es que la conozco?

Él volvió a mirarla.

—¿Qué más te da?— respondió —De todas maneras, nunca ha habido nada entre ella y yo. Y nunca lo habrá.

Este comentario aumentó la curiosidad de la muchacha.

—¡Venga ya, Carlos! ¡Dímelo! ¡No se lo diré a nadie!

—No. No insistas. Lo que tienes que hacer es irte a la cama.

—¡No podré dormir, pensando quién puede ser!

—¡Sí podrás dormir, y no quieras embaucarme! ¡Venga! ¡Vete ya!

Carolina sonrió y se levantó para irse.

—Está bien. Pero algún día tendrás que contármelo.— le dijo a su hermano.

Y se fue a la cama.

Al principio estuvo pensando quién podría ser, pero no tenía ni la más remota idea.

Después se dio la vuelta y empezó a recordar más cosas de su pasado.

Capítulo 10

Varias semanas después de su último encuentro con Hugo, Carolina decidió que debía sentarse y reflexionar sobre la cuestión que tanto parecía preocupar a su padre: su futuro.

Presionada por la preocupación por su madre, la mente le daba muchas ideas, pero no lograba escuchar a su corazón.

Un día, cansada de tanto pensar, decidió merendar algo. Estaba sola en la casa y aunque ella no solía poner la televisión, de repente le apeteció verla mientras merendaba. Justo en el primer canal que salió, había una película. Ésta contaba la historia de un sacerdote que, por compasión con los niños más pobres y los más apartados de la sociedad, había fundado una escuela para ellos. Carolina recordó que disfrutó mucho cuando, siendo más pequeña, le había dado clases a su amiga Ileana en el hospital, y entonces sintió que eso era lo que ella quería hacer.

Así que, durante la cena, lo dio a conocer:

—Papá. Ya he decidido lo que voy a hacer cuando termine el instituto.

—¡Hombre! ¡Por fin!— exclamó él— ¿Y es?

—Magisterio. Quiero ser maestra.

El padre se quedó pensando mientras la miraba.

—Bueno. Está bien. ¡Si eso es lo que te gusta! Está bien.

Ella sonrió y miró a su madre, que la sonrió también.

—No ganarás lo mismo, ni tendrás el mismo prestigio, pero como parece ser que a ti no te importa, está bien. Algo es algo.— continuó su padre.

—Sí— respondió la muchacha.

Siguieron comiendo hablando de otros temas, hasta que Anastasia le preguntó a su hermano:

—Carlos, me han dicho que Hugo no va a hacer el MIR, y que parece que va a terminar la licenciatura pero que no quiere ejercer, al menos de forma normal. ¿Es verdad eso?

El joven resopló y contestó:

—Totalmente verdad.

Carolina sintió un vuelco en el corazón y se quedó mirando a su hermano.

El padre sintió curiosidad.

—¿Y cuál ha sido la razón?—preguntó éste.

—Pues una muy simple.—respondió su hijo —Se le ha ido la cabeza. De pronto un día comenzó a cuestionar las cosas. Hacía preguntas que no venían a cuento, a los profesores y luego les rebatía. Ponía en tela de juicio casi todo lo que se hablaba. Y entonces empezó a decir que un doctor alemán hizo unos descubrimientos hace algunos años en los que demostraba que la enfermedad, como tal, no existe, y que todo forma parte de un programa con sentido biológico de la naturaleza, y yo no sé qué más cosas. En fin, creo que ha leído algunos libros y ha tratado con alguna gente que le han dejado descolocado, del todo. Ya ves, ahora, cuando ve a alguien que tiene un cáncer o alguna enfermedad grave, dice que se está curando. Definitivamente está loco.

—¡Vaya!— contestó el padre asombrado —¿Pero no lo han expulsado?

—¡No! ¡No!— exclamó su hijo —¡Si es que él ha sido un alumno brillante hasta ahora! Hugo ha sido siempre de los mejores de la clase, pero ya te digo, de pronto se ha vuelto loco, o no sé lo que le habrá pasado. El caso es que ahora no es el mismo. Por supuesto, no está suspendiendo nada, pero hace unos días me dijo que ya no le interesaba lo que le enseñaban en la facultad, porque él buscaba algo más y además, que ya tenía claro que no iba a ganarse el pan de esa manera.

—¡Qué insensato!— dijo el padre.

—Yo he procurado llevarlo a la razón y convencerlo de que estaba cometiendo un error del que se iba a arrepentir, y él, en vez de hacerme caso, ha intentado hacerme partícipe de esas teorías, pero al final tuve que dejarle claro que no me interesaban esas ideas.

—¡Muy bien hecho, Carlos!— exclamó el padre.

—Pero,— intervino Carolina, haciendo acopio de valor —si dice que un doctor alemán hizo esos descubrimientos hace años, ¿por qué no investigas a ver de qué se trataban? A lo mejor lo que dice Hugo no es tan malo como crees.

Todos se quedaron mirándola asombrados.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Carolina?— le regañó su padre.— ¡Qué sabes tú de estas cosas! ¡Haz el favor de comer calladita y no meterte en conversaciones de mayores!

La joven se quedó callada.

—Querido,— dijo la madre — Carolina sólo ha hecho una pregunta. Estoy segura de que no pretendía ser impertinente, ¿verdad, hija?

—¡No la defiendas tú ahora!— respondió el padre— ¿No ves que de estas cosas no sabéis ni tú ni ella? ¡Entonces, no vengáis con preguntas absurdas, que ahora no os vamos a explicar las bases de la medicina! ¡A ese muchacho le han comido el cerebro, y ya está! Y afortunadamente tu hijo tiene los pies en la tierra y no ha caído en la trampa. ¡Carlos, hijo! ¡Quiero que sepas que me siento orgulloso de ti!

—¡Gracias, papá!— contestó el aludido.

—¿Y de mí, qué?— preguntó Anastasia.

—Por supuesto que también, hija. Los dos lleváis muy buen camino. Esperemos que vuestra hermana recapacite y se vuelva una persona más práctica.

Carolina miró a su madre y ésta le sonrió con ternura pero cargada de un cierto matiz de tristeza.

Luego, cuando estaba sola en su cuarto, pensó en Hugo y se dijo: “Parece que ya ha dado el salto al vacío, del que me habló. Ahora todos le critican y no le comprenden. No sé qué tipo de ideas será las que ha descubierto, pero yo confío plenamente en él, y sé que no se ha vuelto loco. Ojalá pudiera tener la oportunidad de decírselo.”

Desde aquel día, Carolina comprendió que la amistad entre Carlos y Hugo se había acabado. Y eso la entristeció mucho.

Capítulo 11

Después de recordar estas escenas, pensó: “¡Qué duro ha sido siempre mi padre conmigo! Pero, ¡qué duro ha sido también con mi madre!... ¡Pobrecita!...”

Carolina siempre se había confiado más con su madre, debido al carácter de su padre. Además éste parecía mostrar continuamente su preferencia por los dos hermanos mayores, especialmente por Carlos, quien se asemejaba fuertemente a él.

Su madre, sin embargo, había sido una mujer muy dulce con sus hijos, y aunque los quería a los tres de igual forma, se daba cuenta de la desventaja que tenía Carolina a los ojos de su marido. De manera que, siempre que podía, intentaba ayudarla y apoyarla. Pero su esposo tenía demasiado temperamento, o ella tenía demasiado poco y no siempre podía auxiliarse.

No es que éste no quisiera a su hija pequeña, pero parecía molestarle que no actuara según él creía que debía actuar. Pues Carolina era aparentemente dócil y tímida, pero en el fondo era una rebelde. Ella no imitaba a nadie, y siempre seguía su propia iniciativa. Se cuestionaba las cosas y eso no le gustaba a su padre que creía que por ser el jefe de familia, todos debían estar de acuerdo con sus ideas y sus caprichos.

De alguna manera, él sentía inconscientemente que la pequeña era una rival camuflada, pues aunque le obedecía sin rechistar en los pequeños detalles de la convivencia, sabía que el grueso de su vida no iba a poder manejarlo a su antojo, ni dirigirlo de ninguna manera posible, tal y como podía hacerlo con sus hijos mayores.

Por eso, tal vez, él utilizaba su privilegio de ser el padre para frenar, en la medida de sus posibilidades, a su hija. Sin embargo, él no era consciente de todo este mecanismo. Y, por supuesto, ella tampoco.

Carolina, en cierto modo, pensaba que sus hermanos eran más afines a su padre, y que era natural que él los alabase y los apoyara. Por ello, no le guardaba rencor. Simplemente veía que las cosas eran así y lo aceptaba.

Sin embargo, la muerte de su madre sí fue un gran golpe para ella. Lo fue para todos, pero la joven se sintió más sola que nunca.

A Carolina no le gustaba recordar aquellos días, pero con todo lo que le estaba pasando, no podía evitar que le viniesen a la memoria situaciones acontecidas durante esa época de su vida.

Capítulo 12

Poco tiempo después, su madre empezó a tener dolores en los huesos, cada vez más fuertes.

Y cuando fue al médico comenzó toda la retahíla de pruebas hasta que le dieron el diagnóstico: tenía cáncer en los huesos.

Enseguida comenzaron las sesiones de quimioterapia.

Su madre actuaba delante de todos como si no le diera importancia, de hecho, no quería hablar del tema. Pero Carolina sabía que, en el fondo, su madre tenía mucho miedo a morir, porque varias veces la escuchó llorar encerrada en su cuarto.

En una ocasión, su madre la miraba con pena, y le dijo:

—¿Qué va a ser de ti, si me pasa algo? Tus hermanos ya se valen por sí. ¡Pero tú! ¡Eres aún tan joven! Prométeme, Carolina, que harás un esfuerzo por llevarte bien con tu padre.

—¡No digas esas cosas, mamá! ¡No te va a pasar nada! ¡Vamos a estar mucho tiempo juntas!— respondió su hija.

Ella la miró con ternura y le acarició la cabeza, mientras se le saltaban las lágrimas.

—¡Pobre hija mía!— dijo.

Carolina la abrazó fuertemente.

Poco después le dijeron que el cáncer estaba también en el pulmón y en la mama izquierda. Continuaron con la quimioterapia y después la radioterapia...

Pero su cuerpo no lo resistió, y un par de días después de una de aquellas sesiones, murió.

Carolina nunca se había imaginado su futuro, puesto que siempre había estado a la expectativa de lo que surgiera, pero, desde luego, con lo que no contaba era con que a los diecisiete años, su madre ya no iba a estar más con ella.

Para toda la familia fue un golpe muy duro, pero la muchacha no terminaba de reaccionar.

En el tanatorio, veía el cuerpo de su madre y pensaba que en cualquier momento iba a abrir los ojos y la iba a llamar. Todo su mundo se derrumbó de tal manera, que no era capaz de asimilar la situación. Ella seguía esperando, porque no podía admitir que ya todo había terminado. De hecho, durante las horas siguientes a la muerte de su madre, no pudo llorar.

Durante el velatorio en el tanatorio, muchos familiares y amigos se acercaron a ver a la familia de Carolina. Ella permaneció sentada en un sillón sin hablar nada. Cuando se le acercaba alguien para darle el pésame, la joven no decía nada. Permanecía con la mirada perdida, recordando muchos momentos pasados con su madre.

Incluso vinieron sus amigos, pero ella apenas los escuchaba. Los chicos intentaron animarla, pero la muchacha terminó diciéndoles:

—Perdonad, pero no tengo ganas de hablar. Ni tampoco de que me habléis. Es mejor que me dejéis sola. Ya nos veremos otro día.

Ante esta respuesta, ellos no pudieron hacer otra cosa que irse más entristecidos.

Anastasia se sentó a su lado y le dijo:

—Caro, todos estamos muy afectados por esto, y nos desahogamos hablando y llorando, pero tú no. Di algo, no te estés tan callada.

—Es que no sé qué decir. —contestó ella, con la voz muy tenue— Y además no tengo ganas de hablar. Tengo un nudo muy doloroso en la garganta, pero no puedo llorar.

Anastasia le cogió la mano y se quedó con ella.

Sin embargo, como la gente seguía llegando, la hermana mayor tuvo que levantarse para saludar y recibir las condolencias.

Poco a poco, fue quedando menos gente en la sala y el padre de Carolina y su hermano se salieron al pasillo.

Al cabo de un rato, apareció por la puerta Hugo. Al principio, Carolina no se dio cuenta, porque estaba mirando hacia el suelo tratando de evadirse de aquel lugar y de lo que representaba. Pero en algún momento, escuchó la voz de él y levantó la vista viendo que el joven abrazaba a su hermana. Luego se separaban y Hugo decía algo en voz baja y Anastasia asentía.

Después de unos minutos, él se acercó hasta Carolina, que seguía sentada en el sillón. Se agachó delante de ella, la miró con ternura, cogió sus manos y le dijo en voz baja:

—Hola Carolina.

La joven sintió que el nudo de su garganta empezaba a doler muy fuerte, y no pudo contestar.

Entonces Hugo acarició suavemente una mejilla de la muchacha y ella, sin pensar, llevó su mano a la mano que le acariciaba y la agarró fuertemente.

—¿Cómo estás, hadita?— le preguntó él, con mucha dulzura.

Carolina notó que el nudo de su garganta empezaba a romperse y con la voz temblorosa y las lágrimas a punto de saltar, le contestó:

—Hugo, mi madre se ha ido.

—Lo sé.— respondió él, con delicadeza.

La joven rompió a llorar, por fin. Él se sentó a su lado y la abrazó, y ella lo abrazó también, liberando a través del llanto toda la tensión que había acumulado.

El padre de Carolina, y sus hermanos se dieron cuenta de ello y se mantuvieron al margen, por el momento.

Cuando ella se calmó, se separaron y Hugo le preguntó:

—¿Estás mejor?

La muchacha asintió con la cabeza, mientras intentaba encontrar un pañuelo para secarse las lágrimas y limpiarse la nariz.

Él sacó un pañuelo de su bolsillo, y se lo dio. Ésta se limpió, e hizo ademán de devolvérselo, pero luego cayó en la cuenta del estado en el que se lo regresaba y lo guardó en su bolsillo.

—Yo esperaba que se curaría. —dijo la joven, con pena— Pero... no ha sido así.

El joven cogió de nuevo las manos de la muchacha, esperando a que ella siguiese hablando.

Ésta lo miró, pero se le volvía a hacer el nudo en la garganta. Suspiró profundamente y con la voz rota le dijo:

—¡Esto es muy duro, Hugo!

—Lo sé. Pero no debes olvidar que no estás sola y que es mejor que hables y te desahogues.

—Ya. — dijo ella, con dificultad — Eso dicen todos. Pero...

Se quedó callada pensando, con la vista fija en ninguna parte, sumergiéndose de nuevo en los recuerdos con su madre.

—Pero, ¿qué?— preguntó él, sacándola de su sueño.

Carolina lo miró de nuevo.

—Ella me quería.— dijo.

—Claro que sí. — contestó él.

—Pero ahora que se ha ido... ¿quién me va a querer?

—Pero hadita, ¡todo el mundo te quiere! Tu padre, tus hermanos, tus amigos....

La joven bajó los ojos con pena.

—Ahora mismo, tu padre y Carlos estaban muy preocupados por ti. Me lo acaban de decir en el pasillo. Y Anastasia también.

—Sí, ya lo sé.— dijo— Pero... ¡mi padre es tan duro conmigo!... Y mis hermanos... ¡los siento tan lejanos!

Entonces empezó a llorar otra vez, mientras decía:

—Mi madre y yo hablábamos mucho... Teníamos nuestras confidencias... Ahora, ¿con quién compartiré mis cosas?... ¿Mis penas y mis alegrías?... ¿mis anhelos y mis miedos?

Hugo, al verla tan desconsolada, la abrazó de nuevo, hasta que se calmó.

—¡Cómo me gustaría poder ayudarte! ¡Pero, no sé de qué manera!— le dijo pensativo.

Carolina lo miró y sonrió levemente.

De pronto, recordó la situación del joven y de que su padre y sus hermanos ya no tenían una buena opinión de él.

—Ya sé que diste el salto al vacío.— dijo la muchacha, secándose las lágrimas con el pañuelo de él.

Hugo hizo un gesto de extrañeza.

—Sé que cogiste el camino difícil.— aclaró ella— Que no has seguido estudiando ninguna especialidad y que decidiste no pasar consulta.

—¡Ah! ¡Ya entiendo!— exclamó él —Bueno, no es exactamente así. Sí paso consulta, pero utilizo otros métodos diferentes de los que me enseñaron en la facultad. Supongo que te lo diría Carlos.

—Sí. Hace tiempo que quería tener la oportunidad de decirte que aunque haya mucha gente que esté en tu contra, yo tengo confianza en ti, y en que lo que estás haciendo es lo correcto.

El joven sonrió y le acarició la mejilla.

—Gracias, Carolina. Di este paso totalmente convencido, pero tu apoyo significa mucho para mí.

Y los dos se quedaron mirándose unos momentos.

Pero entonces el padre de la muchacha se acercó.

—Carolina, hija. No deberías de entretener tanto a este joven. Ha sido muy amable en venir a darnos el pésame, pero no debes abusar de su amabilidad. Déjalo irse ya, que es muy tarde y seguramente querrá irse.

Hugo comprendió que lo estaban echando, pero Carolina no.

—Hugo, ¿tienes que irte ya?— le dijo ésta, mientras le miraba con ojos de súplica.

—Bueno...—respondió él, dándose cuenta de las dos posturas enfrentadas del padre y de la hija, y reflexionando rápidamente qué contestar — si no le importa, creo que me quedaré unos minutos más con Carolina— dijo, mirando abiertamente al padre.

Éste, que esperaba que Hugo fuera a coger su indirecta y se iría, se quedó sorprendido y no supo qué contestar, así que tras unos segundos, volvió a dirigirse a su hija diciéndole:

—Bien. Unos minutos más. Carolina, cuando termines de hablar con este joven, quiero tratar contigo algo importante.

Ella se quedó extrañada por lo que su padre le decía, pero al final no le dio mayor importancia.

—Hadita, creo que voy a tener que irme.— dijo Hugo, cuando el padre se había retirado.

Ella suspiró.

—¡Ojalá no tuvieses que irte todavía! No esperaba que fueras a venir, pero te estoy muy agradecida por hacerlo. Ahora, aunque estoy muy triste, ya no siento la tensión que tenía y ese nudo en la garganta que parecía que me iba a estallar... Pero, de todas maneras, ¡todo esto es tan doloroso!... Y sin embargo, mañana no va a ser mejor. No sé qué va a ser de mí sin ella.

—Vas a tirar hacia delante y te va a ir muy bien, porque eres una chica muy valiente. Y estoy seguro de que, de todo esto que estás pasando, algo bueno tendrá que salir.

Ella suspiró.

—No sé. Quizás. Pero de momento, ¡todo lo veo tan gris! No sé, Hugo. No puedo imaginarme la vida sin ella. —estas últimas palabras las dijo cargadas de emoción —Mi madre sabía que iba a pasar esto.

Y se puso a llorar otra vez, mientras continuaba hablando:

—Sí. Ella lo sabía. Me pidió que le prometiera que haría un esfuerzo para llevarme bien con mi padre. Pero yo... no es que no me quiera llevar bien con él. Es que no puedo hacer todo como él quiere, porque a veces va en contra de mi naturaleza.

El joven le acarició la mejilla, secándole las lágrimas.

—Seguramente que ella no quería que hicieras todo lo que él te diga, sino que procuraras que haya buena armonía entre vosotros, y sobre todo que aprendas a quererlo tal y como es él.

—Pero yo le quiero.— dijo Carolina —Y también quiero a mis hermanos. Pero es como si viviésemos en mundos distintos. No hay esa conexión que debiera haber entre nosotros... Supongo que debe ser culpa mía, pues soy yo la diferente. Pero no puedo evitarlo.

—No es culpa de nadie. La diferencia no tiene por qué crear distancias. Cuando uno quiere, puede encontrar el hilo conductor. Y tú puedes hacerlo, porque ya lo has hecho antes.

—¿Antes?— preguntó ella, sintiéndose más calmada, y sorbiendo por la nariz — ¿Cuándo?—

—Cuando lograste unir a una chica rumana, otra boliviana, un chico chino, otro pakistaní y dos chicos de aquí. Todos tan diferentes, pero todos amigos y unidos.

Carolina se quedó pensando.

—Bueno, eso no fue difícil. Sólo eran diferencias superficiales.

—Es igual. ¿Crees que las diferencias que hay entre tú y tus hermanos o tu padre no son superficiales?

La muchacha siguió reflexionando.

—Sí. Supongo que sí. O al menos, que son diferencias salvables.

—Además no debemos olvidar algo muy importante. —dijo Hugo.

—¿El qué?— preguntó ella, extrañada.

—Que tú tienes magia.

Ella sonrió y él también, quedándose los dos mirándose, de nuevo.

Y, de nuevo, volvieron a interrumpirlos. Pero esta vez era Carlos.

—Bueno, Hugo, te agradezco que hayas venido, pero ahora deseamos estar solos, en familia. Tenemos cosas que hablar.

El joven se levantó y al hacerlo, vio que el padre de Carolina estaba mirándole muy serio.

—Carolina, tengo que irme ya. Pero antes, espera un momento... —y sacando un bolígrafo y un trozo de papel de su cartera, escribió algo y luego le dio el papel a ella— Mira, éste es mi número de teléfono. Llámame cuando quieras hablar o lo que sea.

Ella lo cogió, lo miró y luego se lo guardó en el bolsillo.

Carlos observó esta escena en silencio, pero bastante serio.

—Hugo, muchas gracias por venir. — dijo ella, con una sonrisa cargada de tristeza.

Y notando que el nudo de la garganta se le volvía a formar, se levantó también y se abrazó al joven. Éste, a pesar de que tenía a su antiguo amigo allí al lado supervisando todo, no pudo evitar abrazarla también con fuerza.

Luego se dijeron adiós, mirándose a los ojos, y después Hugo se marchó.

Carolina se quedó allí con un sabor agrídulce, pues a pesar de todo por lo que estaba pasando, las palabras y el consuelo del joven le habían dado un poco de vida, aunque a ella le hubiera gustado que él se quedara más tiempo.

Miró a su hermano y a su padre esperando aquello tan importante que tenían que hablar. Pero su padre le dijo:

—Carolina, ahora no es momento. Ya hablaremos en casa cuando haya terminado todo.

Capítulo 13

Ya habían pasado tres años desde entonces, pero aún podía sentir parte del dolor de aquellos días.

Se preguntó si la leucemia que le habían diagnosticado tendría que ver con todo aquel sufrimiento.

Sin embargo, aún quedaban buenos y malos momentos que había vivido desde entonces hasta que se le declaró la leucemia.

Y cada vez tenía más claro que era necesario recordar esas experiencias que habían marcado su vida, para poder llegar a la raíz de su dolencia actual.

Después de la incineración de su madre, Carolina, su padre y sus hermanos volvieron a su casa. Cada uno se fue a su cuarto para intentar descansar. Pero ella no podía. Sólo tenía ganas de llorar, y su mente no hacía otra cosa que recordar a su madre.

Por la noche, apenas cenaron. Y aunque su padre intentaba mantenerse calmado, Carolina podía sentir en su forma de actuar y en su rostro que el sufrimiento también lo estaba inundando. Sus hermanos tampoco tenían muchas ganas de hablar. Así que se retiraron todos pronto y se fueron a acostarse.

Al día siguiente, su padre estaba en el salón hablando con Carlos, cuando entró la muchacha.

—Carolina, dime una cosa. — preguntó el padre con suavidad —¿Ayer te dio ese joven que fue amigo de tu hermano su número de teléfono?

—¿Te refieres a Hugo? Sí, me lo dio.— respondió ella.

—¡Ah! Y dime, ¿le has llamado?

—No. Todavía no.

—Muy bien, hija. A ver, ¿me lo pasas, un momento?

Carolina se sorprendió de que su padre quisiera tener el teléfono de Hugo.

—Bueno— contestó —Voy a buscarlo. Espera.

La muchacha se fue a su cuarto, y abrió el cajón de su mesita de noche. Cogió el papel que le había dado Hugo y se lo llevó a su padre.

Éste lo cogió, lo miró y luego se lo guardó en un bolsillo.

—Pero...— empezó a decir Carolina, sorprendida — papá, cópialo y me devuelves el papel, que yo no lo he registrado aún en el móvil.

—Muy bien. Como debe ser.— respondió él.

—No entiendo. ¿Cómo que como debe ser? ¡Papá, cópialo y devuélvemelo!— exclamó la muchacha, sospechando que le estaban haciendo una jugarreta.

—¡No me hables así, niña! ¡No te lo voy a devolver!— le respondió su padre con el tono más fuerte.

—¡No tienes derecho a quedártelo! ¡Dámelo!—dijo ella, empezando a enfadarse.

Carlos miraba a su hermana y a su padre, sin decir nada, muy serio.

—¡Pero bueno! ¿Qué pasa aquí?— exclamó el padre —¿Vamos de mal en peor? ¿Tú te crees que esas son formas de hablar a tu padre? ¡Vete a tu cuarto a estudiar!

—Hugo me lo dio, y no tienes derecho a quitármelo.

—Claro que tengo derecho. Soy tu padre y tú eres menor de edad.

Carolina se quedó callada unos segundos. Sabía que no servía de nada enfrentarse a su padre porque él tenía la sartén por el mango. Además recordó la promesa que le había hecho a su madre. Si quería conseguir algo, tenía que hacerlo por las buenas.

—Pero, papá, ¿por qué haces esto? ¿Qué hay de malo en que yo tenga su teléfono?

—Lo hago por tu bien. Carolina, hija, tú eres aún muy joven y eres demasiado ingenua. Tú no te das cuenta de que ese joven es un embaucador.

—¡No! ¡Eso sí que no!— respondió ella —¡Hugo es la mejor persona que he conocido nunca!

—Pero Caro, —intervino Carlos — ¿Cómo hablas así, si apenas lo conoces? ¿Cuándo le has tratado tú? ¿Cuándo eras niña, un par de veces que yo lo traje a casa? ¿Eso es todo?

—No. Es que yo me he encontrado después con él varias veces y hemos tenido largas conversaciones.

—¿Cuándo?— preguntó su hermano asombrado, y mirando a su padre de reojo.

—Pues, varias veces. Hace... tres años y luego... hace un año.

Su padre se rio.

—Eso demuestra que llevo razón: eres muy ingenua. Bien, en todo caso no quiero que tengas ninguna relación con él.

—¿Pero por qué? ¿Lo estáis juzgando mal porque no quiso seguir con la especialidad y porque ahora está trabajando con otro tipo de medicina?

—¡O sea, que ya te ha hablado de ello!— exclamó el padre —Tal y como sospechamos, ¿te das cuenta, Carlos?

Éste asintió, pensativo.

—¡Carolina, te prohíbo que hables con ese joven!— le mandó su padre —¡Temo que te llene la cabeza de pájaros, como él! ¡Ni más eso nos faltaba!

—Estás equivocado totalmente. Estás juzgando sin saber.— respondió la muchacha.

—¡Bueno, ya está bien!— exclamó su padre, bastante alterado —¿No te das cuenta de que te ha estado embaucando? ¡Ese tipo es un seductor! ¡Pero un seductor muy inteligente y además sin ninguna vergüenza! Cuando se presentó allí para darnos el pésame, le creí y me pareció que fue amable por su parte el llegarse. Pero luego se aprovechó de tu dolor y empezó a hablarte dulcemente y a abrazarte. ¡Qué descaró! Y además tuvo la desvergüenza de quedarse cuando le dije sutilmente que se fuera.

—No. Hugo no es así.— contestó ella, tratando de mantenerse con calma —Estás diciendo cosas que no son. Estás transformando todo. Él no me embaucó. Yo estaba muy dolida, sí, y él me consoló y me trató con cariño, pero no me perdió el respeto ni se aprovechó de mí en ningún momento. Estás viendo cosas que no son, porque tienes prejuicios contra él. Carlos, díselo tú. Tú le conoces mejor que yo. Vosotros habéis sido amigos durante varios años. Díselo.

Carlos se quedó mirando a Carolina que esperaba ansiosa su respuesta con un gesto de sufrimiento en su cara que logró enternecerlo.

—Si quieres mi opinión, papá, te diré que puede que Hugo se haya desviado en relación con la medicina, pero te puedo asegurar que en todos los años que he estado con él, nunca le he visto hacer mal a nadie. Es una persona de noble corazón y por

supuesto, no es un seductor, y ni siquiera un embaucador. Cuando empezó con todas esas teorías, yo intenté convencerlo a él de que estaba equivocado, pero él no me forzó en ningún momento para convencerme. Él sólo quiso explicarme algunas cosas, pero yo me negué y él me respetó. Estoy seguro de que en el velatorio fue sincero y que lo único que pretendió fue consolar a Carolina. Recuerda que le dijimos que estábamos muy preocupados por ella porque no hablaba, ni lloraba, y parecía como perdida. Él al menos hizo que ella reaccionara. No sé cómo lo hizo, pero lo cierto es que lo hizo. No puedo creer que quisiera aprovecharse de Carolina. Él no le haría daño. Además, yo estuve allí a su lado al final, y no vi mala idea en ningún momento.

Carolina miró a su hermano asombrada por la sinceridad con la que le había hablado a su padre. No era usual que Carlos fuera tan franco, llevando la contraria a su padre. Además dijo mucho más de lo que ella esperaba. En ese momento se dio cuenta de dos cosas: una era que Hugo era mejor persona todavía, de lo que ella pensaba, y la otra era que su hermano estaba empezando a liberarse de los condicionamientos de su padre.

Éste se quedó también muy asombrado y luego respondió:

—Está bien. Te creo, Carlos. Tal vez lo he juzgado demasiado prematuramente. Sin embargo, Carolina, sigue mi prohibición de que te relaciones con él y por supuesto, no te voy a dar el teléfono.

—Vale.— respondió ella —Si no me quieres dar el papel, no me lo des. Y si quieres prohibirme que hable con él si me lo encuentro, prohibemelo. Puedes prohibirme todo lo que quieras. Pero yo actuaré según mi conciencia.

Y antes de que su padre pudiera decirle algo, se fue corriendo a su cuarto.

Se tumbó en su cama, metió la mano bajo la almohada y sacó el pañuelo que Hugo le había prestado en el velatorio. Ella misma lo había lavado. Luego se lo llevó a la mejilla, y lo apretó con fuerza, mientras cerraba los ojos tratando de imaginar la cara de él. Y así logró dormirse con un pensamiento más feliz.

Los primeros días después de la muerte de su madre, fueron bastante duros para todos. Carolina se mantuvo en su cuarto la mayoría del tiempo, alternando lloros, sueño y algo de estudio, pues era el mes de abril y el último curso estaba a punto de terminar y debía hacer un esfuerzo para terminar.

Al cabo de dos días volvió al instituto. Sus amigos la acogieron con mucho cariño, pero ella aunque ya se comunicaba, tampoco estaba con demasiadas ganas de charla, así que más bien se quedaba con ellos sólo escuchando sus conversaciones con el deseo de distraerse un poco.

Al volver a casa se encontró con que su padre y su hermano estaban enfermos. Parecía que habían cogido un catarro bastante fuerte. Así que entre ella, Anastasia y Eloisa estuvieron atendiéndolos.

De alguna forma, esto parecía distraer un poco su atención de la pérdida de su madre, pero por otro lado, les parecía que las penas no venían solas y que estaban pasando una mala racha.

Curiosamente, también su padre sufrió por aquellos días algunos problemas en la piel y andaba algo desmemoriado.

Al poco tiempo, Carolina empezó a notar ciertas molestias en su seno izquierdo. Sin embargo, no dijo nada a su padre, sino que rezaba como solía hacer desde que era pequeña, y se encomendaba a la misericordia divina. Y vio que con el tiempo, aquello fue desapareciendo.

La joven, a pesar de todo, tuvo que poner mucha voluntad para poder concentrarse en estudiar, y al final logró finalizar el curso con notas más que aceptables. Su padre reconoció el esfuerzo de su hija pequeña y comenzó a darle mayores muestras de afecto, a pesar de su genio. Y al poco, él también empezó a ver que las manchas de la piel iban desapareciendo.

El verano pasó y Carolina empezó a estudiar magisterio. Todos sus amigos eligieron otras profesiones, así que al principio, aunque ella no se aisló de sus nuevos compañeros, tampoco hizo ninguna amistad en particular.

Llegó el invierno, y un día, después de las vacaciones de Navidad, mientras desayunaba con su hermana, notó que ésta parecía preocupada. Le preguntó:

—Anastasia, ¿qué te pasa?

La otra joven la miró pensativa.

—Caro, ¿puedo confiarte un secreto?

—¡Claro! ¿Tienes algún problema?

—Prométeme que no le dirás nada a papá ni a Carlos.

—Está bien. Te lo prometo.

—Es que tenía que haber terminado la regla hace varios días, pero sigo sangrando y además me duelen un poco los ovarios. Temo que tenga algo malo.

Carolina se quedó callada pensando qué decir.

—¿Pero tienes mucha hemorragia?— inquirió.

—No. Es muy poco, pero me está pareciendo muy raro. Quizás no sea nada grave, pero después de lo de mamá, la verdad es que... no sé. El caso es que tengo cita con una ginecóloga del hospital a la que le he consultado. Es la primera vez que me hago una exploración de este tipo. Caro, ¿Quieres venir conmigo?

—¡Claro! Iré contigo. Ya verás como no será nada.

—¡Eso espero!

Aquella tarde fueron a ver a la ginecóloga y ésta le dijo que se trataba de un pequeño quiste, y que no era nada grave.

De hecho, al día siguiente ya dejó de sangrar.

Anastasia se quedó mucho más tranquila y Carolina también.

Capítulo 14

Todos estos recuerdos le producían cierta melancolía a Carolina. Miró el reloj y eran casi las dos de la noche.

Se levantó de nuevo para ir al baño, y luego quiso ir a la cocina a por un vaso de agua. Entonces vio que aún había luz en el salón. Entró y allí seguía Carlos.

—¿Aún sigues estudiando?— dijo la joven.

Él la miró, sorprendido.

—¿No puedes dormir?— le preguntó.

—No me termina de venir el sueño— contestó ella —Pero me he levantado para ir al baño y ahora iba a beber un poco de agua... ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Por qué te quedas hasta tan tarde, si mañana es sábado y tienes todo el fin de semana libre?

—¡Ah, pues...!— el joven, parecía no saber qué decir — Es que... tampoco tenía sueño y me interesa mucho esto que estoy estudiando ahora...

—¡Ah!— respondió ella, pensando que su hermano se estaba comportando un poco raro —Bueno, pues entonces no te distraigo más.

—¡Espera, Caro!— dijo él, cerrando la tapa del portátil y levantándose para acercarse a la muchacha.

Carolina se paró y él le miró detenidamente y le dijo:

—Caro, reconozco que muchas veces no he sido el mejor hermano del mundo contigo, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea y que todo lo que yo pueda hacer para que te cures, estoy dispuesto a hacerlo.

Ella se emocionó al escuchar las palabras de Carlos y sonrió, aunque también se le saltaron las lágrimas.

—¡Gracias, Carlos! Lo sé. Sé que en la medida de tus posibilidades, me ayudarás... Me has echado una mano varias veces... y no olvido que me ayudaste mucho cuando lo pasé tan mal por lo del novio de Anastasia.

El joven se quedó pensando y luego la miró fijamente y contestó:

—¡No me lo puedo creer!... ¡Es cierto! ¡No me acordaba de eso!... ¡Es verdad que lo pasaste muy mal!

Ella sonrió.

—Sí, pero ya todo aquello pasó y está más que superado. — dijo.

— ¡Sí, claro! —exclamó Carlos — ¡Eso es!

Ella no supo qué quería decir con aquella exclamación, pero no tuvo tiempo de pensarlo, porque él le dijo en un tono de cariño:

—¡Anda, Caro, acuéstate ya! ¡Tienes que descansar! ¡Ya deberías de estar durmiendo desde hace horas!

Y le dio un beso.

—¡Está bien, ya me voy! ¡Voy a beber agua y me acuesto!— respondió ella, contenta por el afecto de su hermano.

Al llegar a su cuarto, se acostó con la esperanza de poder dormirse enseguida.

Así que cogió el pañuelo de Hugo que lo tenía bajo su almohada, lo desdobló y lo colocó encima de la almohada, y después apoyó la cabeza sobre él, como solía hacer

cada noche, desde hacía tres años.

Después cerró los ojos y esperó pacientemente el sueño.

Pero aún se sentía desvelada y empezó a recordar más cosas:

En aquel primer año de magisterio, antes de la primavera, el profesor de filosofía tuvo un accidente y tuvo que tomarse una baja temporal. Así pues, trajeron a una profesora sustituta.

A los pocos días empezó a nacer una cierta conexión entre ésta y Carolina. Se trataba de una mujer bastante sensible y parecía algo diferente de los demás. La muchacha disfrutaba mucho de sus clases.

A veces se quedaban hablando después de la clase, y un día Carolina le comentó cuáles eran sus aficiones literarias. Al día siguiente la profesora le llevó un libro de poemas de un místico cristiano muy conocido. La joven lo estuvo leyendo en su tiempo libre y se quedó encantada con él.

Más adelante en el tiempo su profesora le prestó otro libro de un místico hindú, y Carolina, después de leerlo, también se quedó maravillada de la hermosura de aquel texto.

Algún tiempo después, la profesora le pasó otro libro, en esta ocasión de un místico sufí. Y aunque Carolina se daba cuenta de que no llegaba a ser capaz de comprender todo el contenido de aquellas palabras, sintió que no eran palabras vanas, sino que al igual que en los libros anteriores, algo dentro de ella recibía un alimento distinto.

Así, cada vez que terminaba de leer un libro, la profesora le pasaba otro. Y de esta manera, la joven, que tanto había gustado de leer libros de mitología, dio un paso más y pasó a la mística de diferentes culturas y religiones.

En una ocasión en la que ella se encontraba tumbada en el sillón completamente embebida en la biografía de un yogui, su padre la vio, se acercó a ella, le cogió el libro y le echó un vistazo:

—Carolina, ¿de dónde sacas estas cosas?

—He estado leyendo algunos libros que me dejó mi profesora de filosofía y...

—¿Tu profesora de filosofía?—le cortó su padre con el ceño fruncido— ¿Pero qué tipo de filosofía es ésta? ¡A ver si voy a tener que ir a hablar con ella y preguntarle que qué es lo que le está enseñando a mi hija!

—¡No papá! ¡Esos libros me los ha dejado porque yo se los he pedido!— exclamó ella, temiendo que su padre fuera a complicarle la vida a la profesora. —Pero eso no lo estudiamos en clase.

—¡Pues deja de pedirle esos libros y no pierdas más el tiempo en esas tonterías! ¡Deja ya de soñar tanto y dedícate a estudiar, que es tu obligación!— respondió él.

—Papá, no podrás quejarte de mí. Sabes que voy bien en mis estudios. Y no estoy haciendo nada malo. Sólo son cosas que me interesan. En la vida no es sólo trabajar o estudiar.

—No, ¿eh? ¡Pues si yo me dedicara a hacer las cosas que me interesan, no sé quién iba a sostener esta familia! ¡Pero, claro! ¡Si yo me tiro todo el día trabajando, para que a mis hijos no les falte nada, eso no tiene ningún valor!

—No quería decir eso. Sólo intentaba explicarte que uno tiene derecho a...

—¡Bueno, ya está bien!— le cortó él— ¡No voy a discutir más! ¡Carolina, deja ya esas cosas y dedícate a tus estudios! ¿Me has entendido?

—Está bien, papá. Me dedicaré a mis estudios— respondió ella, diciéndose para

sus adentros: “Y sobre todo al estudio de mí misma”.

Desde entonces, leía en su cuarto.

Sin embargo, a pesar de que todas esas lecturas la alimentaban de una forma especial, llegó un momento en que ella empezó a sentir que quería algo más...

Y por fin, terminó el curso y llegó el verano.

Un día, Carolina decidió buscar por ella misma otros libros del mismo estilo en la biblioteca.

Cuando estaba ojeando uno entre las estanterías, se le acercó Nicoleta, la hermana mayor de su amiga Ileana.

—¡Hola Carolina!— le dijo Nicoleta.

—¡Hola, Nicoleta! — respondió Carolina, gratamente sorprendida.

Las dos jóvenes se dieron un par de besos.

—¿Qué tal? ¿Cómo te va?— preguntó Nicoleta.

—Bien. Estoy estudiando magisterio. ¿Y tú, cómo estás?

—Pues no me va mal.— contestó Nicoleta— Terminé auxiliar de enfermería, y estoy trabajando en una clínica privada.

—¡Qué bien! Me alegro mucho. ¿Y cómo está Ileana?

—Bien también. Ella está haciendo derecho.

—Sí. Eso sí lo sabía ¿Y sigue saliendo con Khalid?

—Sí. Siguen juntos.

—¡Me alegro! ¡Están hechos el uno para el otro!— exclamó Carolina.

La joven rumana sonrió.

—¿Y cómo está tu familia? — preguntó Nicoleta, fijándose en el libro que Carolina sostenía entre sus manos.— Supe lo de tu madre. Aunque sea un poco tarde, lo siento.

—Gracias. Sí, ya más o menos nos hemos acostumbrado a la falta de mamá, aunque seguimos echándola de menos. A veces veo a mi padre un poco taciturno y siento pena por él. Por eso no me importa cuando a veces me regaña o me habla con dureza, porque en el fondo creo que es sólo una manera de evadirse de su tristeza. Aunque mi padre siempre ha sido bastante duro, pero la muerte de mi madre ha sido un palo también para él y siento que, al menos moralmente, lo ha debilitado bastante.

—¿Y tú cómo estás? Ileana me dijo que estabas muy afectada.

—Sí. Bueno, ya te digo: nos hemos ido acostumbrando. En mi caso, ha habido días en los que me acordaba mucho de ella y, por no deprimirme, intentaba buscar alguna escapatoria, algo que me hiciese olvidar. Pero he llegado a la conclusión de que ésa no es la forma.

—No. Claro que no.— respondió Nicoleta —Oye, ¿te apetece que nos tomemos algo en la cafetería de enfrente y hablamos más cómodas que aquí?

—Vale.— contestó Carolina.

Y mirando el libro que había estado ojeando, le dijo:

—Bueno, espera un momento, que voy a registrar este libro, que me lo voy a llevar.

—De acuerdo.— respondió la otra joven.

Cuando llegaron a la cafetería se pidieron dos limonadas y se sentaron en una mesa.

—No he podido evitar ver el libro que has cogido.— confesó Nicoleta —¿Has

leído otros libros de este autor?

—No, ¿lo conoces?

—Sí. Este libro es muy bonito. Te cuenta los primeros pasos que dio este hombre en su búsqueda espiritual. Pero tiene más y en ellos habla de un cierto trabajo psicológico que la persona debe hacer sobre sí misma para conocerse realmente.

—¡Ah! ¡Eso me interesa mucho! Pero no tenía ni idea de que a ti también te llamaban estos temas.— dijo Carolina

—Sí. Desde hace bastante tiempo. Empecé con algunos libros más... podríamos decir más ligeros y poco a poco he ido encontrando otras enseñanzas más profundas.

—Oye, pues pásamelos, o dime los títulos o los autores para poder buscarlos.

—Vale. Pero tú ¿qué libros has leído?— preguntó Nicoleta

—Básicamente libros de místicos de diferentes religiones. Me los ha ido prestando una profesora y todos me han gustado mucho. Pero ahora, como ya no hay clase, me he decidido a venir a la biblioteca para ver qué encontraba.

—Mira, si quieres, ahora nos llegamos otra vez y buscamos alguno de los que te digo.— propuso Nicoleta.

—Muy bien. Pero cuéntame algo de lo que has aprendido ya.— dijo Carolina.

—Vale. Los libros¹ de los que te hablo son más bien filosóficos e incluso de psicología. Pero al leerlos uno se da cuenta de que tratan de una filosofía y una psicología que no son las corrientes. Se tratan de ideas, conceptos y prácticas que conducen a buscar la verdadera sabiduría, a buscar la verdadera identidad del hombre, a buscar el verdadero Ser interior de la persona.

—¡Ay, Nicoleta! ¡Eso es lo que yo estoy buscando desde hace mucho tiempo! ¡Qué suerte que nos hayamos encontrado!

La otra joven sonrió.

—Bueno, quizás no sea sólo suerte...

—Pero cuéntame más,— le instó Carolina.

—Pues, por ejemplo, he aprendido que en cada instante existen dos mundos ante nosotros: un mundo exterior que captamos a través de los cinco sentidos, y un mundo interior que descubrimos mediante el sentido de autoobservación de sí mismo. Que en este mundo interior es donde se desenvuelven nuestros pensamientos..., nuestros anhelos..., nuestros deseos..., nuestras alegrías..., nuestras frustraciones..., nuestros temores..., nuestras ilusiones, etc. Y que nosotros vivimos más en nuestro mundo interior que en el exterior. ¿Entiendes?

—Sí. Eso está bastante claro.

—Pues, bien, este mundo interior es como una ciudad que llevamos dentro de nosotros, en la que viven gentes de todo tipo: hay gentes caritativas, amables, serviciales, trabajadoras..., pero también hay muchas otras que son envidiosas, avariciosas, tiranos, egoístas, perezosos, glotones, soberbios, lujuriosos, celosos, etc. Y aunque parezca que cada uno de nosotros somos una persona individual, dentro de ti, o dentro de mí, o dentro de cualquier persona hay muchas personitas, que son los habitantes de esa ciudad interna. Pero cada una de esas personitas es independiente de las demás. Por ello, no es nada fácil tener una continuidad de propósitos, ya que unas veces se manifiesta en nosotros una personita de nuestra ciudad interior particular, pero después puede manifestarse otra personita diferente que puede que no esté de acuerdo con la anterior. Eso se ve exteriormente cuando uno piensa que va

¹ Véase: http://judas—iscariote.org/para_emprender_el_vuelo.html

a hacer algo y después ya no quiere hacerlo. En el primer momento, la primera personita se había manifestado queriendo hacer algo y después, fue una segunda personita diferente la que surgía del interior, no queriendo hacer eso. O por ejemplo, cuando uno afirma que siempre será fiel a tal persona, o a tal idea, y luego rompe su fidelidad. En el primer caso, una personita de su ciudad interior quiere ser fiel a alguien o a alguna idea, pero luego sale otra personita, que no tiene nada que ver con la primera, y que no es fiel a ese alguien o esa idea. Pero lo peor de todo esto es que cada una de esas personitas se cree la única. Por eso, cuando decimos yo quiero esto, o yo no quiero esto, en realidad en cada caso interviene una personita diferente, en cada caso interviene un “yo” diferente. Evidentemente, todo esto que ocurre en nuestro mundo interior, sólo puede ser captado por uno mismo, y no por los demás seres que le rodean. Porque uno puede autoobservar sus propios pensamientos, deseos, emociones... pero no puede observar los pensamientos, los deseos y las emociones de otra persona.

—O sea que lo que quieres decir es que aunque yo me veo como una persona, me veo que soy Carolina, pero en realidad dentro de mí hay muchas Carolinas diferentes.

—Sí. Algo así. Pero entre esas Carolinas de tu interior, no hay ningún nexo. Cada uno de esos personajes es totalmente independiente. Puede ser que a veces se asocien, como por ejemplo un “yo” de rabia con otro de amor propio, o con otro de celos, o con otro... de gula, por ejemplo. Pero cada uno de ellos tiene su propio interés.

—Pero, ¿y por qué no nos damos cuenta de ello?— preguntó Carolina.

—Porque al no ser visible en el mundo exterior todo este proceso, la mayoría de los seres humanos no son conscientes de esto, puesto que para darse cuenta de ello hay que utilizar el sentido de autoobservación, que es el que nos permite captar todo lo que ocurre en nuestro mundo interior. Pero desgraciadamente, la mayoría de los seres humanos tenemos atrofiado este sentido por la falta de uso. Estamos acostumbrados a identificarnos con las cosas que ocurren en el mundo exterior, y aunque lo que sentimos y pensamos acerca de esas cosas ocurre en nuestro mundo interior, no prestamos atención a esto y por ello, no somos conscientes de esos procesos. Se podría decir que nos olvidamos de nosotros mismos, por estar identificados con el mundo exterior. Por ejemplo, una persona te insulta: eso forma parte del mundo exterior. De hecho las palabras del insultador, no pueden hacerte nada, son sólo palabras, no es un arma de fuego o un cuchillo, son sólo palabras. Sin embargo, si tú te olvidas de ti misma y te identificas con esas palabras, en tu ciudad interior puede moverse un “yo” de amor propio que se siente herido y luego otro “yo” de ira que reacciona gritando o incluso algo peor. Exteriormente podría parecer que lo lógico es que si te insultan tienes que reaccionar, pero en realidad, si te paras a verlo con objetividad, de forma consciente, te das cuenta de que has sido manejada por dos personitas de tu ciudad interna, por dos “yoes” que se han manifestado a través de ti ¿Entiendes?

—Sí, creo que sí.

—Pues todas estas cosas tan cotidianas para el ser humano, permanecen desconocidas para la mayoría, sólo por el hecho de no hacerse consciente de que existen esos dos mundos.

—¿Quieres saber algo?— dijo Carolina —En el fondo, creo que ya había intuido todo esto antes, por eso la verdad es que no me resulta extraño nada de lo que me has contado.

—Sí. Eso mismo me pasó a mí. Y creo que es porque en el fondo de nosotras mismas, está la conciencia que sabe esto y cuando lo escucha o lo lee lo reconoce.

Carolina asintió.

—¡Nicoleta, vamos rápido a la biblioteca a buscar ese libro que me has dicho!

Ésta sonrió y las dos chicas se levantaron para pagar e irse a la biblioteca.

Aquello fue el principio de una serie de enseñanzas, cada vez más profundas, que fueron llegándole poco a poco y que se fueron gravando en ella, de tal manera que su forma de ver la vida comenzó a ser muy distinta de cómo la veían los que estaban a su alrededor. Pues aprendiendo a conocerse a sí misma, empezó a conocer un poco más a los demás.

Después de recordar estas escenas, y sintiendo que el sueño empezaba a envolverla, se acurrucó, cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, eran cerca de las 11, cuando Carolina se despertó. Se levantó y fue al baño. Después se dirigió a la cocina. Allí estaba Eloisa.

—Buenos días Eloisa.

—Buenos días Carolina. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco mejor. Voy a tomar algo para desayunar.

—Muy bien, niña. Siéntate que ahora mismo te sirvo algo. Tus hermanos todavía no se han levantado. Ya sabes que los sábados aprovechan para descansar.

—Sí, ya.

La joven se sentó y se puso a observar a aquella mujer.

—¿Sabes, Eloisa? Tú sí que eres una verdadera enfermera.— dijo Carolina.

—¿Yo? ¡Anda ya, niña!—exclamó la mujer, sonriéndole

—Sí. —dijo Carolina— Te lo digo en serio. Lo he visto claro con mi madre. Tú le hiciste mucha compañía y además le hacías reír, aun cuando estaba tan mal.

—Tu madre era una mujer excepcional. Y la pobre aguantó mucho. Tú te pareces a ella. Eres la que más se le parece. Tus hermanos son diferentes.

Carolina sonrió.

—Dime, niña, ¿cómo te sientes con todo esto que está pasando?— le preguntó la mujer.

—¿Te refieres a mi enfermedad?

—Sí.

La joven se quedó pensando, acordándose de algunas cosas que le había escuchado a Hugo varios años atrás.

—Pues físicamente me encuentro mal, pero por otro lado pienso que tal vez no sea tan grave como parece.

—Eso está bien. Hay que tener un buen ánimo. Eso es muy importante.

—Sí— respondió ella reflexiva.

—Bueno, niña, tengo que dejarte que tengo que terminar la plancha. Llámame si me necesitas.

—Vale. No te preocupes.—

La joven desayunó tranquilamente, mientras recordaba de nuevo.

Capítulo 16

Después de aquel encuentro con Nicoleta, se dieron los números de teléfono para quedar en otra ocasión y compartir impresiones.

La siguiente vez que se vieron, varias semanas después, quedaron en otra cafetería.

—He estado leyendo el libro que me recomendaste, y me ha parecido, al igual que cuando hablamos, que es cierto. Que todo esto es cierto.— comentó Carolina.

Nicoleta sonrió, asintiendo.

—En algunos momentos en que me he encontrado verdaderamente triste,— continuó Carolina —especialmente cuando lo de mi madre, pero también en otras ocasiones, buscaba evadirme de eso, pero ahora comprendo que es mejor agarrar el toro por los cuernos. Ahora, lo que hago es autoobservarme y ver qué es lo que se mueve dentro de mí. Tal y como he entendido, estoy atenta a mis pensamientos, a mis emociones y a los impulsos motores, instintivos o sexuales que puedan surgir de mi interior, ¿no es así?

—Sí.— respondió Nicoleta —Es así como se manifiestan esas personitas y es eso precisamente lo que debemos de autoobservar. Para poder descubrir qué personita de nuestra ciudad interior particular, es decir, qué “yo” es el que se está moviendo a través de una.

—Eso es.— dijo Nicoleta— Claro que me resulta más fácil cuando lo hago por las noches, cuando me acuesto y estoy tranquila, o por la mañana cuando me despierto temprano. La mente se me va aquietando conforme voy estando atenta a los pensamientos que me surgen, y además me doy cuenta de que cada vez son más sutiles. Sin embargo, lo difícil es hacerlo cuando estoy con otra gente, porque me cuesta trabajo estar pendiente de lo que me dicen y, al mismo tiempo, de mi interior, pero creo que poco a poco voy haciendo mis pinitos.

—Sí, más o menos como yo. Pero no olvidándose una de sí misma en cada momento, ya las cosas las ve de otra manera. Lo importante es estar consciente de uno mismo en cada instante, y así no se identifica con lo que ocurre a su alrededor. Al principio cuesta más, pero a medida que se va practicando se va consiguiendo con más facilidad.

En ese instante entró Carlos con otros dos jóvenes en la cafetería. De repente vio a Carolina y se extrañó. Entonces se acercó a su mesa.

—Caro, ¡esto sí que es raro! ¡Verte a ti en una cafetería!

La joven se rio.

Su hermano, que hasta entonces no se había fijado en la compañía de Carolina, dirigió su vista a Nicoleta y se quedó parado, como sorprendido.

Ésta, al verlo a él, también se quedó sorprendida.

Carolina, que intuyó que algo pasaba, dijo:

—Nicoleta, éste es mi hermano Carlos. Carlos, ésta es mi amiga Nicoleta.

Carlos le saludó con la cabeza y mirándola muy serio sólo dijo:

—Hola.

Nicoleta contestó, algo cortada:

—Hola.

El joven se quedó mirándola unos segundos más y después se dirigió a su hermana:

—Bueno... pues... hasta luego.

Y se fue con sus amigos a otra mesa situada en el otro extremo.

Carolina se quedó mirando a su amiga. Ésta estaba pensativa.

—¿Pasa algo?—preguntó Carolina.

—No. No pasa nada.— contestó Nicoleta.

—¿Tú conocíais a mi hermano de antes?— preguntó Carolina, extrañada.

—Bueno...sí. La verdad es que conocía a tu hermano de vista, pero nunca he hablado con él. Y tampoco sabía que era tu hermano.

—¿Y dónde lo habías visto?— inquirió Carolina, curiosa.

—Pues... en el hospital, cuando Ileana estuvo ingresada.

—¡Ah, ya! ¿Y desde entonces te acuerdas? ¡Qué memoria!

—Bueno, es que lo veía bastante a menudo. De hecho, varias veces vino a ver a mi hermana con el médico que la llevaba. Debía de estar haciendo prácticas allí, como Hugo.

—¡Ah! ¡Claro!— respondió Carolina sonriendo, mientras recordaba a su adorado amigo.

Ésta dirigió su atención hacia la mesa en la que estaba sentado su hermano y vio que él estaba pendiente también de ellas, pero al darse cuenta de que Carolina también lo miraba, se quedó pensativo y luego le hizo un gesto para que se acercara. La joven se sintió incómoda por la petición sin palabras que le hacía su hermano y se quedó dudando. Pero la verdad es que sentía curiosidad, y finalmente le dijo a Nicoleta:

—Perdona, voy un momento al lavabo.

La otra asintió y Carolina se levantó y se fue al lavabo, se lavó las manos preguntándose a sí misma que cómo había llegado a esa situación tan embarazosa de simular algo que no era, pero se dijo que una vez que ya se había metido, tenía que continuar. Así que se secó las manos, y al salir de los lavabos, se encontró a Carlos esperándole en el pasillo de los aseos.

—¿Qué pasa, Carlos?

—¿Desde cuándo conoces a esa chica?— le preguntó él, en voz baja.

—Desde hace mucho tiempo. Es la hermana de una amiga del instituto.

—¿Entonces sabes que es rumana?

—Claro que sí, ¿por qué?

El joven se la quedó mirando.

—¡Tenía que haberme imaginado que a ti te daba igual!—exclamó.

Carolina se quedó observándole, creyendo comprender ese comentario y después le respondió:

—A lo mejor yo tengo que imaginarme que tú tienes algún prejuicio con eso.

Su hermano guardó silencio unos momentos, y luego contestó:

—¿Es que no sabes la fama que tienen los rumanos?

—Ya veo. Sí. Es que todos los rumanos son iguales. Los cerca de veintidós millones de rumanos son iguales. Como también todos los franceses son iguales y todos los españoles somos iguales.

Carlos se quedó callado pensativo.

—¿La conoces bien?

—Tanto su hermana como ella son intachables.

—¿Intachables? Bueno, conozco a su hermana y a sus padres. Los conocí en el hospital hace varios años. Su familia me pareció ser de condición social bastante baja.

—¿Te refieres a que son una familia humilde?

—Bueno..., sí. Eso es.

—Yo creí que para el médico, no existen diferencias sociales.— dijo Carolina.

—No. Para el médico no. Pero para las relaciones personales, eso ya es otra cosa. Los médicos también tienen su vida particular, aparte del ejercicio de la medicina.

—Pues, perdona Carlos, pero me parece una hipocresía, porque se supone que el médico verdadero tiene que sentir la vocación en su sangre y debe ver a todo el mundo por igual, tanto en el momento en el que está ejerciendo su profesión como en su vida personal.

Él se quedó callado, y luego dijo:

—Supongo que llevas razón. En aquellos días me di cuenta de que Hugo iba a verlos a menudo. Y varias veces lo vi en los pasillos hablando con tu amiga. Incluso pensé que había algo entre ellos. Hablé con él e intenté hacerle ver que debía tener cuidado en relacionarse con aquella familia. Pero Hugo me dijo que no veía ningún problema en ello, y que tal vez yo debía darme cuenta de que tenía prejuicios. Le dije que no eran prejuicios sino precaución y le pregunté que de qué los conocía, a lo que él me contestó que la enferma era la amiga de una amiga. Ahora estoy pensando que se refería a ti. Seguramente no quiso decírmelo creyendo que te íbamos a decir algo en contra.

—Sí. Seguramente. — respondió Carolina, recordando que le hizo prometer a Hugo que no le diría nada a su hermano de que estaba yendo al hospital a ver a Ileana. —Bueno, esta conversación está durando mucho y Nicoleta me está esperando.

— Sí, anda, ve con tu amiga.

Los dos salieron del pasillo y miraron hacia Nicoleta, pero ésta se había dado la vuelta esperando ver a Carolina salir de los lavabos y comprendió que habían estado juntos hablando. Carlos, algo cohibido, se fue a reunirse con sus amigos, y Carolina regresó a su mesa.

Cuando se sentó, las dos muchachas se miraron.

—Me parece que a tu hermano no le caigo muy bien, ¿verdad?— preguntó Nicoleta.

Carolina dudó cómo contestar sin herir a su amiga.

—¿Por qué dices eso? Si no habéis hablado nunca, ¿cómo puedes caerle mal?— dijo evadiendo una respuesta.

Nicoleta sonrió con poco convencimiento.

—Bueno, no importa, Carolina. No te preocupes. ¿Has terminado ya el libro?

—No. Aún me queda un poco. Es que lo leo y lo releo intentando comprender bien, y voy bastante despacio.

—Está bien. Pero lo importante ya sabes que no es leer y leer, sino llevarlo a la práctica.

—¡Sí, claro!— exclamó Carolina —Pero dime, esto es sólo el principio, ¿verdad?

—Sí. Luego aprenderás que cada una de esas personitas, cada “yo”, tiene encerrada en su prisión particular, dentro de nuestra ciudad interior, una pequeña parte de nuestra conciencia. Te darás cuenta de que la única manera de liberarla es

eliminando a cada una de esas personitas, es decir, a cada uno de esos “yoes”. Y de esa forma, la verdadera conciencia saldrá a la luz manifestándose claramente, con todos sus atributos y poderes. Como les ocurre a los verdaderos Maestros, que son conscientes cada momento y poseen una verdadera unidad psicológica.

Carolina se quedó pensando en lo que le decía su amiga y se planteaba cómo podría ser aquello.

Capítulo 17

Después de recordar estas escenas, la joven se levantó para meter su servicio de desayuno en el lavavajillas.

Luego se fue al salón. Su padre estaba leyendo el periódico.

—Buenos días, hija. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días, papá. Sigo teniendo dolores en los huesos y me siento con muy pocas fuerzas, pero al menos no tengo náuseas, ni fiebre.— respondió ella, sentándose medio recostada a su lado.

Él la miró sonriendo con melancolía.

—¡Te pareces tanto a tu madre!

La joven sonrió también.

—La sigues echando mucho de menos, ¿verdad?— dijo ella.

—Sí. Y creo que a ti también te falta, ¿a que sí?

Carolina asintió con la cabeza.

El padre suspiró.

—Bueno, hija, ya verás cómo esto pasará rápido. Cuando queramos darnos cuenta, ya estarás bien otra vez. Llevándome la contraria, como siempre.

Su hija se rio.

El padre la miró sonriendo.

—Carolina, ya sé que nunca te lo digo, pero tú sabes que te quiero, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí, papá. Yo también te quiero.

—Tal vez te parezco muy exigente, pero es porque me preocupo por ti y quiero lo mejor para ti.

—Ya lo sé. Aunque muchas veces no estamos de acuerdo, sé que quieres mi bien.

—Así es.— respondió él, contemplándola con una inusual ternura —Sí. Te pareces mucho a tu madre.

Carolina siguió sonriendo, recordando a su madre.

—Bueno, me voy a mi despacho que quiero contestar algunos correos antes de comer, que por la tarde quiero ir al club.

—Vale.

Carolina se tumbó en el sillón y siguió recordando.

Capítulo 18

A lo largo del año, ella y Nicoleta, se hablaban por teléfono, se enviaban correos electrónicos, y se vieron varias veces, para hablar de sus inquietudes comunes.

En una de esas ocasiones, abordaron otro aspecto del trabajo psicológico:

—Hay una práctica muy efectiva que te puede ayudar mucho en el trabajo interno: se trata de la meditación.— dijo Nicoleta —Además con esa técnica puedes llegar a silenciar tu mente y lograr que la conciencia se refuerce y se motive más para el trabajo interior. Es muy fácil, verás: primero coges una postura cómoda, por ejemplo acostada en tu cama o sentada en un sillón y si te ves preparada sentada en postura de yogui. Luego, con los ojos cerrados, relajas bien el cuerpo, desde los pies, hasta la cabeza. Y después te concentras en un mantram. Por ejemplo, en el mantram: “Gate, gate, paragate, parasamgate, bodhi, suaja”.—

—¡Espera un momento! ¿Y qué es eso de un mantram?— inquirió Carolina.

—Mira, el sonido produce efectos visibles y tangibles para todo el mundo. Por ejemplo, una cantante de ópera, con su voz puede hacer que se rompa una copa. Una nana, puede dormir a un niño, o por ejemplo con una palabra se puede animar, dar fuerzas, alegrar..., y con otras se puede hacer todo lo contrario. Tú que has leído la Biblia, debe sonarte esto: “En el principio era el verbo y el verbo estaba con Dios y el verbo era Dios, por él todas las cosas fueron hechas y sin él nada de lo que es hecho hubiera sido hecho”.

—Sí, claro— dijo Carolina.

—Pues bien, los mantrams son palabras de poder. Las vibraciones de esas palabras, de esas letras, de esas múltiples combinaciones de sonidos, despiertan los poderes latentes en el ser humano. En este caso, este mantram sirve para lograr que la charla mental del ego se vaya acallando, hasta que la mente se quede totalmente en silencio, y de esa manera la conciencia, podríamos decir, que se libera temporalmente, cogiendo fuerza y ánimo para seguir trabajando interiormente con la disolución del ego.

—¿Y cómo se hace el mantram? ¿Se dice tal cuál?

—Se hace un poco cantado, alargando las últimas sílabas. Mira, así: Gaateeeee, gaateeeee, paragaateeeee, parasamgaateeeee, boodhiiii, swaaa jaaaa

—¡Ah! ¡Ya veo! ¡Espera que lo voy a apuntar!— dijo Carolina buscando papel y lápiz en su bolso.

Nicoleta se lo dictó y ella tomo nota, muy incentivada. Después le preguntó a su amiga:

—¿Y cómo debo hacerlo? ¿Así de viva voz?

—Al principio lo puedes hacer de viva voz varias veces, pero la misma relajación te pedirá que lo vayas haciendo cada vez en voz más baja, para luego continuar de forma mental. Pues de esta forma también hace efecto el mantram, si estás concentrada, claro.

Carolina sonri, satisfecha.

Y aquella noche ya la puso en práctica, teniendo sus primeros resultados.

Los meses pasaron y llegó el siguiente verano. Un día que quedaron en la biblioteca, Carolina vio en el tablón de anuncios un cartel que anunciaba una conferencia sobre el origen de las enfermedades, para el día siguiente.

Como todavía seguía teniendo muy reciente el proceso de su madre, se sintió atraída por el tema. Así se lo dijo a Nicoleta, y ésta decidió acompañarla.

Tomaron nota del sitio y de la hora y quedaron para verse en el lugar indicado. Era un salón de actos de un centro público y la charla era completamente gratuita.

Carolina tuvo algunas complicaciones de última hora y, temiendo llegar tarde, le envió un mensaje a su amiga para que entrara y le reservara un asiento.

Per, afortunadamente, llegó un par de minutos antes. Sin embargo, la otra joven ya estaba dentro.

Carolina entró y buscó con la mirada a su amiga. Entonces vio que ésta se encontraba en la primera fila, hablando con Hugo.

Una mezcla de alegría y de nerviosismo la llenaron por completo hasta el punto de paralizarla. Se dijo a sí misma: “tranquila, tienes que acercarte, si no ¿cómo vas a poder hablar con él?”.

En ese estado, luchando por recordarse a sí misma, para contrarrestar la pérdida de control de su cuerpo, se fue acercando hasta ellos.

Nicoleta la vio venir y así se lo indicó a Hugo. Él se dio la vuelta y al verla, su cara se iluminó con una gran sonrisa.

La joven se paró delante de él.

—¡Carolina!,—exclamó el joven— ¡no puedes imaginarte lo feliz que me siento de verte aquí!

Ella, sintiendo que sus nervios desaparecían, se rio, dichosa.

—¡Yo también estoy muy contenta de verte! —respondió.

—¡Anda, ven aquí!— exclamó él, mientras se acercaba a ella y la abrazaba.

Ella, completamente feliz, lo abrazó también.

Así estuvieron unos segundos.

Cuando se separaron, Hugo la miró con ternura y le dijo:

—Pequeña hada, ¿cómo estás?

—Estoy bien. Ya he superado lo de mi madre. Me acuerdo mucho de ella, pero ya no me dan ganas de llorar.

El joven no dejaba de mirarla sonriente.

Una mujer se acercó a ellos.

—Perdona, Hugo. Si te parece, voy a presentarte ya. —le dijo.

Él le contestó:

—Está bien. Dame un minuto.

La muchacha lo miró asombrada. Entonces comprendió que era él quien iba a dar la conferencia.

Hugo dio un paso atrás para poder ver también a Nicoleta y les dijo:

—¿Tenéis tiempo después de la charla para que hablemos un rato?

—Yo no creo que pueda.— dijo Nicoleta— Me he escapado de casa lo justo para la conferencia, pero no puedo volver muy tarde.

—¡Ah! ¿Y tú, Carolina?

Ella asintió, y él sonrió.

—¡Estupendo!— exclamó el joven —¡Tengo muchas ganas de hablar contigo!

—Yo también.— respondió Carolina.

Hugo se dirigió hacia la mujer que le había hablado antes y las chicas se sentaron.

La mujer presentó a Hugo y éste empezó la conferencia.

Capítulo 19

Entonces el joven empezó a exponer cómo, hacía algunos años, un doctor alemán: el Doctor Hamer, descubrió cinco leyes biológicas que explican cómo se producen las enfermedades, de qué manera se procesan y cómo el cuerpo se cura de manera natural, sin necesidad de artificios en la mayoría de los casos. Y que de esta manera se comprendía que una enfermedad no es algo maligno, ni se trata de que el cuerpo no funcione bien, sino que es una reacción natural biológica del organismo para ayudar a la persona cuando está bajo los efectos de un estrés emocional y mental.

Luego estuvo aclarando cada una de esas cinco leyes, de manera muy sencilla, para que pudieran entenderle personas de todos los niveles culturales.

Les explicó que la primera ley definía que la enfermedad comenzaba cuando una persona recibía un choque traumático, inesperado, que le pillaba a contrapié y que lo vivía en soledad. Y que esto ocurría al mismo tiempo en la psiquis, en el cerebro y en un órgano. Les aclaró que éste era el caso de los cánceres y de otras enfermedades graves, pero también de otras enfermedades menores.

También les dijo que dependiendo del tipo de conflicto, se alteraban unos órganos u otros y en el cerebro también se marcaba en un sitio o en otros.

Después les habló de la segunda ley que consistía en que si ese conflicto se solucionaba, se producían dos fases en el proceso de la enfermedad.

La primera era la fase activa que comenzaba en el momento de recibir el impacto, el choque del conflicto. Explicó un poco los síntomas que se tenían en esta fase, la cual se caracterizaba porque la persona estaba en estrés emocional y mental, perdía el apetito, sufría de insomnio, tenía las manos y pies fríos y otros... y además en un escáner cerebral sin contraste se podría ver, que aparecía una especie de anillos nítidos en forma de diana.

La segunda fase de la enfermedad, o fase resolutive, empezaba en el momento en que se solucionaba el conflicto. Entonces la persona sentía un alivio y un bienestar claros y el cuerpo reaccionaba con mucho cansancio, debilidad, sueño durante el día, retención de líquidos, dolores de cabeza y mareos, incluso era cuando podían venir las infecciones, la fiebre, las hemorragias, y en el escáner cerebral se podría ver que aquellos anillos en forma de diana que aparecieron en la primera fase, se convertían en un edema. Es decir que la mayoría de las veces, cuando uno se sentía enfermo es porque ya había solucionado el conflicto.

En esta segunda fase, llegaba un momento culmen en el que se producía una crisis en la que la persona podía sentirse todos los síntomas más agudos, como formando un pico. Y tras esa crisis, entonces comenzaba a orinar, eliminando la acumulación de líquidos y el edema cerebral comenzaba a disminuir, y la persona ya comenzaba a sentir apetito, a dormir mucho, a sentirse más aliviada y relajada, etc... expresándose de esta manera que el organismo estaba reparándose en busca de volver a la normalidad.

Aclaró que la gravedad de una enfermedad dependía de la intensidad y de la duración de la fase activa, puesto que si era muy larga o muy intensa, la reparación era

también más fuerte. En ese caso, se podría ayudar al cuerpo a resolver de forma suave, mediante ayudas externas no dañinas.

Luego aclaró que los tratamientos con quimio y radio detenían totalmente la curación de los cánceres y en el caso de la cirugía, salvo en algunos casos, también era inútil e incluso perjudicial, pues como el organismo iba a seguir trabajando, si por ejemplo la persona estaba en fase activa, el cáncer o la enfermedad que tuviese, iba a volver a salir, puesto que era una respuesta biológica al conflicto. Por eso, después de este tipo de tratamientos, volvían a recaer. Y si estaba en fase de resolución, este tipo de terapias eran tan agresivas que en la mayoría de los casos se producía otro conflicto que hacía que se complicara más la situación del enfermo.

También dijo que las personas que se curaban después de estos tratamientos, en realidad, no era como consecuencia de los mismos, sino de su propia naturaleza que había logrado seguir adelante “a pesar” de la quimioterapia y de la radioterapia.

Después, de una manera muy resumida, por falta de tiempo, explicó que según la tercera ley, el organismo se dividía en tres tipos de tejidos diferentes que se formaban desde el desarrollo embrionario. En cada tipo de tejido u hoja embrionaria se encontraban unos órganos u otros. Y cada una de estas hojas tenía una función en el organismo, de forma que según como fuesen los conflictos, afectaban a los órganos de una capa o de otra.

Por ejemplo, no eran lo mismo los conflictos de desvalorización, que los de ataque, o los territoriales, o los más básicos que eran los relacionados con la respiración, el alimento o la reproducción.

Y por otro lado, también dependiendo de cada hoja embrionaria, el organismo trabajaba de forma distinta en las fases activa y resolutive del conflicto. Así, en unas capas, por ejemplo, en la fase activa había proliferación celular y en la resolutive, decremento celular, sin embargo en otras, se ulceraban en la fase activa y en la resolutive se producía la proliferación celular. Todo ello había que conocerlo bien, para saber por ejemplo si cuando un enfermo estaba teniendo crecimiento de un tumor, éste se encontraba en la fase activa o en la resolutive, y así actuar en consecuencia.

Seguidamente, hizo también una pequeña introducción a la cuarta ley, que explicaba que según esas capas embrionarias, también actuaban los hongos, las bacterias, las micobacterias y los supuestos virus, y que éstos no eran perjudiciales, como se creía, sino que se encargaban de hacer la labor de limpieza en la segunda fase de la enfermedad, haciendo que el órgano volviese a la normalidad. Puso el ejemplo de la tuberculosis, y de cómo ésta aparecía cuando una persona por un conflicto fuerte de miedo a morir creaba durante la fase activa un cáncer de pulmón, pero que al solucionarse dicho conflicto, venía la fase resolutive o reparadora y entonces aparecía la tuberculosis, que no era otra cosa que las bacterias limpiando el tumor que se había creado en la fase activa del conflicto. Si se dejaba actuar a estas bacterias de forma normal, al final, cuando el trabajo estuviese hecho, la persona volvía a la normalidad.

Por último habló un poco de la quinta ley, recalcando que lo que se conocía por enfermedad, no era algo que se producía por un capricho de la naturaleza, ni tampoco era algo malo, sino que se trataba de un programa biológico especial que ayudaba al organismo a sobrevivir ante un conflicto.

Y que lo mismo ocurría con los animales, sólo que estos tenían conflictos reales, mientras que en el ser humano podía tratarse tanto de conflictos reales como figurados, es decir que la persona los sentía como si fueran reales.

Aclaró también que la metástasis, no había sido demostrada científicamente y que se trataba sólo de una teoría en la que la medicina oficial se había basado como si realmente se tratara de un hecho demostrado.

Explicó que cuando se producen otros cánceres, no es por que se ha extendido el primero, sino que ha sucedido porque la persona ha recibido nuevos impactos y ha creado nuevos conflictos, como por ejemplo, el típico impacto de cuando el médico le dice que tiene un cáncer. Entonces el enfermo comienza a tener miedo a la muerte y luego se le podría generar un cáncer de pulmón, o si ha temido por cómo van a poder vivir sus hijos, podría formársele un cáncer de hígado, o la persona se desvaloriza por la enfermedad y eso podría originársele un cáncer de huesos, etc...

Para terminar, estuvo comentando la importancia de no tener miedo a la enfermedad, entendiendo que era un proceso natural del cuerpo para defenderse ante los impactos que nos llegaban. Cuando una persona se sentía enferma, era fundamental conocer cual había sido el conflicto que le había originado ese estado. Si no lo había resuelto, debía de buscar la manera de resolverlo, y si sí lo había resuelto, debía de tranquilizarse y dejar que el organismo actuara, tomándose el reposo que le era necesario y en casos muy graves, ayudándose con terapias no agresivas, e intentado aislarse de otras posibles fuentes de conflictos. Era muy importante también, en el caso de tener relación de muy cerca con alguna persona enferma, ayudarle a que ésta no se sintiese sola, ni desamparada, y, por supuesto, no agobiarla con más problemas, tranquilizarla, y darle siempre esperanza.

Les dio algunas direcciones de páginas web, les recomendó algunos libros y por último les dijo que había un pequeño grupo en la ciudad que trabajaba con esta medicina, la cual era conocida como la Nueva Medicina Germánica. Este grupo impartía cursos de formación y además pasaban consulta a pacientes.

Los asistentes tenían muchas preguntas que hacerle y él respondió a todas.

Poco después todos salían conversando acerca de lo que habían escuchado.

Capítulo 20

Como Hugo estaba rodeado de personas que habían acudido a él después de la conferencia, para hacerle consultas personales, Carolina y Nicoleta decidieron salir con el resto de la gente a la calle.

—¿Qué te ha parecido?— preguntó Nicoleta.

—Pues me ha parecido muy lógico. Ahora comprendo porqué Hugo dio el paso que dio. ¡Es que es un nuevo enfoque de la enfermedad y de la medicina!

—Pienso lo mismo que tú. Esto es bastante revolucionario y sería ideal que se utilizara en los hospitales.

—He pensado que ahora que ya estoy más tranquila con lo de la muerte de mi madre, voy a preguntarle a qué pudo ser debida.— dijo Carolina, pensativa.

—Sí. Yo haría lo mismo que tú. Siento no quedarme con vosotros, pero tengo que irme sin más remedio. ¿No te importa?

—No, claro que no.— respondió Carolina, pensando para sus adentros: “¿Cómo me va a importar estar a solas con él?”.

—Bueno, lo voy a esperar para despedirme, si no tarda mucho.— dijo Nicoleta mirando el reloj.

—Vale.— contestó Carolina.

De pronto le vino un recuerdo de un comentario que le había hecho Ileana cuando estuvo en el hospital, acerca de Hugo y de su hermana.

—Nicoleta, ¿puedo hacerte una pregunta personal?— se atrevió a preguntar.

Su amiga la miró con curiosidad.

—Sí. Dime.

—¿Alguna vez ha habido algo entre tú y Hugo?— dijo Carolina con el corazón encogido.

—¿Entre Hugo y yo?— repitió Nicoleta —¡No! ¡Claro que no! ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—No sé. Creo que tuvisteis una buena relación cuando Ileana estaba en el Hospital.

—Sí. Bueno, él fue muy amable con mi hermana y con mi madre. Y también conmigo. Nosotras estábamos muy agradecidas, pero nada más que eso. Desde luego, aunque me resultaba muy agradable y simpático, yo no estaba interesada en él desde un punto de vista romántico, y él tampoco me dio nunca muestras de que yo le gustara. ¿Por qué me preguntas eso?

—¡No! ¡Es que me he acordado que Ileana pensaba que te gustaba!

—Mi hermana estaba equivocada.— respondió ella pensativa — Totalmente equivocada.

Como Hugo no salía, Nicoleta se asomó al salón de conferencias y vio que estaba aún hablando con algunas personas.

—Carolina, me voy, porque no sé cuándo va a terminar. Dile que me he tenido que ir, pero que me ha gustado mucho la conferencia.

—Vale.— contestó Carolina.

Las dos muchachas se despidieron con un par de besos.

Después de diez minutos esperando, Carolina empezó a pensar: “Tal vez no tenía que haber quedado con él. Seguro que esas personas tienen cosas más importantes que preguntarle, que mi conversación.”

Dio un par de vueltas alrededor de la puerta del salón y siguió pensando: “Cuando papá vea que no estoy en casa, a lo mejor se preocupa, porque yo no salgo nunca tan tarde... ¿qué hago? No lo quiero preocupar, pero ¡tengo tantas ganas de estar con Hugo!”

Metida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que el joven salía, por fin.

—¡Ah! ¡Temí que te hubieras marchado!— exclamó él alegremente, cuando la vio.

Ella sonrió, aliviada.

—Ven, te invito a tomar algo.— dijo el joven.

Carolina aceptó más contenta.

Mientras caminaban buscando algún lugar donde cenar, él le preguntó:

—Dime, ¿qué piensas de este tema?

—Me ha parecido muy interesante. —contestó ella— y muy lógico. Por cierto que Nicoleta me ha dicho que te dijera que le ha gustado también la conferencia, pero que no se podía quedar.

Él sonrió satisfecho.

—¿Y cómo es que se os ha ocurrido venir?— le preguntó.

—Pues vi un cartel en el tablón de anuncios de la biblioteca y me llamó la atención. Pero lo que no se me pasó por la cabeza fue que eras tú quien daba la conferencia.

Hugo se rio.

—¿Qué tal está tu familia? ¿Cómo le va a Carlos?— le preguntó a la joven.

—Pues, bien. Sigue con pediatría.— contestó ella.

El joven sonrió.

—¿Y Anastasia?

—Ella ya ha terminado. Está pasando consulta en medicina general.

—¿Y tú? ¿Eres ya misionera?

Carolina se rio.

—No. Todavía no. Estoy estudiando magisterio.

—¡Así que vas a ser maestra!

—Sí. Cuando termine quiero irme a algún sitio donde los niños tengan menos oportunidades de estudiar, y crearé una pequeña escuelita.

—¡Ah! ¡Entonces sí te vas a hacer misionera!— exclamó él riéndose.

Ella lo miró y sintió que se enamoraba más aún de él.

—¿Y tú, Hugo? ¿Es a esto a lo que te dedicas?— preguntó ella.

—Bueno, por las mañanas trabajo en una cooperativa de agricultura ecológica. Así gano un pequeño sueldo, con el que vivo. Y por las tardes, me dedico a dar cursos sobre la Nueva Medicina o a pasar consulta, en un local que tenemos alquilado entre varias personas.

—¿Pero no cobras por las consultas?

—No.

Ella sonrió, sintiendo gran admiración por el joven.

En ese momento, sonó el móvil de Carolina.

Ésta miró quién era y exclamó:

—¡Vaya! ¡Tenía que haber avisado en casa!

Contestó al teléfono:

—Anastasia, dime.

—Caro, ¿dónde estás?— le dijo su hermana.

—Estoy con... —miró a Hugo —con un amigo.

—¿Con un amigo? ¡Qué raro!

Carolina sonrió.

—Perdona que no he avisado.— dijo —Papá debe estar preocupado, ¿no?

—Pues sí, porque no es normal que vengas tan tarde.

—Lo siento. Pero bueno, ya lo sabéis. Llegaré tarde. No me esperéis para cenar.

—Vale. Oye, Caro, ¿es guapo?

—¡Oh! ¡Venga ya, Anastasia! ¡Que tengo que colgar!

—¡Bueno, ya me contarás!— dijo su hermana riéndose.

—¡Hasta luego!— dijo Carolina.

Carolina colgó, reprimiéndose la risa y este gesto le hizo gracia a Hugo que sonrió también, aunque por supuesto él desconocía el motivo de la risa de la joven.

—Es que no suelo llegar tarde por la noche, y mi padre estaba inquieto.

—¿Os lleváis mejor?— le preguntó Hugo.

—Sí. Bueno, él es un poco menos duro conmigo. Desde lo de mamá me consiente un poquito más, aunque no siempre. Pero yo también intento darle un poco más de cariño, porque noto que la echa mucho de menos.

Luego, se puso un poco más seria y le dijo:

—Hugo, después de escuchar esta conferencia, entiendo que mi madre debió de sufrir varios conflictos y que debieron complicársele. Ahora me siento con fuerzas para poder hablar de ello y me gustaría que me explicaras, cuáles pudieron ser esos conflictos.

El joven dijo con dulzura:

—Sí. Ya me imaginaba que querrías hablar de ello. No siempre es fácil ver la causa desde fuera, porque a veces la persona no da muestras de los sufrimientos que carga. Pero lo podemos intentar. A ver, dime ¿qué fue lo que le diagnosticaron?

—Primero le diagnosticaron un cáncer de huesos, y después otro en el pulmón y en un pecho.

—Supongo que le dieron algún tratamiento.

—Sí. Quimioterapia, y radioterapia.— Carolina empezó a sentir el nudo en la garganta —Hugo, lo pasó muy mal.

—Ven, sentémonos aquí— le dijo él acercándose a una mesa exterior de un bar.

Se sentaron y apareció un camarero. Ellos pidieron unas sencillas tapas y algo de beber, y el camarero fue a buscarlos.

—El cáncer de huesos, —dijo Hugo— se produce cuando la persona ha sentido una fuerte autodevaluación de sí mismo. Algún impacto le ha llegado que lo ha vivido de manera traumática, de forma inesperada y en soledad, y le ha hecho sentirse autodevaluada, desvalorizada.

Carolina se puso a pensar y recordó las veces en que su padre la había tratado tan injustamente y ella se quedaba callada sin decir nada. Se acordó de aquella ocasión en la que su padre la estaba presionando a ella, para que le dijese qué iba a hacer después del instituto, y su madre quiso ayudarla y la reacción de su padre acusándola

de no haber hecho estudios superiores y de no ser nada más que una simple ama de casa.

Así se lo confesó al joven.

—¿Quieres decir que mi madre tuvo el cáncer de huesos, por culpa de mi padre?— preguntó ella.

—¡No! ¡Claro que no!— respondió Hugo —El problema no está en tu padre, sino en lo que ella sentía, en cómo se tomaba lo que él le decía. Es claro que pudo tratarse de un impacto fuerte para ella, pero por ejemplo otra persona podía haber reaccionado enfrentándose a él, o tomándose lo a broma, o de otras maneras. Pero tu madre, seguramente, por lo que me cuentas, se lo tragó y se sintió como si realmente no fuera nadie.

Carolina puso los codos en la mesa mientras apoyaba su cabeza entre sus manos cerradas y reflexionaba.

El camarero trajo el pedido.

—El cáncer de pulmón— dijo ella — supongo que habrá sido por el miedo a la muerte. Al menos, eso me ha parecido entender en la conferencia.

—Así es. Fue después de darle el primer diagnóstico, ¿verdad?

—Sí. Mi madre no nos quería preocupar y no hablaba de ello, pero yo la escuché varias veces llorar en su cuarto. ¡Pobrecita! ¡Que sola debió sentirse! ¡Yo tenía que haberle hablado más de ello!— exclamó Carolina, mientras notaba el nudo, de nuevo.

—No puedes pensar ahora cómo debías haber actuado entonces, si tú no sabías lo que sabes ahora.— le tranquilizó el joven.

—¿Y el de seno? ¿Por qué se produjo el cáncer de mama?

—¿Sabes de qué tipo era?

—No. Sólo sé que fue en la mama izquierda.

—¿Y ella era zurda o diestra?

—Diestra.

—Bueno, seguramente fue un cáncer de las glándulas mamarias. Si fue así, el motivo debió ser que se sintió preocupada por vosotros, por ti y por tus hermanos. Me atrevería a decir, que más por ti.

—Puede ser. Mi madre me decía que qué iba a ser de mí cuando ella no estuviera y me miraba siempre con pena.

La joven sintió que aumentaba el dolor del nudo de la garganta y empezaban a saltársele las lágrimas:

—En cuanto empezó las sesiones de quimioterapia, ya no había manera de que levantara cabeza.— dijo ella, abriendo completamente la herida y no pudiendo controlar un llanto silencioso.

La muchacha estuvo algunos minutos desahogándose, apoyando su cara sobre un brazo puesto sobre la mesa.

Hugo permaneció en silencio, y empezó a acariciarle la cabeza.

Por fin, cuando Carolina sintió que la tensión se calmaba, levantó la cabeza y se secó las lágrimas y se limpió la nariz.

—Perdona.— se excusó la joven —Creí que esto ya lo tenía superado, pero al recordar todo otra vez, no he podido controlarlo.

—No me tienes que pedir perdón. Está bien que te desahogues. Así no crearás tú ninguna enfermedad.— contestó él.

La joven bebió un poco de zumo, mientras recordaba aquellos días.

—Ahora que me dices esto, estoy pensando que después de la muerte de mi madre, todos en casa estuvimos teniendo algunos problemas de salud. ¿Crees que debieron ser debidos a la pena por mi madre?

—Es posible. Incluso lógico. Porque a todos os afectó directamente.

—Mi padre y mi hermano cogieron un catarro muy fuerte a los pocos días. Y encima a mi padre le salieron unas manchas en la piel y estuvo bastante tiempo con ellas hasta que se le quitaron. Yo también comencé a notar algunas molestias en un pecho, lo que pasa es que no quise hacerle mucho caso, aunque tengo que reconocer que rezaba para que no fuera nada importante. Y además a mi hermana se le formó un quiste ovárico, que dio la cara varios meses después.

—¡Vaya!— exclamó Hugo — Siento todo lo que habéis tenido que pasar. ¿No te apeteció llamarme? ¡Hadita, podías haberme llamado!

Carolina lo miró algo cortada.

—Es que... perdí tu número.

—¡Umm!— respondió él, observándola fijamente — ¡Entiendo! ¡Tenía que habérmelo imaginado!

Ella no supo qué interpretar de ese comentario y no pudiendo retener sus ojos en él, los bajó hacia el mantel de la mesa.

—¡Anda! ¡Apúntalo en tu móvil!— le dijo Hugo.

La joven sonrió, y sacó su teléfono.

Él se lo dio, y ella lo metió en su teléfono.

—¿Te doy un toque y se te queda reflejado el mío?— dijo Carolina.

—¡Claro!— respondió el joven.

Carolina le dio el toque y él guardó el número.

El camarero se acercó para ver si querían algo más. Ellos dijeron que no y él les advirtió que iban a cerrar. Entonces Hugo miró la hora. Eran las doce.

—¡Se ha pasado el tiempo volando!— exclamó.

Carolina suspiró y asintió.

Hugo pagó y después se levantaron.

—Es muy tarde. Voy a acompañarte a tu casa.—dijo el joven.

A ella le agradó mucho la idea por tal de pasar más tiempo con él, pero reconoció que debía estar cansado después de la conferencia y seguramente se tendría que levantar muy temprano para ir a trabajar.

—No, Hugo. No te preocupes. Estoy a cinco minutos de casa. De hecho, podría coger un taxi, pero no merece la pena.

—No. No puedo permitir que te vayas sola a estas horas. Iré contigo.

—Bueno. Está bien.— dijo ella, con timidez.

Los dos se fueron caminando tranquilamente, mientras seguían charlando.

—¿Hay mucha gente que se esté tratando con esta nueva medicina?—inquirió la joven.

—No mucha, no. Ten en cuenta que a pesar de que estos descubrimientos se hicieron hace ya cerca de treinta años, no han sido divulgados de forma masiva, ya que hay muchos intereses creados y compañías a las que no les interesa que esta medicina siga hacia delante. Por eso estamos intentando llevar al público una información básica para que todo el mundo tenga la oportunidad de conocerla.

—Está muy bien lo que hacéis. Pero ¿sois muchos?

—Bueno, de momento estamos tres.

—¿Pero tus compañeros estaban en la conferencia?

—No, ellos tenían consulta ahora.

—¿Y tampoco cobran por ellas?

—Bueno, ellos no cobran por las conferencias públicas, ni por las consultas, pero por los cursos sí. No mucho, pero sí. Yo decidí libremente no hacerlo, y por eso busqué otro trabajo.

Carolina le sonrió en señal de aprobación y él le correspondió.

Por fin llegaron al portal de la joven.

—Bueno, hadita, me ha gustado mucho volver a verte. Te deseo que seas feliz. No te doy recuerdos para tus hermanos, porque eso creo que más bien te daría problemas, pero quiero que sepas que sigo sintiendo un gran cariño por todos vosotros.

La joven sonrió.

—Yo también estoy muy contenta de haberte visto. Y también te deseo que te vaya muy bien.

—Bueno. Ya lo sabes, no lo dudes, llámame si alguna vez necesitas lo que sea.— insistió Hugo.

—De acuerdo.— contestó ella, con melancolía.

Él la abrazó, y la joven también se aferró a él, queriendo, en su corazón, permanecer así para siempre.

Luego se dijeron adiós y Carolina se metió en su portal, mientras que Hugo se fue andando a su casa.

Capítulo 21

—Carolina, hija, ¿estás dormida?— preguntó en voz baja su padre.

Ella abrió los ojos y respondió:

—No papá. Sólo estaba relajada.

En ese momento apareció su hermano, con cara de sueño.

—¡Hombre, Carlos! ¿Ahora te levantas?— exclamó el padre.

—Buenos días.— dijo el joven, bostezando.

—¿Te acostaste muy tarde anoche?— inquirió el padre.

—Pues sí. Estaba desvelado y me quedé... leyendo hasta tarde.— respondió Carlos, mirando a su hermana.

Anastasia apareció también con casi el mismo aspecto.

—Buenos días.— saludó.

—¡Tú también!— exclamó el padre.

—¿Qué pasa?— preguntó ella.

—¿Tú también estuviste leyendo hasta tarde?

—¿Yo? ¡No!— respondió ella, sin saber de qué iba la conversación.

—¿Entonces, a qué hora volviste anoche?

—Pues... no sé. Tarde.

—Anastasia, me he dado cuenta de que últimamente estás saliendo mucho.— dijo el padre — ¿se trata de algún joven prometedor?

—¿Eh?—dijo Anastasia muy nerviosa y mirando a sus hermanos en busca de ayuda.

—Estás saliendo con algún joven, ¿no?— insistió el padre.

—Pues... sí.— respondió ella bastante apurada.

—Bueno, hija, no te sientas cohibida. Ya tienes edad de tener novio. Me parece lógico. ¿Cuándo lo vas a traer a casa?

—¿Qué? ¿A casa?— dijo Anastasia — Pues, no sé...

—Pero, ¿qué pasa? ¿Vais en serio o no? ¡No me gusta que mis hijas anden tonteando por ahí con unos y otros!— dijo el padre con un tono un poco más fuerte.

—Pues... sí, vamos en serio, pero...— titubeó la joven, no sabiendo qué decir.

—Pero, ¿qué? ¡Habla, niña!

—Papá, me parece que la estás atosigando.— intervino Carolina.

—¿Y eso por qué? —dijo el padre— ¿Es que no tengo derecho a saber sobre la vida de mi hija mayor?—

—Sí papá, pero es que esas cosas ahora se hacen de otra manera. —dijo Carolina— Primero se tienen que conocer bien y saber que efectivamente están hechos el uno para el otro y que no es algo fugaz. Y cuando ya lo tengan claro, entonces seguramente te lo presentará, ¿no, Anastasia?

—¡Euh! ¡Sí! ¡Eso es!— respondió la aludida, deseando salir airoso.

—Bueno, ¡pero al menos me puedes decir a qué se dedica! ¿Es médico? ¿En qué hospital trabaja?

—Bueno..., él no trabaja en ningún hospital.— contestó Anastasia.

—¿No es médico? ¿Qué es?, ¿abogado?, ¿catedrático?, ¿ingeniero? ¿A qué se dedica?

Anastasia miró a sus hermanos, sintiéndose perdida.

—¡Pero papá!— dijo Carolina — ¿No es mejor esperar a que su relación sea completamente estable? Aquí lo importante es que se trate de una relación sincera y basada en el amor, ¿no?

Su padre la miró sorprendido, mientras Anastasia observaba a éste con mucha tensión y Carlos parecía divertido contemplando la escena.

—¡Bueno!, ¡está bien!, ¡está bien!— respondió el padre — ¡Ya veo que no queréis hablar de este tema!

Eloisa entró en el salón y anunció que la comida estaba hecha.

Todos se sentaron a comer. Carolina no tenía mucha hambre, pero aún se tomó un caldito. Luego se fue a acostarse de nuevo.

La conversación entre su padre y su hermana le trajo más recuerdos:

Capítulo 22

Hacía casi dos meses de ello.

Era un sábado por la tarde, de finales del otoño. Estaba leyendo tranquilamente en el salón, cuando entró su hermana. Ésta estaba nerviosa, mirando el reloj.

Carolina la miró:

—¿Qué te pasa?— le preguntó.

—¡No, nada!— respondió Anastasia.

La hermana pequeña observó un poco más a la mayor, y viendo que ésta no estaba dispuesta a decir nada, bajó la cabeza y siguió leyendo.

De repente, Anastasia se sentó a su lado mirándola.

Carolina volvió a levantar la cabeza extrañada.

—Caro, tú y yo no hemos tenido muchas conversaciones de hermanas, ¿eh?

La más joven no supo qué contestar.

—Quizás haya sido por la diferencia de edad, o porque somos tan distintas. Y reconozco que algunas veces he sido un poco cruel contigo. Pero no ha sido con verdadera mala intención.— prosiguió Anastasia.

—¿Qué pasa, Anastasia? ¿A qué viene esto?— preguntó Carolina, extrañada.

—No pasa nada. Es que me he dado cuenta de que siendo hermanas deberíamos de tener más confianza la una en la otra, ¿no crees?

—Sí, me parece bien lo que dices, pero, sinceramente, me resulta muy raro este cambio.

—¡No pensaba que eras rencorosa!— exclamó Anastasia.

—¡No! ¡Pero si yo no te guardo rencor de nada! ¡Es sólo que me parece tan extraño verte hablar de esa manera tan... dulce!

Su hermana se rio, alegremente.

—Lo que pasa, Caro, es que estoy enamorada, y él me ha confesado que me quiere. ¡Y me siento tan feliz!

Carolina sonrió, comprendiendo a su hermana.

—¡Qué bien! ¡Me alegro mucho!

—¡Gracias!— respondió Anastasia.

—Bueno, háblame de él. ¿Cómo es? ¿Dónde lo has conocido?

—Es maravilloso. Lo conozco desde hace varios años. Pero hasta hace poco no ha empezado a hablarme en serio. Dice que se fijó en mí desde el primer día que me vio y la verdad es que a mí también me gustaba, pero, claro, de esas cosas que no te imaginas que van a prosperar. Hace unos meses, me lo encontré y me empezó a hablar. Al día siguiente, me esperó fuera de la clínica y cuando me vio, se acercó y me pidió una cita. Yo acepté y hemos estado saliendo. Hasta ayer, que me dijo claramente que me quería, y yo también le declaré lo que sentía. Ahora somos novios.

Carolina se rio.

—¿Se lo has dicho a Carlos?

Su hermana hizo un gesto de temor.

—No me atrevo a decírselo ni a Carlos ni a papá.

—¿Por qué?— indagó Carolina.

—Porque sé que no les va a hacer ninguna gracia.

—Pero, ¿por qué?— insistió Carolina.

—Porque no les va a gustar.

—Que yo sepa, a quien tiene que gustarle es a ti, ¿no?

Anastasia la miró de reojo con desconfianza.

—Ojalá fuera suficiente con eso.— respondió.

—La verdad es que no entiendo por qué tienes tanto miedo.— dijo Carolina.

Su hermana calló.

—¡No será un delincuente!— exclamó la más joven.

—¡No! ¡Claro que no! Es un chico buenísimo. De hecho... ahora que pienso, ¡claro!, seguro que lo conoces. A lo mejor ahora no caes en quien es, pero si lo ves, lo vas a reconocer enseguida.

—¿Ah, sí? A ver, ¿cómo se llama?

—Se llama Hugo.— respondió Anastasia.

Carolina sintió como si acabase de estallar una bomba en ese mismo lugar. Se quedó sin habla, y sin capacidad para nada.

—¿Qué te pasa?— preguntó su hermana —Te has puesto pálida...

La hermana pequeña no sabía ni cómo reaccionar.

—Ya entiendo.— dijo Anastasia pensativa.

Y se levantó y se puso a dar vueltas por el salón.

—Si tú te has puesto así, ¡qué dirán Carlos y papá!— exclamó ella, muy nerviosa.

Entonces Carolina se compuso rápidamente y le dijo:

—No, Anastasia. Perdona, pero es que la verdad es que no me lo esperaba. Pero ya está, ¿ves? No pasa nada.— mintió, mientras sentía un desgarramiento por dentro.

—¿Comprendes ahora por qué no les va a gustar?

Carolina se dio cuenta de que, efectivamente a su padre y a su hermano no les iba a gustar que su hermana estuviera con Hugo. Si hubiera sido su caso, eso no le habría importado, pero su hermana siempre había buscado la aprobación de su padre y el no ser desbancada por Carlos. Pero eso no se lo podía decir a Anastasia, pues le haría más daño. Así que tragó haciendo un esfuerzo y respondió:

—Bueno, se lo puedes decir poco a poco.

—Caro, por favor, ayúdame a decírselo. Papá ya está acostumbrado a que tú le des noticias así. Y además no te da miedo.

Ésta se sonrió con tristeza.

—Así que por eso querías buscar mi apoyo.

—¡No! ¡Claro que no!— respondió Anastasia —Bueno, quizás sí. Pero no ha sido sólo interés. Me gusta poder compartir contigo esto.

Carolina se quedó callada.

—Escucha. No tenemos que decírselo todavía— continuó Anastasia — Pero tú podrías venir con nosotros algún día para que lo trates y te des cuenta de lo maravilloso que es.

Carolina pensó: “¡Ya sé que es maravilloso!”. Pero dijo:

—Bueno, como tú dices, no hay prisa. Ya habrá tiempo.

—Le voy a hablar de ti y le diré que comamos los tres un día, ¿vale?— propuso Anastasia, entusiasmada.

—Sí, claro. Aunque ahora estoy de exámenes y estoy muy liada. Ya quedaremos.

—Bueno, me voy. Seguramente me está esperando abajo.—dijo Anastasia.

Y se fue.

Carolina se quedó hecha un trapo. Jamás se le ocurrió que pudiera pasar algo así. ¡Su hermana y el joven del que ella había estado enamorada desde pequeña, estaban juntos! ¡Se querían y habían formado una relación seria!

Entonces empezó a pensar: “Tengo que olvidarme completamente de Hugo. No tengo derecho a quererle. Al menos, no de esta forma. Seguramente va a ser mi cuñado. Va a ser casi mi hermano. No puedo. Tengo que quitármelo de la cabeza... y del corazón... No puedo hacerle esto a mi hermana.”

Y rompió a llorar.

A partir de ahí comenzó a entrar en un proceso de sufrimiento extremo.

Su sentimiento principal consistía en creer que ella era una mala hermana, que era una mala persona y que se sentía totalmente incapaz de sobrellevar esa situación.

El pañuelo de él que siempre guardaba bajo su almohada lo escondió en el fondo de su armario. Pero cada vez que se acostaba, lo echaba de menos y le recordaba de nuevo al joven.

El número de teléfono de Hugo que ella guardaba en su móvil, y que nunca se había atrevido a utilizar, era otra fuente de sufrimientos. Ahora, que era cuando lo necesitaba para desahogar su angustia, no podía, porque precisamente era él la causa de todo su dolor. Así que, con mucha aflicción, lo borró, diciéndose que era lo correcto. Sin embargo, después de hacerlo no pudo evitar sentirse peor.

A veces, sin quererlo, se le iba la mente hacia él y a las veces que se habían visto, pero cuando se hacía consciente, se ponía a llorar sintiéndose culpable de alimentar ese sentimiento por el novio de su hermana. Lo mismo le ocurría cuando se despertaba en la noche y había estado soñando con el joven.

Otras veces, se sorprendía a sí misma preguntándose por qué Hugo había elegido a su hermana y no a ella, lo cual le hacía sentirse fatal por aquellos pensamientos, que, según ella, le demostraban que era egoísta y malvada.

En todo caso, sus pensamientos eran obsesivos día y noche, no lograba concentrarse en los estudios, fue perdiendo el apetito, tenía molestias gástricas incluso sin comer, empezó a adelgazar, y casi siempre tenía frío.

El problema aumentaba porque todos los días veía a su hermana, y ésta la tenía de confidente y le hablaba entusiasmada de Hugo. Además constantemente la bombardeaba pidiéndole que quedara con ellos para que pudiese conocer mejor al joven. Ella buscaba siempre una excusa, pues no se sentía capaz de enfrentarse a esa situación. Y luego lloraba a solas en su cuarto.

Así estuvo durante casi tres semanas.

Capítulo 23

Después de tres semanas de sufrimiento, un día la llamó Nicoleta. Ella no tenía ganas de coger el teléfono pero hizo un esfuerzo.

—Hola, Carolina, ¿qué tal?

—Bien ¿y tú?— dijo ella, haciendo un esfuerzo para hablar.

—Bien, también. Me ha parecido notarte la voz un poco apagada. ¿Seguro que estás bien?— le dijo Nicoleta.

—Sí. Seguro.— mintió Carolina.

—Bueno. Escucha, ¿podríamos vernos? Es que me voy a ir de viaje a Rumanía y seguramente estaré fuera varios meses y me gustaría despedirme antes de marcharme.

—¡Ah! ¿Y cómo es eso?— preguntó Carolina extrañada.

—Es que mi abuelo acaba de morir y mi abuela se ha quedado sola. Me voy con ella y vamos a ver qué podemos hacer. En principio me voy por dos meses, pero no puedo asegurar que no me vaya a quedar. Por eso, me apetecía verte.

—¡Claro! ¡Sí! ¡Por supuesto!— exclamó Carolina —¿Dónde nos vemos?

—¿Te parece bien en la cafetería de la biblioteca dentro de una hora?

—¡Vale! ¡Allí estaré!— contestó Carolina, intentando animarse, para que Nicoleta no se diera cuenta de su pena.

Carolina se quedó pensando en lo que le había dicho su amiga. Se dijo: “¿Dónde ha quedado todo lo que he aprendido en estos dos años gracias a ella? Me he olvidado por completo de mí misma y he estado totalmente identificada con toda esta situación. Incluso todo esto me está afectando a mi salud. Tengo que hacer un esfuerzo y salir de este estado psicológico tan dañino, antes de que me haga más daño. Con todo este sufrimiento he dejado de meditar y de trabajar sobre mí misma. Ya no puedo seguir así.”

Luego, con calma y haciendo un esfuerzo para permanecer autoconsciente, se arregló y se marchó a su cita.

Nicoleta notó el desmejoramiento de su amiga.

—Carolina, ¿estás bien? Te noto un poco demacrada.

—Sí, bueno, es que llevo unos días que no tengo muchas ganas de comer y me está costando un poco dormir por las noches. Pero no te preocupes. Creo que ya me iré sintiendo mejor.

—¿Tienes algún problema?— le preguntó Nicoleta.

Carolina se puso un poco nerviosa.

—No. En fin, nada grave.— contestó —Es sólo que quizás me he identificado demasiado con ello y... bueno, a veces se te escapan las cosas de las manos y no es fácil mantenerse a flote...

—¡Umm! Recuerdo que cuando escuchamos la conferencia de Hugo, explicó que cuando una persona sufre un conflicto fuerte y se lo guarda para ella, puede ocasionarle enfermedades. Carolina, ¿quieres hablar de ello? Puedes desahogarte conmigo, si te apetece. Somos amigas, ¿no? Ya sabes que puedes contar conmigo.

Carolina se quedó pensando, mientras se mordía el labio inferior.

—Yo... estoy intentando solucionarlo, pero es verdad que me está costando mucho trabajo. Incluso, a veces, siento que no puedo soportar más esta situación, y me desmorono por completo.

—¡Vaya!— exclamó Nicoleta —¡Entonces lo estás pasando verdaderamente mal! ¡Tienes que desahogarte, si no, vas a enfermar de verdad! ¡Confía en mí, por favor!

Carolina se quedó unos segundos debatiéndose, y por fin respondió:

—Está bien. Confiaré en ti... Lo que pasa es que estoy enamorada de alguien...que no debería.

—¡Ah!— exclamó Nicoleta— ¡Así que se trata de eso! ¡Un amor imposible! Lo siento, Carolina. Comprendo lo que sientes.

—No estoy segura de que puedas comprenderme del todo.

—Yo he vivido algo así, hace años.— confesó Nicoleta.

—¿De veras?— dijo Carolina asombrada — ¿Y qué pasó?

—Pues nada. No pasó nada. Nunca pasó nada.

—Bueno, pero quiero decir, que por qué fue un amor imposible.

—Porque me enamoré de la persona menos indicada.— contestó Nicoleta —En realidad, creo que fue algo más bien platónico. Nunca hablé con él. Sabía que él me rechazaba a causa de mi origen, pero cuando lo veía, y él me miraba, sentía que todo lo demás a mi alrededor, desaparecía. Y era tanta la fuerza que sin saberlo él ejercía sobre mí, que cada día esperaba con impaciencia los pocos segundos que tenía para poder verlo de nuevo... Y eso es todo. Nunca hubo nada más.

Nicoleta miró con un toque de melancolía a Carolina, y exclamó:

—¡Y nunca lo habrá!

—¡Vaya historia!— dijo Carolina — Pero, ¿entonces ya lo superaste?

—Bueno, más o menos.— respondió su amiga — No hace mucho volví a verlo y se removieron muchas cosas en mi interior, y reconozco que a menudo pienso en él, pero ya no me siento triste por ello. He trabajado sobre eso. Al fin y al cabo, quienes sienten en nosotros, en la mayoría de los casos, son esas personitas que viven en nuestra ciudad interior. Esos “yoes” que creyéndose cada uno el único, habitan en nuestro interior.

—¿Y cómo lo has logrado?— preguntó Carolina

—Pues trabajando con la disolución del yo. Recuerda que la parte femenina de nuestro Dios interno, es decir, nuestra Divina Madre, tiene el poder de eliminar todas esas personitas. Me di cuenta que había en mí, un “yo” de apego y en oración le pedí a mi Madre Divina que lo eliminara. También me di cuenta de que había otro “yo” de lujuria muy sutil, y también le pedí a mi Madre Divina que lo desintegrara. Y en fin, cada vez que surgía una de esas personitas, uno de esos “yoes”, volvía a pedir. Y así ya me veo libre de esos sufrimientos. Porque al fin y al cabo, cuando nosotros tenemos un sufrimiento, no te quepa la menor duda de que algún “yo” hay detrás, porque la conciencia no sufre. Y si no, observa por dentro y lo comprobarás.

—Sí. Llevas razón. Mi problema es que me he dejado llevar y queriendo luchar, lo he hecho de manera incorrecta. He querido reprimir esos sentimientos y pensamientos en vez de autoobservarlos. Reprimiéndolos, lo único que he conseguido ha sido reforzarlos más, mientras que si me paro a observarlos como lo que son, como las expresiones de diferentes “yoes” que viven en mi interior, entonces tengo la posibilidad de poderlos eliminar con la ayuda de mi Madre Divina.

—Eso es.— dijo Nicoleta.

—Llevabas razón.— dijo — Me ha hecho bien hablar contigo. Me siento mucho más animada para enfocar todo lo que he estado viviendo, de otra manera. De la mejor manera.

—Me alegro mucho.— contestó su amiga.

Luego ésta le regaló un libro a Carolina y le explicó el motivo de su viaje. Le comentó que al principio era su madre la que se iba a ir, pero ella tuvo últimamente algunos problemas en la clínica en la que trabajaba, porque después de haber escuchado la conferencia de Hugo y de investigar un poco más, se dio cuenta de que las cosas no se hacían de forma correcta y al querer actuar de otra manera, sus jefes decidieron no renovar el contrato. Nicoleta se sentía por un lado aliviada, además confiaba en que las cosas no le irían mal. Por eso, al final, decidieron en su casa que sería ella la que se iría. Iban a ver si podían traerse a su abuela, pero realmente no tenían nada claro. Le advirtió que sería difícil comunicarse, porque su abuela vivía en un pequeño pueblo y seguramente que ni a través de Internet podrían mantener contacto. Sin embargo, le dijo que intentaría escribirle.

Las dos jóvenes se despidieron con un abrazo, con la esperanza de volver a verse en unos meses.

Capítulo 24

Cuando Carolina volvió de su cita con Nicoleta y llegó a su casa, se encontró a su hermano Carlos, que estaba en el salón leyendo.

—Hola Carlos.— saludó la joven.

—Hola.— respondió él fijándose en su cara — ¿Cómo estás? ¿Has vuelto a vomitar?

—No.— respondió ella.

—Caro, deberías pedir cita al especialista. Llevas ya varias semanas así.

—No. Ya creo que estoy mejorando.— contestó la joven.

—Ven aquí.— le dijo Carlos, mientras se acercaba a su hermana.

Él le miró los ojos y le hizo enseñarle la lengua y las encías.

—Puede ser que tengas algo de anemia.— dijo.

—Bueno, ya tomaré algo de hierro.— respondió ella, mientras se sentaba con cansancio, y luego suspiró.

—¿Qué te pasa?— le preguntó el joven.

Carolina lo miró y sintió que éste se interesaba realmente por ella.

—La verdad es que he estado pasando una temporada bastante mala, y creo que me ha afectado un poco, pero creo que ya voy a superarla. Pero aparte de eso, lo que pasa ahora es que hoy me ha dicho Nicoleta que se va a Rumanía por varios meses o quizás para siempre.

Carlos se quedó pensativo, muy serio.

—¡Vaya! ¡Esa ha debido de ser una mala noticia para ti!, ¿no?— dijo él.

—Pues un poco sí que me afecta. La verdad es que nos hemos hecho buenas amigas.

—Ya veo. Y... ¿por qué se va?— inquirió el joven.

—Porque su abuelo acaba de morir y su abuela se ha quedado sola. Por lo visto iba a ir su madre, pero ella se ha quedado sin trabajo, porque no le han renovado el contrato en la clínica en la que trabajaba y por eso va a ser ella la que se marche con su abuela. Me ha dicho que van a ver si pudieran traerla aquí con ellos, pero no sabía qué problemas se le presentarían. ¡Quién sabe! ¡Tal vez se quede allí! ¡Ojalá que no!

—Bueno, tal vez, sí puedan traérsela.

Carolina miró a su hermano.

—Si dependiera de personas como tú, no sólo no se la podrían traer, sino que echarían a toda la familia de aquí.

Carlos se sorprendió por el comentario.

—Algunas veces puedes ser realmente mordaz, ¿eh?— le dijo — No. La verdad es que si de mí dependiera, no sólo se la podrían traer, sino que le daría un trabajo a tu amiga.

Esta vez, fue el turno de sorprenderse a la joven.

—¿De verdad, Carlos? ¿Tú harías eso por ella?

—Bueno, ¡es amiga tuya!, ¿no?

Carolina le miró con cariño y le sonrió diciéndole:

—Perdóname por haber pensado mal de ti.

Él sonrió también y contestó:

—No importa. Es cierto que no soy ningún santo y que he cometido muchos errores.

En ese momento llegó Anastasia.

—¡Hola!— saludó —¡Uf! ¡Qué cansada estoy!

Y se sentó en el sillón al lado de su hermana.

Carlos la miró con cara de reproche.

—Anastasia, ¿Tú estás saliendo con alguien?

Ésta se puso en guardia y Carolina pensó: “¡Oh, oh! ¡Me parece que se avecina tormenta!”

—¿Por qué dices eso?— le dijo Anastasia a su hermano.

—Porque te he visto esta mañana, en una actitud demasiado cariñosa con tu acompañante.

—¿A mí? ¿Dónde?— dijo la joven, nerviosa.

—Esperando el semáforo de la Plaza central. Yo pasaba en coche y te he visto perfectamente, y además lo he reconocido a él.

La hermana mayor miró a la más joven, solicitando su ayuda.

Pero Carolina ya estaba empezando a ser presa de sus propios sufrimientos.

Anastasia, viendo que su hermana no la auxiliaba, respondió llena de nervios:

—¡Bueno, sí! ¡Es cierto! ¿Qué pasa?

—¡No lo puedo creer, Anastasia!— exclamó Carlos —¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre salir con ese tipo?

Entonces Carolina no pudo soportar ese comentario, e intervino:

—No tienes derecho a reprocharle nada. Ella puede salir con quien quiera, no con quien tú quieras.

—Caro, mejor es que no te metas. Tú no sabes de quién estamos hablando.— respondió Carlos.

—Sí lo sabe.— declaró Anastasia.

El joven la miró asombrado.

—¿Se lo has contado a Carolina?

—Sí.— contestó Anastasia — Sabía perfectamente que tú ibas a reaccionar así, como también sé que a papá tampoco le va a gustar. Pero Hugo y yo nos queremos y vamos en serio. Y decidí confiar en ella.

—Conque Hugo, ¿eh? ¡Tú estás loca! ¡Tú mereces algo mejor! — exclamó su hermano.

—¡No, eso sí que no es verdad! —saltó Carolina — ¡No creo que pueda haber nadie mejor que él!

—¿Nadie mejor que él?— repitió Carlos, asombrado —¿De qué hablas? ¿Es que no piensas en el futuro de tu propia hermana?

—¡Justamente! ¡Qué mejor futuro que el de vivir el resto de su vida con el hombre que ama, y que es un hombre amable, cariñoso, comprensivo, abierto, noble, generoso, que te mira con su sonrisa y sientes que la vida te recorre por toda la sangre, y que si te sientes triste, él te arrima la calma y la paz!— dijo mientras, sin quererlo, imaginaba en todo momento el rostro de Hugo.

Los dos hermanos la miraron asombrados.

Ella se dio cuenta de que se había dejado llevar y volviendo en sí se dirigió a su

hermana:

—¿No es así, Anastasia?

—Bueno... sí... algo así...— respondió ella.

Carlos la observó detenidamente y luego exclamó:

—¡Cualquiera diría que tú también estás enamorada de él!

Carolina sintió un vuelco en el corazón y su cara palideció. Miró a su hermana y vio que ésta la miraba extrañada.

—¡No digas eso ni en broma!— dijo Carolina con énfasis a su hermano —¡Hugo es el novio de Anastasia!

El joven siguió examinándola mientras comentaba:

—¡Menos mal! ¡Sería demasiado que mis dos hermanas fueran tan tontas como para enamorarse de un simple e ignorante... labriego!

Las dos muchachas reaccionaron al mismo tiempo:

—¡No te pases!— protestó Anastasia.

—¡Eres totalmente injusto!— exclamó Carolina, cayendo en la trampa — Si él trabaja en eso es porque no quiere vivir de lo que tú piensas vivir. ¡Él, al menos piensa en los demás y no busca el dinero, la posición, ni todas esas cosas que tú buscas! ¡Porque todo eso no le importa! ¿Comprendes? ¡A él le importan las personas!

De repente, la muchacha se dio cuenta de que había vuelto a perder el control.

Anastasia, estaba realmente asombrada con la abogacía de su hermana y Carlos sonreía de una manera peculiar.

Carolina, pensándose descubierta por su hermano, se levantó rápidamente con la intención de salir corriendo a su cuarto, pero él la retuvo.

—¿Es ésta la razón de que lo hayas pasado tan mal estas últimas semanas?— le preguntó él, mirándola a los ojos.

Ella lo miró, y sintió que estaba a punto de derrumbarse.

—Por favor, Carlos, déjame.— contestó con las lágrimas, a punto de salir.

Anastasia empezó a sospechar que algo ocurría.

—Caro, ¿qué pasa?— preguntó.

Carlos la soltó y dijo:

—Déjala Anastasia. Está cansada. Hoy le han dado una mala noticia. Su mejor amiga se marcha a Rumanía.

Carolina miró aliviada a su hermano y se fue a su cuarto.

La joven se sentó en su cama muy nerviosa al ver que su terrible secreto había sido descubierto. Todo por su falta de control. Por haberse identificado de nuevo y por haberse dejado llevar.

Se sentó en la cabecera de su cama y cerró los ojos dirigiendo su atención hacia adentro. Pero su mente estaba demasiado descontrolada. Poco a poco logró irse relajando y vio mucho movimiento en su ciudad interior. Había un “yo” de miedo que corría de un lado para otro gritando: “¡Me han descubierto!, ¡Carlos me ha descubierto! ¿Se habrá dado cuenta Anastasia?”. Luego vio otro “yo” de desvalorización que decía cabizbajo: “¡Si es que todo lo hago mal! ¿Cómo he podido ser tan tonta?”. También observó otro “yo” de ira que gritaba: “¿Quién es Carlos para meterse en esto? ¿Y por qué tenía que insultarlo?” y otro de autoconsideración que lloriqueaba: “¿Por qué tienen que pasarme a mí estas cosas?”... y así descubrió varios habitantes de su ciudad psicológica. Fue pidiendo a su Divina Madre que eliminara por orden, cada uno de esos personajes interiores y paulatinamente se fue sintiendo mejor.

Sin embargo a la hora de cenar, Carolina no se atrevía a salir, por temor a enfrentarse a su hermano. No sabía muy bien qué hacer, hasta que Eloisa vino a decirle que la cena estaba en la mesa y que su padre había preguntado por ella.

Però la joven seguía algo acobardada y le dijo que no tenía hambre y no fue a cenar.

Ella intentó relajarse, pero seguía costándole.

Capítulo 25

Más tarde, Carlos llamó a su puerta.

—Caro, déjame entrar.

La joven, comprendiendo que no podía seguir eludiendo a su hermano por siempre, le abrió la puerta y luego volvió a sentarse en su cama.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza, sin valor para mirarle a los ojos.

Él se quedó en silencio unos segundos, y luego le dijo:

—Lo siento. Conociéndote, sé que debes estar pasándolo realmente mal.

Carolina siguió callada.

—No te preocupes por Anastasia. No se ha dado cuenta de nada. Está tan ensimismada que no ve nada más.

—Carlos, yo he luchado por olvidarme de él. Me estoy esforzando, de verdad. Todavía no lo he conseguido del todo, pero lo conseguiré.— dijo en voz baja.

Su hermano se sentó a su lado.

Entonces ella empezó a sincerarse con él.

—Le he querido desde que era una niña. Ha sido el único al que he querido. Y ahora veo que ya no sólo no tengo derecho, sino que es algo prohibido. Me he estado sintiendo durante semanas la hermana más malvada del mundo.

—No digas eso. —le dijo Carlos, mientras le cogía una mano y la miraba con cariño— Es normal que si a ti te gustaba antes, ahora te cueste no sentir lo mismo, y sobre todo si ha sido durante años. Si siguen adelante, ya te acostumbrarás, verás.

—Espero que sí. Yo estoy haciendo todo lo que puedo para lograrlo. Hasta ahora quizás no lo he hecho bien, porque intentaba reprimirme y luchar en contra. Hasta borré su número de teléfono de mi móvil, y escondí en el fondo del armario su pañuelo.

Carlos la miró sorprendido.

—¿Tenías su número de teléfono y un pañuelo de él?... Pero ¿qué relación mantenías con él?

—Si apenas nos hemos visto.—contestó la joven —Hace ya varios meses que lo vi por última vez. Me dio de nuevo su número de teléfono, ya que papá me lo quitó. Y el pañuelo lo guardo desde que me lo prestó en el velatorio de mamá.

El joven parecía no entender.

—¿En el velatorio de mamá?—repitió —¡Pero si él no fue!

—Claro que sí, ¿no te acuerdas?— contestó Carolina, mirándolo extrañada.

—No. No recuerdo haberlo visto. No sé. A lo mejor no me di cuenta.

—Pero, ¿cómo no te vas a acordar? Si hasta viniste cuando él estaba conmigo, a decirle que se fuera, porque teníamos que hablar cosas de familia.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¡Pero si yo no lo he visto desde los tiempos del instituto! Y no sé si alguna vez le habré hablado.

Carolina se levantó molesta y le contestó:

—Pero ¿cómo puedes decir eso? ¿Tanto odio le tienes? ¡Habéis sido amigos durante por lo menos seis años!

—¿Qué? Pero ¿qué estás diciendo? —dijo Carlos, asombrado— ¿Amigos? ¡Pero si yo sólo lo conozco de vista!— exclamó Carlos cada vez más extrañado.

La muchacha se le quedó mirando asombrada.

—Carlos, me estás asustando. ¿Estoy soñando o qué? ¡Estamos hablando de Hugo!

El joven se quedó parado unos momentos, mirándola y luego se llevó la mano a la frente e hizo un gesto de empezar a comprender todo.

—¡No lo puedo creer! ¿Cómo no me he dado cuenta de esto antes?... ¡Claro!... ¡Si estaba muy claro, pero no lo vi venir!— exclamó el joven

Carolina lo contempló extrañada.

—Caro, —le dijo el joven — hemos estado hablando de dos personas distintas. Anastasia está saliendo con Hugo, el jardinero del instituto en el que hemos estudiado. Y tú de quien me estás hablando es de mi amigo... de mi antiguo amigo Hugo, ¿no es así?

Ella se quedó estupefacta.

—¿Anastasia no está saliendo con Hugo?— preguntó sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho.

—No con el Hugo que tú crees. Ella está saliendo con uno que trabaja en el instituto y se encarga de los jardines, ¿no te suena haberlo visto? Él empezó a trabajar el último año que yo estudié allí. Es joven, debe de tener tres o cuatro años más que yo. ¿Sabes ya quién te digo?

La joven se quedó pensando y logró recordar al jardinero del instituto.

—Sí. Sé quién me dices. Pero ¿él se llama Hugo?— preguntó, aún bajo los efectos de la sorpresa.

—Sí. No recordaba su nombre al principio, pero cuando Anastasia lo ha nombrado me he acordado.— contestó su hermano.

—Entonces ¿Hugo... tu amigo Hugo no es el novio de Anastasia?— insistió ella.

—¡No! ¡Claro que no!— contestó Carlos, riéndose.

La joven se sentó en su cama de nuevo y respiró profundamente sintiendo que todos los nubarrones negros que se habían amontonado sobre ella en las últimas semanas, se disolvían rápidamente, y el sol comenzaba a brillar lleno de esplendor: toda aquella pesadilla se había terminado.

Entonces miró a su hermano y empezó a sonreír, al principio como con timidez, hasta que ya se rio llena de dicha, sintiendo en su interior que la felicidad quería aflorar por todas las células de su cuerpo.

—¡Ay, Carlos! —exclamó Carolina— ¡Qué alivio! ¡Y qué alegría!

El joven se rio de verla tan contenta.

—¿Cómo he podido ser tan tonta?—dijo ella— ¿Cómo no se me ocurrió que podía tratarse de otra persona?... ¡Pero es que parecía tan lógico! ¡El temor de que tú y papá os enteraseis!... ¡Y además, cómo se me iba a ocurrir que Anastasia me iba a hablar del jardinero del instituto!... ¡Y también coincidía que a ella le había gustado hacía tiempo!... ¡Y encima yo lo conocía!—

—El miedo que tiene Anastasia es que papá no lo acepte por ser un simple jardinero y por no tener estudios universitarios.— le explicó su hermano —Y con respecto a lo demás, es verdad que coinciden muchas cosas.

—¡Ah! ¡Claro! ¡Ya comprendo!— contestó ella, reconociendo que su padre, efectivamente podía tener esos prejuicios.

La joven suspiró otra vez, se tumbó en su cama y volvió a suspirar de nuevo.

Carlos la miraba con cariño.

Ella no dejaba de sonreír, sintiéndose, por fin, libre de poder recordar a Hugo, sin ningún tipo de culpabilidad, ni remordimiento.

—¡Qué contenta estoy, Carlos!— exclamó —¡Gracias a ti, todo se ha aclarado! ¡Me siento tan...— ella suspiró —... tan aliviada!

Su hermano sonrió.

Carolina se acordó del pañuelo del joven y se levantó, y empezó a buscarlo en el armario.

—¿Qué haces?— le preguntó su hermano, con curiosidad.

—Estoy buscando el pañuelo de Hugo. ¡Ah! ¡Aquí está!— contestó ella, cogiendo el pedazo de tela con cuidado y llevandoselo al pecho, emocionada.

Carlos se rio y le dijo:

—Bueno, Caro, yo también me alegro que esto se haya aclarado y, de hecho, en cierto aspecto ya puedes estar tranquila: no estás enamorada del novio de Anastasia.— el joven hizo una pausa —Sin embargo, lo que también te digo es que tu amorcito va a tener que seguir siendo platónico y nada más, porque a tu Hugo sí que es verdad que papá no lo va a aceptar. Pero bueno, eso ya lo sabes desde hace mucho tiempo, ¿no?

—Sí.— contestó ella, sin sentirse apenada por las palabras de su hermano — Pero eso no me preocupa. De todas maneras, yo no sé si Hugo algún día me querrá como yo lo quiero a él. Pero te aseguro que si ese día llegara, no me va a importar ni lo que digas tú, ni lo que diga papá.

—Ya.— respondió su hermano sonriendo con cierta expresión de ternura.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Presente: EXPERIENCIAS DEL HOY...

Capítulo 1

Después de que el malentendido se aclaró, Carolina se sintió realmente aliviada. Sin embargo, con el paso de los días, empezó a notarse cada vez más cansada, con mucho sueño durante el día. Conforme pasaban los días empezó a tener fiebre, dolores de cabeza y mareos y le aparecieron algunos hematomas, y también comenzó a sangrar por la nariz, hasta que también vomitó con sangre.

Cuando acudieron al médico y empezaron todas las pruebas, al poco, le vieron una infección en el esófago y parte del estómago y como siguieron con más análisis y exámenes, terminaron diagnosticándole la leucemia.

La joven recordaba lo que había escuchado en la conferencia de Hugo y en su posterior conversación con él. Así pues, aunque se dejó llevar para hacer todas esas pruebas, y de tanto en tanto le venían pensamientos de temor recordando todo lo que había pasado su madre, en el fondo guardaba la esperanza de que aquello quizás también podía ser visto desde el punto de vista de la Nueva Medicina Germánica, tal y como Hugo le había enseñado.

Sin embargo, ella no tenía nada más que una información muy general y muy por encima. Necesitaba saber más para poder actuar en consecuencia.

Pero para empezar, sus primeros obstáculos eran su padre y su hermano. Anastasia no supondría realmente un problema, si aquellos dos estuvieran de acuerdo en que la joven se tratara con esa nueva medicina. No obstante, iba a resultar realmente difícil convencerlos de ello.

Por otro lado, como Carolina borró de su móvil el número de teléfono de Hugo, ahora no sabía cómo localizarlo.

Todo se le había complicado demasiado y había que añadir que ella se encontraba extremadamente débil como para poder hacer averiguaciones.

En vista de que se encontraba en un callejón sin salida, decidió recurrir a la ayuda divina.

Acostada cerró sus ojos y se puso a orar pidiendo ayuda para poder curarse, alegando que ella quería dedicarse a ayudar a otros.

Luego se puso a hacer meditación, tal y como había aprendido de los libros que había leído y de las conversaciones con Nicoleta.

Así, concentrada en la recitación, de forma mental, del mantram “Gate, Gate, Paragate, Parasamgate, Bodhi, Suaja”, alargando las últimas sílabas, y entregada por completo a su Dios interno, fue adormeciéndose.

Al cabo de bastante rato llamaron a su puerta.

Era su hermano.

Carolina contestó:

—Entra Carlos.

El joven pasó y al verla acostada le preguntó:

—¿Estabas dormida?

—No te preocupes. No importa.

—¡Vaya, lo siento! Pero es que quería avisarte que tienes una visita.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Una visita?— dijo, mientras se incorporaba —¿quién es?

—Será mejor que te explique algo antes.— contestó Carlos sentándose en un lado de la cama.

Ella se corrió un poco para dejarle sitio, y lo miró con atención.

—Anoche, cuando te levantaste y me viste en el salón,— empezó a explicar su hermano — estaba mirando algunas cosas en Internet...

El joven hizo una pausa, pensativo y luego continuó:

— La conversación que tuvimos por la tarde acerca de la conferencia de Hugo y tu insistencia en que yo investigara acerca de esa nueva medicina..., ¿recuerdas?

—Sí. Claro.— contestó ella, con los ojos muy abiertos.

—Pues bien,— continuó él — estuve pensando en ello y me dije: “¡Qué caray! ¡La verdad es que no pierdo nada por echarle un vistazo!” Así que me puse, y estuve mirando en Internet acerca de todo esto. Encontré páginas que hablan bien del Dr. Hamer y también otras que no tan bien, pero bueno, eso es normal, ya que en Internet encuentras siempre los que están “por” y los que están “en contra” de todo. Pero en realidad lo que yo buscaba era conocer en qué consistían dichos descubrimientos, así que dejé a un lado los elogios y las críticas, y me centré en lo que estaba buscando. Entonces encontré un libro suyo y empecé a leer y a leer. Y me fui dando cuenta de que todo cuadraba, tal y como tú me dijiste. Luego, la conversación que tuvimos cuando te levantaste me encendió la bombillita y me di cuenta de que podía ser cierto. De manera que seguí leyendo y así estuve hasta el amanecer.

Carolina sonrió a su hermano y dio gracias internamente por aquello.

—Caro, tenías razón. Cometí un error al no querer escuchar a Hugo. Y además he sido muy injusto con él, y también contigo.

La joven abrazó a su hermano diciéndole:

—¡Que alegría, Carlos! ¡Estoy muy contenta!

Él sonrió complacido.

—Bien. He pensado en tu caso y creo que puede verse desde otra perspectiva, pero tengo que reconocer que ahora mismo yo no estoy capacitado para tratarte. Por eso, aprovechando que papá se ha ido al club, he llamado a Hugo y le he pedido que viniera a verte. Él ha aceptado inmediatamente y..., bueno... está aquí.

Carolina se quedó asombrada.

—¿Hugo está aquí?

—Sí. Está en el salón. Ha venido a verte.— contestó él sonriendo.

La joven no podía creer que aquello era verdad.

—¿Debo entender que has hecho las paces con Hugo? ¿Sois amigos otra vez?— preguntó ella.

Su hermano asintió con la cabeza.

—Sí. Creo que sí. Él no me ha guardado ningún rencor.

Carolina rio muy contenta.

—¡Bueno, Caro! ¡Que te está esperando!— le dijo su hermano riéndose.

Ella se paró un momento a pensar y luego se miró.

—¡Pero no puedo salir así! ¡Tendré que arreglarme un poco!

—No hace falta. Él está más que acostumbrado a ver pacientes en pijama.

—No sé...— dudó la muchacha.

—¡Que sí! ¡Venga!

—Bueno, al menos dame un par de minutos para ir al baño y lavarme la cara.
—Está bien. Te esperamos en el salón. No tardes.
Carolina, muy nerviosa, se fue al baño.

Capítulo 2

Al cabo de unos minutos, con el corazón latiéndole muy fuerte se dirigió al salón. Carlos y Hugo estaban hablando.

Éste se encontraba sentado en un sillón, de espaldas a la puerta que daba acceso a los dormitorios.

Carolina se quedó parada justo en la puerta.

Su hermano que estaba de frente a ella, la vio.

—¡Caro! ¡Entra!

La joven vio cómo el amigo de su hermano se volvía a mirarla y le sonreía abiertamente. Luego se levantó y la siguió observando con detenimiento y con expresión de cariño.

Entonces se aproximó hasta ella, le cogió las dos manos diciéndole con dulzura:

—¡Hola, Carolina!

Ella, sintiéndose realmente dichosa, le contestó sinceramente:

—¡Hola, Hugo! ¡Qué alegría me da verte!

Los dos se quedaron mirándose durante unos segundos.

Carlos observaba, pero no decía nada.

Por fin Hugo reaccionó, y llevando de una mano a la muchacha, la acompañó hasta el sillón más largo para que se sentara. Y él se sentó a su lado.

—Hugo, estoy muy contenta de verte aquí, en mi casa. Y también estoy feliz de que Carlos y tú volváis a ser amigos. — dijo la joven girándose para mirar a su hermano.

Los dos amigos se miraron entre ellos y sonrieron por las palabras de la muchacha.

—Se me ocurre,— continuó Carolina —que si todo este proceso por el que estoy pasando sirve para volver a uniros, ya no me importa ni la debilidad, ni los dolores, ni todas las demás molestias.

—Siempre has sido una chica muy valiente, pero no tienes por qué sufrir en vano. Vas a encontrarte bien muy pronto.— le dijo Hugo.

La joven asintió mirándole a los ojos.

—Entonces, ¿quieres que busquemos juntos la causa de tus dolencias, para poder ayudarte durante el proceso de curación?— le preguntó él.

—Sí. Claro que sí.— respondió ella.

—En ese caso, dime, ¿cómo te sientes?— le dijo Hugo, mientras mantenía cogida la mano de ella.

—Pues... supongo que Carlos ya te habrá contado.

—Sí. Me ha hablado de lo que te han dicho los médicos y de tus síntomas, pero yo quiero saber qué es lo que tú sientes.

La muchacha suspiró.

—En algunos momentos he tenido miedo, porque me acordaba de mi madre. Pero como recordaba muchas cosas de las que dijiste en la conferencia, y después

cuando hablamos, la verdad es que tenía la esperanza de que quizás no está la cosa tan grave como dicen. En fin, tengo esperanza en que me voy a curar

—¿Sabes qué es lo que te han diagnosticado?— le preguntó Hugo

—Sí. Una leucemia, Y también tengo una infección en el esófago y en el estómago.

—Pues tengo buenas noticias para ti: ya te estás curando.

Ella sonrió.

—¿De verdad?

—Sí. La leucemia es la fase de curación de un cáncer de hueso. Tú has debido de tener, no hace mucho, quizás algo menos de dos meses, algún conflicto muy fuerte, ¿me equivoco?

Carolina enseguida localizó el conflicto, y con cierta timidez, le contestó:

—No. No te equivocas.

El joven asintió.

—Vale. ¿Quieres contármelo?

La muchacha se sintió incómoda y se giró para mirar a su hermano.

—¿Tienes algún problema en que Carlos esté aquí?— preguntó Hugo.

Ella lo miró apurada.

—No. No es eso. Él sabe cuál fue el conflicto que tuve. Lo que pasa es que... ¡Hugo, me da mucha vergüenza hablarte de ello!

Él sonrió y le cogió la otra mano.

—Hadita, yo no voy a juzgarte. Te aseguro que mi única intención es ayudarte. Puedes confiar en mí.

La joven empezó a morderse el labio inferior, mirando nerviosa de un lado a otro, y luego volviéndose hacia su hermano.

—Escucha, —dijo Hugo — no puedo ayudarte igual si no sé de qué va un poco la historia. Si te sientes incómoda conmigo, puedo darte el teléfono de un compañero para que te vea él.

—¡No!— respondió Carolina — ¡No! ¡No! ¡Por favor, no te ofendas! No es por ti. Es por mí. Es que fue una situación desagradable y tonta a la vez.

—¿Tienes miedo de recordarla?

—No es eso.— la joven suspiró.

—Caro, —intervino su hermano —¿por qué no se lo cuentas sin decir nombres?

Ella reflexionó y vio que era la única salida.

—Está bien. Sí. Lo haré así... Fue hace... calculo que... sí, poco menos de dos meses. Un día vino mi hermana y me dijo que estaba saliendo con un chico. Al principio estuvo hablándome de él y no vi ningún problema, a pesar de que ella tenía mucho miedo de que Carlos y mi padre se enteraran. Yo no entendía por qué tenía tanto miedo y entonces Anastasia me dijo que yo lo conocía. Yo le pregunté que quién era, y cuando ella me dijo su nombre... — la joven se paró aquí, al recordar aquel momento.

—¿Qué pasó?— preguntó Hugo —¿Qué pasó cuando te dijo su nombre?

Ella volvió en sí y lo miró.

—Pues recuerdo que sentí como si acabara de explotar una bomba y yo me hacía añicos.

Hugo la observó atentamente, esperó unos segundos y después le preguntó:

—¿Por qué sentiste eso? ¿Qué tenía de particular ese chico?

—Pues es que... lo que pasa es que en ese momento yo creí que me estaba

hablando de otra persona que tiene el mismo nombre.

—Entiendo. ¿Pero lo aclarasteis?

—No. Hasta después de... —Carolina se quedó pensando unos segundos —... casi tres semanas, no supe que no me hablaba de... de quien yo pensaba.

—O sea, que estuviste durante tres semanas creyendo que el chico que salía con tu hermana era otro.

—Sí. Eso es.

—Pero sigues sin responder a la pregunta, ¿por qué te impactó tanto el hecho de que tu hermana estuviera saliendo con quien tú creías que estaba saliendo? ¿Tan terrible era ese chico que hasta tú temías que estuviera con Anastasia?

Carolina, que quería evitar decirlo, ya no podía hacer otra cosa.

—¡No, no! ¡No es que él fuera terrible! ¡No, para nada! El problema estaba en que yo... sentía algo por él.— dijo esto último en voz baja, y mirando hacia sus rodillas.

Hugo se quedó callado unos segundos y después contestó:

—¡Ah! ¡Ya comprendo!

La joven siguió hablando sin levantar la cabeza.

—Yo me sentí muy mal, porque pensaba que no debía seguir sintiendo nada por él, puesto que ya era el novio de mi hermana. Pero me costaba mucho trabajo no pensar en él, no recordarlo. Además ella no hacía nada más que decirme que me reuniera con ellos para tratarlo más, y yo no me sentía con fuerzas para verlos juntos, lo cual me hacía sentirme peor. Intenté reprimir mis sentimientos, creyendo que era lo correcto, pero no servía de nada porque luego salían más fuertes. Entonces empecé con ciertas molestias del estómago y en la zona del esófago. Ya no tenía casi ganas de comer y apenas podía dormir. Además no quería tampoco dormir, porque cuando lo hacía, soñaba con él, y cuando me despertaba, me sentía más culpable. Yo pensaba que era la hermana más malvada del mundo.

—¿Hablabas con Carlos de ello?

La joven levantó la cabeza.

—No. No se lo conté a nadie. Me parecía algo horrible y no podía contárselo a nadie. Así estuve durante varias semanas. Después, lo que ocurrió fue que un día Carlos vio a Anastasia con su novio y entonces le preguntó directamente por él. En la conversación también intervine yo, queriendo defender a Anastasia, pero mis sentimientos por el que yo creí que era su novio, me traicionaron y Carlos se dio cuenta de ellos. Entonces, luego mi hermano y yo estuvimos hablando sin que mi hermana estuviese delante, y a lo largo de la conversación Carlos vio que algo no cuadraba, y fue cuando se dio cuenta de que yo estaba confundida y que el novio de Anastasia no era quien yo creía. En ese momento salí de la pesadilla y me sentí completamente aliviada. Y después fue cuando empecé a ponerme peor.

—¿Cuánto hace que aclaraste el malentendido con Carlos?

—Hace ya casi un mes. El lunes hará un mes. Me acuerdo porque fue el mismo día que vi a Nicoleta, antes de irse a Rumanía.

—Vale. ¿Y recuerdas exactamente el día en el que se inició todo?

—Pues... yo creo que más o menos tres semanas antes.

—¿Tienes los resultados de los análisis y de las pruebas que te han hecho?

—Los tiene mi padre en el despacho.

—Iré a buscarlos— dijo Carlos, levantándose y yendo a por ellos.

—Aparte de sentirte una mala hermana, ¿sentías algo más?— continuó Hugo.

—Bueno, sentía que no era capaz de sobrellevar aquello. Que era demasiado para mí. Pensaba y sentía que era lo peor del mundo, que no merecía nada bueno, y que yo no valía nada.

—Bien, ahí tenemos un conflicto de desvalorización muy fuerte. Voy a intentar explicártelo para que lo entiendas. En la fase activa esa desvalorización te afectó a los huesos, que empezaron a descalcificarse. En el momento en que solucionaste el conflicto, los huesos empezaron a recalcificarse con ayuda de bacterias. Ahora bien, hay que tener en cuenta que en la médula ósea es donde se producen las células sanguíneas, y que durante esta fase los vasos sanguíneos y linfáticos aumentan su diámetro y por tanto su volumen. Y aunque la cuenta de células sanguíneas es la normal, el volumen extra es rellenado con suero sanguíneo, de manera que cuando se hacen los análisis, la cuenta de células sanguíneas por milímetro cúbico aparece baja, y el médico que no conoce este proceso, cree que la persona tiene anemia. Luego se produce un aumento de leucoblastos que son leucocitos inmaduros que sirven para rellenar y reconstruir los espacios del hueso. Y aunque estos no son capaces de dividirse, el médico que no conoce este proceso, cree que se trata de células cancerosas malignas. Y a eso lo llaman leucemia. Pero si se conoce esta respuesta del organismo, se entiende que en realidad la médula ósea se está curando. ¿Has comprendido?

—Sí. Creo que sí.

Hugo sonrió y le dijo:

—Eres muy lista. Pero dime, aparte de esa fuerte desvalorización, ¿sentiste algo más?

La muchacha se quedó pensando.

—Bueno, a veces me preguntaba por qué... él la había elegido a ella. Y pensaba que me hubiera gustado que me eligiera a mí. Yo... le quería desde... hace mucho tiempo, y al final era ella, quien acababa estando con él. Pero cuando pensaba estas cosas, luego me sentía peor.

—¿Sentías que él tenía que haber sido para ti y ella te lo había quitado?

—Pues... siendo sincera, la verdad es que... sí.

—¿Pero él te había dicho algo que te hiciera albergar esa esperanza?

—En realidad, decirme..., la verdad es que no. Él... siempre ha sido muy amable y... cariñoso conmigo, pero me ha tratado, quizás más bien, como a una hermana. Nunca me ha dicho que estuviera enamorado de mí, ni nada por el estilo. Pero a veces... me miraba de una manera... que me hacía pensar que él también sentía algo...

—Ya veo... Esperabas que terminaríais juntos, pero en ese momento creíste que fue tu hermana la que se quedó con él.

—Sí, eso es.

—Pues de ahí vienen las molestias del esófago. Hay varios tipos de conflictos que afectan al esófago en diferentes zonas, pero en los casos como el tuyo tienen que ver con un “bocado” que esperábamos, y que de forma inesperada no podemos obtener, bien porque nos lo quitan, o porque tenemos que renunciar a él. Esto, de manera literal sería un alimento que no podemos tomar, habiéndonos hecho la idea de que era para nosotros. Pero también puede ser en un sentido imaginario. En tu caso, el bocado es una persona que esperabas que fuera para ti, pero que de pronto te la quitan y además te ves en el deber moral de renunciar a él.— aclaró Hugo.

—¡Ah! — exclamó sorprendida la joven.

—Y dime, ¿en algún momento sentiste rabia?— inquirió él.

—Sí, algunas veces me sentía enfadada. Sí. — reconoció sorprendida de ella misma —Algunas veces me sentía enfadada porque yo esperaba que él sería para mí, y pensaba que esa situación no era justa, pero al poco, volvía a sentirme fatal por pensar y sentir esas cosas.

—¿Pero tu enfado era con tu hermana porque pensabas que te había quitado a ese chico?

—Bueno...— dijo ella pensativa — no es eso. No estaba enfadada con mi hermana. En realidad ella no me lo ha quitado, porque él no era realmente mío, aunque yo siempre esperé que lo fuera. ¡No! Yo estaba enfadada, contrariada diría yo, porque creí que ya no podía conseguirlo.

—Comprendo. Pues ese enfado es el que te ha causado las molestias del estómago— dijo el joven —. Las dolencias del estómago, pueden ser debidas a dos tipos de conflictos. Uno es el enfado debido a una contrariedad por el territorio. Tu territorio sería todo lo que sientes que te pertenece. Pero parece que tú tenías claro que ese chico no te pertenecía, ni tampoco has luchado con tu hermana para tenerlo. Este tipo de conflictos afectan a la curvatura menor del estómago. El otro tipo de conflictos es el que afecta a la curvatura mayor del estómago. Son conflictos de enfado con una persona o una situación, cuando uno no puede conseguir su parte. Tu caso es claramente el segundo, y tu parte es ese chico, pues habías estado convencida de que él sería para ti y en ese momento creíste que definitivamente ya no lo ibas a conseguir. Tanto en el caso del esófago como del estómago, cuando tenías el conflicto en la fase activa, es decir, antes de solucionarlo, los tejidos empezaron a crecer, formando tumores. En el momento en que los solucionaste, los tumores comenzaron a descomponerse con la ayuda de unas micobacterias. Así que la infección que tienes en el esófago y en el estómago, es a causa de esas bacterias. Como tu sentimiento más fuerte ha sido el de la desvalorización de ti misma, lo más agudo es la leucemia, pero tanto en un caso como en los otros, tu cuerpo está trabajando para recuperar tu estado de salud normal... ¡Te estás curando, hadita! Así que no tengas ningún miedo, ¿me oyes? Si tuvieras miedo, sabes dónde te afectaría, ¿verdad?

—A los pulmones.— dijo ella.

—Exactamente. El miedo a morir es el que produce los tumores en los pulmones. Así que ten confianza y ya sólo vamos a ayudar un poquito al cuerpo para que termine el proceso de curación. ¿De acuerdo?

—Sí.—respondió ella más relajada.

Carlos trajo los resultados de todas las pruebas, exámenes y análisis, y él y Hugo las estuvieron viendo.

Luego Hugo les dijo los procesos por los que la joven iba a pasar y que ella debía tener mucho reposo. Le escribió una lista de alimentos recomendables para que se la dieran a Eloisa, y también les dio algunos consejos como que no tomase alcohol, que no se expusiera al sol, que no tomara baños calientes, ni sauna, que no tomara líquidos en exceso, que no la dejaran sola y que ella siempre se sintiera acompañada. Que aguantara todo lo que pudiera la fiebre y si era necesario que se le aplicasen compresas frías en la cabeza, procurando mantenerla la cabeza más alta que el resto del cuerpo, que hicieran lo posible para que no hubiese peleas o desavenencias delante de ella, y que no se le dieran malas noticias, y que si podía, ella se mantuviera entretenida en algo que le gustara. Y finalmente les dio algunos consejos más para los momentos de dolor.

—Hugo. —dijo repentinamente Carolina.

—Dime.

—Ahora, tengo un pequeño problema. Aunque quizás se solucione, porque yo creo que esto de que Carlos esté de acuerdo en la Nueva Medicina, y haya hecho las paces contigo, es como un milagro.

—¿Qué problema?— preguntó Carlos.

—Pues que ya tienen proyectado darme la primera sesión de quimio para el jueves.

—¡Ah! ¡Claro!— exclamó Hugo — Bueno no te he dicho nada, porque pensé que ya sabías cuales eran las consecuencias de la “quimio”. La quimioterapia, y la radioterapia interrumpen por completo el proceso de curación. Y además te pueden producir un nuevo conflicto, por no hablar de sus efectos secundarios.

—Sí. Yo lo sé. —contestó la joven —Pero mi padre no. Y no sé cómo le voy a plantear que no voy a hacer el tratamiento.

Carlos resopló.

—¿Quieres que hable yo con él?— se ofreció Hugo.

—No. —respondió Carlos — A ti, ni te va a escuchar. Yo lo haré. Hablaré con él e intentaré hacerle comprender.

—Bueno, yo puedo hablar con él, desde luego.— dijo Carolina.

—No, Caro. —dijo su hermano— Ya has oído a Hugo. Tú no debes llevarte más berrinches. Hablaré con él. Y también con Anastasia. Ya va siendo hora de que ejerza mi papel de hermano mayor.

La joven sonrió.

—Bueno, Hugo —continuó Carlos— Hablando del “general”, quizás sería más prudente que cuando llegue no te pille aquí. Conociéndolo se cerrará más en banda. Reconozco que es culpa mía que no te tenga en muy alta estima, así que me va a tocar deshacer todo el daño que he hecho.

—¡Tampoco exageres, Carlos! —respondió Hugo— Pero sí, no te preocupes, ya me voy. Llamadme cuando queráis y para cualquier duda. Carolina, espero poder verte en unos días, ¿vale? Y por favor, llámame cuando quieras, ¿de acuerdo?

—Sí.— contestó ella, muy contenta.

—En fin, Carlos,— dijo Hugo —ha sido un verdadero placer volver a charlar contigo. Estoy realmente contento por ello. Y te agradezco que hayas confiado en mí para ver a tu hermana.

—¿En quién, si no, iba a confiar?— respondió Carlos —Gracias a ti por venir tan rápidamente.

Los jóvenes se dieron un abrazo fraternal.

—Y tú, pequeña hada, cuídate mucho, y no tengas miedo.— dijo Hugo a Carolina.

—Gracias por venir.— respondió ella —Ha sido lo mejor que me ha pasado desde hace bastante tiempo.

Hugo le dio otro abrazo a ella y Carolina se abrazó también fuertemente a él.

Y después el joven se marchó, dejando a los dos hermanos bastante animados.

Capítulo 3

—¡Bueno, Caro! ¿Estás contenta? ¡Has visto a tu amorcito!— dijo Carlos jugueteando.

Ella se rio.

—¡Claro que sí! ¡Estoy feliz!

Su hermano se rio también.

—¡Me alegro mucho!— respondió él —Sin embargo, ten cuidado y no te ilusiones demasiado con él. No me gustaría que volvieras a recaer.

—No te preocupes. Ya con verlo y que sea mi amigo, es mucho para mí. No aspiro a tanto como a que se enamore de mí.

—Tú eres una chica magnífica y te mereces lo mejor.

Carolina se rio de nuevo.

—Bueno, gracias por el ánimo. Pero no me hace falta. Estoy tan contenta que creo que voy a tardar nada y menos en curarme del todo.

—Sí. ¡Así se habla, Caro!— exclamó su hermano, sonriendo.

Luego, el joven se puso algo más serio.

—Ahora, quizás el que va a necesitar algo de ánimo y apoyo, voy a ser yo.— suspiró —Ante mí, ahora se presenta algo que... la verdad es que no sé cómo voy a hacer...

—¿Te refieres a hablar con papá? ¡No te preocupes Carlos, yo hablaré con él!

—¡No! No es eso. Yo hablaré con papá. Ya sé que es un hueso duro de roer, pero me lo planteo como un reto. Es cierto que nunca me he enfrentado a él... ¡Es gracioso! ¡Tú, que se supone que eres la más dócil de todos, sí lo has hecho! ¡Suavemente, sí, pero no te has dejado manipular por él! No, como yo, que me creía muy fuerte, pero al final estaba haciendo las cosas para contentarlo a él.

—Quizás sea porque lo quieres mucho y aún lo admiras.

—No. Seamos francos. Ha sido por debilidad de carácter.

—Estás siendo muy duro contigo mismo. Puede ser que algunas ideas que tienes son producto de su influencia en ti, pero estoy segura de que si una opinión o un deseo de papá fuera en contra de tu propia conciencia no la apoyarías.

— No sé. Tal vez.

—Si no, a ver dime, ¿por qué has estudiado medicina? ¿Ha sido por papá o porque realmente es tu vocación?

—Bueno, la verdad es que siempre me ha gustado. Pero una vez me dijiste algo que me hizo reflexionar sobre ello.

—¿Ah, sí? ¿Qué te dije?

—Me dijiste que el verdadero médico no debía tener prejuicios sociales, ni cuando ejercía su profesión, ni cuando hacía su vida personal. Me di cuenta de que llevabas razón. He pensado muchas veces en eso. El verdadero médico está dispuesto a socorrer, a ayudar a cualquier persona en cualquier momento, y no le importa ni el dinero, ni la posición social que adquiere con su título de doctor. Por eso, ahora que conozco esto de la Nueva Medicina, y he hablado con Hugo, creo que tendré que hacer

algunos cambios... Y lo primero será hacer un curso completo para aprender esta Nueva Medicina.

Carolina sonrió y le comentó:

—Hace años me encontré con Hugo y me estuvo hablando de la decisión que iba a tomar con respecto a su carrera. Fue algo muy parecido a lo que tú me estás diciendo ahora. Él sabía que lo criticarían y así fue, pero no le importó.

—Ya veo. O sea, que tú ya lo sabías, desde el principio.

—Bueno, en ese momento yo no sabía exactamente en qué consistía su decisión. Sólo que había cosas que le habían hecho plantearse su vida y que iba a tener que dar un paso que cambiaría por completo su rumbo.

El joven miró pensativo a su hermana.

—Ahora me acuerdo que cuando lo conté aquí en casa y decía que se le había ido la cabeza, tú lo defendiste, y querías que yo le escuchara. Fuiste muy valiente delante de papá. Seguro que ya estabas enamorada de él, ¿a que sí?

Carolina asintió con cara de felicidad, y él se rio.

En ese momento entró su padre.

—¡Bueno! ¿Qué pasa aquí?— dijo observando a sus dos hijos alternativamente.

Los dos hermanos lo miraron sonrientes.

—¡Hacía tiempo que no oía risas en casa!— exclamó el padre fijándose detenidamente en la joven. —Carolina, hija, ¿qué ocurre?

—No pasa nada, papá. Sólo estábamos charlando.

Él se acercó a ella, sin dejar de mirarla.

—Parece que te veo mejor cara.

Ella se rio.

—Será que me siento mejor. Bastante cansada, pero con el ánimo muy subido.

—¡Eso está muy bien, hija! ¡Me alegra oírlo!— respondió él —Bueno, ¿y de qué hablabais, que os hacía reír?

—¡De nada importante!— contestó ella, mirando a su hermano.

—Conque nada importante, ¿eh?— repitió el padre observándolos a los dos.

Carlos no pudo reprimir una sonrisa y miró hacia el suelo.

—¡Bueno, ya veo que tenéis vuestros secretos!— exclamó el padre —Supongo que algún día me enteraré. En fin, me voy a mi despacho. Llamadme cuando la cena esté lista.

Y se fue.

—¡Pobre papá! ¡Debe de sentirse muy solo sin mamá!— dijo Carolina — A veces era muy duro con ella, pero en el fondo se ve que la quería. ¿Te has dado cuenta de que ya no es el mismo desde que mamá se fue?

Su hermano se quedó pensando.

—Sí. Es posible. Puede ser que lleves razón.

—Carlos, cuando hables con él, hazlo con amor. Creo que le hace mucha falta. Él siempre nos ha impuesto el respeto, pero también necesita cariño. Y sé, que igual que tú siempre lo has admirado, él también te admira mucho a ti.

El joven sonrió.

—¡Tú lo que quieres es levantarme la moral para poder hablar con él, so listilla!

—Te lo digo en serio.— dijo ella.

—Bueno, está bien. Lo haré como dices. Y ahora deberías irte a descansar un poco, que llevas mucho rato levantada, y ya sabes que necesitas mucho reposo.

—Sí.— respondió ella, levantándose y yéndose a su cuarto.

Se tumbó en su cama y se puso a recordar su diálogo con Hugo.

Pensó: “Todos estos problemas han sido causados por haberme identificado plenamente con todo lo que me venía a la mente. Según Hugo, lo que me ha conducido a los problemas digestivos son enfado y creer que me quitaban algo que pensaba que ya era mío.”

Se concentró en recordar aquellos días en los que creía que Anastasia estaba con su querido Hugo, pero lo hizo de manera consciente y como si fuera una película, sin identificarse con ella.

Pudo percibir claramente un yo de ira gritando contra esa situación. Pero detrás de él, se encontraba otro que envidiaba fuertemente a su hermana, y más profundo otro de egoísmo que decía que Hugo era para ella, y en el fondo otro de lujuria que deseaba ardientemente al joven. Todos estas personitas de su ciudad interior, todos estos “yoes” de su espacio psicológico, se habían manifestado a través de ella. A través de pensamientos, sentimientos, impulsos motores, instintivos y sexuales. Pero ella había estado completamente identificada con todo eso y no se había hecho consciente de que esos personajes psicológicos, que mantenían su conciencia atrapada y dormida, la habían manejado a su antojo.

Una vez que pudo percibirlos, dedicó un poco de tiempo a concentrarse en su Divina Madre para pedirle que desintegrara primero un yo, luego otro y así hasta el último que había descubierto.

Y en relación con la desvalorización que había sido la causa primera de la leucemia, también hizo el mismo trabajo.

Luego se relajó, y se quedó dormida.

Capítulo 4

Carolina durmió casi tres horas. Luego se levantó, fue al baño y luego se dirigió al comedor. La mesa estaba puesta pero no había nadie allí. Entró en la cocina. Allí estaba Eloisa, leyendo una revista.

—Hola Eloisa.

—¡Hola niña! ¿Ya te has despertado? He visto que dormías y te he dejado descansar. Ahora mismo te pongo tu cena.

—¿Dónde están todos?— preguntó.

—Tu hermana no ha regresado aún, ¡y a saber a qué hora regresará! Tu padre y tu hermano están en el despacho de tu padre hablando. ¡Llevan horas! Yo los avisé de que la cena estaba preparada hace más de una hora, pero ahí siguen...

Carolina pensó: “¿Le estará hablando Carlos de lo mío?”

—Eloisa, ¿los has oído discutir?

—No. Cuando entré en el despacho, tu hermano le estaba explicando unas cosas del ordenador a tu padre. Eso sí, tu padre estaba muy serio. ¡Siéntate en el comedor, que ya te llevo la cena!

—No. Prefiero comer aquí.— respondió la joven, sentándose en la mesa de la cocina— ¿Tú ya has cenado?

—Sí, cené antes de venir.— dijo Eloisa.

—¡Ah, vale!— respondió la joven.

Mientras Eloisa calentaba la cena, Carolina pensó: “¡Dios mío, ayuda a Carlos a explicarle bien las cosas a papá! ¡Que todo salga bien! ¡Que él pueda comprenderlo también!”

—Carlos me ha dado una lista con alimentos recomendables para ti.— comentó la mujer.

—Sí.— respondió la joven, sonriendo al recordar que fue Hugo quien la había escrito.

—Me parece muy bien que empiecen a tener en cuenta el valor de la alimentación para la salud.

La muchacha asintió.

—Niña, te veo algo distinto en la cara. Parece como si tuvieras un poco más de color... como más iluminada...

—Eso es que me estoy curando.

—Puede ser. Desde luego, te veo mejor color que estos días de atrás.

Carolina sonrió.

—¡Deben de estar hablando de algo importante, porque no vienen a cenar!— exclamó Eloisa.

La joven suspiró y empezó a ponerse un poco nerviosa.

—La verdad es que no tengo mucha hambre.

—Anda, come un poco. Son las órdenes del médico.— le dijo con cariño la mujer.

—Está bien.

Carolina empezó a comer, pero sospechando que su padre y su hermano estaban

hablando del tema, se le empezó a coger un pellizco en el estómago y al final se levantó diciendo:

—No puedo comer más. Eloisa, si quieres vete ya a tu casa. No esperes a mi padre y a Carlos. Es posible que hoy no cenem y ya es demasiado tarde para ti. No te preocupes, ya se lo diré yo.

La mujer dudó.

—¿Estás segura?

—Sí, claro que sí. No te inquietes por nosotros. ¡Vete, de verdad!

—Mira, me voy a esperar media hora más, y mientras, adelanto plancha para el lunes. Ya sabes que mañana no vengo.

—Bueno, como quieras— respondió Carolina.

La joven se acercó hasta el despacho de su padre. Tenían la puerta cerrada y podía escuchar que hablaban, pero no lograba entender lo que decían. Se quedó un rato pendiente, a ver si conseguía oír algo, pero no pudo. Dudó de si entrar o no, pero se dijo que quizás lo mejor era dejarlos solos. Se mordió el labio inferior, pensando qué hacer. Se estaba poniendo bastante nerviosa y quizás eso no era lo más adecuado para ella en ese momento.

Se fue a su cuarto y se tumbó en su cama. Intentó relajarse, pero su mente estaba demasiado activa y se le revelaba.

De repente escuchó que le llegaba un mensaje al móvil.

Se levantó y lo miró.

El número no estaba registrado en su móvil, así que no sabía de quién era. Pero al mirar el mensaje, su corazón se aceleró.

“Hadita, ¿cómo estás?”

Ella se quedó paralizada de la emoción durante unos segundos. Era Hugo. No reconoció su teléfono, porque lo había borrado anteriormente.

Después, con los dedos temblándole, logró escribirle:

“Carlos y mi padre están hablando a puerta cerrada. Y yo estoy muy nerviosa.”

Y se lo envió.

Unos segundos después, él la llamó.

Ella sintió un vuelco en el corazón y con las manos temblorosas cogió el teléfono.

—Hola Hugo.— dijo.

—Hola Carolina. Te he enviado el mensaje porque no sabía si estarías durmiendo. Pero ya he visto que no.

—He dormido casi tres horas, pero me levanté hace un rato y he cenado, aunque sólo un poco, porque cuando me he dado cuenta de que estaban hablando, se me han cogido los nervios al estómago.— explicó la joven.

—¡Estate tranquila! Estoy seguro de que Carlos lo va a hacer muy bien. He visto que lo tiene totalmente claro, y tiene todas las posibilidades de convencer a tu padre. Al menos para que te deje hacer el tratamiento que tú elijas.

Ella suspiró sintiéndose más relajada.

—Ojalá que sí.— contestó, mientras se tendía en su cama —De todas maneras, yo no voy a darme las sesiones de quimio, pero me gustaría que mi padre no sufriera por eso, pensando que mi decisión es equivocada y algo fatal para mí. No me da miedo que se enfade. Es que no quiero que sufra.

—Ya veo que te preocupas más por él que por ti.

—No es verdad. Precisamente porque me preocupo por mí, no me daré esas

sesiones. Pero al fin y al cabo, él es mi padre, y creo que es normal que quiera que esté bien, ¿no?

—Está bien. Llevas razón. Como siempre.

Ella sonrió sintiéndose muy dichosa de tenerlo al otro lado del teléfono.

—Hadita, ¿por qué no me llamaste por teléfono cuando estuviste sufriendo tanto? ¿Es que no somos amigos? Creí que teníamos confianza el uno en el otro.

Ella no sabía qué contestar. Si le decía que borró su número tendría que explicarle el por qué y entonces él se daría cuenta de todo.

Como ella no respondía, el joven continuó diciendo:

—Supongo que estabas demasiado bloqueada con esa confusión, ¿no?

—Sí.— dijo ella.

—Carolina, no pretendo meterme en tu vida, pero me gustaría que supieras que si alguna vez lo estás pasando mal y no tienes a nadie con quien contar, me tienes a mí. ¿Lo recordarás?

—Sí.

—Pareces cansada. No quiero molestarte más, será mejor que te acuestes y...

—¡Tú no me molestas!— le interrumpió ella.

Él se rio.

—Y no estoy tan cansada.— mintió la joven — Es que... sólo estoy un poco nerviosa por la conversación de Carlos y mi padre.— dijo, intentando excusarse.

—No te preocupes por eso. Tú descansa y olvídate de complicaciones. Para eso está Carlos, y yo le ayudaré, si le hace falta. Distráete con cosas que te gusten. A ver, ¿qué aficiones tienes? ¡Ah! ¡Si no recuerdo mal, te gustaba mucho dibujar!, ¿no?

—Sí. Es verdad. Me encanta dibujar. Aunque hace tiempo que no lo hago. Entre los estudios y otras cosas...

—Pues si te encuentras con fuerzas, ahora es cuando tienes la oportunidad.

—Sí, supongo que sí. Como no voy a clase...

—Por cierto, ¿sigues con tu idea de hacerte misionera?

Ella se rio.

—No sé. Puede ser.

—¿Eh? ¡No me digas que ya estás cambiando de opinión!— le dijo Hugo, en tono de broma.

—No es eso. En los últimos años he aprendido algunas cosas muy importantes, que me han ayudado mucho. Incluso durante este tiempo también me han servido, aunque algunas veces me ha costado mucho trabajo.

—¡Carolina! ¡No me digas que has descubierto aquello que anhelas tanto!

—¡Sí!— respondió ella riéndose — ¡Creo que sí!— y poniéndose más seria, continuó — Se trata del estudio sobre uno mismo para conocerse mejor, e implica un trabajo psicológico sobre sí mismo. Lo que pasa es que todavía soy una principiante, porque si lo dominara a la perfección, no estaría ahora así. No me habría afectado tanto por ejemplo, aquella confusión con mi hermana, y tampoco me habría puesto nerviosa por la conversación de Carlos y mi padre. Pero no me desanimo. Este trabajo me interesa mucho. De hecho, es básico en mi vida. Y ahora que te estoy hablando, me lo estoy recordando. Lo cual me impulsa a realizarlo.

El joven se quedó callado unos segundos y luego le dijo:

—Hadita, tienes que hablarme de ello. Quiero conocer ese trabajo del que me hablas. Además, ¿no te acuerdas que quedamos en que cuando encontraras lo que

buscabas, lo compartirías conmigo?

Esta vez, fue Carolina la que se quedó callada, recordando que era cierto.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Es cierto! ¡No sé cómo lo pude olvidar! ¡Perdóname Hugo!

—Está bien. Te perdono.— respondió él, jugando — ¡No, ya en serio!, no te preocupes. Pero ahora sí quiero que me hables de ello.

—Sí. Por supuesto.— respondió la joven — ¿Vendrás mañana?

—¡Claro! Iré cuando tú quieras. Te echaré un vistazo y me cuentas. Sólo avisadme el momento adecuado. Yo estoy libre todo el día. Los domingos no tengo ni trabajo, ni consultas, ni cursos.

—Vale. — contestó Carolina muy contenta — No sé qué pasará con mi padre. Pero si acaso no se ponen de acuerdo, podrás venir cuando se vaya al club. Él suele irse por la mañana. Aunque ya te avisaremos.

—De acuerdo— respondió el joven. —Bueno, y ahora sí: deberías acostarte ya.

—Sí. ¡A la orden doctor!— bromeó ella.

Él se rio y luego le dijo:

—¡Buenas noches, hadita!

—¡Buenas noches, Hugo!— respondió ella, feliz.

Carolina colgó y dejó el móvil sobre su escritorio, pues no le gustaba dejarlo en la mesita de noche.

Se volvió a tumbar en su cama, puso el pañuelo encima de la almohada y reposó su cabeza sobre él pensando: “¡Mañana lo veré otra vez!”

Luego se concentró en su interior, volvió a rezar para que la conversación entre su hermano y su padre tuviera buenos frutos, y después intentó dormirse concentrada en el corazón.

Capítulo 5

A media noche se despertó. Miró el reloj. Eran las tres y media.

Se levantó para ir al baño.

Después iba a regresar a su cuarto, pero se acordó de la conversación de su hermano y su padre y quiso saber si se habían acostado.

Así que se dirigió al despacho de su padre y vio que salía luz por debajo de la puerta. Se acercó y escuchó que hablaban, sin entender lo que decían. Pero en todo caso, parecía una conversación pacífica.

Carolina tenía ganas de entrar y enterarse para ver cómo iban las negociaciones, pero recordándose a sí misma, se dio cuenta de que un yo de curiosidad era el promotor de esas ganas. Pidió la muerte de ese yo a su Madre Divina y luego se fue a su cama otra vez.

Volvió a rezar pidiendo ayuda a su Dios interno para que todo marchara bien y enseguida se volvió a quedar dormida.

A la mañana siguiente se despertó y su primer pensamiento fue: “¿Qué habrá pasado?” refiriéndose a la conversación entre su padre y su hermano.

Miró el reloj y eran casi las diez.

Se levantó, fue al baño y después a la cocina. Parecía que no había nadie levantado.

Era el día libre de Eloisa, pero ella se sintió con fuerzas para prepararse el desayuno y así hizo. Luego se sentó en la mesa de la cocina y comió. Notó que tenía un poco más de apetito y se hizo otra tostada que untó con mantequilla. Pensó: “¡Qué rico me está resultando hoy el desayuno!”

Luego, con tranquilidad recogió todo, se fue a su cuarto, cogió un libro y luego se dirigió al salón. Se tumbó en uno de los sillones y se puso a leer.

Al cabo de una hora, apareció su padre.

—¡Ah, Carolina! ¿Qué haces aquí?— le dijo.

Ella lo miró sonriente, pero expectante.

—Buenos días, papá. Estoy leyendo.— respondió.

—¿Dónde está tu hermana?

—No sé. Creo que todavía no se ha levantado.

—¿No? ¡Vaya! ¡Esto no puede ser! ¿Es que no sabe en qué estado te encuentras?— exclamó algo alterado.

—No sé por qué dices eso.— dijo Carolina extrañada — ¿qué tiene que ver que ella se levante tarde, conmigo?

—¡Pues, hija! ¡Que hoy es domingo y Eloisa no habrá venido!, ¿no?

—No. No ha venido. Pero sigo sin entender. — respondió la joven incorporándose.

El padre la miró enfadado.

—A ver, Carolina, ¿has desayunado?

—Sí. Claro que sí.— contestó ella.

—¿Sí? ¿Y quién te ha hecho el desayuno? ¿Es que ya se ha levantado tu hermano? — preguntó él, extrañado.

La joven comprendió que su padre quería que sus hermanos estuvieran levantados para poder cuidar de ella.

—No, Carlos tampoco se ha levantado aún. Me lo he preparado yo. Y por cierto, ¡me lo he comido con un apetito! ¡Me ha estado buenísimo! ¡Debo de ser una magnífica cocinera! ¿Quieres que te prepare tu desayuno también?— dijo, bromeando.

—¡Carolinaaaa, no te burles de tu padre!

—¡No me estoy burlando, papá! ¡Te lo digo en serio! ¿Te apetecen unos huevos?

—¡Ya está bien, niña! ¿Me quieres tomar el pelo a estas alturas?— dijo el padre, en un tono de enfado ficticio.

Carolina sonrió, porque se dio cuenta de que su padre estaba jugando a hacerse el duro.

Él tuvo que reprimir la sonrisa.

—Bueno, ya en serio. ¿De verdad te lo has preparado tú? ¿Acaso te sientes con más fuerzas?

—La verdad es que no me encuentro como para participar en una maratón, pero creo que me siento mejor que estos días de atrás. Sigo estando bastante cansada y dolorida, pero noto algo diferente. Quizás, que estoy mucho mejor de ánimo.

—¿De verdad, hija?

—Sí. De verdad.

El padre se quedó observando atentamente a la joven.

—El caso es que parece tener un poco de mejor cara. Estos días de atrás estabas muy demacrada, pero ahora, parece que tienes algo diferente... No sé...—

—Papá, creo que me estoy curando.— se aventuró a decir ella.

Él suspiró.

—Anoche estuve hablando con tu hermano hasta la madrugada.— dijo con un gesto serio —Me mostró ciertos descubrimientos que se han hecho en el campo de la medicina. Entiendo que conforme van avanzando los tiempos, se van comprendiendo más cosas, y a veces incluso echan por tierra otras que parecían ciertas anteriormente. Ha pasado muchas veces. ¡Pero... estos descubrimientos... —exclamó con aire pensativo—... son demasiado... revolucionarios.

Ella lo miró atenta.

—Tú sabes de lo que te estoy hablando, ¿verdad?— dijo él, mirándola fijamente.

—Sí.— respondió Carolina.

—Bueno, ¿y tú qué dices?— preguntó el padre, sentándose al lado de la muchacha.

—Yo creo que es cierto.— contestó ella —No sólo lo creo. Lo sé. Estoy segura de que según como nos tomemos la vida, así será nuestra salud. En mi caso, he descubierto cuales han sido las causas de la leucemia y de la infección del estómago y del esófago. Y creo que como ya las he solucionado, mi cuerpo está trabajando para poder curarme y volver a mi estado natural de salud.

El padre se quedó pensativo.

—¿Qué me dices de las sesiones de quimioterapia? ¿También crees como Carlos, que no te van a ayudar?

—¿Tú podrías asegurarme que me van a curar?— preguntó ella.

El padre la miró con gravedad, y después de unos segundos respondió:

—No. No puedo.

—¿Y podrías asegurarme que no me van a causar ningún daño colateral?— insistió Carolina.

Él bajó la cabeza, mientras suspiraba.

—No.— contestó — Ya sabes que no.

—Pues yo también estoy convencida de que no sólo no me van a curar, sino que me van a hacer mucho mal.

Al decir esto, la joven observó a su padre, y vio un rostro lleno de melancolía.

—De todo esto,— dijo él, mirándola con los ojos tristes —deduzco que no quieres hacerte el tratamiento.

—No. No lo voy a hacer.— respondió ella, segura de sí misma.

El padre se levantó y empezó a dar vueltas por el salón. Luego se sentó de nuevo junto a ella y le cogió la mano, mientras la miraba con ternura.

—Carolina, hija,— le dijo con la voz cogida —¡no quiero perderte, como perdí a tu madre!

La joven sintió un nudo en la garganta al ver la forma en la que le habló su padre.

—¿Estas segura de lo que quieres hacer?— le preguntó él, mirándola con intensidad y apretando su mano.

—Sí, papá.— contestó ella, controlando su emoción —Estoy muy segura. De todas maneras, no somos dueños de nuestra vida, ni de la de los demás. Uno se levanta por la mañana sano y feliz, y a lo mejor tiene un accidente y muere. Otros, que han vivido mucho tiempo sufriendo una larga enfermedad, no se mueren, aunque deseen la muerte... Pero yo tengo confianza en esta nueva medicina..., y además, ¡es que me parece tan lógica!

Él se levantó de nuevo y reemprendió las vueltas por el salón, en silencio. Carolina se dio cuenta de que trataba de reponerse.

Al cabo de unos momentos, su padre volvió a hablar con más tranquilidad.

—Tu hermano parecía tan convencido anoche, que logró que me interesara investigar sobre este tema... Es cierto que encuentro bastantes cosas que tienen su lógica, y parece coherente, pero... no sé... ¡es tan revolucionario!— siguió dando vueltas, pensativo y luego volvió a pararse mirándola fijamente —Sin embargo, si tú estás convencida... podemos... esperar un poco más de tiempo para ver resultados... No desechemos lo que ya conocemos, ¿qué te parece?... Quizás un par de semanas o tres, ¿qué me dices?

—Si así te sientes más tranquilo, como tú dices, dejemos un tiempo prudente para ver los resultados.— respondió ella, no comprometiéndose a nada que sabía que la podía perjudicar.

—Muy bien, hija. Así haremos.— contestó el padre, más conforme —Ahora, hay otro tema que me habló tu hermano y que es realmente el que más me preocupa.

—¿Qué tema?— preguntó Carolina, expectante.

—Me dijo que él acababa de empezar a conocer esta nueva concepción de la medicina, y que tú necesitarías a alguien que ya tuviese experiencia en ese campo.

—¡Ah!— dijo la joven comprendiendo por dónde iba su padre y sintiendo que el corazón se le aceleraba.

—Por supuesto, tú también sabes de quién hablo.— dijo él, observándola detenidamente.

Carolina se sonrojó y no pudo sostener la mirada de su padre.

—Sí.— contestó.

—¡No me digas que no resulta irónico que el antiguo amigo de tu hermano sea el que puede tratarte!— exclamó él — ¡A quien teníamos por loco!... ¡Esto es lo que me choca!... ¿Cómo es posible que pensáramos que se le había ido la cabeza, y ahora resulta que tu hermano está convencido de lo que él practica?

Se calló unos segundos y luego susurró:

— Y... lo peor de todo... es que a mí me está haciendo dudar...

La joven lo escuchó y no pudo evitar reírse.

Su padre la miró sorprendido.

—¡Carolina! ¡No te rías, que esto es muy serio!

Ella intentó reprimir la risa, pero no pudo.

El padre siguió contemplándola, y al verla así, se desarmó y sonrió también.

—Es posible que sea verdad que te estás curando. Te oigo reír, y siento que no puedes estar tan mal.

—¡Perdona papá!— se disculpó ella — ¡Es que me ha hecho tanta gracia!

Él la siguió mirando, con aire pensativo.

—Dime hija, a ti siempre te ha gustado ese muchacho, ¿verdad?

—¿Qué?— dijo ella, sintiendo un vuelco en el corazón mientras se le quitaba toda la risa —¿qué muchacho?

—No te hagas la desentendida. Sabes de quién te estoy hablando. Del antiguo amigo de tu hermano, ¿cómo se llama?

—Se llama Hugo.

—¡Hugo, sí! A ti siempre te ha gustado, ¿o no?

Ella se sonrojó avergonzada por haber sido descubierta, y desvió la mirada.

—Recuerdo muy bien, —dijo el padre —que lo has defendido con vehemencia en varias ocasiones. No sé hasta qué punto te gusta: si sólo es que te cae muy bien, si lo admiras o si es que estás enamorada de él, pero que siempre te ha gustado, era bastante notable... Es más, me atrevería a decir, que tu estado de ánimo ha mejorado desde ayer, que vino a verte. Sí, sé que vino, porque tu hermano me lo ha confesado.

Carolina no sabía dónde meterse. Su padre había resultado un buen detective.

— Lo que realmente me preocupa, —continuó el padre — es que estés tan fascinada con él, y que pierdas la objetividad y no puedas ver la realidad.

—No papá. — contestó ella, queriendo defenderse —Si estoy convencida de esto no es por él. Si hubiera sido otra persona la que me lo hubiera enseñado, sería igual. Mira, Carlos no se ha convencido por Hugo, sino porque ha hecho sus propias investigaciones.

—No sé. Puede ser.— contestó él reflexivo —Necesito pensar sobre todo esto. De hecho, — dijo levantándose —lo que necesito es investigar más, para tener claro todo este asunto... Voy a tomarme un café, pero luego estaré en mi despacho... —y mientras se marchaba, exclamó —¡Espero que tus hermanos estén levantados a la hora de comer! ¡Esta juventud de ahora, duerme demasiado!

Carolina se quedó en el salón, pensando en la conversación. Era la segunda vez que veía a su padre tan emocionado; la primera fue tras la muerte de su madre. La joven comprobó que realmente él tenía su corazoncito y que realmente la quería, a pesar de sus escasas muestras de cariño. Luego le empezó a entrar sueño, y se fue a su dormitorio para acostarse.

Capítulo 6

Al cabo de un par de horas, se despertó.

Se acurrucó en su cama y empezó a recordar la conversación con su padre. “Bueno”, pensó, “No parece estar al cien por cien convencido, pero al menos está abierto. Eso ya es mucho, sabiendo cómo es mi padre”.

Se dio la vuelta y rozó el pañuelo de Hugo. Esto le recordó que había quedado con él en avisarlo para ver cuándo podía venir.

Se levantó y cogió su móvil y empezó a escribirle un mensaje:

“Hola Hugo. Mi padre está casi convencido. Admite que no me dé la quimio, al menos de momento. Ha estado aquí toda la mañana. No sé si saldrá esta tarde”

La joven se quedó pensando: “Quizás Hugo quiera salir esta tarde o tenga sus planes. Está toda la semana trabajando y viendo enfermos y hoy que es su día libre, yo se lo cojo... ¡No! ¡No puedo hacer eso! ¡Él tiene derecho a descansar! ¡Qué tonta soy, no sé cómo no me di cuenta anoche!”

Así que añadió al mensaje:

“No te preocupes por mí. Estoy descansando mucho y he desayunado muy bien. Ya nos veremos otro día.”

Y lo envió.

Luego se levantó y se fue al baño, y después se dirigió al comedor.

Su padre y sus hermanos estaban comiendo.

—¡Umm! ¡Qué bien huele!— exclamó, mientras se sentaba.

—¡Tienes hambre, ¿eh?!— le preguntó Carlos sonriente.

—Sí. Un poco.

Anastasia se iba a levantar para servirle, pero Carolina se adelantó para servirse ella misma.

Los demás la miraron.

—¡Que aproveche!— deseó la joven y se puso a comer.

Entonces se dio cuenta de que los demás la estaban observando.

—¿Qué pasa?

—¡No! ¡Nada!— respondió su hermana —¡Es que no parece que estés tan enferma como estos días de atrás!

Su padre la miraba muy serio.

—Carlos, —dijo —después de comer, vas a llamar a tu amigo y le dices que quiero hablar con él.

Los tres jóvenes lo miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa?— exclamó él, mirando a sus hijos con autoridad —¿Tan raro es que quiera hablar con el médico que está tratando a mi hija?

—No, claro que no.— respondió Carlos.

Carolina se empezó a poner nerviosa otra vez, y los nervios se le cogieron en el estómago.

Su padre insistió:

—Pregúntale si puede venir esta tarde mismo.— le dijo a Carlos, en tono de

orden.

—Está bien, se lo preguntaré.— respondió el joven.

—Papá —intervino Carolina — hoy es su día libre. No vamos a molestarlo hoy.

—¡Pero bueno!,— exclamó su padre — ¿no es vuestro amigo? ¡Entonces no le importará venir hoy!

—¿Y si tiene otros planes?— planteó ella.

—¡Bueno, pues por eso se lo va a preguntar tu hermano!— respondió él, con impaciencia.

La joven no quería irritar a su padre. No era buena idea. Así que contestó dócilmente:

—Está bien.

Cuando terminaron de comer, el padre se fue a su despacho, Anastasia se quedó recogiendo la mesa y Carlos condujo a su hermana pequeña a su cuarto.

—Bueno, Caro, ahora viene la prueba de fuego. —le dijo — Hemos estado hablando casi toda la noche y aunque no termina de aceptarlo, ya tiene la espinita por dentro. Creo que en el fondo le ve sentido y está casi a punto. El problema ahora es que ha tenido muy mal concepto de Hugo durante mucho tiempo, y no va a ser fácil que se deje convencer. Pero al menos, ya ves que quiere hablar con él. Espero que todo vaya bien. De todas maneras, tú estate tranquila. Ya sabes cómo es nuestro padre y lo que hemos conseguido hasta ahora es realmente un logro.

La joven asintió.

—Es sólo que tengo miedo de que lo trate muy duramente.— confesó ella.

—Por eso no te preocupes.— respondió su hermano —Hugo sabe defenderse, y sé que será cauteloso y sabrá cómo tratar a papá.

Carolina se sentó en su cama y vio que el móvil estaba a su lado.

Lo cogió y vio que tenía una llamada perdida de Hugo, y también un mensaje. Rápidamente lo miró:

“Me alegro de que tu padre no esté en contra. Y también de que estés descansando y comiendo bien. No olvides que me debes una conversación. Pero quizás sea mejor cuando estés más fuerte. ¡Nos vemos, hadita!”

—¡Vaya! ¡Lo había olvidado!— dijo en voz baja.

—¿Qué pasa, Caro?

—¡No! Nada.— respondió pensativa —Carlos, ¿vas a llamarlo ya?

—Sí. Supongo que estarás deseando verlo otra vez, ¿no?— dijo su hermano, con retintín.

Ella sonrió.

—Sí. Pero pregúntale si no tiene otros planes.— le recordó al joven.

—Está bien.— contestó su hermano.

Carlos se fue al salón, para llamarlo desde el teléfono de la casa y ella se quedó en su cuarto pensando: “No me acordaba que quería que hablásemos. Soy tan egoísta que se me olvidó que ése era el verdadero motivo por el que venía y de paso me echaba un vistazo. Voy a tener que dejar de pensar que soy el centro del universo...”

Se tumbó en su cama, esperando a su hermano.

Como no venía, se levantó y se acercó al salón. No había nadie.

Luego se dirigió al despacho de su padre y efectivamente sus hermanos y su padre estaban allí. Como la puerta estaba abierta, entró.

Los tres la miraron.

—Bueno, Carolina, parece que vuestro amigo ha aceptado venir esta tarde.— le comunicó su padre— Estará aquí a las seis y media. Hablaré con él y veré qué intenciones tiene.

La joven miró a su hermano y éste le hizo un guiño en señal de que estuviera tranquila.

—Y ahora, será mejor que te acuestes un rato.— continuó su padre — Y en cuanto a ti, Anastasia, ¿vas a salir otra vez?

—Sí. Pero más tarde.

—¡Conque más tarde, ¿eh?! ¡Pues a ver si no vuelves tan tarde como hoy y como ayer! ¡Y además, ya va siendo hora de que conozca también al joven con el que estás saliendo! ¡Que parece que en esta casa soy el último en enterarme de las cosas que hacen mis hijos!

Anastasia se quedó algo acobardada y con un tono de voz muy suave, contestó:

—Está bien, papá. Lo que tú digas... esto... voy a acompañar a Carolina a su cuarto.

Y cogiendo del brazo a su hermana se salió del despacho aprisa.

Cuando llegaron a su dormitorio, Anastasia le dijo a su hermana.

—¿Sabes? He estado pensando, y si Hugo... me refiero al amigo de Carlos, es capaz de convencer a papá, entonces yo lo tengo más fácil con... con mi Hugo. Es cierto que no tiene una carrera, ni una posición social elevada, pero es un hombre muy trabajador y, aunque me río mucho con él, es muy serio en cuanto a nuestra relación. Y lo bueno que tiene, es que papá no tiene ningún preconcepto de él. Así que si el Hugo de Carlos lo consigue, mi Hugo lo tiene muy fácil.

Carolina se rio.

Capítulo 7

Después de que Anastasia se marchó, la joven se quedó en su cama leyendo. Nerviosa, pensando que Hugo iba a venir, miró el reloj y eran las cuatro menos cuarto. Se dijo que aún había tiempo. Al cabo de un rato volvió a mirar y eran las cuatro menos cinco. Pensó: “¡Que lento pasa el tiempo!”

Continuó leyendo y al poco, volvió a mirar el reloj. Eran las cuatro.

“¡Pero bueno! ¿Qué estoy haciendo?”, se dijo. “¡Estoy completamente identificada con esto!”

Dejó el libro y se levantó. Buscó en uno de sus armarios y sacó su material de dibujo. Hacía tiempo que no dibujaba. Se sentó en su cama y comenzó a mirar en su cuaderno. Observó detenidamente cada dibujo, viendo en qué podía mejorarlo. Luego se levantó y se sentó en su escritorio. Sacó un lápiz y empezó a hacer un boceto.

Estuvo bastante entretenida durante algo más de media hora, pero empezó a sentir sueño y decidió dejarlo para continuar en otro momento.

Se acostó y miró el reloj. Eran las cinco menos cuarto.

Se dio la vuelta y se acurrucó pensando: “Aún me da tiempo de dormir algo más de una horita”. Y se quedó dormida casi inmediatamente.

Al cabo del rato escuchó el timbre de la puerta.

Se dijo: “Ése es Hugo” y se levantó rápidamente para ir a verlo. Extrañamente se sentía bien: sin dolores, mucho más ligera y con más fuerzas. Se dirigió al salón y vio que entraba acompañado de Carlos, por la otra puerta.

Ella lo miró, pero él seguía hablando con su hermano y no le hizo ningún caso.

Carolina se extrañó, pero no dijo nada.

Carlos le dijo a su amigo que esperase un momento, pues iba a avisar a su padre. Así que Hugo se sentó en un sillón a esperar.

La joven se sentó en el sillón de enfrente y le dijo:

—Gracias por venir. Espero que no hayas tenido que cambiar mucho tus planes.

El joven no contestó nada. Sólo estaba pensativo, mientras jugueteaba con los dedos en el reposabrazos del sillón.

—No le temas a mi padre.— continuó ella — Parece muy duro, pero en realidad no es tan fiera.

Hugo no se inmutó.

Carolina se extrañó aún más del comportamiento del joven.

—Hugo, ¿estás enfadado conmigo?

Él seguía sin contestar.

La joven se levantó y se acercó hasta él. Pero éste no la miró.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no me dices nada?— le preguntó ella.

Ninguna respuesta.

La joven no pudo soportarlo más.

—¡Hugo!— gritó.

Entonces el joven pareció despertar de sus pensamientos, y con un gesto de extrañeza se puso a buscar con la mirada algo a su alrededor. Se levantó e hizo ademán

de querer escuchar algo.

—¿Te estás burlando de mí?— le reprochó Carolina.

Pero él seguía sin contestar nada. Entonces el joven se fijó en las fotos que había encima del aparador. Se acercó y cogió una en la que estaban Carolina y su madre. Se quedó mirando un rato la imagen.

Ella se acercó y la miró también.

Su padre y Carlos entraron en ese momento, y Hugo, al oírlos, colocó la foto rápidamente de tal forma que se tumbó, pero él no se dio cuenta.

—Papá, ya conoces a Hugo.— dijo Carlos.

—Sí. Nos hemos visto un par de veces.— contestó el padre en un tono serio.

—¿Cómo está?— le dijo Hugo brindándole la mano.

El padre le saludó.

—Pues como podrás imaginar, bastante preocupado por mi hija Carolina.— respondió.

—Sí, claro. Por supuesto.— contestó el invitado.

—Sentémonos.— dijo el padre.

Hugo se sentó en un sillón, Carlos y su padre en el otro y finalmente Carolina se sentó al lado de Hugo.

En ese momento apareció Anastasia.

—¡Hola Hugo!— dijo.

El joven se levantó para saludarla.

Se dieron un par de besos.

—Hacía bastante tiempo que no te veíamos.—dijo la joven.

—Sí.— respondió él, sonriendo.

—Anastasia, anda, ve y tráenos unos cafés.— ordenó el padre.

—Sí. Ya voy.

—¡Ah! Y mira si tu hermana está aún dormida. Si lo está, no le llames.— continuó él.

—De acuerdo.— dijo Anastasia.

—¡Pero papá!, ¿qué dices?— exclamó Carolina —¡Si estoy aquí!

Ninguno de los tres pareció oírla. Ella se quedó asombrada pero como su padre comenzó a hablar, se quedó escuchándole.

—Bien, Carlos me ha estado hablando de esa Nueva Medicina que ha salido a la luz y que parece que se basa en los descubrimientos de un doctor alemán. He estado investigando un poco sobre este tema, sobre todo porque parece que Carolina está dispuesta a seguirla a pies juntillas. ¡Siempre ha sido muy rebelde y, claro, ahora no podía ser una excepción!

—¡Papá!— protestó ella.

Hugo reprimió una sonrisa.

Y el padre prosiguió:

—Mi hija Carolina ha llegado hasta el punto de decirme que no quiere darse las sesiones de quimioterapia. Como comprenderás, esto es un riesgo demasiado grande y temo por ella. Te he llamado, porque Carlos me ha dicho que tú ya tienes experiencia en esto, y que sabes cómo llevar el caso de Carolina.

Anastasia regresó del recado de su padre.

—Papá, Caro sigue todavía dormida.

Carolina se quedó asombrada de lo que dijo su hermana.

—¡Pero bueno! ¿Cómo que sigo dormida? ¿Es que no veis que estoy aquí?— exclamó, levantándose.

Pero los demás siguieron hablando sin hacerle caso.

La joven no comprendía qué pasaba. Se puso delante de su padre y lo llamó, pero éste no parecía verla. Luego llamó a su hermano y tampoco reaccionó, y lo mismo con Anastasia. La joven empezó a sentir miedo. Por último, desesperada, se acercó a Hugo, se agachó a su lado y le dijo empezando a llorar:

—¡Hugo! ¿Tú tampoco me ves?

El joven volvió a reaccionar como antes. Se quedó parado y empezó a buscar algo a su alrededor.

Ella intentó tocarle la mano, pero vio que la atravesaba, y Hugo se la miró extrañado.

“¡Oh, Dios mío! ¿Me he muerto?” pensó Carolina.

En ese momento sintió una especie de vértigo y se despertó.

La joven sintió su corazón latiendo rápidamente y su respiración también estaba acelerada.

“¿Qué ha sido eso?”, se dijo.

Y miró todo a su alrededor.

“¡Ah!— respiró aliviada— ¡Ha sido un sueño!”, entendió.

Intentó relajarse para tranquilizar sus latidos.

“¡Qué sueño tan real!”, pensó.

Cuando logró restablecer el ritmo cardíaco normal, se dio la vuelta y cerró los ojos de nuevo, recordando lo que había soñado. Sentía un poco de pereza, y aunque ya no se podía dormir, no tenía ganas nada más que de tener los ojos cerrados y así se quedó.

Después de un rato, se volvió para mirar el reloj. Eran las siete y cuarto.

“¡Oh, vaya! ¡Hugo ha debido de llegar ya!”, supuso.

Se levantó, fue al baño, se lavó la cara y se peinó y luego se dirigió al salón.

Pero allí no había nadie.

Ella se extrañó y pensó: “¿Es que no ha venido, o será que ya se ha ido?”.

Fue a la cocina y se encontró a su hermana sentada, leyendo, mientras tomaba un café y unas pastas.

—Anastasia, ¿no ha venido Hugo?— le preguntó Carolina.

La hermana mayor dejó la revista y la miró.

—Sí. Sí ha venido. ¿Has descansado? Me he acercado a verte y estabas profundamente dormida.— contestó.

—No me extraña, tenía mucho sueño. Pero, ¿ya se ha ido Hugo? ¡Qué rápido, ¿no?!

—¡No, qué va! ¡Están todavía en el despacho de papá!

—¡Ah!— exclamó la hermana pequeña —¡Entonces voy yo también!

—Papá no te va a dejar entrar.— la previno Anastasia.

—¿Por qué?

—A mí me ha echado descaradamente. Han estado hablando un rato en el salón, pero luego papá ha dicho que era mejor que hablaran en su despacho, y a mí no me ha dejado estar con ellos, y ha dejado claro que no les interrumpiera nadie. ¡Ya sabes cómo es papá!

Carolina se quedó algo frustrada.

—¡Pero están hablando de mí! ¡Digo yo que tendré derecho a estar presente!, ¿no?

—¡Bueno, ésa es tu idea, no la de papá! ¡Al fin y al cabo era él quien quería hablar con Hugo!

La joven se sentó desilusionada.

—¡No te preocupes, Caro, todo va a ir bien! ¿Qué te apetece merendar?—

—No me apetece nada. En todo caso, me tomaré un vaso de leche. Bueno, y alguna galletilla. Pero ya me lo preparo yo, no te levantes.

Anastasia viendo la preocupación de su hermana, quiso distraerla y se puso a hablarle de su novio, diciéndole que todos los días él le preguntaba por la salud de Carolina, y que le gustaría visitarla. Ésta sonrió y le contestó que le diera las gracias, y que si de verdad le apetecía, podía ir a verla cuando quisiera, siempre y cuando antes la avisara. Luego su hermana le preguntó si ella veía conveniente presentárselo ya a su padre. Y Carolina le dijo que no tenía que tener tanto miedo, que su padre ya no era tan duro como antiguamente, aunque quisiera aparentarlo, y que podía ser que al conocer a su novio, al principio reaccionara, pero que al final seguro que lo admitiría.

Después de merendar, las jóvenes recogieron todo y se salieron al salón.

Carolina iba a sentarse en el sillón, cuando se fijó en el aparador y vio que una de las fotos estaba tumbada. Se levantó y fue a ponerla bien. Al cogerla se dio cuenta de que se trataba de la foto de ella con su madre. La misma que en su sueño había visto a Hugo coger y que luego, al dejarla de forma precipitada, se tumbó.

La joven se quedó extrañada.

“¿Qué significa esto?”, pensó.

Miró a su hermana y le preguntó:

—Anastasia, cuando Hugo ha venido, ¿le has abierto tú la puerta?

—No. Ha sido Carlos. Yo estaba en mi cuarto con la puerta abierta y he visto que Carlos avisaba a papá de que ya había llegado. Y luego he ido yo también. Pero, ya te digo, parece que papá no tenía la intención de que me quedara en la conversación, porque nada más saludar a Hugo me ha dicho que le preparara unos cafés, seguramente con la idea de quitarme de en medio. ¡Ah! ¡Y también quiso asegurarse de que si estabas dormida no te despertase!

Carolina pensó: “¡Es igual que lo que yo he soñado!”

—Oye, Anastasia, ¿y dónde se ha sentado Hugo?

—Pues... él se ha sentado en ese sillón y papá y Carlos aquí.

“¡Exactamente igual que en mi sueño!”, se dijo Carolina, asombrada.

—Bueno, Caro, te voy a tener que dejar, porque tengo que terminar de arreglarme, que he quedado con Hugo. ¡Con el mío, claro! —dijo Anastasia riéndose.

Carolina sonrió.

—¡No te preocupes, vete sin problemas!

Capítulo 8

Ante la imposibilidad de estar presente en la conversación de su padre con Hugo, la joven se fue a su cuarto y se puso a dibujar.

De vez en cuando le venía el recuerdo del sueño, y luego de la conversación que estaba teniendo lugar en el despacho de su padre. El sólo hecho de pensar que Hugo estaba allí, tan cerca de ella, la ponía nerviosa.

Sin embargo, poco a poco fue entusiasmándose con el dibujo y dejó de pensar en lo demás.

Al cabo de un par de horas, estaba tan concentrada que no escuchó a su hermano llegar.

—Caro, ¿estás dibujando?— le preguntó al entrar en su cuarto.

Ella lo miró:

—Sí. ¿Ya habéis terminado de hablar?

—Sí. ¡Ha sido intenso, pero hemos terminado!— exclamó Carlos, resoplando — luego te contaré.

—Pero, ¿y Hugo? ¿Se ha ido ya?— preguntó la muchacha, levantándose de su silla.

El joven sonrió.

—¡No! ¡Tu amorcito no ha querido irse sin verte antes!

Ella se puso muy contenta.

La joven se peinó un poco con la mano y se fue con Carlos hasta el salón.

Al entrar se quedó junto a la puerta. Frente a ella estaba Hugo.

Éste la miró como siempre, con una sonrisa llena de ternura.

La joven también le sonrió muy feliz.

Él se acercó hasta Carolina y la saludó:

—¡Hola Carolina!

—¡Hola!— respondió ella.

—¿Cómo te encuentras?— le preguntó, mientras le cogía una mano.

Ella, dejándose hacer, respondió:

—Un poco mejor. Sigo sintiéndome muy débil, y me siguen doliendo un poco los huesos, pero no he tenido fiebre, ni nauseas. Estoy siguiendo todo lo que me has dicho.

—¡Estupendo!— exclamó él —Ven, siéntate, no estés de pie.— le dijo llevándola de la mano hasta el sillón.

Carlos intervino:

—Bueno, yo tengo que hacer una llamada, os voy a dejar. ¡Nos vemos, Hugo!

—¡De acuerdo!— contestó el aludido.

Carolina y él se quedaron a solas.

—¿Te ha tratado muy mal mi padre?— preguntó ella.

El joven se rio.

—¡Bueno, digamos que no ha llegado la sangre al río!

Ella se rio también.

—¡Habéis estado un montón de tiempo! ¡Pues sí que habréis hablado!

—Sí. Es que no es fácil explicar esto en un rato, y era muy importante que tu padre entendiera. Al menos las ideas más básicas.

—¿Y qué ha pasado? ¿Se ha quedado convencido?

—¡Ummm! Yo diría que al menos, ya no está tan convencido de que la forma oficial de ejercer la medicina sea la más adecuada. Nos ha dicho que va a estudiar esto con más profundidad. ¡Hadita, esto lo hace por ti! Lo sabes, ¿verdad?

Ella lo escuchó pensativa.

—Si no fuera porque se ha topado con tu caso,— continuó Hugo— tu padre seguramente ni se hubiera planteado abrirse a investigar. De hecho, él estaba muy cerrado a esta nueva visión de la medicina. Lo mismo que ha pasado con Carlos.

Carolina asintió, y él siguió hablando:

—Recuerdo que una vez me dijiste que te sentías ajena a tu padre y a tus hermanos. Pero yo creo que han demostrado lo mucho que te quieren los tres.

La joven sonrió.

—Sí, es cierto. —contestó— Todos me cuidan mucho y están pendientes de mí todo el tiempo. Y que encima, estén aceptando todo esto de la Nueva Medicina, es algo que me ha llenado de alegría.

—Y yo me alegro de que estés tan contenta.— respondió el.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos unos segundos.

Carolina quiso dejarse llevar por el sentimiento que empezó a recorrerle mientras el joven la miraba, pero él pareció reaccionar y dirigió su vista hacia las manos de ella que aún tenía agarradas.

Ella observó que Hugo parecía estar pensando en algo.

Entonces el joven le preguntó:

—Carolina, el chico del que me hablaste ayer, ¿sabe cómo estás?

—¿Quién? ¿Qué chico?— dijo ella, desorientada.

Él se quedó mirándola extrañado.

—¡Hadita! ¡El chico del que me hablaste ayer! ¡El muchacho del cual estás..., el que confundiste con el novio de tu hermana!

La joven hizo un rápido repaso en su mente y entendió lo que le preguntaba. Había tenido un lapsus, porque en realidad de quien habían estado hablando era de él mismo, pero, lógicamente, Hugo no lo sabía.

—¡Ah! ¡Vale!— respondió Carolina, muy apurada — Perdona, es que no sabía de qué me estabas hablando.

—Bueno, ¿sabe él que estás así?

La joven no sabía qué responder, así que tras unos segundos de deliberación, decidió responder con la verdad.

—Sí.

—Ya veo— contestó él, algo más serio — ¿Y se ha interesado por ti? Quiero decir, ¿te ha llamado o ha venido a verte?

—Bueno... la verdad es que sí.— dijo ella.

Hugo asintió con la cabeza.

—Está bien. Me alegro por ti.— respondió Hugo con una sonrisa que a la muchacha le pareció forzada.

En ese momento apareció el padre.

—¡Ah! ¡Todavía estás aquí!— exclamó, dirigiéndose a Hugo.

Él se levantó y le contestó:

—Sí, estaba hablando un poco con Carolina.

—¡Ya, claro!— respondió el padre mirando a los dos —¿Y qué? ¿Cómo la ves?

—¡Bien! ¡Euhh!, quiero decir que parece que todo marcha con normalidad. — contestó el joven.

—Desde luego hoy ha estado durmiendo bastante, y ha comido con más apetito, ¿verdad, Carolina?

—Sí papá.— contestó ella.

—Hija, después de hablar con tu hermano y con este joven, ahora empiezo a preguntarme qué tipo de conflicto es el que te ha originado tu enfermedad. Quiero que me hables de ello.

Carolina se sintió presionada, pues no le hacía ninguna gracia hablar de ello con su padre. Así que no sabiendo qué hacer, miró a Hugo en busca de auxilio, y él pareció comprenderla, porque dijo:

—No recomiendo reabrir el conflicto. No queremos que haya recaídas, ¿no?

El padre se quedó asombrado.

—¡Pero bueno! ¿Es que no voy a poder saber cuáles son los problemas de mis hijos?

—¡Bueno, sí! Pero en este caso, ella ya lo ha solucionado. Es algo pasado. No hay necesidad de volver a abrir viejas heridas, que aunque se hayan cerrado, solamente los recuerdos pueden abrirlas de nuevo.

—Está bien. Pero a ti sí te lo ha contado. ¿No habrá reabierto la herida de nuevo?

—Bueno, ella y yo hemos hablado, sí. Pero hemos estado hablando, con fines terapéuticos y de forma terapéutica.

El padre miró a su hija.

—¿Estás de acuerdo con él?

Ella asintió.

—¡Sí, claro que estás de acuerdo con él! — exclamó el padre, con fastidio —¡No podía ser de otra manera!

La joven se quedó un poco cortada y miró a Hugo para ver su expresión, y éste la miró penativo.

Por fin, el padre dijo:

—Bueno, Carolina, ya va siendo hora de que dejemos marchar a Hugo. Bastante lo he entretenido yo, para que ahora tú también lo retengas. ¡Bien, joven! ¡Espero que me mantengas informado de cualquier cambio!

—Sí. Por supuesto. No se preocupe.— respondió Hugo.

El padre permaneció allí mirándolos, esperando que el joven se despidiera ya.

Éste entendió perfectamente su intención, y dijo:

—En fin, me voy, que todavía tengo que preparar algunas cosas para mañana.

—Bien, pues adiós— respondió el padre.

La muchacha, que también entendió que su padre lo estaba echando, pero que deseaba poder despedirse de una manera menos fría, le dijo:

—Hugo, te acompaño hasta la puerta.

Él le sonrió.

—Bueno, Carolina,— intervino el padre — pero no tardes. No quiero que cojas frío.

Ella asintió, y se dirigió a la entrada con el joven.

Al llegar allí y viéndose solos de nuevo, ella quiso disculparse con el joven:

—Hugo, muchas gracias por venir a hablar con mi padre. Está mañana, cuando te mandé el mensaje, no es que no quisiera que vinieras, sólo pensé que a lo mejor querrías utilizar tu día libre para salir o hacer cualquier cosa que no puedes hacer durante la semana. Comprendo que estás todos los días ocupado con el trabajo y luego ayudando a mucha gente, y que también necesitas tiempo para ti y para tu vida. Es verdad que me había olvidado que te iba a contar acerca de las enseñanzas que he descubierto, y de hecho, me hubiera gustado hablarte de ello esta tarde, pero la verdad es que tampoco hemos tenido mucho tiempo. De todas maneras, cuando quieras podemos hablar. Cuando tú quieras.

Él la observaba con ternura mientras le escuchaba.

Luego le cogió con delicadeza un mechón de pelo que se le había escapado de la horquilla y que le caía por la cara y se lo llevó hacia atrás, y al traer su mano le acarició suavemente la mejilla.

Ella se dejó llevar y se quedó mirándolo fijamente, sintiéndose completamente enamorada del joven.

Entonces sonó el timbre del teléfono que estaba en la entrada, y Hugo pareció reaccionar y le dijo:

—Será mejor que me vaya.

Al ver su gesto, ella empezó a darse cuenta de que quizás había sido demasiado transparente.

Algo avergonzada, dejó que el joven abriera la puerta y le despidió tímidamente:

—Adiós Hugo.

—Seguimos en contacto, ¿vale?— dijo él.

—Sí.—

Y el joven se fue.

Capítulo 9

Después de cenar, Carolina se fue a su cuarto. No tenía muchas ganas de hablar y quería estar sola para pensar en su conversación con Hugo.

Al cabo de unos minutos, Carlos llamó a su puerta. Ésta le abrió y él entró.

—Caro, no has hablado mucho en la cena, ¿te pasa algo?

—No. No me pasa nada. Estoy un poco cansada. Creo que me voy a acostar enseguida.

—¿Te ha dicho Hugo que papá está casi en el bote?

Ella sonrió.

—Me ha dicho que parece estar más abierto y que él investigará más sobre esto. Dime, ¿ha sido muy duro con él?

—Bueno, lo normal. Le ha estado preguntando muchas cosas, pero también lo ha escuchado con mucha atención. Hugo se ha desenvuelto muy bien. Se ve que sabe de lo que habla... ¡Ahora, que lo fuerte ha sido al final! ¡En ese momento, hasta yo he temblado!

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?— inquirió Carolina, extrañada por la expresión de su hermano.

—Pues que cuando ya parece que papá se había quedado más o menos convencido, va y le pregunta a bocajarro a Hugo que qué es lo que había entre él y tú.

—¿Entre Hugo y yo?— repitió la joven algo turbada.

—¡Sí!

Carolina no podía creer que su padre la hubiera delatado, sin darse cuenta.

—Pero, ¿qué quería decir con eso de que qué había entre Hugo y yo?

—Pues eso es lo que me he preguntado yo al principio, y eso es lo que yo creo que se preguntaba Hugo, porque la manera de decirlo de papá no se entendía muy bien.

—Bueno, ¿y qué contestó Hugo?

—Pues al principio se quedó extrañado, pero luego le respondió que él te estaba tratando y que suponía que papá ya lo sabía. Entonces papá le dijo que lo que quería saber era que qué tipo de relación había entre vosotros.

—¿Qué?— exclamó Carolina, asombrada.

—Hugo le contestó que el mismo tipo de relación que tenía con todos los que acudían a él. Pero papá insistió, y le preguntó directamente que si sólo eso o si había algo más. Hugo le respondió que era cierto que había una gran amistad entre vosotros desde hacía mucho tiempo, al igual que conmigo.

—¡Uf!, ¡menos mal!— respondió la joven —¡Un poco más, y papá me pone en evidencia!

—¡No! ¡Pero si ahí no se acabó todo!— exclamó Carlos.

Carolina lo miró asustada.

—No conforme con la respuesta de Hugo, va y le dice que se ha dado cuenta de que tú estás encaprichada con él, y que teme que estés aceptando todo lo que él te dice, solamente por eso.

—¡Ay madre mía, qué vergüenza!— exclamó la joven sentándose en su silla.

—Yo ahí ya no pude callarme, —dijo Carlos — y le dije a papá que qué estaba diciendo. Pero papá me mandó guardar silencio. Entonces Hugo que se había quedado bastante sorprendido, le respondió que estaba completamente equivocado, que no podía explicar por qué, pero que él sabía a ciencia cierta que tú no estabas enamorada de él, y que lo único que realmente había entre vosotros era amistad. Papá siguió sin estar convencido y le insistió preguntándole que qué era lo que él sentía por ti. Si sólo era amistad o era algo más. Hugo se quedó callado unos segundos y luego le contestó que no se preocupara, que si algún día hubiera alguna relación diferente de la amistad entre vosotros, que él se lo diría francamente. Y aunque creo que papá no se quedó del todo conforme, ya no insistió más.

—¡Madre mía, Carlos! ¡Qué vergüenza!— repitió la joven, completamente turbada.

—Pues sí.— reconoció su hermano —Ya te he dicho que fue muy fuerte.

—¿Qué pensará Hugo de mí?— se preguntó ella.

—Bueno, por eso no te preocupes. Él cree que a quien tú quieres es a otro.

—Sí, eso es verdad...— contestó Carolina reflexiva.

Entonces recordó cómo Hugo le había preguntado por ese supuesto “otro”.

—Sin embargo...— empezó a decir su hermano.

—¿Qué pasa?— inquirió ella.

—Sin embargo, quizás eso sea una desventaja para ti.

—¿Una desventaja? ¿A qué te refieres?

—Si él cree que tú quieres a otro chico, conociéndolo como lo conozco, estoy seguro de que desechará cualquier sentimiento más profundo que pudiera albergar por ti, porque pensará que ya no tiene ninguna posibilidad contigo.

—¡Ah!— exclamó la joven, pensativa — ¡Sí! ¡Es posible!

—Pues piénsalo, porque quizás deberías hacer algo al respecto.

—¿Hacer algo?... Pero, ¿qué?— respondió ella.

—¿Quieres que le pregunte yo, como amigo, si siente algo por ti?

Carolina lo miró reticente.

—No. No. No quiero. Ya bastante ha sido con lo que papá le ha acosado.

Carlos sonrió.

—Está bien. Esperaremos un poco a ver.

—Sí. Mejor— contestó ella.

—Bueno, te dejo. Buenas noches, Caro.— se despidió él dándole un beso.

—Buenas noches. — respondió ella.

Luego, la joven se acostó y se puso a pensar en lo que le había contado su hermano.

“¡Desde luego mi padre no tiene parangón! ¡Mira que decirle que estoy encaprichada con él!... ¡Y encima yo me lo quedo mirando embobadita cuando me estaba retirando el pelo de la cara!... ¿Qué debe pensar de mí? Debe de creer que por un lado estoy enamorada de un chico, pero por otro coqueteo con él. ¡Oh! ¡Esto es horrible!”.

Entonces sonó un mensaje que llegó en el móvil.

Carolina se levantó, lo cogió de la mesa, se volvió a acostar y miró el mensaje.

Era de Hugo.

La joven sintió que el corazón se le aceleraba y rápidamente leyó lo que decía.

“¿Estás dormida?”

La joven se mordió el labio mientras pensaba: “¿Qué le digo?... Creo que lo mejor será decirle que no”.

Ella, tecleó con cierto nerviosismo:

“No.”

Y lo envió.

Segundos después, él la llamó.

Carolina lo cogió.

—Hola.— saludó, muy cortada.

—¡Hola! ¡Qué suerte que te he cogido despierta todavía!

—Sí.

—¡Perdona! ¡Es sólo un momento!— se disculpó él.

—No importa.

—Es que como he salido un poco precipitadamente... no he quedado en nada concreto contigo.

—¡Ah! — respondió ella.

—Escucha, ya sabes que por la mañana trabajo y estoy hasta las tres, más o menos. Luego suelo ir a la clínica a partir de las cinco. Mañana tengo varios pacientes, y no creo que termine antes de las diez. La verdad es que casi todos los días los tengo así. Así que, no sé cuándo podré llegarme a verte. Pero tal vez el sábado podría pasarme.

La joven, recordando la escena que le había contado su hermano, y luego su manera de actuar antes de que él se fuera, le provocaron un estado de perturbación que le hizo contestar con cierto apuro:

—No te preocupes, Hugo. Te comprendo perfectamente. Yo estoy bien. Si siento algo extraño, ya te llamaré. No te preocupes por mí, de verdad.

—Hadita, si fuera por mí...— empezó el joven a decir, pero luego se calló.

Ella no dijo nada.

—De todas maneras, seguiremos en contacto por teléfono y ya veremos, ¿de acuerdo?— dijo Hugo.

—Sí.— respondió ella.

—Entonces, buenas noches.— dijo el joven.

—Buenas noches.— contestó ella.

Y colgaron.

Carolina dejó el teléfono sobre su escritorio y volvió a acostarse. Sentía como si de repente se hubiera alzado un muro entre ellos, que les impedía tratarse con la naturalidad y la confianza de siempre.

Se dijo: “Será mejor que calme mi mente. Ya estoy otra vez volviendo a caer en el error de identificarme con las cosas y creyendo que son problemas, cuando en realidad, seguro que no hay ninguno. Es mi mente quien los crea.”.

Se relajó y se puso a hacer meditación, dejando que el sueño le fuese viniendo poco a poco.

Capítulo 10

El lunes transcurrió muy tranquilo. Carolina estuvo la mayor parte del tiempo reposando, haciendo algo de meditación, dibujando, charlando un poco con sus hermanos y su padre, y comió relativamente bien.

Por supuesto, a lo largo del día, estuvo acordándose de Hugo, y como varias veces le vinieron pensamientos y sentimientos acerca de la conversación de su padre con el joven, y de su propio comportamiento delante de él, no tuvo más remedio que recurrir al trabajo psicológico que había aprendido, para dar muerte a diversos defectos psicológicos, como el yo del “miedo a lo que pensaría Hugo de ella”, el yo que “deseaba a Hugo”, el yo de “rabia por lo que su padre le había dicho”, y el yo del “miedo a perder al joven”.

Sin embargo, este esfuerzo por separarse de cada uno de esos defectos, y de petición a su Divina Madre para que los desintegrara, le hacía estar un poquito más consciente, de manera, que ya podía captar otros defectos psicológicos que se manifestaban en cualquier otro momento y que no tenían nada que ver con los anteriores.

Por la tarde su padre le dijo que había hablado con el oncólogo y que le había explicado que ella se encontraba muy indispuesta para hacer las sesiones de quimio, y que habían decidido esperar un poco a ver. Así, Carolina pudo comprobar que su padre hizo realmente lo posible para que ella no tuviera que seguir el tratamiento oficial. Al menos, de momento.

Después de cenar, aún no tenía demasiado sueño y se puso a dibujar en su cuarto.

Algo más tarde de las diez, recibió un mensaje en el móvil. Era de Hugo.

“¿Estás despierta?”

La joven se puso muy contenta y le contestó:

“Sí. No tenía sueño. Estoy dibujando.”

Y se lo envió.

A los pocos segundos él la llamó:

—¡Hola Hugo!— dijo la muchacha, muy feliz, cuando se lo cogió.

—¡Hola, hadita! ¿Cómo te ha ido hoy?— le preguntó Hugo.

—Bien. Sigo encontrándome bastante débil y con los dolores de huesos, pero he estado casi todo el día de reposo, bien durmiendo, o leyendo, o dibujando...

—Está muy bien que te distraigas. Los dolores que tienes en realidad no son de los huesos, pues éstos no duelen, sino de... podríamos decir de la piel que recubre los huesos. Esto es el periostio. Cuando el hueso se está reparando, aumenta el volumen y presiona el periostio, haciendo que éste se extienda y por eso duele, ¿entiendes?

—Sí creo que sí.

—¿Y qué tal has comido?

—Bien, también.

—¿Has tenido fiebre?

—No.

—¿Y dolor de cabeza?

—Un poco. No tanto como otros días.

—Vale. Creo que vamos bien.

—Mi padre ya ha hablado con el oncólogo y de momento han quedado en retrasar la primera sesión de quimioterapia. Yo no me la voy a dar de ninguna forma, pero él, como todavía tiene dudas, no ha querido anularla. Pero bueno, al menos es algo, ¿no?

—Sí. Es normal que tenga reticencias. Han sido muchos años ejerciendo y no se le puede hacer cambiar de la noche a la mañana.

—A Carlos le ha costado menos.

—Sí. Es cierto. Reconozco que yo también estoy sorprendido de la rapidez con la que ha asimilado todo esto.

—Es verdad.— respondió ella.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos.

—¿Ya has terminado de trabajar?— le preguntó la muchacha.

—Sí. Acabo de salir de la clínica y voy hacia mi casa. Como voy andando, he aprovechado para llamarte. No creas que me he olvidado de ti. He estado pensando en ti casi todo el día.

Carolina se rio, feliz por ese comentario.

—Debes de estar muy cansado, ¿no?— le preguntó.

—Bueno, un poco. Pero he pensado: “voy a llamar a hadita, que con su magia, seguro que recupero fuerzas.”— le contestó, en tono de juego.

La joven volvió a reírse.

—¡Qué loco estás!— exclamó.

—¡Sí! ¡Eso dicen! ¡Y creo que tu padre está convencido de ello!

Ella siguió riéndose.

—Por eso, — continuó él — tiene tanto miedo de que sea yo quien te esté tratando. ¡Su preciosa hija, en manos de un loco!

—¡Oh! ¡Para ya, por favor!— exclamó la muchacha, divertida al imaginar a su padre vigilando continuamente al joven.

Él la dejó reír un poco más y luego le dijo:

—Bueno, ya hablando en serio, he estado pensando en algo que me ha parecido un poco raro.

La joven, después de haber estado todo el día trabajando el miedo a “lo que Hugo pudiera estar pensando de ella por su comportamiento, el cual podía parecerle confuso”, creyó que iba a hablarle de ese tema.

—¡Oh! Dime.— dijo ella, dispuesta a enfrentarse a lo que saliera.

—El caso es que no sé yo si...— reflexionó el joven— tal vez no sea buena idea hablar de eso ahora. ¡Es igual, Carolina! No tiene importancia.

La muchacha reflexionó rápidamente: “Si está pensando lo que sea de mí, necesito aclararlo ya. Ésta quizás sea la oportunidad. Tengo que solucionarlo ya”.

— ¡No! ¡Dime! ¿De qué se trata?— insistió.

—No importa, hadita, de verdad.

—Sí Hugo, dímelo, por favor. Si no, no dormiré esta noche tranquila.

—Está bien.— contestó él— Pensándolo bien, seguramente te vas a reír un rato.

—Pues entonces, con más razón.— dijo ella, impaciente.

—Vale, vale.— respondió él — Bueno, lo que te quería preguntar es si por

casualidad tú has notado alguna vez si en tu casa..., hay fantasmas o algo así.

La joven se quedó sorprendida y creyó que se trataba de una broma.

—¿Fantasmas? ¿Estás de broma?

—¡Euhh! Bueno, ya te había dicho que quizás esto no sea para hablarlo por teléfono y menos ahora. No me hagas caso.— respondió el joven.

Carolina se quedó callada, y pensó que Hugo quizás estaba hablando en serio. Entonces recordó el sueño tan extraño que había tenido el día anterior, y sospechó que podía tener alguna relación.

—Hugo, lo de los fantasmas no es ninguna broma, ¿verdad?

El joven mantuvo silencio durante unos segundos y luego respondió:

—No.

Y tras otros segundos continuó:

—¿Sabes de lo que te hablo?

Ella también se quedó dudando antes de contestar.

—No estoy segura.

—No. Seguramente no. No te preocupes, es una tontería mía.— dijo él.

—¡No, Hugo! ¡Quiero que me hables de eso!

—Tal vez otro día. Dejémoslo, ¿vale? Lo que quiero es que te acuestes ya y descanses, ¿de acuerdo?

—No. No estoy de acuerdo. Quiero que me hables de ello.— contestó Carolina, realmente interesada en saber si había alguna relación con su extraño sueño.

El joven, tras un nuevo silencio, dijo:

—Está claro que he metido la pata hablándote de esto.

—Por favor, Hugo, no me tengas en ascuas. Dime ya lo que sea.— reclamó ella con suavidad.

—Está bien. Es que ayer, cuando fui a hablar con tu padre,... sentí... algo..., digamos..., extraño.

—¿Qué sentiste?

—Pues, no sé cómo explicarte..., pero estaba esperando en el salón de tu casa a que Carlos avisara a tu padre y de pronto..., me pareció escuchar a alguien que me llamaba, pero no había nadie en el salón. En fin, tal vez sólo fue una alucinación.

Carolina recordó que en su sueño, ella había estado hablando con él y no le hacía ningún caso, hasta que se acercó y le gritó su nombre, y entonces el joven pareció reaccionar buscando algo. Luego también le pareció que reaccionaba cuando estando con su padre y sus hermanos, le habló e intentó tocarle la mano.

—Dime, Hugo, ¿sentiste eso solo en ese momento o volviste a sentirlo otra vez?

—Bueno, sí. Luego, cuando estaba con tu padre y tus hermanos, volví a sentir que alguien me hablaba, y me tocaba una mano.

Carolina se quedó impresionada. ¡Su sueño había sido algo real!

—Hadita, no tenía que haberte contado nada. Lo último que quiero es que...

—No te preocupes, Hugo.— le interrumpió ella — No tengo miedo. Y sé qué es lo que te pasó.

—¿De veras?— dijo él —¿Qué fue?

—Fui yo.

—¿Tú?

—Sí. Es algo muy extraño, pero fui yo.

—¿Pero, cómo?

Entonces la joven le contó todo, desde que escuchó llamar al timbre, hasta que al querer tocarlo y ver que su mano le atravesaba, pensó que se había muerto, y finalmente se despertó.

—¡Vaya! ¡Es increíble! —exclamó Hugo— ¡Había escuchado hablar del desdoblamiento astral, pero nunca me había encontrado con nadie que me relatara una experiencia tan clara!

—¿Desdoblamiento astral?

—Sí. Es un fenómeno que viven algunas personas, por el que se salen de su cuerpo y pueden ver y oír todo lo que ocurre a su alrededor. Pasa a veces en las salas de operaciones, cuando el paciente está dormido con la anestesia, pero también puede pasar estando uno durmiendo tan tranquilo en su casa. Hace poco me hablaron de esto. Me resultó muy interesante, pero como no he tenido mucho tiempo últimamente, no he podido indagar sobre este tema. Pero ahora que me has contado esto, voy a ver si encuentro un hueco para buscar más información.

—¡Oh! Entonces, ¿esto es algo que le ocurre a más gente? No había oído sobre esto. Últimamente he estado investigando sobre temas relacionados con el estudio de sí mismo y de trabajo psicológico. Pero de esto, no había visto nada. No sé si Nicoleta sabrá algo, pero nunca me ha hablado de ello. Bueno, en todo caso, es algo muy interesante. Pero, entonces, ¿de verdad me sentiste?

—Sí. En realidad tengo entendido que normalmente el que está despierto no ve, ni oye al que está desdoblado, pero quizás, por lo que me has contado, estabas tan preocupada, que fuiste capaz de hacerte escuchar. No sé, no encuentro otra explicación.

—O puede que tú seas más sensible a sentirlo.

—No sé. Tal vez... Pero al menos, hemos podido aclarar lo del fantasma.— dijo bromeando de nuevo.

Carolina se rio.

—¡Qué alivio! ¡Me consuela saber que no era realmente un fantasma, sino mi pequeña hada!— exclamó, él juguetonamente.

La joven se sintió muy contenta por la cariñosa expresión de Hugo.

—Bueno, ahora sí. Creo que deberías acostarte ya.— dijo él.

—¡Está bieeen!— respondió ella remolonamente — Gracias por llamarme. Sé que debes estar muy cansado. Eres muy bueno, Hugo.

—¡Anda tontina! ¡No digas eso! ¡Ya te he dicho que te he llamado para apelar a tu magia y recuperar fuerzas!— contestó él riéndose.

“¡Tú sí que tienes magia!”, pensó ella.

—Y ahora, obedece a tu médico— le dijo el joven, con ternura —¡Buenas noches, hadita!

—¡Buenas noches, Hugo!— contestó ella.

Y colgaron.

Carolina dejó el móvil sobre el escritorio y se tumbó en la cama, muy contenta.

Cogió el pañuelo y le dio un beso.

“¡Hoy hemos vuelto a hablar como siempre!”, pensó “Creo que la tensión de ayer ya se ha acabado y me parece que un poquito sí que me quiere. ¡Es tan dulce y bueno conmigo! Y además me ha confesado que ha estado pensando en mí casi todo el día. ¡Me gusta tanto que me llame hadita!”... Y así, le fue viniendo el sueño y al poco se quedó dormida.

El día siguiente transcurrió muy parecido al anterior.

Y por la noche, volvió a llamarla el joven.

Estuvieron hablando largo rato.

Después de darle el parte médico al joven, Carolina le estuvo contando de qué manera había conocido los libros de conocimiento de sí mismo a través de Nicoleta, y cómo había aprendido lo que sabía acerca de la multiplicidad psicológica del ser humano y de las técnicas de autoobservación psicológica para descubrir las distintas personitas o distintos “yoes” que vivían en el interior de cada ser humano.

Hugo parecía realmente interesado en lo que Carolina le contaba y le pidió el nombre de los libros que había leído y de los autores.

Después de un rato, se desearon buenas noches y colgaron.

La muchacha se sentía muy dichosa de tener la oportunidad de poder compartir con él temas tan importantes para ella.

El resto de la semana, fue muy parecido. Durante todo el día ella seguía haciendo sus prácticas de meditación, dibujaba, dormía, y leía. Y por las noches, después de las diez, él la llamaba y se estaban un buen rato charlando.

Carolina siguió explicándole acerca del trabajo psicológico hablándole también acerca del Dios interno, al Cual no debía buscar fuera de sí. Y también del trabajo con la muerte de los “yoes”, apelando al aspecto femenino de su Dios interno, con el objeto de liberar su conciencia y despertarla.

Cada noche, la joven se acostaba muy feliz. Él no le hablaba de amor, ni nada parecido, pero ella sentía que había una compenetración entre ellos muy fuerte, y con eso, ya se sentía satisfecha.

Capítulo 11

Llegó el sábado.

Carolina estaba aún dormida cuando sonó su móvil.

La joven se despertó, y mientras se levantaba miró el reloj. Eran las diez y media.

Cogió el móvil y vio que era el teléfono de Nicoleta.

—¡Nicoleta!— exclamó —¿Ya has vuelto?

—¡Hola Carolina! Sí. Llegamos anoche. — respondió su amiga.

—¡Qué bien! ¡Habéis vuelto antes de lo que creí!

—Sí. Al final, hemos conseguido convencer a mi abuela de venirse a vivir aquí con nosotros. Pero..., Carolina, te noto la voz... ¿te he despertado?

—Sí. Pero no importa. ¡Me da mucha alegría escucharte otra vez!

—Perdona, pero como tienes la costumbre de levantarte temprano, creía que ya estabas despierta.

—Sí, es cierto. Lo que pasa es que ahora estoy convaleciente y necesito dormir bastante y estar de reposo. Es que desde que te fuiste han pasado algunas cosas.

—¡Vaya! ¿Has estado con gripe o algo así?

—No. En realidad..., ha sido algo un poquito más fuerte, pero no te preocupes, ya

estoy mejorando.

—¡Ah! Bueno, en ese caso... yo te llamaba por si querías que nos viéramos, pero si estás en cama, ya nos veremos cuando estés recuperada.

—Me encantaría verte. Pero no creo que pueda salir todavía en varias semanas. Nicoleta, ¿no te apetece venir a mi casa y nos vemos? No tengo nada contagioso, si es eso lo que temes.

—¿A tu casa? No sé, Carolina.

—Bueno, si no te apetece...

—No es eso. Claro que tengo muchas ganas de verte y contarte, pero no sé si... tu... familia... ¿crees que le haga gracia que vaya?

—¿Mi familia? No entiendo, ¿por qué no les iba a hacer gracia?

Nicoleta se quedó callada.

—¡Anda, amiga, ven a verme! ¡No tengo prácticamente visitas y me va a dar mucho gusto que vengas!— dijo Carolina.

—Está bien.— respondió la otra joven.

—¿Te viene bien sobre las doce?

—Sí. De acuerdo.

—¡Hasta luego, entonces! ¡Tengo un montón de cosas que contarte!— dijo Carolina.

—Yo también. Hasta luego.— dijo Nicoleta.

Carolina se quedó muy contenta pensando en su amiga.

Se levantó y fue al baño.

Cuando se dirigió hacia la cocina vio que su padre estaba en el salón leyendo el periódico.

—¡Buenos días papá!

—¡Buenos días, hija! ¿Qué tal te encuentras?

—Un poquito mejor. Voy a desayunar. ¿Ya has desayunado tú?

—Sí. Dentro de un rato me iré al club.

—Vale.—

—Te veo muy contenta.— dijo el padre, mirándola detenidamente.

—Sí. Es que voy a tener una visita hoy. ¡Por fin!

—¿Ya has quedado con ese joven para hoy?— preguntó el padre, en un tono picajoso.

Ella se rio.

—Es mi amiga Nicoleta. Volvió anoche de Rumanía y va a venir a contarme cómo le ha ido.

—¿Nicoleta? ¿De Rumanía? ¿Es rumana tu amiga?

—Sí.

El padre se la quedó mirando.

—¡Esto es típico tuyo! ¡Hacer amistad con una rumana!

—¿Estás diciendo eso en un tono despectivo o es mi imaginación?— dijo Carolina.

—¡No me retes, niña!— le regañó el padre— ¿Es que no puedes actuar como todo el mundo, o qué? ¿Cómo se te ocurre hacerte amiga de una rumana? ¿Te la encontraste en la calle pidiendo y te hiciste amiga de ella, o qué?

—Estás muy equivocado, papá. Nicoleta no hace mendicidad. Ella tiene sus estudios y ha estado trabajando justo hasta antes de irse a Rumanía. Es la hermana de

una compañera que tuve en el instituto y que también es mi amiga. Y sus padres son una gente muy buena y trabajadora.

El padre se quedó pensando.

—¡Está bien! ¡Está bien! Al menos veo que no has perdido totalmente la cabeza— dijo en un tono más suave.

—Si quieres, quédate un rato y te la presento. Ella vendrá sobre las doce. Es una chica estupenda, muy educada y muy prudente.

—No. Está bien. Me fío de ti.

—Bueno, entonces voy a ver si me tomo algo.— respondió la joven.

Eloisa estaba en la cocina. Le preparó un buen desayuno y ella se lo tomó todo, mientras charlaba con la mujer.

Luego se fue a su cuarto. Eran las once y media. Miró su móvil y tenía un mensaje de Hugo.

“¿Ya te has despertado, dormilona?”

Ella se rio y le contestó:

“Claro que sí. Estaba desayunando. Hoy tengo una visita y estoy muy contenta. Ya te contaré.”

Después lo envió. Esperó un rato, pero él no la llamó.

Miró la hora en la que él le había enviado el mensaje y estaba reflejado las once menos cuarto. Se dijo: “Seguramente que debe de estar ocupado ahora”. Así que, se decidió a escribirle otro mensaje:

“¿Vendrás a verme hoy?”

Pero no hubo respuesta.

“Decididamente debe de estar ocupado”, pensó.

Se sentó a dibujar un poco, mientras esperaba a su amiga.

Eran las doce y dos minutos cuando sonó el timbre. Ella se levantó y fue a abrir la puerta y se encontró con Eloisa en el pasillo.

—Ya abro yo, Eloisa, gracias.

Cuando se vieron, Carolina y Nicoleta se dieron un fuerte abrazo, mientras expresaban también con palabras la alegría que les daba el reencontrarse.

Luego Carolina la hizo pasar al salón. Las dos se sentaron juntas en el sillón que daba la espalda a la puerta que conducía al pasillo interior

—Pero, dime, ¿qué es lo que te pasa? ¿Qué enfermedad es la que tienes?— preguntó Nicoleta.

—Bueno, se trata de Leucemia.

—¡Carolina!— exclamó su amiga impresionada — ¡Lo siento mucho! ¡No sabía nada!

—No te preocupes, ya me estoy curando.

—¿Te están dando quimioterapia?

—¡No! ¡Claro que no! Me estoy tratando con la Nueva Medicina Germánica. ¿No recuerdas la conferencia de Hugo? Él es el que me está tratando.

—¿Hugo? Claro que me acuerdo. ¿Y cómo lo llevas?

—Bien. Eso sí, necesito mucho reposo, y paciencia. Estoy aprovechando para meditar más y para dibujar, ¡que llevaba tanto tiempo que no me ponía!

—¡Ah! ¡Qué bien! ¡Fíjate que bien te vino haber escuchado aquella conferencia!

—Sí. Desde luego. Si no, no sé qué sería de mí ahora... Pero, cuéntame, ¿cómo te ha ido en tu país?

—Dentro de lo que cabe, bien. Mi abuela estaba muy triste, ¡y tan sola! A la pobre le consoló mucho estar acompañada de alguien de su familia. Mis padres desde aquí, y yo desde allí, hemos logrado convencerla de que lo mejor era que se viniera con nosotros, ya que allí no le queda nadie. Y al final nos hemos venido. Al ver a mi madre se animó mucho más y mi madre también está muy contenta. Yo ya le he enseñado algunas palabras en español, para que pierda el miedo y empiece a desenvolverse.

Mientras Nicoleta hablaba, ninguna de las dos muchachas se dio cuenta de que Carlos había entrado en el salón y se había quedado observándolas desde la puerta.

—¡Oye, cuando esté bien del todo, tienes que presentarme a tu abuela!— dijo Carolina.

—¡Claro! Pero volviendo a lo tuyo, mi hermana no sabe nada de que estás así, ¿verdad?

—No. La verdad es que yo tampoco lo he difundido.

—Pues se lo diré a Ileana, y vendremos a verte otro día juntas.

—Vale. Hace mucho tiempo que no la veo. ¿Sigue con Khalid?

—Sí. Ya viven juntos.

Carolina sonrió.

En ese momento llegó Anastasia que, al ver a su hermano observando desde la puerta, miró curiosa y le preguntó:

—¿Qué pasa?

Las dos chicas se giraron a un tiempo y vieron a los dos hermanos de Carolina.

—¡Anastasia, Carlos, mirad, ha venido mi amiga Nicoleta a verme!— exclamó Carolina, mientras ella y Nicoleta se levantaban.

—¡Anda!— replicó Anastasia — ¡No sabía que tenías una visita!

—Sí. Ha sido una sorpresa. —dijo Carolina— Llegó anoche de su país y esta mañana me ha llamado y hemos quedado.

Anastasia se acercó a Nicoleta y la saludó:

—¡Hola!

—¡Hola!— respondió la muchacha.

Y las dos jóvenes se dieron un par de besos.

Luego Anastasia se volvió hacia Carlos, que seguía inmóvil en el mismo lugar, y le dijo:

—Carlos, ¿qué haces?— haciéndole gestos con las manos para que se acercarse.

El joven hizo ademán, pero se paró a cierta distancia y contestó algo cohibido:

—Sí... bueno..., nosotros ya nos conocemos. ¿Qué tal?

—Bien, gracias. ¿Y tú?— respondió Nicoleta, con cierta turbación.

Él asintió con la cabeza, mientras decía:

—Bien.

Carolina se dio cuenta de la tensión que había entre Carlos y su amiga y recordó la vez en que se encontraron en una cafetería. Pensó que su hermano seguía teniendo prejuicios contra ella, y eso no le gustó.

Anastasia también pareció haberse dado cuenta.

—Nicoleta, perdona, pero es que Carlos y yo nos acostamos anoche muy tarde y nos acabamos de levantar. Vamos a tomarnos un cafecito para espabilarnos, que aún estamos algo dormidos. Pero tú siéntete como en tu casa. Y gracias por venir a ver a Caro. Le viene muy bien, porque ya debe de estar harta de vernos nada más que a nosotros, ¿Verdad, Carlos?

—Sí.— respondió muy serio.

—Gracias.— contestó Nicoleta.

—Bueno, pues seguid con vuestras cosas.—dijo Anastasia, mientras cogía a su hermano por el brazo y se lo llevaba a la cocina.

Carolina no sabía qué decirle a Nicoleta acerca del comportamiento de su hermano, pues ella misma estaba bastante confundida. No entendía por qué actuaba así.

Nicoleta pareció leerle el pensamiento.

—Tu hermana es muy simpática.— comentó —Y muy amable.

Carolina sonrió.

—Es normal que se levanten tarde.—continuó su amiga.

—Nicoleta, sé que mi hermano puede haberte parecido muy... arisco, pero en realidad es porque no te conoce bien. Estoy segura de que si te tratara más, comprendería... quiero decir que le gustarías mucho.

Nicoleta se sonrojó.

—Carolina, déjalo. ¡No importa, de verdad!... Escucha, ¿por qué no me enseñas tus dibujos?

—Está bien. Ven a mi cuarto.

Las dos amigas se fueron al dormitorio de Carolina y ésta le estuvo enseñando sus dibujos y luego se quedaron un rato más allí, hablando de unas cosas y otras.

A la una y media, Nicoleta se marchó y Carolina se fue al salón en busca de su hermano. Como éste no estaba allí, fue a su dormitorio, y lo encontró trabajando con el ordenador.

—Carlos, ¿por qué tratas así a mi amiga? Creí que ya no tenías esos prejuicios.

Él la miró.

—No tengo prejuicios contra ella.— respondió.

—Entonces, ¿por qué la tratas así?

—¿Cómo la he tratado? ¿Le he hablado mal? ¿Le he dicho algo incorrecto?

—Es que prácticamente no le has dicho nada.

—Bueno, no tenía nada que decirle. Es tu amiga, no la mía.— contestó él, con cierto mal humor.

Carolina le observó extrañada.

—Carlos, ¿qué te pasa? Hace años, no me hubiera asombrado que me dijeras eso, pero ahora... creí que habías cambiado... ¿qué es lo que pasa?

—Por favor, Caro, déjame, ¿vale? ¡No quiero seguir hablando de esto!— dijo el joven con cierta amargura.

Ella lo miró sin comprender y le dijo:

—Está bien.

Y se fue a su cuarto.

Capítulo 12

La muchacha se sintió bastante triste por la forma de actuar de su hermano.

Se sentó en la cama y se dijo: “Esto no tiene ni pies, ni cabeza. ¿Cómo puede actuar Carlos de forma tan diferente? No lo entiendo”.

Se tumbó y pensó: “Esto no lo voy a resolver con la mente, está claro. Además, no puedo dejar que esto me afecte... Voy a hacer meditación. Me hace mucha falta.”

Relajó su cuerpo y luego se puso a concentrarse en el mantra: “Gate, gate, paragate, parasamgate, bodi, Swaja...” Y se fue adormeciendo concentrada...

Al cabo de un buen rato, escuchó un mensaje que llegaba al móvil. Se desperezó, miró la hora, y eran ya las tres menos cuarto. Se levantó y miró el mensaje. Era de Hugo:

“Desde luego que me gustaría verte. ¿Cuándo te parece bien?”

Ella sonrió y directamente lo llamó.

—¡Hola Hadita! ¿Ya has comido?— le dijo él, al coger el teléfono.

—No. Todavía no. Voy a comer ahora. Estaba haciendo una práctica de meditación.

—Bien. Eso te viene muy bien.

—Sí. La verdad es que la necesitaba. He tenido un pequeño disgusto esta mañana y me sentía un poco mal.

Él se quedó callado unos segundos y después le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

Ella suspiró.

—Bueno, cuando vengas esta tarde, te lo cuento, ¿vale?

—Está bien. Pero, ¿estás más tranquila?

—Sí. Creo que sí.

—¿Seguro? Mira que no te beneficia que te llesves ningún disgusto ahora.

Ella suspiró otra vez.

—Sí, no te preocupes. ¿De qué me sirve conocer técnicas de trabajo psicológico si no las utilizo? De verdad, no te preocupes por mí. Nos vemos esta tarde, ¿no?

—Sí. ¿A qué hora te parece bien?

—Pues...— Carolina empezó a calcular que tenía que comer y quizás echarse un poco— ¿Está bien sobre las seis?

—Escucha, quiero que descanses todo lo que necesites. No pongamos hora. Cuando te levantes de la siesta, me das un toque y yo estaré allí en menos de media hora, ¿de acuerdo?

Ella sonrió.

—Sí. —respondió ella— De acuerdo.

—Oye, por cierto, ¿va a estar allí... tu padre?

Carolina se rio.

—¿Ya le temes?

—Bueno, me siento más cómodo si no me está vigilando cada movimiento.— bromeó él.

La joven continuó riéndose.

—¡Ay, Hugo! ¡Qué caso más difícil tienes conmigo!

—Bueno, ¡en eso no te equivocas mucho!

—¡Anda!— contestó ella riéndose — ¡Intentaré convencerle de que se vaya al club! A veces se va el sábado por la tarde.

—¡Rezaré para que lo consigas!

—¡Vale ya! ¡No me hagas reír más! ¡Si no, ahora cuando lo vea en la mesa, me va a dar la risa y a ver cómo lo explico!

—¡Está bien!, ¡ya no digo nada más!... Bueno, pero entonces quedamos en eso, ¿no?

—En que te llamo cuando me levante de la siesta.— dijo la joven.

—Eso es.— dijo él.

—Vale. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego, hadita!

Carolina colgó y se fue a comer.

Su padre y sus hermanos ya estaban comiendo.

—Carolina, ¿ya te has despertado?— exclamó su padre.

—Sí.

La joven se sentó. Miró a su hermano, pero éste parecía concentrado en su plato.

Ella se sirvió y empezó a comer.

—¿Y bien, Carolina?— dijo el padre —¿Ha venido tu amiga?

—Sí, papá.

—Nosotros también la hemos visto.— dijo Anastasia —Una muchacha muy educada. Un poco tímida, pero agradable. Por cierto Caro, que tu amiga es realmente guapa.

—Sí. Es muy guapa.— reconoció Carolina.

—¿De verdad?— dijo el padre —¿Tú qué dices, Carlos?

—¿Yo? Bueno... sí, supongo que llevan razón.

—¿Qué pasa Carlos? ¿No sabes reconocer si una joven es bella? ¡No me asustes!— dijo el padre con énfasis.

Carlos reaccionó y miró a su padre.

—Claro que sí.

—Entonces, ¿cuál es tu opinión acerca de la amiga de tu hermana?

Carlos se quedó un poco cohibido y miró a Carolina que estaba muy atenta.

—Está bien. Sí. Creo que es una muchacha muy bella.

—¡Bueno! ¡Menos mal!— exclamó el padre —pero dime, hijo, ¿Cuándo te vas a echar una novia? Ya tienes veintisiete años y va siendo hora de que empieces a buscar algo serio.

—No tengo prisa, papá. Estoy siempre muy liado. Y ahora, con esto de la Nueva Medicina, quiero estudiar más. No tengo tiempo para esas cosas. Tal vez cuando termine.

—Bueno, me parece bien.— contestó el padre, y mirando luego a su hija pequeña, le dijo —¡Y en cuanto a ti, Carolina!, ¿piensa pasarse por aquí ese joven este fin de semana?

—¿Qué joven?— preguntó su hija.

—¡Carolinaaaa! ¡No te hagas la desentendida!— dijo el padre — ¿Va a venir o no?

—Pues no sé. Depende de lo que duerma esta tarde. Y creo que tengo bastante

sueño.

—Muy bien, hija. Lo que tienes que hacer es reposar lo máximo posible.

—Sí, papá.

Después de comer, Carolina no tenía demasiado sueño, así que se puso a leer tumbada en la cama. Al cabo de una media hora empezaron a cerrársele los ojos, así que dejó el libro en la mesilla, se dio la vuelta, y se durmió. Cuando se despertó, miró el reloj y eran las seis y cuarto.

Se levantó y le dio el toque a Hugo, pero sintiéndose aún con somnolencia volvió a acostarse, pensando que como él le dijo que tardaría media hora, aún podía permanecer un poco más en la cama.

Cerró los ojos y sin darse cuenta se volvió a quedar dormida. Al cabo de un rato, se despertó otra vez y se dijo:

“¡Uf! ¡Me he dormido otra vez!”

Miró el reloj y eran las siete y media.

“¡Oh, no!”

Se levantó, fue al baño, se lavó la cara y se peinó un poco y luego fue al salón.

Tal y como pensaba, él estaba ya allí con Carlos.

La muchacha se acercó a él disculpándose.

—¡Hugo, perdona! Después de llamarte, me acosté y sin darme cuenta me volví a dormir. ¡Perdona!

Él la miraba sonriente.

—No pasa nada. Prefiero que descanses. De hecho, si sientes que todavía quieres dormir más, vuelve a acostarte. No te preocupes por mí. Carlos y yo estamos charlando y recuperando los años que hemos estado cada uno por su lado.

—No. No quiero acostarme otra vez. Estoy bien. De verdad.

—En ese caso... sentémonos— resolvió el joven.

—Bueno, yo os voy a dejar.— dijo Carlos.

Y se fue, dejándolos solos.

—¿Estás más tranquila?— le preguntó Hugo.

—Sí.

—¿Qué te ha pasado esta mañana? ¿No ha venido la visita que esperabas?

—¡Sí! ¡Claro que sí!— exclamó ella sonriendo —¿Sabes quién ha venido a verme?

Él se quedó mirándola con un gesto que Carolina no supo interpretar.

—Quizás... ¿tu enamorado?— dijo.

Ella comprendió que él seguía creyendo que existía “otro”.

—¡No! ¡No!— exclamó —¡Nada de eso! Hugo, olvídate de eso, por favor. ¡Olvídate de eso!

El joven la miró extrañado y luego respondió:

—Está bien. Como quieras.

—Quien ha venido, ha sido Nicoleta.— aclaró ella.

—¡Ah! ¡Así que ya ha vuelto de Rumanía!— exclamó Hugo, sonriendo.

—Sí.— respondió ella sonriendo —Ha vuelto con su abuela.

—¿Y está bien?

—Sí. Bueno, sí, más o menos.

—¿Por qué más o menos?

—Bueno, ella está bien. Pero cuando estaba aquí, he pasado un rato bastante

desagradable, que ha sido lo que me ha disgustado.

—A ver, cuéntame.

—Ha sido por Carlos. No entiendo por qué ha actuado así. Cuando ha visto a Nicoleta se ha comportado muy serio y seco con ella. Ni siquiera le ha dado la mano, ni mucho menos un par de besos, como ha hecho Anastasia. Ha sido realmente grosero. Bueno, más que grosero, muy antipático. Bueno, tampoco es que fuese antipático. Es que estaba muy raro... El caso es que hace tiempo, estaba yo con Nicoleta en una cafetería y él entró, y cuando la vio conmigo, también estuvo muy extraño. Y encima me hizo pasar un mal rato, porque me hizo señas desde lejos para hablar conmigo a escondidas de Nicoleta. Tuvimos que vernos en los baños y me empezó a decir que yo qué hacía con ella y que desde cuándo la conocía, y... bueno, ahí fue cuando me enteré que él ya la conocía también de haberla visto en el hospital cuando Ileana estuvo hospitalizada, y que te veía a ti con ella a veces, y que te previno de no juntarte con su familia... En fin, comprendí que tenía ciertos prejuicios con ella. Sin embargo, en otra conversación que tuvimos cuando Nicoleta se marchó a Rumanía, yo creí que había cambiado, pues mostró interés por ella. La verdad..., no sé qué pasó esta mañana... Por supuesto Nicoleta se ha dado cuenta. La pobre estaba completamente cortada. Ella piensa que Carlos la desprecia, pero creo que para que yo no me preocupe, me dice siempre que no importa. ¡Oh, Hugo! ¡Qué pena me da esta situación! ¡Encima he querido hablar con Carlos y estaba enfadado y... amargado... y no quería hablar de esto!

Hugo sonrió después de haberla escuchado con mucha atención y le dijo:

—Escucha, quiero que dejes de inquietarte por eso, ¿me oyes?

—Sí. Pero no sé cómo. Ya no me atrevo a decirle a Nicoleta que venga a casa, porque si se vuelve a encontrar con mi hermano... Ahora comprendo por qué Nicoleta no quería venir aquí. Temía encontrárselo.

—No te preocupes. —le dijo el joven — Yo hablaré con él.

—Pero no sé si él va a querer hablar contigo.

—Confía en mí.

Carolina lo miró extrañada.

—Pareces muy seguro. ¿Qué te hace pensar que te va a escuchar? Y además, ¿qué le vas a decir?

—Por favor, confía en mí.— repitió el joven — Y no te preocupes más. Todo se va a arreglar.

La joven no comprendía nada, sin embargo le parecía que él estaba muy convencido.

—Pero... ¿cómo?— dijo la muchacha.

—Hadita, ¿confías en mí o no?

Ella le miró a los ojos y sintió que sí, que podía confiar en él.

—Sí. Confío en ti.— le respondió.

Capítulo 13

En ese momento se escuchó que alguien entraba a la casa.

—Me parece que es mi padre.— dijo Carolina en voz baja — Lo siento. He dormido demasiado y nos ha pillado el toro.

El joven se rio.

Ciertamente era su padre, que apareció por la puerta segundos después.

—Buenas tardes.— saludó.

Hugo se levantó y respondió:

—Buenas tardes.

El padre lo miró serio y luego dirigió su vista hacia su hija.

—Supongo que has venido para ver a tu paciente.— dijo con retintín.

—Sí, claro. Y podemos estar tranquilos porque todo se está desarrollando con normalidad. Creo que dentro de poco estará completamente curada.

—Si Dios quiere.— añadió Carolina.

El joven la miró y ella le sonrió.

El padre los observó muy serio.

—¿No está tu hermano?— le preguntó a ella.

—Sí. Está en su cuarto.— contestó Carolina.

—¿Y Eloisa?— preguntó el padre.

—Debe de estar al llegar.— respondió la joven.

El padre los siguió observando muy serio a los dos durante unos segundos.

Carolina se sintió algo avergonzada del descaro que tenía su padre para mirarlos, y él pareció darse cuenta.

—Bien, voy a mi despacho. Avísame cuando esté la cena.

—Sí, papá.

El padre se metió dentro.

La muchacha se sentó sin saber qué decir, pues aún seguía algo cortada por la actuación de su padre, pero Hugo parecía estar divirtiéndose:

—Creí que iba a volver a decirte: “Carolina, no entretengas a este joven que se tiene que marchar.”— dijo, intentando poner la voz más grave para imitar al padre de la muchacha.

Carolina se rio.

Él la miraba complacido.

Carlos entró en ese momento.

—¿Qué pasa? ¿De qué os reís?— preguntó.

—¡De papá! —contestó ella— ¡Que parece que le tiene manía a Hugo!

Su hermano sonrió.

—Sí, ya me ha dado la orden de que me viniera con vosotros.— dijo — Pero no te lo tomes como algo personal, Hugo. “El general” es así normalmente.

—Ya lo sé.— respondió Hugo riéndose.

La puerta de la casa se escuchó, pues alguien entraba. Era Eloisa.

—¡Hola muchachos!— saludó apresuradamente. —¡Se me ha hecho un poco

tarde! Me voy a la cocina, antes de que vuestro padre venga a preguntarme por la cena.

—No te estreses, Eloisa. —dijo Carolina— Mi padre ha llegado hace poco y ahora está en su despacho. Nos ha dicho que lo avisemos cuando esté lista la cena.

—Vale, niña.— respondió ella mirando a Hugo.

La joven se dio cuenta.

—¡Ah! Eloisa, éste es Hugo, nuestro amigo y también mi médico. Hugo, ésta es Eloisa, nuestra amiga y también nuestra cocinera, niñera, costurera, cuidadora, y un largo etc., en fin, ¡que no sé qué sería de nosotros sin ella!

—Hola Eloisa, ¡así que eres tú la persona más importante de esta casa!— dijo Hugo.

Eloisa se rio.

—Hola, he oído hablar de ti.— contestó ella —En fin, no me paro más que ya sabéis cómo es vuestro padre.

Y se fue a la cocina.

Hugo se sentó al lado de Carolina y Carlos frente a ellos.

—Bueno, ¿y cómo ves a mi hermana? Yo diría que aparentemente no está demasiado mal, ¿no? Aunque es cierto que sigue demasiado cansada y con algunos dolores.

—Todo ese cansancio es normal. Su organismo necesita que ella no haga esfuerzos físicos para que sus huesos puedan repararse en buenas condiciones. Con el reposo evita cualquier posible riesgo de fractura.

Carlos miró a Carolina, y ésta le sonrió.

—Ella lo está haciendo muy bien.— continuó Hugo— Es una paciente muy obediente. Debe seguir reposando todo lo que el cuerpo le pida. Y lo mismo con las comidas. ¿Está tomando proteínas?

—Sí. Eloisa lleva a rajatabla la lista de lo que le recomendaste.— contestó el hermano de la joven.

—Muy bien. También está bien que se distraiga. Por cierto, Carolina, luego tengo ganas de ver tus dibujos.

—No te creas que son nada del otro mundo. Sólo dibujo porque me gusta, pero no son muy buenos.— se disculpó ella.

—No la creas. — intervino Carlos — Mi hermana dibuja muy bien.

—Ya sé que son excusas. —dijo Hugo, mirando con ternura a Carolina — De todas maneras todo lo que te distraiga, te viene bien. Permanecer de reposo tanto tiempo puede hacerse muy pesado si no tienes distracciones. Por supuesto, las visitas que te agraden, deben ser incluidas como algo beneficioso para ti.

Ella sonrió agradecida, echando la cabeza un poco en el respaldo del sillón.

—¿Te sientes cansada?— le preguntó Hugo.

—Un poco. Pero no importa, aquí estoy bien.

—¿Has comido bien?

—Sí. Más o menos.—contestó ella.

—Pero no has merendado nada.— intervino Carlos —Has dormido una buena siesta pero no has tomado nada después.

—¡Pues eso sí que no puede ser!— exclamó Hugo — Carolina, tienes que comer.

—Bueno, ya me espero a la cena.— respondió ella, pues no quería irse a la cocina, ya que prefería quedarse hablando con el joven.

Carlos pareció leerle el pensamiento y se levantó diciéndole:

—Voy a traerte algo. Seguro que Eloisa tiene ya algo preparado.

La muchacha le miró agradecida y su hermano se fue a la cocina.

—Carolina, no quiero que rompas tu ritmo.— le regañó Hugo, con suavidad — Debes cuidarte y no puedes sacrificar tu cuerpo por desgana o por lo que sea. Si tienes sueño, duermes, y si tienes hambre, debes comer, ¿me oyes?

Ella asintió.

—Sí. Normalmente lo hago así. Pero es que como me he levantado tan tarde, y nos hemos puesto a hablar...

—Llevas razón.— le interrumpió él —He sido muy descuidado. No he caído en que acababas de levantarte y de que no te había dado tiempo de merendar. Perdóname, hadita.

—¡No! ¡No es culpa tuya! Además, yo no me he dado cuenta tampoco. Ha sido ahora que me ha venido un poco de desfallecimiento. Pero no es nada, de verdad.

—Bueno, en todo caso, vamos a tener más cuidado. Queremos que te recuperes muy pronto, ¿no?— le dijo él, cogiéndole la mano y buscándole el pulso.

—Sí—contestó ella, mientras se dejaba hacer y le miraba.

Carlos y Eloisa entraron.

—Niña,— dijo ella —tu cena está preparada, ¿dónde prefieres que te la sirva?

—¿Ya?— exclamó ella — ¡Vaya!, ¡qué rapidez! Pues...

—Será mejor que comas tranquila.— le indicó Hugo.

Ella comprendió que llevaba razón.

—Comeré en la cocina, Eloisa. Gracias.

—Muy bien, niña.

Carolina se levantó para irse a cenar.

—¿Te vas a quedar un rato más?— le preguntó a Hugo.

—No. Creo que me voy a marchar ya. — respondió éste.

—¡Oh! ¡Vaya!— exclamó Carolina, sin pensar.

Hugo sonrió y Carlos también.

—Oye, Carlos —dijo Hugo —¿Te apetece que vayamos a tomarnos algo por ahí, como en los antiguos tiempos?

—¡Claro! ¡Me apetece mucho!— contestó el hermano de la joven —Dame un minuto, voy a coger mis llaves y mi cartera.

Y se metió en dirección a su dormitorio.

Carolina miró a Hugo. Éste le sonrió y se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—Voy a hablar con tu hermano, como te prometí.

La joven lo miró más contenta.

—¡Anda! ¡Vete ya a cenar!— le ordenó Hugo, cariñosamente.

—Sí— asintió ella, riéndose.

Y se metió en la cocina.

Capítulo 14

Al día siguiente, Carolina se levantó alrededor de las diez y media. Se fue a desayunar y después estuvo charlando un poco con su padre en el salón, hasta que éste se marchó al club. Luego se fue a su cuarto, y sacó sus utensilios de dibujo.

Entonces sonó el teléfono. Era Hugo.

—Buenos días, Hugo.

—Buenos días, hadita. ¿Has hablado con Carlos?

—No. No se ha levantado aún. ¿Hasta qué hora estuvisteis?

—Pues sería... algo más de la una.— contestó él.

—¡Ah! Y bueno, ¿qué pasó?, ¿hablaste con él?

—Sí. Estuvimos hablando bastante.

—¿Y qué?— preguntó ella con interés.

Él se rio.

—¡Tú quieres saber demasiado! ¡Confórmate con saber que todo se va a arreglar!, ¡ya lo verás!

—¡Hugo!— protestó ella — ¡No vale! ¿Por qué tienes que tener tanto secreto?

El joven volvió a reírse.

—¡Hadita, eres muy curiosilla!

—¡Creí que había confianza entre nosotros!— le chantajeó ella.

—¡Y la hay! ¡Pero esto no se trata de ti o de mí! En lo que a ti te concierne, puedes estar tranquila, pues vas a ver que tu amiga ya no va a volver a ser tratada de esa forma.

Ella se quedó pensando.

—Está bien. — respondió, de mala gana.

—¿Has descansado bien?— le preguntó él.

—Sí. — respondió ella, aún molesta.

—¿Has desayunado bien?

—Sí

El joven volvió a reírse.

—Bueno, como veo que no tienes muchas ganas de hablar, será mejor que hablemos luego cuando...

—¡No!, ¡espera!— exclamó ella, interrumpiéndole.

—¿Qué pasa? ¿Quieres contarme algo?— dijo él, con aire de estar divirtiéndose.

En realidad, lo que Carolina no quería es que él cortara estando ella molesta, pues no deseaba despedirse con ese estado negativo.

—No. Sólo quería... saber... si puedo invitar a Nicoleta otra vez a casa, sin problemas.

—¡Ummm! Puesss... sí. Yo creo que sí. — contestó él.

—Pero debería de avisar antes a Carlos, ¿no?

—Déjame pensar... — contestó Hugo —Sí. Creo que es mejor que le avises, por si él necesita prepararse mentalmente.

—Vale.

—Bueno, pues, ¡te deseo un buen día, hadita!— dijo él, para despedirse.

Carolina se quedó callada unos segundos. Le hubiera gustado que él fuese a verla, pero no se atrevía a decírselo.

—Gracias. Yo también a ti, Hugo— respondió ella, con cierto desánimo.

El joven también hizo un pequeño silencio y luego le dijo, algo cohibido:

—Oye, estoy pensando... que durante la semana que viene, voy a estar demasiado ocupado, más o menos como estos días de atrás... Tal vez, podría llegarme un momento a verte, para echarte un vistazo... Sería cuestión de verte unos minutos, no pretendo robarte más.... Sólo para estar seguro de que todo va bien...

Ella se sintió muy contenta.

—Sí. Vale. Me parece bien.

—¿Esta tarde?

—Sí. ¿Te doy un toque cuando me levante de la siesta?

—Muy bien. ¡Hasta luego, entonces!

Carolina sintió en el tono de la voz de él que también estaba contento.

—¡Hasta luego, Hugo!

Colgaron y ella se puso a dibujar un rato.

Al cabo de una hora, su hermano se acercó a su cuarto.

—Buenos días, Caro. Dibujando, ¿eh?

—Buenos días. Sí. — contestó ella sonriéndole.

Ella continuó dibujando y al mismo tiempo le preguntó:

—¿Te lo pasaste bien anoche con Hugo?

—¡Claro!— respondió él acercándose para observar cómo trabajaba su hermana.

—¡Así que recordando viejos tiempos, ¿eh?!

—Efectivamente.

—¿Y qué? ¿Os estuvisteis hasta muy tarde?

—Un poco. ¡Caro, cada vez dibujas mejor!

—Gracias. Pero no creo que lo haga tan bien.

—En serio. ¡Está muy bien!

La muchacha sonrió, por el afecto que su hermano le mostraba.

Sin embargo, pensó que debía de ir ya al grano y hablarle directamente de su amiga.

—Carlos, ¿te molestaría que le dijese a Nicoleta que venga a verme de nuevo?

Él se quedó callado unos momentos y después contestó:

—Ya sé que hablaste ayer con Hugo de eso.

Carolina no supo qué contestarle, pues no sabía lo que Hugo le había dicho.

—No te preocupes. — le dijo él —Lo que menos quiero en estos momentos es ser una fuente de preocupación para ti. Perdóname si ayer lo hice. No me di cuenta de que mi comportamiento te podía afectar. Lo siento. No volverá a pasar.

—Pero, Carlos, lo que me... lo que me ha extrañado es que creí que ya no te caía tan mal. Cuando te dije que Nicoleta se había marchado a Rumanía, pensé que ya no te... resultaba...

—Escucha. Ayer estaba algo cansado, pero no volverá a pasar, ¿vale? Estate tranquila. No se va a repetir.

Carolina entendió que su hermano estaba haciendo un esfuerzo por ella, para que no crease ningún nuevo conflicto. Seguramente Hugo le previno.

—Mira, si no te apetece, no la invito. Ya la veré más adelante. Tampoco es necesario que venga a verme.— dijo ella, para no forzar a su hermano.

—Caro, entiéndeme: no tenga nada contra ella. Absolutamente nada. Así que invítala cuando te apetezca. En serio. ¿Quieres decirle que venga hoy? ¡No hay problema! ¡Dile que venga esta tarde, si quieres!

La muchacha no lograba comprender a su hermano.

—¿Esta tarde?

—¡Sí!

—¿Esta tarde, vas a salir tú?

—No. No tengo ningún plan.

Carolina se quedó mirando a su hermano con cierta melancolía.

—¿Esto lo haces por mí?

Él pareció reflexionar un poco.

—En realidad lo hago por ti, por mí... y por ella.

La joven se extrañó con la respuesta. Iba a preguntarle que qué quería decir, pero Carlos se adelantó con un comentario:

—¿Sabes que Hugo me estuvo preguntando por el “otro”?

La muchacha lo miró desconcertada.

—¿El otro?— repitió ella— ¿Qué otro?

—Pues del supuesto chico al que quieres.

Carolina se apoyó en el respaldo de su silla, mientras sentía que se le cortaba la respiración y la embargaba una emoción parecida al temor.

—¡Oh, madre mía!— exclamó.

Carlos sonrió.

—Pero, ¿qué te preguntó?— dijo ella, aún bajo los efectos del susto.

—Me preguntó que si yo conocía al joven del que estabas enamorada.

—¡Oh, madre mía!— volvió a exclamar Carolina— ¿Y qué le dijiste?

—Pues al principio, ¡no te creas!, ¡que no sabía qué decirle! ¡Más valía que no supiera nada de esto, porque con eso de que no quieres que se entere que es él, tengo que hacer acrobacias!

—Pero entonces, ¿qué le dijiste?— insistió ella.

—Al final le contesté que sí.

—¡Oh, madre mía!— exclamó la joven.

—Así que él me preguntó que si era un buen muchacho. Y yo le respondí que sí, que era bastante buena gente. Entonces se quedó pensando un poco y después me preguntó si yo sabía qué intenciones tenía ese joven contigo. Y le contesté que de momento no había dado señales de declaración ninguna.

—¡Oooh, madre mía!— volvió a exclamar Carolina.

—¡Te digo, Caro, que en ese momento pensé que una de dos: o bien Hugo se estaba comportando igual que papá, o bien está enamorado de ti y quería conocer a su rival!

La joven lo miró anhelante.

—Sin embargo, después de lo que me dijo al final,— continuó el joven— me decanté más bien por la segunda posibilidad.

—Pero, ¿qué fue lo que te dijo?

—Me dijo que ese joven tendría que estar loco o ser un imbécil para no haberte declarado ya su amor. Por supuesto yo tuve que aguantarme la risa, pensando que

estaba hablando de él mismo.

Carolina se quedó impresionada.

—¿De verdad te dijo eso?

—Sí.— contestó su hermano— Caro, yo estoy prácticamente seguro de que te quiere. ¡Pero, si no hay nada más que ver cómo te mira! ¡Hasta papá se ha dado cuenta!

Ella quería reír, pero aún dudaba.

—Bueno, tal vez es sólo que quiere lo mejor para mí. Quizás me ve como a una hermana y desea que yo sea feliz. No necesariamente está enamorado de mí. Si no, ¿por qué no me lo ha dicho?

—Pues, según él, porque está loco o es un imbécil— respondió Carlos, riéndose —¡No, ya en serio!, es posible que esté ocurriendo lo que te dije el otro día: él cree que tú quieres a otro y él ha dejado vía libre para el que se supone que tú has elegido.

Carolina se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación pensando: “¿Será verdad que me quiere? Pero, ¿y si las cosas no son lo que parecen? Ya me equivoqué una vez al creer que Anastasia estaba con él. ¡Parecía todo tan claro! ¡Y sin embargo no fue así! ¡No puedo llevarme otra desilusión! ¡No! ¡No debo ilusionarme a no ser que él mismo me lo diga! ¡No quiero volver a desilusionarme!”

—No, Carlos.— dijo —No quiero entusiasarme con esto. ¿Y si no es lo que parece? Hugo siempre ha sido muy bueno conmigo. ¡Siempre! Desde que lo conocí. Y yo era entonces una niña. Es posible que él me tenga cariño, incluso que me quiera, sí, pero como a una hermana o a una amiga, pero eso es todo. Tal vez él sólo desee que yo sea feliz. Incluso como médico, puede que él piense que de esa manera podría curarme más rápidamente. No voy a dejarme llevar por el entusiasmo.

—Está bien, Caro. Haz como quieras. Pero ya que no quieres que sepa la verdad, quizás tendrías que darle a entender que ya no te interesa tanto ese supuesto chico. Por si acaso.

—Bueno, ya veré.— respondió ella.

Capítulo 15

Después de comer, Carolina se fue a su dormitorio. Pensó si llamar a Nicoleta, pero ya había quedado con Hugo para verse después de la siesta, y aunque él se quedase poco tiempo, quizás iban a ser demasiadas personas trajinando en la casa. Así que finalmente se dijo que lo dejaría para el día siguiente o cuando le viniera bien a su amiga.

Se acostó, y concentrándose en los latidos de su corazón, se fue durmiendo.

Al poco rato, se despertó sintiendo ganas de ir al baño. Miró el reloj y eran sólo las cuatro y media. Se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Sin embargo, una vez allí, no sabía por qué, pero no podía orinar, a pesar de que tenía verdadera necesidad. Lo intentó durante un rato, pero seguía sin lograrlo.

La muchacha empezó a asustarse, pensando que algo estaba ocurriendo y decidió llamar a Hugo. Volvió a su cuarto, y al querer coger su móvil para hacer la llamada, su mano lo atravesó.

Carolina se quedó atónita.

Volvió a querer agarrar el teléfono, pero su mano lo traspasó como si nada.

Entonces la joven, siguiendo una intuición, miró hacia su cama y vio que ella estaba allí acostada y dormida.

Fue tanta la impresión que sintió una especie de vértigo, y milésimas de segundos después se despertó en su cama.

La muchacha se quedó paralizada del susto durante unos momentos. Después empezó a mirar a su alrededor y al ver el reloj, comprobó que eran casi las cinco menos veinticinco.

Se incorporó lentamente y miró por detrás suya, para verificar si seguía estando allí o no. Luego se levantó, se acercó a su escritorio y cogió el móvil. Lo agarró sintiendo la dureza del aparato y volvió a dejarlo encima de la mesa.

Como seguía teniendo ganas de ir al baño, se fue para allá y esta vez consiguió orinar, sin problemas.

Carolina comprendió que había vuelto a hacer un desdoblamiento astral.

Se acostó de nuevo, pensando en la experiencia que acababa de pasar y poco a poco el sueño la fue venciendo.

Dos horas después se despertó. Miró el reloj: eran las siete menos cuarto. Se levantó, miró su cama y vio que estaba vacía... Ya no se fiaba.

Después cogió su móvil y le dio el toque a Hugo para avisarlo de que estaba despierta.

No queriendo que pasara lo que el día anterior, se fue directa a la cocina para merendar algo, antes de que llegara el joven.

La muchacha se preparó ella misma una buena merienda y se sentó en la mesa de la cocina para tomársela.

Poco después apareció Carlos.

—¡Hola Caro!— le dijo alegremente —Te has levantado con hambre, ¿eh?

—Sí. Un poco.— respondió ella.

—Yo voy a tomarme un café.— explicó su hermano.

El joven se puso a hacerse el café. Mientras se hacía, se fijó en la lista de los alimentos recomendados por Hugo para Carolina. La cogió, se sentó frente a su hermana y empezó a leerla.

—Veo que le da bastante importancia a las proteínas —comentó — Bueno, sí, ya me habló de ello.

Carolina lo observaba al mismo tiempo que terminaba su merienda.

Él alzó la vista y le sonrió.

—¿No te he dicho que voy a hacer un curso con tu amorcito?

Ella sonrió y le contestó:

—No. No me habías dicho nada.

—Justo empieza uno esta semana. Será los martes y los jueves por la tarde, y el sábado por la mañana. Así que este martes comenzaré.

—¡Qué suerte!— exclamó su hermana —¡Cómo me gustaría a mí ir también!

—¡Seguro que te gustaría! ¡Para estar con él! —respondió riéndose y levantándose para servirse el café que ya estaba hecho.

—Para estar con él, por supuesto. Pero también porque creo que tiene que ser un curso muy interesante.

—Sí, eso pienso yo.

El joven puso la taza encima de la mesa y se sentó.

—Carlos, parece que papá está más convencido, ¿verdad?— dijo la joven.

—Sí. Yo creo que está mucho más abierto. —respondió Carlos— Ahora está leyendo el libro de la Nueva Medicina Germánica escrito por el doctor alemán... ¿Me pasas ese trozo de bizcocho que te ha quedado?

Carolina lo cogió y se lo acercó, pero sin darse cuenta le dio un pequeño golpe a la taza de su hermano, y ésta se tumbó y derramó el café en la mesa, manchando también la lista de alimentos de Carolina.

—¡Uf! ¡Qué desastre!— exclamó ella. —¡Qué torpe!

El joven se levantó y dijo:

—No pasa nada, Caro. Tenía que haber puesto un plato debajo.

Carlos cogió una bayeta y limpió la mesa. Luego se volvió a servir otra taza y esta vez cogió un plato.

—¡Ya está!, ¿Ves? ¡No pasa nada!

—Sí, pero mira la lista.— dijo la joven, agarrando el papel —Se ve muy mal lo que está escrito. A Eloisa no le va a hacer ninguna gracia.

—No te preocupes, ahora después yo la paso a limpio.

—Sí. Será mejor.— contestó Carolina sonriendo.

El timbre sonó.

—¡Ah! ¡Ése es Hugo!— exclamó ella, levantándose muy contenta.

—¿Has quedado con él hoy?— le preguntó su hermano.

—Sí— respondió ella riéndose y saliendo de la cocina en dirección a la entrada.

La joven se encontró con su hermana que estaba abriendo la puerta.

Efectivamente era Hugo. Éste las miró sonriente.

—¡Hola Hugo!— saludó Anastasia —¡Pasa!

—Hola chicas.— respondió él, mientras entraba.

Carolina le miró muy contenta.

—¿Vienes a ver a Carlos o a Caro?— preguntó Anastasia, mientras cerraba la

puerta.

—Bueno, en principio a Carolina.— contestó él, mirando a ésta.

—En ese caso, te dejo con ella. Perdona, pero es que me estaba terminando de arreglar que he quedado con mi novio y ya llego tarde.

—¡Claro! ¡No te preocupes por mí!— exclamó él.

Carolina le dijo:

—Ven, tengo que contarte una cosa.

Se fueron al salón y se sentaron en el sillón de siempre.

—A ver, ¿qué es eso que me tienes que contar?— inquirió el joven.

—Esta tarde he vuelto a tener un desdoblamiento astral.

—¿En serio?— dijo él, asombrado —¡Vaya! ¡Qué suerte! ¡Desde que hablamos el otro día, yo tenía ganas de comprobar eso también!

—Pues sí. Pero me ha salido sólo.— explicó ella — Es que tenía ganas de ir al baño y creí que me había despertado. Pero al ir al baño, vi que no podía orinar a pesar de que tenía muchas ganas. Entonces me asusté y quise llamarte por teléfono, pero al querer coger el móvil, mi mano lo atravesaba. De pronto, se me ocurrió mirar a mi cama y entonces vi mi cuerpo allí tendido y dormido. ¡Claro que con el susto me desperté rápidamente!

—¡Uau! ¡Es fantástico! Hadita, tenemos que investigar más sobre esto.

—Sí... Estoy pensando si Nicoleta conocerá algo del desdoblamiento. Mañana le voy a llamar y le diré que venga y le preguntaré.

—¡Buena idea! Por cierto, ¿has hablado con Carlos?

—Sí.— contestó Carolina pensativa — Y la verdad es que me sigue pareciendo un poco raro. Ahora sí quiere que venga, pero yo creo que es porque piensa que no debe de darme ningún disgusto, no porque haya cambiado de opinión realmente.

Hugo sonrió.

—O sea, que sigues empeñada en querer preocuparte.— dijo.

—¡No!— exclamó ella — Pero como no me quieres contar lo que hablasteis, estoy en desventaja, porque no comprendo muy bien.

—Ya comprenderás.— respondió él.

Ella lo miró con gesto de reproche y él se rio.

Justamente en ese momento entró Carlos.

—¿Qué hay, Hugo? ¿Echándole un vistazo a mi hermana?— dijo sonriendo.

Carolina se puso en guardia y le miró con desaprobación.

—Quiero decir, que has venido para ver cómo está, ¿no?— aclaró su hermano.

—Sí, eso es. Es que ya sabes que durante la semana no tengo apenas tiempo y he aprovechado que tenía libre para pasarme un momento por aquí.— explicó Hugo.

—¡Claro!— contestó Carlos —Y nosotros te lo agradecemos, ¿verdad, Caro?

La muchacha sintió una mezcla de cortedad y de enfado hacia su hermano, pero no quería mostrar ninguna de las dos emociones, pues sería poco menos que delatarse a sí misma, así que, queriendo quitarse importancia, dijo:

—Sí. Hugo es muy amable. Seguro que sus pacientes están muy contentos con él.

Pero el comentario, que podría haber sido cogido como alabanza, el joven lo debió de tomar de otra manera porque Carolina pudo ver en su sonrisa cierto gesto de decepción. Ella se preguntó a qué se debería.

Anastasia entró para despedirse y se fue corriendo, pero instantes después llegó su padre.

—¡Buenas tardes!— saludó, mirando a Hugo y a sus dos hijos.

—Buenas tardes.— saludó Hugo.

El padre se quedó pensando unos segundos y luego se sentó con ellos y le dijo a Hugo:

—Me ha dicho Carlos que esta semana vais a hacer un curso de la Nueva Medicina Germánica.

—Sí. Los hacemos de forma más o menos continua. Cuando se acaba uno, enseguida empezamos otro.— dijo Hugo.

—¿Y tenéis mucha asistencia?— inquirió el padre.

—Pues cada vez más. Al principio hicimos cursos de cuatro o cinco personas, pero éstas han ido hablando con otras y ahora hay más gente interesada.

—Supongo que el curso es para médicos.

—Hay niveles. Hay un curso inicial y básico para cualquier persona interesada y luego hay otro más avanzado y profundo para profesionales de la salud, en cualquiera de sus vertientes. Pero no está cerrado para personas que quieran profundizar más en esto, aunque no se dediquen a ello.

—Sí, es lógico.— admitió el padre, observando a Carolina, que estaba medio recostada en el sillón— Carolina, hija, ¿por qué no te acuestas en tu cama?

—¡No, papá! ¡Estoy bien aquí!— contestó ella reincorporándose.

Hugo la miró y como si hubiera olvidado que no estaban solos, le dijo:

—Tu padre lleva razón, hadita. Se te ve fatigada. Es mejor que te acuestes en tu cama. Allí podrás tumbarte y estarás más cómoda.

—¡Pero es que quiero estar aquí con... —la joven iba a decir “contigo”, pero rápidamente reaccionó y corrigió— con vosotros! Aquí estoy bien. ¡De verdad!

Hugo miró a Carlos y luego al padre que parecía estar vigilándolo, y respondió:

—Bueno, de todas maneras yo me tengo que ir ya. Iba a llegarme un momento para ver cómo estabas, y ya llevo un buen rato.

Y diciendo esto se levantó.

Carlos y el padre también se levantaron y Carolina hizo un gesto de desilusión.

—Entonces, nosotros nos vemos el martes, ¿no?— le dijo Carlos a su amigo.

—Sí — respondió éste muy contento —Me va a gustar verte en el curso.

—¡Y a mí me va a hacer gracia tenerte de profesor!— respondió Carlos riéndose.

Hugo sonrió mientras se daba cuenta de que el padre no le quitaba ojo.

—En fin, ya nos veremos entonces, Carlos.— concluyó el joven — Y ahora sí. Ya me voy. Carolina, ya sabes que si necesitas algo o sientes algo fuera de lo normal, puedes llamarme a la hora que quieras, ¿de acuerdo?

—Sí.— respondió Carolina levantándose, con clara desgana— De todas maneras, te acompaño hasta la puerta.

El joven, aun sabiendo que su padre seguía pendiente de él, le contestó:

—Como quieras. Pero de allí, derecha a la cama, ¿me oyes?

—Sí.— le respondió ella sonriendo, creyendo haber captado la ternura en el fondo de las palabras de él.

Hugo se despidió de Carlos y de su padre y se dirigió a la entrada acompañado de Carolina.

—¿De qué te ríes y en qué estás pensando?— le preguntó Carolina.

Él suspiró y le contestó:

—¡Ay hadita! ¡Me río de lo bien que le caigo a tu padre!

La joven se quedó pensando: “¡Papá es demasiado! ¡Lo tiene agobiado! ¡Como siga así, no va a querer venir!”

Hugo le dijo:

—¿Y tú?, ¿en qué piensas, con esa carita de enfado?

—Pues..., en que siento mucho que mi padre no sea más amable contigo.

—No te preocupes. De momento, parece que logro salir indemne. Pero algo me dice que al final nos haremos amigos.— contestó riéndose.

Ella sonrió mirándolo, y sintiendo que cada vez lo quería más. Le dieron ganas de preguntarle si le llamaría durante la semana, pero no se atrevió.

—Te llamaré.— le dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Vale.— contestó la muchacha muy contenta.

Hugo abrió la puerta, luego contempló durante unos segundos a Carolina y después le dijo:

—¡Anda, hadita! ¡Vete ya a descansar!

—Adiós Hugo.— contestó ella.

El joven se marchó y Carolina se marchó a su cuarto sintiéndose entre nubes.

Capítulo 16

El lunes, después de desayunar, Carolina llamó por teléfono a Nicoleta.

—Hola Carolina, ¿cómo estás?

—Hola. Físicamente, más o menos parecido. Pero moralmente, me encuentro muy animada. En fin, te llamo para ver si tienes un rato y te quieres llegar para que charlemos un poco.

—¡Ah!— dijo Nicoleta, algo cohibida— pues... no sé si voy a poder...

Carolina comprendió el temor de su amiga.

—Esta mañana estoy sola. Bueno, con Eloisa. Pero mi padre y mis hermanos están trabajando.— le aclaró.

—¡Ah, ya! Bueno, lo que pasa es que ahora estoy recorriendo algunos sitios en los que estoy entregando mi currículum. Pero quizás me puedo llegar un rato luego.

—Vale. En fin, si te viene mal, tampoco te preocupes.

—Lo que podemos hacer es lo siguiente. Cuando termine, te llamo y hablamos, ¿vale?— propuso Nicoleta.

—De acuerdo.— contestó Carolina.

Las muchachas colgaron.

Carolina se puso un rato a dibujar en el salón, mientras Eloisa limpiaba su cuarto. Al cabo de un par de horas, Nicoleta la llamó.

—Acabo de terminar una ronda. Mañana seguiré. ¿Es muy tarde ahora para ir a tu casa? Ya es la una. Yo como tarde, pero seguramente que tú tendrás que comer ya, ¿no?

—No. ¡Qué va! Me he levantado muy tarde y he desayunado poco antes de llamarte. Además, también puedes quedarte a comer aquí conmigo, pues mi padre y mis hermanos llegan muy tarde para que yo los espere.

—Está bien.— aceptó Nicoleta.

Al cabo de unos quince minutos, Nicoleta llegó.

Las dos muchachas se fueron al cuarto de Carolina para charlar.

—¿Qué tal te va el tratamiento con Hugo?— preguntó Nicoleta

—¡Estupendamente!— contestó Carolina, con cara de felicidad.

Su amiga se la quedó mirando.

—¡Vaya! ¡Debe de ser un tratamiento maravilloso, por la cara que pones!— exclamó.

Carolina se rio. Y como sintió que podía confiar en su amiga decidió contarle su secreto.

—Nicoleta te voy a contar algo, pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

—Claro.

Entonces Carolina le confesó que estaba enamorada de Hugo. Su amiga se sorprendió pero también se alegró al verla tan feliz. Luego Carolina le contó cómo lo conoció y cómo se lo encontró a lo largo de los años. También le confesó el malentendido con su hermana y cómo después de aclararlo, fue cuando se empezó a poner enferma.

—¡Ahora caigo! ¡Aquel amor imposible del que hablamos antes de irme a Rumanía, era él!, ¿no?— dijo Nicoleta.

—Sí.— respondió Carolina.

—¡Claro! ¡Por eso estabas tan demacrada! ¡Y es que ya te estabas enfermando!— exclamó la joven rumana, comprendiendo el proceso de su amiga.

—Sí, es cierto.— contestó Carolina.

—Pero, ¿y él?, ¿también está enamorado de ti?— inquirió Nicoleta.

—Bueno, eso ya no lo sé. Creo que me aprecia mucho, pero tal vez como una hermana o algo así. Aunque a veces... no sé qué pensar...

—Recuerdo cuando lo vimos en la conferencia.— dijo Nicoleta —Llegué yo primera, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Pues cuando lo vi y él me vio, se acercó muy amable y empezó a preguntarme lo típico, que cómo estaba yo, y cómo estaba mi familia. y a decirme que se alegraba de verme... en fin muy amable, como siempre.

—Sí, es verdad. Él siempre es así.

—Sí, pero cuando le dije que había quedado contigo, me pareció que se le iluminó la cara y que se puso más contento todavía. Y cuando llegaste y te saludó, me pareció que te tenía un cariño especial.

Carolina sonrió recordando aquel momento y luego se mordió el labio, pensativa.

—No sé. Puede ser que sienta cariño porque me conoció de pequeña y además era la hermana de Carlos, que había sido su mejor amigo.

Nicoleta se quedó callada.

—En todo caso,— continuó Carolina — él no me ha dicho nada, así que lo mejor es que no me haga ideas. Que no quiero que me vuelva a pasar lo que me pasó con Anastasia. Creo que ya he aprendido la lección.

—Bueno, supongo que es mejor ser prudente.— dijo Nicoleta, pensativa.

—Sí. Además, ya sólo con que venga a verme y me llame por teléfono, me siento feliz.— contestó Carolina.

—¡Pues, me alegro mucho por ti!— dijo Nicoleta.

Las dos jóvenes se rieron.

—Oye, Nicoleta, ¿y qué hay de aquel joven del que tú me hablaste? ¿Del muchacho del que estabas enamorada tú?— se interesó Carolina.

—¡Oh, no! ¡Eso no puede ser!— respondió su amiga —¡Eso no tiene ninguna posibilidad!

—¿Ya te has olvidado de él?— le preguntó Carolina.

Nicoleta la miró algo apurada.

—¡Eso no... no es posible!— repitió —¡Es mejor no pensar en ello!

Carolina sintió pena por ella.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¡Eso ya es agua pasada! ¡No tiene importancia!

Pero Carolina vio que aunque su amiga la sonreía, en el fondo se traslucía una cierta desilusión.

—Bueno, Nicoleta, también quería hablarte de otro tema.— dijo, para cambiar la conversación.

En ese momento entró Eloisa.

—Carolina, ¿queréis comer ya? Mira que ya son las dos y media.

—Vale.— contestó ésta — ¿Tienes hambre, Nicoleta?

—La verdad es que un poco, porque llevo toda la mañana dando vueltas y ya se me ha bajado el desayuno.

—¡Pero, mujer!, ¿por qué no me lo has dicho antes y ya hubiéramos comido?

—¡No!, ¡si está bien comer ahora!— respondió la joven.

Las dos se fueron al comedor y como Eloisa ya les había preparado todo, cada una se sirvió lo que quiso.

—Bueno, ¿y qué era lo otro que me querías hablar?— preguntó Nicoleta mientras comían.

—¡Ah, sí!— respondió Carolina.

Y entonces le contó las dos experiencias de desdoblamiento astral que había tenido.

—¿Habías oído hablar de esto antes?— le preguntó Carolina.

—Sí. Algo he oído. Pero no sé nada más que hay gente que hace el viaje astral de forma natural y otra que le sale de manera accidental. Voy a mirar en la biblioteca si hay información, a ver si encuentro algo más y lo vemos, ¿vale?

—De acuerdo.—dijo Carolina.

Luego estuvieron hablando también de Ileana.

—Está ahora de exámenes, pero me ha dicho que te iba a llamar.— explicó Nicoleta.

—Vale. Entiendo que aunque para mí es como si el mundo se hubiera parado, los demás tienen que seguir su ritmo. Si te he llamado a ti, ha sido porque me imaginaba que no estarías trabajando todavía. Pero no creo que tardes en conseguir un nuevo empleo.

—No sé.— respondió Nicoleta— La verdad es que yo también me planteo cosas. Como auxiliar de enfermería, me gustaría que los médicos con los que trabaje, trataran a sus enfermos desde el punto de la Nueva Medicina, porque he visto muchas cosas que no me han gustado. Creo que fue por eso por lo que no me renovaron el contrato, porque algunas veces tuve reticencias a seguir las órdenes del médico. De hecho, estoy dando los currículos y no estoy demasiado contenta, pero ¿qué puedo hacer?

—Te comprendo. Tú tendrías que trabajar con Hugo, pero él no cobra por las consultas, así que tampoco te vendría bien.

—¿Y entonces de qué vive?

—Trabaja en una cooperativa de alimentos ecológicos.—

Nicoleta se quedó un poco pensativa.

—Quizás yo también debería buscar otro tipo de trabajo. Pero es que me gusta trabajar con los enfermos y ayudarlos.

—Tal vez tú puedes intentar aplicar en la medida de tus posibilidades, lo que sabes.

—Eso es lo que he estado haciendo, pero a veces te fuerzan a hacer cosas que no te parecen bien y ya se crea un dilema.

—Sí, claro.— dijo Carolina, comprendiéndola.

—Lo que estoy haciendo es seleccionar un poco los lugares a los que voy a presentar el curriculum.

—Sí, buena idea.— contestó Carolina

Capítulo 17

Con la conversación, las muchachas no se dieron cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo, y cuando quisieron darse cuenta, llegó Anastasia.

—¡Hola!— saludó ésta — ¡Anda, hoy estás comiendo acompañada de tu amiga!

—Sí.— contestó Carolina, muy contenta.

—¡Hola!— saludó Nicoleta, algo inquieta — ¡No nos hemos dado cuenta de la hora que es!

—¡Tranquila!— le dijo Anastasia — Ya verás que pronto nos incorporamos los demás a la mesa. Pero no te levantes. Seguid hablando. Yo voy a dejar esto en mi cuarto y a lavarme las manos y ahora me reúno con vosotras.

Y se marchó hacia su dormitorio.

—Quizás sea mejor que me vaya ya.— dijo Nicoleta bastante nerviosa.

Carolina sabía que su amiga estaba así por miedo a encontrarse con su hermano. Quería decirle que no se preocupara, pero, en realidad, ella misma no se fiaba de la reacción de Carlos frente a su amiga. Así que como ya habían terminado de comer le dijo:

—Si quieres, podemos irnos a mi cuarto, y allí seguiremos hablando tranquilas.

—Bueno, si no, ya vendré otro día. Además tú tendrás que echarte un poco, ¿no? Te veo cara de cansada.

—Sí, la verdad es que un poco cansada, sí que estoy.

—¿Lo ves? De todas maneras, ya hemos charlado un buen rato. — dijo Nicoleta, recogiendo su cartera.

Anastasia llegó.

—Bueno, Caro, ¿cómo es que se te ha ocurrido invitar a Nicoleta a comer?— preguntó.

—Pues porque no le venía bien venir hasta la una. Y después de tirarse toda la mañana entregando curriculums, he pensado que le vendría bien a ella y también a mí que se quedara a comer.

—¿Estás buscando trabajo?— inquirió la hermana mayor.

—Sí. Estaba trabajando antes de irme a Rumanía, pero no me renovaron el contrato.— respondió Nicoleta.

—¿Y cuál es tu profesión?

—Soy auxiliar de enfermería

—¡Ah! ¡Oye, pues dame un currículum a mí y lo llevo a la clínica en la que trabajo, si quieres! ¿Te queda alguno?

—Sí, claro— contestó la muchacha abriendo su cartera.

En ese momento, entró su padre por la puerta.

—¡Ah! ¿Qué ocurre aquí?

—¡Hola papá!— contestó Carolina — Mira, ésta es mi amiga Nicoleta. Te hablé de ella el otro día, ¿te acuerdas?

El padre se quedó observando a la amiga de su hija.

—¡Ah, sí!— dijo —¿Así que tú eres la muchacha rumana, no?

Nicoleta asintió:

—Sí. ¿Cómo está usted?

Él siguió mirándola detalladamente.

Carolina pensó: “¡Ay madre mía! ¡Espero que no vaya a decir nada desagradable!”.

—Bien, gracias. —respondió el padre— Efectivamente Carolina me habló el otro día de ti. Parece ser que eres una buena amiga, ¿no?

—Pues... creo que nos tenemos bastante cariño las dos.— respondió la joven.

—Sí, claro. — dijo el padre —También me habían dicho que eras muy bella, y veo que es cierto.

Nicoleta se sorprendió por el comentario, que le provocó una sonrisa. Y mirando a su amiga, le dijo:

—¡Carolina!, ¡qué cosas se te ocurren decirle a tu padre!

—¡No, que no ha sido sólo Carolina la que me lo ha dicho!— contestó el padre — Me lo han dicho también Anastasia y mi hijo. Y además lo estoy comprobando por mí mismo.

La joven se quedó más asombrada aún, al escuchar ese comentario.

Entonces llegó Carlos.

Carolina se puso al lado de Nicoleta, y notó que su amiga empezaba a temblar ligeramente, se ponía algo pálida y respiraba con dificultad.

—¡Carlos! ¡Ya estás aquí!— dijo el padre.

—Sí.— contestó el joven mientras miraba a la muchacha y luego a su hermana.

—Estaba conociendo a esta joven.— comentó el padre observando a su hijo. — Pero tú ya la conoces, ¿no?

—Sí.— respondió él.

Carolina que estaba temiendo que su hermano no iba a actuar de forma diferente de como lo había hecho el último día, cogió a su amiga por el brazo y dijo:

—Bueno, voy a despedirla, que tiene que irse ya.

Pero Carlos se acercó a ellas y le dijo a Nicoleta:

—Hola. Disculpa si el otro día no te saludé correctamente. Como te dijo Anastasia nos habíamos acostado muy tarde y creo que no estaba aún muy despierto.

Nicoleta se quedó mirándolo asombrada y Carolina se sintió aliviada, por la respuesta de su hermano.

—Por favor, siéntete bienvenida en esta casa.— continuó Carlos.

—Gracias.— respondió la joven rumana.

El padre observó la escena sin decir nada.

—¡Por cierto, Carlos! — intervino Anastasia — Nicoleta es auxiliar de enfermería y se quedó sin empleo antes de irse a su país. Así que ahora está buscando trabajo y repartiendo curriculum. Yo me voy a llevar uno a la clínica. A lo mejor tú puedes entregar alguno en el hospital.

—¡Claro!— contestó él —¿te queda alguno?

Ella, muy cortada, respondió:

—Sí.

Y sacó de su cartera dos sobres y le dio uno a Anastasia y otro a Carlos.

—Gracias.— dijo luego —Sois muy amables.

—Muchacha, dame uno a mí también.— le dijo el padre.

Y ella le entregó otro a él.

Carolina estaba muy sonriente mirando a su amiga y ésta le correspondió con otra sonrisa.

Luego Nicoleta se despidió de todos, y se marchó.

Entonces Carolina se acercó a su hermano, y sonriendo, le dijo:

—Gracias, Carlos.

El joven le respondió con otra sonrisa.

Capítulo 18

Después de dejar a su padre y a sus hermanos comiendo, Carolina se fue a su dormitorio a acostarse.

Se encontraba bastante cansada. Así que durmió varias horas.

La tarde transcurrió con calma: merendar, pintar, y meditar, fueron sus actividades principales.

La cena sí la hizo con su familia.

—Caro, esta tarde cuando estabas haciendo la siesta te han llamado por teléfono.— dijo Anastasia— Como me fui antes de que te despertaras, no he podido decírtelo antes.

—¡Ah! ¿Y quién era?

—Una profesora tuya.

—¿Una profesora?— repitió Carolina —¿Cuál?

—Pues es que ahora no recuerdo el nombre. Lo apunté en un papel, pero... espera, que voy a buscarlo— dijo Anastasia levantándose.

Carolina estaba extrañada.

—No sé de qué te asombras, Caro— dijo Carlos —Me parece lógico que te llamen tus profesores para interesarse por ti.

—Sí, supongo que sí.— contestó ella —Aunque tampoco es que yo tuviera mucha relación con ellos. De hecho daba por sentado que ni me echaban de menos.

—No me gusta que digas eso, Carolina.— intervino el padre— ¿Cómo no te van a echar de menos?

—¡Es que somos tantos en clase! Y al fin y al cabo, hay muchos que faltan a menudo.

—Puede ser, pero ése no era tu caso.— contestó él.

—¡Aquí está!— dijo Anastasia, que acababa de llegar — ¡Toma!

Carolina leyó el nombre.

—¿Noelia?— dijo pensativa —Pues no entiendo. La única profesora que he tenido que se llamaba Noelia fue una profesora sustituta que tuve en primero, pero sólo estuvo unos meses y ya no la he visto más.

—¡Ésa es!— confirmó su hermana.

—¿Sí?, ¿cómo lo sabes?— inquirió Carolina.

—Pues porque ella misma me lo ha contado. Me ha dicho que te estuvo dando clase de filosofía como sustituta en primero y que ahora está sustituyendo esta vez a tu profesor de literatura y que al ver que no estabas, preguntó por ti y le dijeron que estabas enferma en casa, y entonces ella pidió nuestro teléfono y se lo dieron.

—¡Ah, qué bien!— exclamó la hermana pequeña— ¡Qué alegría! ¿Y qué te ha dicho?—

—Me ha preguntado por ti, y que a qué hora te podía llamar. Así que le he contestado que no tenías un horario fijo, pero que al mediodía sueles estar despierta. Creo que te llamará mañana.

—¡Qué bien!— volvió a decir Carolina, contenta.

—¡Vaya, hija!— intervino el padre —parece que finalmente sí tenías relación con algún profesor.

—Con ella sí. Es una mujer encantadora. Me cayó estupendamente en la primera clase que nos dio. Y luego incluso nos hicimos amigas. Me dejaba libros de otras culturas que me gustaron mucho

—¡Ah! ¡Ya recuerdo!— exclamó el padre— ¡Así que se trata de esa profesora! ¡La que te daba esos libros de... yoguis y de... santones... que te tenían tan entretenida! ¡Pues vaya relación! ¡Para eso, mejor no tener ninguna!

—No digas eso, papá. La profesora Noelia es una persona excelente, de grandes valores y además es muy sensible.

—¡Ya veo, o sea, medio monja!— ironizó su padre

—No. Para nada. Ella estuvo casada, pero su marido murió algunos años antes de que me diera clase.

Esto pareció conmovier a su padre, que se quedó callado. Sus hermanos tampoco dijeron nada.

—¡La verdad es que me ha dado mucha alegría que me haya llamado!— dijo ella, sonriendo.

El resto de la cena, estuvieron hablando de otras cosas.

Luego Carolina se quedó un poco en el salón con sus hermanos y después se marchó a su dormitorio.

Poco después su hermano entró a desearle las buenas noches.

La muchacha lo miró con cariño.

—Hoy has sido muy amable con Nicoleta.— le dijo.

El joven se quedó al principio callado, pero luego respondió:

—Ya te dije que no iba a repetirse lo del otro día.

Ella asintió con la cabeza.

—La llamé esta mañana pensando que no ibais a estar ninguno, pero como al final la convencí para que se quedara a comer conmigo, hablando, hablando, se hizo tarde y al final llegasteis vosotros. Pero la idea original es que no tuvieses que encontrártela.

—Caro, ¿cuántas veces te voy a tener que decir que no tengo nada en contra de ella? Puedes invitarla cuando quieras.

La joven contestó:

—Está bien. Bueno, buenas noches.

—Buenas noches, Caro.

Y se marchó.

La joven se acostó pero se llevó un libro para leer mientras llegaban las diez. La semana anterior, Hugo la había llamado poco después de esa hora, y ella tenía la esperanza de que volvería a hacerlo.

Después de mirar varias veces el reloj y ver que ya llegaba la hora, se fue poniendo nerviosa.

Como se dio cuenta, se dijo: “Tranquila, no pierdas los papeles”. Así que dejó el libro en la mesita y se tumbó y con los ojos cerrados se puso a observar todo lo que ocurría en su interior y entre otros, reconoció al “yo” impaciente, por el cual pidió muerte a su Madre Divina, y al “yo” que deseaba a Hugo, por el que hizo la misma petición.

Poco a poco, se fue relajando y empezaba a adormilarse, hasta que sonó el móvil.

Carolina se levantó para cogerlo y se acostó otra vez, para hablar tumbada.

—Hola, Hugo.

—Hola, hadita. Te noto muy relajada. Me parece que hoy te he llamado demasiado tarde, ¡vaya!— se lamentó él.

—¡No! ¡No! ¡No es tan tarde!— dijo ella mirando el reloj y viendo que eran las diez y media.

—Seguro que ya te estabas durmiendo, ¿a que sí?— le dijo Hugo.

—No.— mintió ella.

—¡Hummm! ¡Me parece que no me estás diciendo la verdad!

Ella se rio.

—¡Bueno, está bien!, sí, me estaba empezando a dormir. Pero ha sido porque me había relajado para hacer trabajo psicológico y la relajación me estaba dando sueño. Pero no me molesta que me hayas llamado, porque tenía muchas ganas de hablar contigo.

—¡Ajá! ¿Y eso por qué? ¿Qué te ha pasado?

—Hoy he invitado a Nicoleta a comer. Nos ha dado tiempo de hablar un montón. Me lo he pasado muy bien con ella. Le he preguntado por lo del desdoblamiento y me ha dicho que sí había oído hablar de ello, pero va a buscar más información.

—¡Ah! ¡Estupendo!— exclamó el joven.

—Y además ella y mi hermano se han encontrado, pero esta vez Carlos ha sido muy amable.

—¿Lo ves? ¡Ya te lo dije!

—Esto es porque tú le dijiste que no me diera ningún disgusto, ¿a que sí?

—¿Por qué no puedes creer que tu hermano sea sincero? ¿No piensas que él puede sentir de verdad que no quiere herirla?

—Sí. Puede ser.

—¡Anda, no pienses más en ello! Y ahora acuéstate tranquila.

—Está bien.— contestó ella con desgana.

—¡Buenas noches, y descansa!— le deseó el joven.

—Buenas noches, Hugo. Tú también.— se despidió Carolina.

Colgaron. Ella dejó el móvil en su escritorio y se acostó con el pañuelo de él sobre la almohada y se durmió enseguida.

Capítulo 19

El martes fue un día muy tranquilo. Carolina se dedicó a las mismas actividades de los días anteriores.

Cuando llegó la noche, poco antes de cenar, recibió una llamada en el móvil. Miró y no reconoció el número, pero lo cogió:

—Dígame

—¡Hola Carolina! ¡Soy Ileana!

—¡Anda!, ¡Ileana! ¡Qué alegría! ¿Qué tal estás?

—Pues aparte de un poco estresada con los exámenes, estoy bien, pero ¿y tú?

—Supongo que tu hermana te habrá contado un poco. Sigo estando bastante débil, pero estoy un poco mejor.

—Siento mucho que estés pasando por esto.

—No lo sientas. Hay muchas cosas que estoy aprendiendo en esta situación. Y también me están pasando muchas cosas buenas.

—Bueno, en ese caso, me alegro de que sepas sacarle partido a tu enfermedad.

—Sí— respondió Carolina riéndose.

—Oye, me gustaría ir a verte.— le dijo su amiga.

—¡Claro! ¡Yo también tengo ganas de verte! ¡Ven cuando quieras! Si quieres ven con tu hermana.

—Lo que pasa es que esta semana estoy superliada con los exámenes. ¿Qué tal te vendría que fuera el sábado por la tarde?

—¡Estupendo! —contestó Carolina — ¡Me va a dar mucha alegría verte!

—Nicoleta me ha dicho que necesitas mucho reposo, así que si quieres, lo que podemos hacer es que el mismo sábado por la mañana te llamo y quedamos a una hora que te venga bien, ¿de acuerdo?

—¡Perfecto!— contestó Carolina muy contenta.

—Bueno, pues ¡hasta el sábado!, ¿no?

—Sí. ¡Hasta el sábado!

Carolina colgó y se fue a cenar.

Después de las diez, volvió a llamarla Hugo.

Estuvieron un rato charlando de diferentes cosas, y Carolina sentía que su amor y su admiración por él seguían creciendo.

Y poco después, su hermano se pasó para ver si dormía, y como la encontró despierta, le estuvo contando un poco acerca del curso que venía de hacer con Hugo. Carolina se sentía dichosa tan sólo de escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con el joven.

El miércoles también fue muy calmado.

Fue al mediodía cuando Carolina recibió la llamada de su profesora. La joven se alegró mucho de volver a hablar con ella y le agradeció su interés. La profesora le preguntó si podría visitarla, a lo que ella le respondió muy contenta que sí. Así que quedaron en que se llegaría el viernes por la tarde, después de la siesta de la muchacha.

El resto del día transcurrió como los demás días.

Y por la noche, Hugo volvió a llamarla.

Ella se preguntaba: “¿Será verdad que me quiere? Me llama todos los días. No me habla de amor, puesto que nuestros temas de conversación podrían ser los de cualquier amigo, pero la forma en que me habla ¡es tan cercana! Aunque puede ser que es sólo como yo lo siento, y en realidad no es así. Pero si no, ¿por qué me llama todos los días? La verdad es que no sé qué pensar.”

El jueves pasó tan tranquilo o incluso más que los otros días, porque no la llamó nadie. Bueno, nadie, excepto Hugo, que la telefoneó como cada noche. Y después de su llamada, Carlos vino a contarle un poco sobre lo que habían hecho en el curso.

Y por fin llegó el viernes.

La mañana la pasó dibujando y después de la siesta vino su profesora.

Las dos se abrazaron muy contentas.

Carolina había preparado con Eloisa algunos refrigerios y se los ofreció mientras charlaban en el salón.

La joven le estuvo contando su trayectoria desde la última vez que se vieron, y le habló de los conocimientos que había adquirido. Le enseñó algunos de los libros que había leído y al ver que la mujer estaba realmente interesada, le prestó varios. Luego le contó un poco acerca de su enfermedad y de la Nueva Medicina. Estuvieron casi dos horas hablando, y aunque Carolina se sentía algo cansada físicamente, era tal el entusiasmo que tenía, que si hubiera sido por ella, habrían seguido hablando varias horas más.

Carlos, que había estado estudiando en su cuarto, y que ya había saludado a la profesora cuando llegó, volvió a salir, para descansar un poco.

Se sentó con ellas y la profesora lo miró sonriente.

—Muchas gracias por venir.— le dijo él— Mi hermana se puso muy contenta cuando le llamó. Sé que Caro le aprecia y le admira mucho.

—Eres muy amable.— contestó ella — Yo también le tengo un gran cariño a Carolina. Cuando le di clases hace dos años, congeniamos enseguida, ¿verdad?

—Sí— respondió la joven sonriendo.

—Tu hermana me ha hablado de la Nueva Medicina y me ha dicho que tú estás haciendo un curso.

—Así es.

—Pero tú ya eres médico, ¿no?

—Sí.

—Este año termina la especialidad— aclaró Carolina — Está haciendo pediatría.

—¡Ah!— exclamó ella — Mi marido también era pediatra.

Los dos jóvenes se quedaron callados.

—Bueno, ya hace casi cinco años que murió, y ya me he acostumbrado. Aunque me acuerdo de él, pero ya he rehecho mi vida. Además están mis hijos, que aparte de mi trabajo, me absorben bastante.

—¿Son pequeños?— se interesó Carlos.

—¡No!, mi hija tiene ya veinticinco y mi hijo veintitrés. Paula trabaja en una herboristería y Ricardo en un taller, pero siguen viviendo conmigo.

—¡Ah!— asintió el joven.

En ese momento, el padre llegó de la calle. Al entrar en el salón, pareció recordar que su hija le había advertido de la visita de su profesora. Él la miró un poco a la

defensiva.

—Buenas tardes.— saludó ella.

—Buenas tardes.— respondió él.

Él se quedó callado unos momentos observándola con más detenimiento. Y la profesora pareció darse cuenta.

Carolina empezó a temer que su padre saltara con alguno de sus comentarios inoportunos y para cortar cualquier comentario de su padre, les presentó:

—Papá, te presento a Noelia, que fue mi profesora de filosofía y de literatura.— se adelantó a decir.

Y luego, dirigiéndose a la profesora, le dijo:

—Profesora Noelia, éste es mi padre.

La profesora le sonrió al padre, y le presentó la mano para estrechársela, mientras le contestó:

—Cuando me comentaron que Carolina estaba enferma, quise verla, pues a pesar de que llevamos varios años sin vernos, el año que estuvimos juntas, nos hicimos muy buenas amigas, ¿verdad, Carolina?

Carolina asintió sonriendo y le contestó que muy a menudo se acordaba de ella, y de todas las conversaciones que tuvieron

El padre se quedó pensativo, y entonces debió de acordarse de aquellos momentos de cuando su hija Carolina estudiaba en primero de la carrera, y que también le dio a su hija por leer aquellos libros místicos. Y entonces le dijo a la profesora:

—Sí, ya me acuerdo de usted. Carolina me ha dicho que le dio usted clases en primero.

—Sí. Así es. Y como le estaba diciendo a Carlos hace un momento, enseguida congeniamos ella y yo. Carolina es una muchacha muy especial, tiene ciertos talentos y cierta sensibilidad que no todo el mundo posee.

Carolina se rio, avergonzada.

—Noelia, eso es que usted me mira con buenos ojos, pero yo soy una persona normal como cualquier otra.

La profesora sonrió, y el padre las observó a las dos.

—¡Sí!, ¡bueno!, ¡ya sé a qué se refiere!— dijo él.

Carolina lo miró temerosa, pensando: “¡Ay madre mía! ¡Ya va a sacar el tema de los libros!”

—Por supuesto.— replicó Noelia —Usted lo sabrá bien. ¡Quién mejor que su padre para conocerla!

—¡Sí, claro!— exclamó él, un poco susceptible pues no sabía si le estaba dando coba o si se estaba burlando de él...

Carlos se sonrió para sus adentros viendo la cara de su padre, y Carolina pensó: “Me parece que no le está cayendo muy bien”.

Pero la profesora, que no conocía bien el temperamento del padre, le dijo:

—Porque usted tiene toda la pinta de ser un padre protector y que defiende a capa y espada a sus pequeñuelos.— continuó la profesora.

El padre la escuchaba muy atento, con los ojos que parecían querer escudriñar los gestos de aquella mujer.

—Me alegro mucho de que Carolina esté tan bien protegida, especialmente ahora en el estado en el que se encuentra. Que sea verdaderamente comprendida y

apoyada.— dijo ella.

Carolina observó a su padre y vio que su rostro estaba empezando a volverse rígido y se temió lo peor cuando vio que éste comenzaba a hablar:

—Y yo veo que usted, en vez de dar clases de filosofía debería mejor dedicarse a la psicología, y ya puestos, podría trabajar para la policía científica, porque es usted un hacha deduciendo cosas con sólo un primer vistazo.

Su hija y Carlos, aunque estaban acostumbrados a las salidas de su padre, se sintieron bastante violentos en aquella situación.

Pero la profesora, en vez de molestarse, estalló de risa, y los chicos se quedaron asombrados.

El padre, al ver que Noelia se reía con ganas, se quedó mirándola sin saber qué hacer.

—Tiene usted mucha razón— logró contestar ella —Soy demasiado metomentodo. Perdóneme.

—Pues si me permite, le diré que sí, que lo es.— respondió el padre, que parecía más molesto por la risa de aquella mujer— Para empezar, sé que estuvo usted distraído a Carolina con libros místicos que no tenían nada que ver con la carrera.

Ella se puso más seria, Y Carolina pensó: “¡Ya sabía yo que iba a sacar el tema!”

—¡Papá ya te dije que fui yo quien le pidió esos libros!

—¡Sí, claro!— contestó él.

—Pues sí.— intervino Noelia —Yo se los ofrecí, porque hablando con ella me pareció que le podían interesar. Pero eso no interfirió en sus estudios, puesto que ella salió muy bien del curso. Y eso, teniendo en cuenta que hacía muy poco que había perdido a su madre. Así que usted no tiene derecho a criticarla porque tenga ciertos intereses que tal vez usted no sepa apreciar.

—¡Ah, vaya!— exclamó él — ¡Ahora ya no soy tan buen padre!, ¿eh?

—No digo que no sea buen padre, simplemente me pregunto si entiende realmente las inquietudes que tiene su hija.— contestó ella.

—¿Las inquietudes de mi hija o las que usted le ha querido meter?— dijo el padre.

—¡Papá!— exclamó su hija.

—¡Perdone!,— dijo la profesora —¡pero las inquietudes surgen de dentro de una persona, no se las pueden meter los demás!

—¡No me diga!— exclamó el padre irónicamente.

—¡A ver! ¡Intente usted imponerle a su hija que piense como usted! ¿Puede? O tal vez debería decir... ¿ha podido?

El padre la miró visiblemente molesto.

—¿Me está acusando de querer manipular a mi hija?

—¿Me ha acusado usted a mí de hacerlo?

—Papá, estoy seguro de que no es eso lo que está tratando de decir la profesora de Carolina. — intervino Carlos, intentando suavizar la tensión — Mira, yo creo que en realidad, cada uno tiene su parte de razón. Y está muy claro que cada uno en su lugar intenta hacer lo mejor para ella. Tú como padre y Noelia como profesora.

El padre miró a su hijo, y éste le señaló discretamente a Carolina, la cual se mostraba asustada por la situación.

—Está bien.— dijo el padre calmándose —Vamos a dejarlo así.

La profesora miró también a Carolina y se entristeció.

—Carolina, perdóname. No era mi intención molestar a tu padre.

Éste pareció sentirse tocado por la disculpa que Noelia presentó a su hija, pero no dijo nada.

La mujer se levantó y dijo:

—Bueno, será mejor que me vaya ya. Hemos estado un buen rato.

Carolina se levantó para despedirla.

—Por favor, profesora, vuelva otro día. He pasado una tarde muy agradable con usted.

—Sí, claro— respondió ella, mirando de reojo al padre.— Carlos, me alegro de haberte conocido, y a usted también.— dijo esto último al padre.

El padre asintió pero no dijo nada, y Carlos respondió:

—Sí, a nosotros también nos ha gustado conocerla. Venga cuando quiera. A Carolina le alegrará mucho.

—De acuerdo.— respondió ella.

Carolina la acompañó hasta la puerta y luego se marchó.

Cuando volvió al salón, su padre se había ido a su despacho y sólo estaba su hermano.

Ella se sentó de golpe en el sillón, y suspiró.

—¡Carlos, qué mal rato he pasado!

—Ya lo sé.— contestó él sentándose a su lado.

—El caso es que me temía que iba a pasar, pero no esperaba tanta tensión.

—Es que hay que reconocer que al principio Noelia parecía estar de pitorreo con papá.

—Sí. La verdad es que sí. No sé por qué ha pasado esto. Y encima papá que se estaba poniendo cada vez más nervioso, hasta que ha estallado.

—Bueno, tranquila. Él se ha dado cuenta y ella también, así que opino que lo mejor es no darle más vueltas al tema. Esto sólo será una anécdota.

—No sé si querrá volver otra vez.— dijo Carolina, apenada.

—Yo creo que sí. Procura citarla cuando no esté papá, por si acaso. Pero seguro que vuelve.

—Carlos, ¿por qué papá tiene que ser así con la gente? A Hugo también lo tiene agobiadito.

El joven se rio.

—¿Te lo ha dicho él?

—No exactamente, pero sí se da cuenta de que lo está vigilando todo el tiempo.

—Pero en ese caso es distinto. No te preocupes. Hugo se defiende muy bien. A mí me hace gracia verlos a los dos hablando. Y yo creo que papá lo ve como un rival, porque sabe que a ti te gusta. Ahora que lo pienso, es posible que también piense que Noelia es otra rival...

—¡Qué tontería! ¡Cada uno tiene su lugar, como tú muy bien has dicho!

—Pues por eso lo he dicho.

Más tarde en la cena, nadie sacó el tema.

Y cuando Hugo la llamó, ella le habló de la visita de su profesora y de la discusión con su padre. Él la tranquilizó diciéndole que sabía que su padre era como un león que ruge con fuerza de primeras, pero que luego tenía el corazón noble. Y que seguro que si no había hablado durante la cena de ello, era porque en el fondo él reconocía que había obrado de forma demasiado impetuosa y quizás se sentía

arrepentido de ello, aunque no lo admitiera tan fácilmente a sus hijos.

Ella se convenció de que el joven llevaba razón y se despidió de él, agradecida.

Capítulo 20

El sábado por la mañana Carolina recibió la llamada de Ileana para quedar a una hora.

—¿Te parece bien sobre las siete?— propuso Carolina.

—Muy bien. Pero, ¿cómo te encuentras? ¿Estás con fuerzas para recibir visita?

—Sí, claro que sí. Estoy deseando verte. Si quieres, dile a Nicoleta que venga contigo.

—No sé si podrá. Me parece que te iba a llamar ella también. Si se quiere venir conmigo, dile que me llame.

—Vale.

—Oye, que te tengo preparado un regalo que creo que te va a gustar.— dijo Ileana.

—¡Anda, Ileana! ¡No te molestes! ¡Tu presencia será un regalo para mí!

—¡Bueno, bueno!— contestó su amiga riéndose. —¡Nos vemos a las siete!

—Vale. Hasta luego.— contestó Carolina.

Ella se puso a leer un rato antes de comer. Y cuando llegó Carlos del curso, la muchacha se fue corriendo a su cuarto y llamó a Hugo.

—Hola, hadita. ¿Ya has comido?

—Hola. No, aún no. Estábamos esperando a que Carlos llegara.

—¡Ah! Pero tú sabes que no tienes que respetar los horarios de los demás.— le recordó él.

—Sí, bueno, pero es que tampoco es que tuviera un hambre canina y he preferido esperar un poco. ¡Estoy bien!, ¡no te preocupes!— dijo ella riéndose.

—Eso espero. Y dime, ¿a qué debo el placer de tu llamada?

—Quería quedar contigo en que te doy un toque cuando me levante de la siesta, como el fin de semana pasado ¿vale?

Él se quedó callado unos momentos.

—¿Qué pasa?— preguntó ella extrañada.

—Hadita, tu hermano me ha dicho que tienes visita esta tarde.

—Sí. Viene Ileana.

—Eso tenía entendido. Y por eso, la verdad es que no pensaba llegarme a tu casa.

—Pero no importa. Tú también puedes venir. Seguro que a ella le gusta verte otra vez.

—No, hadita. Vosotras tendréis que hablar de vuestras cosas y yo no haría nada más que estorbar.

Carolina había esperado toda la semana a que llegara el sábado para verlo y ahora él le decía eso. Se sintió desilusionada.

—Yo... creí que ibas a venir.— dijo ella, sin pensar.

El joven se quedó callado unos momentos y luego respondió:

—Pero, en fin, tú estás bien, ¿no?... Quiero decir que no has tenido ninguna molestia añadida... ¿no?

—No. Bueno, la debilidad, a veces un poco de dolor de cabeza, pero nada de especial. Pero...

—Escúchame, Carolina. Tú no puedes pensar que dependes de mí. No soy yo quien te está curando. Es tu propio cuerpo el que está trabajando en eso. Yo sólo te digo lo que hay y te puedo dar orientación, pero es tu propia naturaleza la que te está sanando.

Ella no dijo nada.

Él dio un suspiro y continuó hablando:

—Quizás haya sido un error llamarte cada día para preguntarte. Es posible que sin darme cuenta, he estimulado en ti una cierta sensación de seguridad en mí, que no es real. Tienes que tener esa seguridad en tu naturaleza y en ti misma. Siempre has sido una chica muy valiente e independiente. No tengas miedo ahora. Tal vez te he tenido demasiado cogida y voy a tener que soltarte para que andes tú sola.

A Carolina no le gustó escuchar esas palabras. Ella no sentía que dependiera de él por su enfermedad. La joven sólo quería estar con él porque se sentía feliz con él.

Como no sabía bien que contestarle le dijo con tristeza:

—Entonces, ¿no vas a venir hoy?

—Carolina, tú has quedado con Ileana y yo también he hecho otros planes.— respondió él.

La joven llegó al culmen de la desilusión y como no se sentía capaz de continuar aquella conversación contestó:

—¡Ah! Bueno, sí. Llevas razón. Yo tengo que hacer mi vida y tú tienes que hacer la tuya. Perdona que haya sido tan pesada. Debe ser la fatiga. Bueno, Hugo, hasta luego.

—Hadita, ¿de verdad entiendes lo que te he dicho?— insistió él con más ternura.

—Sí. De verdad. Bueno, perdona pero es que me están esperando para comer. Ya hablaremos otro día, ¿no?

Él hizo una pausa antes de contestar:

—Sí. Hablaremos en otro momento. Hasta luego.

—Adiós. — se despidió ella y colgó.

La joven estaba bastante contrariada. Sentía rabia, pero también autocompasión y miedo a perder al joven.

Entonces reflexionó: “Como me deje llevar por todo esto, me va a costar otra enfermedad. Y si algo estoy aprendiendo es que al final, todos estos pensamientos que aturullan mi mente y todas estas emociones que me saturan el corazón y plexo solar no son provocados voluntariamente por mí, sino que provienen de alguna de esas personitas que viven dentro de mí”.

De esa manera, fue capaz de darse cuenta de todo esto y haciendo un súperesfuerzo logró separarse psicológicamente de cada uno de los defectos que estaban detrás de esas emociones y pensamientos, y pidió a su Madre Divina que eliminara uno a uno, por orden.

Luego, estando más tranquila, se fue a comer con su familia.

Cuando se disponía a echarse la siesta, su hermano se acercó a su dormitorio.

—Caro, parece que has estado bastante callada en la comida, ¿no?

—No sé. Puede ser. Es que estoy bastante cansada.

—¿Va todo bien?

—Sí— respondió ella, con poco convencimiento.

—¡Qué pasa, a ver!— le dijo él, sentándose en su cama.

Ella suspiró.

—Nada importante. Es sólo que... ¡déjalo!, ¡es una tontería!

—Venga, Caro, cuéntamelo— insistió el joven —¿Acaso no va a venir tu amiga?

—Sí. Sí va a venir. Soy yo, que soy tonta.

—¡A ver, qué has hecho!

La joven se decidió por fin y le contó la conversación que había tenido con Hugo.

—Bueno, pero eso no es nada malo. Sólo te ha dicho que no dependas de él.— opinó Carlos.

—Sí, lo sé. Pero en realidad, lo que me hace sentir mal es, por un lado que quizás yo, sin darme cuenta, le he presionado y por otro que él también se sienta agobiado conmigo.

—¿No me has dicho que te ha estado llamando todos los días al salir de trabajar?

—Sí.

—¿Pero te llamaba porque tú se lo pediste?

—No. Aunque la verdad es que después de varios días, esperaba con ansiedad su llamada.

—¿Pero él sabía que tú esperabas su llamada?

—No. Yo nunca se lo he dicho, claro.

—Entonces, él no se siente agobiado por ti. Si no, no te habría llamado y se habría hecho el desentendido.

—Tal vez hasta ahora no se haya sentido así. Pero me ha dado a entender que ya no me va a llamar así porque sí, porque piensa que me estoy volviendo dependiente de él. Y en cierto modo, lleva razón: si no me estuviera volviendo dependiente de él, no me sentiría así de mal sólo por el hecho de que me ha dicho que no vendrá esta tarde y que ya tenía otros planes.

Carlos sonrió.

—Bueno, Caro, no le des más vueltas a esto. Es algo lógico. Tú has quedado con tu amiga y sería absurdo que él estuviera ahí delante escuchando vuestra conversación, ¿no? Y bueno, por si te sirve de consuelo, él ha hecho sus planes después de saber que tú ibas a estar ocupada esta tarde con tu amiga.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues porque he sido yo el que le ha dicho lo de la visita de tu amiga y después él ha quedado conmigo y con otros compañeros del curso para ir a escuchar una charla de medicina oriental que van a dar en un centro cívico.

—¡O sea que es contigo con quien ha quedado!

—Y con otros compañeros del curso.

—¡Ah!— exclamó ella, sintiéndose más conforme.

—¿Creías que había quedado con una chica?— preguntó su hermano riéndose.

Ella lo miró con una media sonrisa.

Carlos siguió riéndose.

—¡Anda! ¡Acuéstate ya!— le dijo.

Capítulo 21

A las siete menos cuarto, sonó el móvil de Carolina. Era Nicoleta.

—¡Hola Nicoleta! ¿Vas a venir con tu hermana?

—Hola Carolina. No. No me venía bien. Oye, te llamo porque esta mañana he estado en la librería y he encontrado un libro del mismo autor del libro de "Tratado de Psicología Revolucionaria" y en éste habla del desdoblamiento astral y de muchas más cosas. Lo estoy leyendo y me está gustando mucho.

—¡Ah, qué bien! ¡A ver si me lo pasas, cuando lo termines!

—He encontrado dos y he comprado uno para ti y otro para mí. Si quieres, puedo llevártelo mañana. Es que hoy me tengo que quedar con mi abuela.

—¡Vale! ¡Claro que sí! ¡Me interesa mucho! ¿Cuándo te viene bien?

—Pues... ¿hay algún momento del día que estés sola?

Carolina pensó: "Sigue sin querer encontrarse con Carlos"

—Bueno, por la mañana suelo estar bastante tranquila porque mi padre se va al club y mis hermanos normalmente no se levantan antes de la una, porque se acuestan muy tarde.

—Entonces me llego por la mañana. —dijo Nicoleta —¿A qué hora te va bien?

—¿Sobre las once?

—De acuerdo. Entonces nos vemos mañana.

—Sí. Hasta mañana.— se despidió Carolina.

La joven colgó, y un minuto después sonó el timbre de la puerta.

Carolina se fue a abrir la puerta.

Y al hacerlo, escuchó un coro de voces exclamando:

—¡Sorpresa!

Ella se quedó gratamente sorprendida cuando se encontró que estaban allí mirándole con caras sonrientes Ileana, Khalid, Asiri, Violeta, Wang y Félix.

—¡Chicos!—dijo ella entusiasmada —¡Qué alegría veros!

Sus amigos fueron entrando uno a uno dándole un abrazo y luego los pasó al salón.

Eloisa entró en el salón y Carolina le pidió si podía preparar una buena merienda para sus amigos, y ésta le dijo que por supuesto.

Los chicos empezaron a preguntarle por su salud y ella les estuvo comentando a grandes rasgos cómo iba y qué tipo de tratamiento estaba haciendo. Ellos se mostraron bastante asombrados de que su amiga no tuviera más miedo y no se hubiera dado las sesiones de quimioterapia, pero ella les explicó, como pudo, las ventajas de la Nueva Medicina para comprender la enfermedad.

Al poco rato apareció el padre. Carolina le presentó a sus amigos y éste pareció aceptarlos sin condiciones a pesar del pequeño bullicio que había, ya que vio a su hija muy contenta. Luego, volvió a dejarlos y se metió en su despacho.

Los chicos estuvieron merendando, contándose entre ellos lo que habían estado haciendo hasta entonces y sus planes de futuro.

Pero como al final se fueron haciendo pequeños corrillos, Ileana se sentó con

Carolina para hablar entre ellas.

—¡Así que éste era el regalo que me tenías guardado!— dijo Carolina, riéndose.

—Sí. Cuando estuve en el hospital y me los trajiste a todos, me hizo tanta ilusión que me dije que tenía que regalarte lo mismo a ti. Lo único que temo es que quizás estemos haciendo demasiado jaleo para ti, ¿no?

—No me importa, de verdad. —contestó Carolina— Además ya estoy un poco mejor. Creo que lo peor ya ha pasado.

—Sabía algo de ti, por Nicoleta. Por lo visto os veis de vez en cuando, ¿no?

—Sí.— contestó Carolina sonriendo.

—Oye,— le dijo Ileana acercándose a ella y hablándole en voz baja — ¿te ha contado lo de su admirador secreto?

—No.— respondió Carolina, extrañada.

—¡Ah!— exclamó su amiga.

—¡Bueno! ¿Pero qué es eso de su admirador secreto?— inquirió Carolina

—¡Qué raro que no te haya contado nada! —dijo Ileana — ¡Aunque la verdad es que mi hermana es muy introvertida! ¡Yo me enteré de casualidad! ¡Verás! ¡Es que alguien le está enviando cartas de amor acompañadas de una rosa roja.

Carolina se quedó asombrada:

—¡Pues estuvo aquí el lunes y no me dijo nada!

—Me parece que las está recibiendo desde el lunes por la tarde.

—¡Ah! ¿Y quién es el que se las manda?

—¡Ahí está la gracia! ¡Que son anónimas! ¡No sabe de quién son!

—¡Oh, pobre! ¡No será un acosador!

—No, creo que no. Son cartas de amor muy tiernas. Y él le dice que la ama aunque sabe que nunca será merecedor de su amor, ¿no es romántico?

—¿Eso te ha dicho ella?— inquirió Carolina, sorprendida.

—¡No! ¡Ella no sabe que yo lo sé! —respondió Ileana — ¡Es que en un descuido, se las cogí y las leí!

—¡Ileana!— exclamó Carolina —¿Cómo puedes hacerle eso a tu hermana?

—Porque de otra manera no me enteraría. Además a ella, ¿qué más le da? ¡Si ni siquiera sabe quién es! Yo sospecho que puede ser un chico que trabaja de cajero en el supermercado de la esquina de casa de mis padres, porque antes, cuando yo iba a comprar, él siempre me preguntaba por ella.

—¡Qué cara tienes!— dijo Carolina, sonriendo.

—¿De qué habláis?— dijo Félix que se sentó al otro lado de Carolina.

—De nada importante. Sólo historias de familia.— respondió Ileana.

—¡Ah!— contestó el joven —Oye Carolina, me interesa mucho eso de la Nueva Medicina Germánica. ¿Dónde podría conseguir más información?

—Pues ahora están haciendo un curso, que por cierto está yendo mi hermano, pero tengo entendido que están haciendo continuamente cursos. Si quieres, déjame tu teléfono y se lo doy a mi hermano o a Hugo, y ellos te cuentan.

—¡Claro!— contestó él.

Ileana se levantó y se sentó con Asiri y Violeta. Y por otro lado Khalid y Wang conversaban de sus cosas.

Fuera porque todos hablaban en voz alta, o simplemente porque ya llevaban varias horas charlando, Carolina, empezó a sentirse más cansada, pero no quiso decir nada a sus amigos. Sin embargo, mientras Félix le hablaba, ella fue echándose, un poco

ladeada, sobre el respaldar del sillón, y haciendo un esfuerzo para seguir la conversación del joven.

De repente Ileana exclamó:

—¡Hugo! ¿Eres tú?

Carolina miró a su amiga y vio que ésta se levantaba y se dirigía hacia la puerta del salón. Entonces se dio cuenta de que Hugo y Carlos estaban allí parados.

Carolina sintió una mezcla de alegría y de timidez.

Desde allí mismo observó a su amiga acercarse a Hugo y repetir:

—¿Eres Hugo, verdad?

Éste la miraba sonriendo.

—Y tú eres Ileana.

La joven le dio un par de besos, muy alegre, y luego miró a Carlos.

—A ti también te conozco. Tú venías con el doctor que me estuvo atendiendo cuando estaba en el hospital.

—Sí. Me acuerdo de ti.— respondió Carlos.

Carolina intervino por fin, desde su sitio:

—Ileana. Él es mi hermano Carlos, ¿no lo sabías?

—¡Ah! ¿Eres tú? Pero ¿por qué no me dijiste que tú eras el hermano de Carolina?

—Porque yo no sabía que tú eras amiga de mi hermana.

—¡Ah! ¡Pues fíjate qué curioso que tu hermana venía a verme todos los días y nunca coincidisteis!

—Porque Carlos iba por las mañanas, y yo por las tardes.— explicó Carolina.

—Sí.— dijo Ileana, y dándose cuenta de que los demás chicos los observaban, dijo— ¿No os acordáis de Hugo?

Todos contestaron que sí se acordaban y luego saludaron a Hugo y a Carlos.

—Bueno,— dijo Carlos riéndose —yo esperaba encontrarme con una amiga de mi hermana y resulta que lo que me encuentro es una patrulla.

—Es que formamos una pequeña pandilla en el instituto.— aclaró Carolina.

—¡En fin!, ¡ya veo que has estado bastante acompañada, hermanita!— comentó Carlos, con retintín.

Carolina sonrió. Sin embargo, no se atrevía a mirar directamente a Hugo.

Los recién llegados se acercaron hasta los sillones para hablar con los demás.

Félix se acercó a Carolina y le preguntó en voz baja:

—¿Éste es tu hermano que estaba haciendo el curso de la Nueva Medicina?

—Sí. Y Hugo es quien lo imparte.— le respondió ella, también en voz baja.

—¡No me digas! ¡Qué suerte haberme encontrado con ellos!— exclamó muy contento el joven.

Carolina asintió sonriendo con cierto esfuerzo.

Los chicos seguían hablando entre ellos con cierto entusiasmo, y la muchacha, a pesar de que estaba contenta y agradecida por su visita, ya estaba empezando a sentir la necesidad de quedarse sola y tranquila.

Hugo se acercó hasta ella y la observó atentamente. La joven lo miró muy cortada.

—Estás cansada, Carolina. Deberías acostarte.— le dijo él bastante serio.

Ella sonrió tímidamente.

—¿A qué hora han venido tus amigos?— preguntó el joven.

—A las siete.

—Son las nueve y media. Yo creo que ya es suficiente. Tu cara y todo tu cuerpo lo están gritando.

Carolina se quedó callada.

Entonces Hugo se dirigió a todo el grupo.

—¡Chicos!, ¿qué os parece si empezamos a levantar la sesión? Carolina necesita descansar, así que quizás sería mejor que fuésemos despidiéndonos.

Los chicos miraron a Carolina y vieron que efectivamente se veía bastante cansada. Todos se levantaron, se despidieron de ella con un abrazo y quedaron en que se verían de nuevo cuando estuviese recuperada del todo. Y después se marcharon.

Sólo se quedó Hugo con Carlos y Carolina.

—¡Uf!— exclamó Carlos —¡Vaya jaleo!

Su hermana sonrió levemente.

—Bueno, voy a dejar estas cosas en mi dormitorio.— dijo el joven, marchándose y dejando a Carolina y a Hugo solos.

La joven volvió a sentarse en el sillón y suspiró.

Hugo se quedó levantado y le dijo:

—Carolina, deberías cenar y después acostarte. Te veo realmente cansada, hoy.

Ella seguía sin hablar, por el corte que tenía.

—¿Estás molesta por lo que te dije esta mañana?— le preguntó él, en un tono más dulce.

—No.— respondió ella — En realidad, tienes razón.

—Tal vez he sido demasiado brusco.

—No, si yo lo entiendo. Entiendo que realmente mi curación no está en tus manos, sino más bien en que yo siga el ritmo que me marca mi naturaleza. Pero...

Él se quedó esperando que siguiera hablando, y al ver que permanecía callada la ayudó:

—Anda, dime.

—Hugo, entiendo que no puedo ni debo hacerme dependiente de ti, pero... me gustaría que... que nunca dejemos de ser amigos.

Él pareció emocionarse y entonces se sentó a su lado cogiéndole de las manos.

—¡Hadita! ¡Es imposible que dejemos de ser amigos! ¡Entre tú y yo existe una amistad que nada ni nadie podrá romper nunca!

Ella le miró con las lágrimas a punto de salir y le preguntó:

—¿De verdad? ¿Nada ni nadie podrá romper nuestra amistad?

—¡Nada ni nadie!— contestó el, mirándola a los ojos.

Los dos se quedaron mirándose unos segundos y Carolina sintió que su corazón se aceleraba.

Pero Hugo pareció haber sido asaltado por un pensamiento que le llevó a desviar la mirada hacia abajo.

La muchacha notó que su corazón se tranquilizaba.

—Carolina, ese joven que estaba sentado contigo, ¿es el chico del que estás enamorada?— preguntó él.

La joven se quedó sorprendida por la pregunta.

—¿Eh? ¡No! ¡No!— respondió.

—¿Entonces es alguno de los otros dos?— insistió Hugo.

—¡No! ¡Claro que no!— contestó ella algo nerviosa.

Él la miró pensativo y continuó preguntándole:

—¿Pero él ha venido a verte alguna vez? ¿O te ha llamado por teléfono?

Ella tomó aire.

—Sí— contestó.

—¿Sí ha venido a verte o sí te ha llamado por teléfono?—le dijo el joven.

—Sí a las dos cosas— contestó ella, cada vez más perturbada.

Hugo la observó.

—Pues me parece muy raro que en estos días que hemos hablado por teléfono y me has contado tantas cosas, nunca me has hablado de sus visitas, ni de sus llamadas.

Ella se quedó callada.

—Me parece que no estás siendo sincera. Yo creo que él no ha venido ninguna vez ni te ha llamado.

—Sí lo ha hecho.

—¿Entonces, por qué no me cuentas nada de él?

Ella seguía sin saber qué responder.

Hugo se levantó impaciente.

Carolina lo miró nerviosa.

—¿Te ha declarado ya su amor?— le pregunto él.

La joven tardó en responder, pues le costó mucho trabajo contestarle:

—No.

El joven dio varios pasos, nervioso, y luego se paró y la miró.

—¿Sabes lo que creo?— dijo él, bastante alterado — Creo que él no te merece. ¿Cómo puede ser que no se haya rendido ya a tus pies? ¿Pero qué clase de hombre es ése? ¿Cómo puede ser que hayas caído enferma por ese... tipo? No te merece, Carolina. No te merece.—

La joven, envalentonándose le contestó:

—Hugo, por favor, olvídate de él.

—¿Por qué?— dijo el joven, todavía irritado.

Ella no sabía qué decir y mantuvo silencio.

Entonces él se quedó durante unos segundos pensativo y luego mirándola fijamente le preguntó— ¿Es que ya no le quieres?

Carolina se quedó callada de nuevo, controlando sus ganas de llorar, por la angustia que sentía de no poder contestar claramente.

—¡Oh, Carolina!— exclamó él, haciendo un gesto de desesperanza.

En ese momento entró el padre.

—¡Vaya! ¡Ya me extrañaba no verte por aquí!— exclamó, dirigiéndose a Hugo.

Éste lo miró, aún bajo los efectos de la conversación con la muchacha.

—Sí. Bueno, en realidad ya me voy.— dijo.

Y mirando a la joven dijo:

—Carolina, come un poco y descansa. Ya nos veremos. Adiós.

Y se marchó, sin esperar a que lo acompañaran.

El padre se quedó extrañado. Miró a su hija y vio que estaba conmovida.

—¿Habéis discutido?— le preguntó el padre a Carolina.

Ella negó con la cabeza.

—Algo te ha tenido que decir para que estés así.

—No, papá— contestó ella, reteniendo las ganas de llorar — Es que con tanto jaleo, estoy muy cansada. Voy a cenar algo y me voy a acostar.

Y diciendo esto se levantó y se fue a la cocina, dejando a su padre con aire de

preocupación.

Aquella noche, Carolina tardó en poder dormirse. Le costó bastante, poder tranquilizar su mente. Ella se daba cuenta de que se había identificado con la situación y que diversos yoes la estaban manejando. Y el caso es que acostada en su cama pedía a su Madre Divina que los eliminara, pero cuando pedía seguía sintiéndose el yo en cuestión. Entonces se dio cuenta de que no servía sólo saber que un yo se manifestaba a través de sus pensamientos, sentimientos e impulsos. Tenía que hacer el esfuerzo de separarse psicológicamente de ese yo y verlo como lo que realmente era: algo ajeno a ella, que la manejaba. Así ,cuando empezó a pedir a su Madre Divina, lo que hacía era concentrarse en Ella para separarse del yo que quería seguir manejándola.

De esta manera, vio que el resultado era el adecuado, pues se fue liberando y relajando.

Después, se fue durmiendo poco a poco.

Capítulo 22

Al día siguiente, cuando se despertó, miró el reloj y ya eran casi las diez y media. Se levantó y fue a ducharse. Luego se dirigió a la cocina, pero vio a su padre en el salón.

—¡Buenos días, papá!— le saludó.

—¡Buenos días, Carolina!— contestó el padre mirándola —¿Te sientes mejor?

—Sí. Voy a desayunar. Es que he quedado con Nicoleta.

—¡Ah, ya! ¿Pero has descansado bien?

—Sí, papá. — contestó la joven —¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—No sé, pero me parece que anoche estabas disgustada.— le dijo él, con seriedad — Y sospecho que ese joven fue la causa.

Carolina, cohibida, se quedó callada unos segundos, pero luego le respondió:

—No, papá. Ya te dije que estaba muy cansada por todo el jaleo con mis amigos. Me alegró mucho que vinieran, pero ciertamente al final me sentía exhausta. Y, precisamente, como a mí me daba un poco de pena decirles que necesitaba descansar, Hugo, que se dio cuenta de ello, lo hizo por mí... Pero ya he descansado. No te preocupes. Y perdona que no me pare más a hablar contigo, pero me voy a desayunar.

—Está bien.— dijo el padre, aparentemente conforme —Bueno, yo me voy a marchar al club un rato.

—Bueno. — contestó ella.

Y se marchó a la cocina. Rápidamente se preparó el desayuno, y en ese momento sonó el timbre. Tal y como esperaba, era Nicoleta. Así que la condujo a la cocina con ella y la invitó a tomarse algo.

Su amiga le enseñó el libro del que le había hablado.

—“El Misterio del Áureo Florecer”.— leyó Carolina — ¡qué título tan misterioso!

Y se puso a ojearlo.

—¡Umm! ¡Parece muy interesante! ¡Es distinto del otro, pero creo que también me va a gustar! ¡Gracias Nicoleta!

Ésta sonrió y le dijo:

—¿Y qué tal te fue ayer? Tuviste una sorpresa, ¿no?

—¡Y que lo digas! ¡Se presentó toda la pandilla del instituto!— respondió Carolina sonriendo.

—Sí. Anoche hablé con mi hermana por teléfono y me lo contó. Debieron de armar bastante jaleo, porque me dijo que al final estabas muy cansada y que Hugo los echó sutilmente.

Carolina recordó esos momentos y asintió.

—La verdad es que estaba agotada. Aún sigo estando muy débil y con nada me canso. Me gustó mucho que vinieran, pero después de un par de horas, la verdad es que necesitaba reposar un poco. Yo no me atrevía a decir nada por no ser desagradecida, pero Hugo, como siempre, me ayudó.

—Él siempre está pendiente de ti.— le dijo Nicoleta.

—Es muy bueno conmigo. Aunque ayer...—empezó a decir Carolina.

—¿Qué pasó?— le preguntó Nicoleta.

—Se enfadó bastante conmigo. — contestó Carolina, con tristeza.

—¿Enfadado? ¡Qué raro! ¿Estás segura?— dijo Nicoleta extrañada.

—Sí. Sí lo estaba. Anoche tuve que hacer un súperesfuerzo para poder digerir eso. Es que nunca me había hablado así. Él siempre ha sido muy amable conmigo, pero ayer estaba realmente disgustado.

—Pero, ¿te gritó o te dijo alguna mala palabra?— inquirió Nicoleta.

—¡No, claro que no! Pero me habló de tal forma que casi parecía mi padre.

—Bueno, eso será que se preocupa por ti, ¿no?— dijo Nicoleta.

—Sí. A esa conclusión he llegado yo. Pero ahora no sé qué pasará. A mí me da apuro llamarlo. No sé...—dijo Carolina.

—¡Vaya! ¡Lo siento!— se solidarizó Nicoleta.

—Bueno, espero que ya se solucionará. Pero Nicoleta, ¿no quieres un poco más de té? Sírvete tú misma.

—Sí, gracias. Está muy bueno este té.— contestó su amiga levantándose y acercándose a la tetera que estaba encima de la encimera.

Al ir a servirse, la joven vio la lista de alimentos de Carolina, que estaba pegada con un imán en el frigorífico, y se quedó mirándola. Poco a poco se fue dibujando en su rostro un gesto de asombro.

—Carolina, ¿qué es esto?— preguntó Nicoleta.

—¿El qué? ¡Ah!, es la lista de alimentos que me hizo Hugo para que Eloisa los tenga en cuenta.

—¿Esta lista te la hizo Hugo?— dijo Nicoleta, muy sorprendida.

—Sí.— respondió Carolina.

Carolina notó que su amiga estaba bastante pálida.

—¿Qué te pasa?— le preguntó.

—Nada, nada... —contestó Nicoleta, algo perturbada —Es que creo que al levantarme me ha dado un mareo. Será que tengo la tensión baja.

—¡Ah! Pues el té te vendrá bien, pero si lo prefieres, podemos hacer café.

—No. No. El té está bien. No te preocupes.

Carolina se quedó mirándola, mientras la joven se sentaba otra vez.

—¿Te sientes mejor?— le preguntó.

—Sí. No te preocupes, de verdad.— contestó Nicoleta —Con este té tan bueno seguro que se me sube la tensión.

—¿Estás bien de hierro?— inquirió Carolina. —Quizás tengas un poco de anemia.

—No. No creo.— dijo Nicoleta.

—Bueno, ya sabes que si algún día necesitas algún consejo médico, puedes contar con Hugo.

Nicoleta la miró con cierto recelo.

—¿Qué pasa?— dijo Carolina —¿He dicho algo malo?

—¡No! ¡No! ¡Claro que no!... Es sólo que preferiría no necesitar ningún consejo médico.

—Sí, claro— contestó Carolina.

La muchacha siguió ojeando un poco el libro, y en algún momento miró a su amiga para comentarle algo y vio que Nicoleta estaba ensimismada con la vista fija en el papel con la lista de alimentos.

Carolina estaba intrigada. Su amiga estaba tan absorta que ni siquiera se había

dado cuenta de que ella la estaba observando.

Iba a preguntarle que qué hacía, cuando apareció Carlos. Éste, que no esperaba encontrarse a Nicoleta allí, se quedó parado, y las chicas lo miraron.

—¡Carlos! ¡Qué pronto te has levantado hoy!— dijo Carolina.

—¡Caro!, ¡son casi las once y media!— dijo él.

—Sí, bueno, es que como otros días...— no quiso terminar la frase, pensando que a su hermano no le gustaría que dijera que se levantaba a la una, delante de Nicoleta.

—Es que anoche no me acosté tan tarde como otras veces— respondió él.

Nicoleta observaba en silencio y pensativa. Carlos la miró y le dijo:

—Buenos días, Nicoleta.

—Buenos días.— respondió ella con un tono algo melancólico.

—¡Ah, Caro! Cuando he pasado por tu dormitorio, he oído que tu móvil estaba sonando.— comentó el joven.

—¿Mi móvil?— repitió ella, algo nerviosa y mirando a su amiga— ¿Será Hugo?

Nicoleta parecía otra vez algo inquieta.

Carlos las observaba intrigado a las dos.

—No sé por qué te pones tan nerviosa, Caro. Como si fuera la primera vez que hablas con él. De todas formas, la mejor manera de saber si era Hugo, es ir a mirarlo directamente en el móvil.

Carolina miró a su amiga, pues aunque estaba deseando saber si era Hugo o no, tampoco quería dejar a Nicoleta sola con su hermano. Y por otro lado, no quería decirle que le acompañara, puesto que aún se estaba tomando el té.

—Es igual. Ya lo veré después.

—No tardas nada en ir a comprobarlo— dijo su hermano, mientras ponía la cafetera.

—No importa.— contestó ella, en un tono poco convincente.

—Ve, si quieres.— le dijo Nicoleta.

Carolina la observó.

Su amiga le asintió con la cabeza.

—Bueno, vale. Vengo enseguida.— respondió Carolina, levantándose para ir a su dormitorio.

Capítulo 23

No se trataba de una llamada. Era un mensaje de Hugo. La joven lo miró con gran emoción.

“¿Estás despierta?”

Ella rápidamente contestó con otro mensaje:

“Sí”

Y lo envió.

Esperó un poco, deseando que el joven hubiera visto la respuesta.

Enseguida la llamó. Carolina lo cogió sintiendo el corazón acelerado.

—Hola Hugo.

—Hola Carolina. ¿Te he despertado?— dijo él en un tono algo triste.

—No. Estaba desayunando.— dijo Carolina.

—¡Ah!, ¡está bien!— respondió el joven.

Luego suspiró y continuó:

—Carolina, perdóname por lo que te dije ayer. Lo siento mucho. No sé qué es lo que me pasó, pero creo que perdí el control completamente. Te prometí que nada ni nadie podría romper nuestra amistad, y yo mismo he estado a punto de hacerla añicos. Sé que el que seamos amigos no me da derecho a inmiscuirme en tu vida y a decirte lo que tienes o no tienes que hacer. Yo, que he intentado protegerte, te he hecho daño. Perdóname, por favor. No era consciente de lo que estaba haciendo, hablándote de esa manera y forzándote a decirme cosas que tú no querías hablar. Lo siento, Carolina, lo siento. Te pido perdón.

La joven se emocionó por las palabras del joven, y sintió la necesidad de sincerarse con él:

—Hugo, eres la persona más buena que he conocido nunca. Has sido el mejor amigo que he tenido, y aunque es verdad que anoche me sentí muy triste por nuestra conversación, no tengo nada que perdonarte, ni reprocharte. Sé que sólo buscas mi bienestar y que no hay ninguna mala intención en tu proceder. Reconozco que yo también tengo mi parte de culpa porque es cierto que hay algunas cosas que no te he contado, pero es porque me siento incapaz de hacerlo. Por eso, cuando me preguntas sobre eso, me bloqueo y no sé qué decirte. Tal vez algún día sea capaz, pero por ahora, no puedo.

El joven permaneció en silencio unos segundos y luego replicó:

—Bueno, primeramente yo no soy tan bueno como crees. Ya has podido comprobar que tengo muchos defectos. Y por otro lado, lo que intento explicarte es que no tienes por qué hablarme de cosas que no quieres o no te apetece. Tú no estás obligada conmigo a nada. Tienes derecho a tener tu vida privada y lo que no me quieras contar a mí o a quien sea, no estás obligada a hacerlo. Fui yo quien cometió el error de presionarte. Tú no has hecho nada malo. Así que no te sientas en el deber de contarme lo que sea y que no te sientes capaz de hacerlo, porque tu creencia en esa supuesta incapacidad puede hacerte más daño. ¿Me entiendes?

—Sí.— respondió ella.

—Entonces... ¿me perdonas?— le dijo Hugo.

—¡Claro que sí!— contestó Carolina muy contenta.

—¡Gracias, hadita!— dijo él en un tono un poco más alegre —Pero dime, ayer te vi muy cansada. ¿Cómo estás hoy?

—Estoy mejor. Tardé en dormirme, pero al final he descansado bien.

—Menos mal. Temía haberte causado más trastornos.

—Bueno, Hugo, tú mismo me has explicado que no son los demás quienes nos producen la enfermedad, sino cómo se toma uno las cosas.

—Es cierto. Pero no me gustaría ser el motivo de un disgusto.

—Ya. Sin embargo por otro lado, también hay que pensar que las situaciones difíciles nos pueden dar la posibilidad de autodescubrirnos y enfrentarnos a nuestras debilidades internas, para hacer que nuestra verdadera luz interior pueda brillar cada vez más.

—Como siempre, tienes razón. Eres un pozo de sabiduría, hadita.

Ella se rio.

—¡Qué más quisiera yo!— exclamó — Solamente soy una pequeña estudiante de párvulos que a veces suspende, pero también hay veces que aprueba, y eso me da ánimo para seguir estudiando, y poco a poco ir aprendiendo, para poder pasar de curso.

—Tal vez.— respondió él —Pero yo sólo soy un aspirante a poder entrar en párvulos, y al verte, siento admiración por ti.

Ella volvió a reírse.

—Oye, ¿quieres que me pase esta tarde?— preguntó él.

—Sí, claro que quiero.— respondió ella impulsivamente sin pensar.

Los dos se rieron.

—¡Bueno, pero dime a qué hora no está tu padre!— dijo él.

—¡Uf! ¡Es difícil decirlo! —respondió Carolina— ¡Pero basta que sepa que vienes, para quedarse adrede!

Los dos jóvenes bromeaban porque se sentían felices. Todo volvía a la normalidad: habían hecho las paces y seguían siendo amigos.

De repente, Carolina se acordó que había dejado a Nicoleta en la cocina con su hermano.

—¡Ay, madre mía!— exclamó —¡Ya se me había olvidado!

—¿Qué? ¿Qué pasa?— preguntó Hugo, asustado.

—Pues que con la conversación, me había olvidado de Nicoleta.

—¿Qué le ocurre?

—Es que cuando me has enviado el mensaje estaba desayunando con ella. Quedamos temprano para que no tuviera que coincidir con Carlos. Pero resulta que hoy mi hermano se ha levantado antes que de costumbre y ha aparecido en la cocina. Como me ha dicho que había sonado el móvil, he venido un momento para ver quién era y los he dejado allí solos.

—¡Umm! ¡Interesante!— exclamó el joven.

—¿Interesante? ¡Oye, Hugo, no te burles!

—¿Burlarme, yo? ¡No, nada de eso!

—La pobre de Nicoleta debe de estar preguntándose que qué hago que no he llegado ya. Y seguro que Carlos también.

—¡Sí! ¡Pobre Nicoleta! ¡Y pobre Carlos!

—¿Te estás burlando otra vez?— dijo Carolina

—¡No! ¡Claro que no!— respondió él.

—¡Sí! ¡Sí lo estás haciendo!— dijo ella riéndose —Bueno, tengo que dejarte que Nicoleta me necesita. Voy a salvarla del mal rato.

—¡Espera, hadita! ¡No cuelgues!

—¿Qué pasa? —preguntó la joven.

—Déjame a mí también que ayude. —le dijo Hugo— Ve a la cocina y pásame a Carlos, que quiero hablar algo con él.

—Está bien. Espera un momento.

La muchacha se dirigió a la cocina, mientras Hugo le hablaba.

Al querer entrar, vio a Carlos y a su amiga abrazados.

Eso la dejó de piedra y después de unos segundos dio marcha atrás y se fue corriendo a su cuarto.

—¡Hugo!— exclamó en voz baja, aún asombrada por la escena que acababa de presenciar —¡No te lo vas a creer!

—A ver, dime.

—Cuando he entrado en la cocina... mi hermano y Nicoleta estaban abrazados.

—¡Ah, caray!— exclamó Hugo, riéndose.

—No es broma. Te estoy diciendo la verdad.— aclaró ella.

—Te he creído, hadita.— le dijo él.

—Pero, ¿no te sorprende? ¿Tú ves eso normal?

—Yo diría más bien que era inevitable.

—¿Inevitable? ¿De qué hablas? ¡Si ellos sentían rechazo el uno por el otro!

—Bueno, eso es lo que tú creías.

—¿Lo que yo creía?— repitió ella muy extrañada, mientras se sentaba en su cama.— A ver, explícame eso.

—Bueno, supongo que ya sí te puedo hablar de ello — dijo Hugo — Ellos se gustaban el uno al otro desde hace varios años. Más exactamente desde que Ileana estuvo hospitalizada. Allí se conocieron. Creo que nunca llegaron a hablar, pero sí se veían todos los días. Por entonces Carlos tenía algunas reticencias con la familia de Ileana por su origen rumano, pero al parecer cuando vio por primera vez a Nicoleta sintió un flechazo. Y a ella debió de pasarle lo mismo. Sin embargo los prejuicios que tenía hacia su familia le impidieron acercarse más a ella. Yo me di cuenta un día en que estaba hablando con ella y pasó Carlos por nuestro lado. Sus caras me lo dijeron todo. Así que, creyendo que yo les podía ayudar, siempre que visitaba a Ileana, después le decía a Nicoleta que me acompañara a los pasillos, con la idea de que se pudieran ver ellos dos. Y la verdad es que cada vez que se veían, aunque ellos se creían que nadie se daba cuenta, cualquiera que hubiera observado la escena habría comprendido todo. Tu hermano creyó que había algo entre Nicoleta y yo, y me lo preguntó directamente y yo le respondí muy claramente que a mí no me interesaba en ese sentido. Y que yo iba a ver a su familia porque Ileana era la amiga de una amiga. O sea tú. Pero, claro, eso no se lo podía decir porque si lo hacía, desvelaba nuestro secreto. El caso es que tu hermano, entre sus prejuicios y su cortedad, nunca llegó a decirle nada. A Ileana le dieron el alta y creo que no se volvieron a ver más. Hasta el otro día. Cuando me dijiste la reacción de ellos, comprendí que aún saltaban chispas y decidí hablarle a Carlos. Por eso, él cambió su forma de actuar. Tú creíste que lo hacía forzado para no disgustarte, pero en realidad era porque está coladito por Nicoleta y tenía que intentar acercarse a ella.

Carolina estaba asombrada.

—Podría decirte que me parece increíble, pero ahora que me estás contando esto empiezan a cuadrarme ciertas cosas y ciertas confianzas que me hicieron ellos. ¡Así que el amor imposible de Nicoleta era Carlos y el de él era ella!

—Así es. Por eso cuando me dijiste que se habían quedado solos en la cocina, pensé que ésta era la oportunidad que tenía Carlos de hablarle. Tú creías que era broma, pero no lo era.— dijo Hugo riéndose.

—Y por eso me decías que no me preocupara por ellos, ¿no?

—Sí.

—Pero eso no vale. —protestó Carolina —Tú sabías cosas que yo no, y para mí no era fácil...

—Bueno, ahora comprenderás que no te contaba nada porque era algo entre ellos. Ahora te lo he dicho porque ya ha salido a la luz. Por eso te pedí que confiaras en mí.

—Sí. Es verdad.

—Bueno, pero ¿no te gusta la idea de que tu hermano esté con tu amiga?

—¡Claro que sí! ¡Nicoleta es una chica estupenda!

Los dos se rieron.

—Lo que no entiendo,— reflexionó Carolina — es cómo puede ser que tú te dieras cuenta y ellos no. Quiero decir que ellos creían que el uno sentía rechazo por el otro y que su relación era un imposible. ¿Cómo puede pasar eso?

—Pues... no sé... como tú dices es raro, pero supongo que es porque uno puede interpretar erróneamente al otro y si nunca lo hablan seguirán creyendo en su error. Por eso es mejor hablar las cosas.

Carolina se quedó pensando: “¿Será ése también mi caso? ¿Llevará razón Carlos en que Hugo me quiere, pero no me dice nada porque piensa que yo quiero a otro chico?”

—¿En qué piensas?— le preguntó él.

—Pues... en nada importante. Estoy bastante asombrada con esto. Eso es todo.

—Bueno. En cuanto a lo de esta tarde, ¿me das el toque cuando te levantes de la siesta?

—Sí.— respondió ella.

—Entonces, ¡hasta la tarde! —le dijo él.

—¡Hasta luego! —respondió la joven.

Carolina colgó.

Pensó: “¿Y ahora qué hago?... Creo que me iré al salón y esperaré a que ellos salgan. A ver qué dicen... ¡Uf! ¡Qué corte!”

La muchacha se fue al salón y ellos ya estaban allí sentados en un sillón.

—¡Ah, Caro! ¡Supongo que era Hugo, porque has tardado!— dijo él.

—Sí, era él— contestó ella observando a los dos. —Es que teníamos muchas cosas que hablar...—

—Claro.— respondió Carlos.

Carolina se sentó sin decir nada.

—Caro, tenemos que decirte una cosa...— empezó a decir su hermano.

La joven sonrió para sus adentros.

—Seguramente te va a sorprender, pero Nicoleta y yo... en fin que...— titubeó el joven.

—Estamos enamorados.— le ayudó Nicoleta.

Carolina se rio y les contestó:

—Sí, ya lo sé. Hace un rato fui a la cocina y os vi, pero me dio un poco de corte y regresé a mi cuarto. Confieso que es cierto que me ha sorprendido mucho y no lo podía creer, pero Hugo que se lo olía desde hace tiempo ya me lo ha explicado. La verdad es que me da mucha alegría, por los dos. ¡Enhorabuena!

Carlos rodeó la espalda de Nicoleta con un brazo, mientras los dos se reían contentos.

—¡Gracias!— respondieron los dos jóvenes.

Carolina se levantó y abrazó primero a su amiga y después a su hermano.

—Bueno, Caro, siento quitarte a tu amiga, pero nosotros vamos a salir. No me esperéis para comer. Volveré después.— le dijo Carlos.

—Sí.— añadió Nicoleta —Perdona Carolina, pero es que tenemos muchas cosas de las que hablar y esta tarde me toca quedarme con mi abuela.

—¡Claro! ¡No os preocupéis por mí! — respondió la joven, riéndose.

Minutos después la pareja se marchó.

Capítulo 24

Después de la siesta, Carolina le dio el toque a Hugo y se fue a merendar. Carlos ya había regresado y estaba en el salón charlando con Anastasia. La hermana pequeña se sentó con ellos mientras se tomaba algo.

—¡Qué calladito te lo tenías, Carlos!— dijo Anastasia.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡Ya llevabas semanas saliendo con tu novio, cuando me enteré de casualidad, porque si no os hubiera visto, a lo mejor todavía no me había enterado!

Anastasia se rio.

—¡Es que es muy guapa, ¿verdad?!— le dijo a su hermano.

—Sí. Cuando la vi por primera vez pensé que era como una princesa de las mil y una noches.

—¡Vaya Carlos! ¡No te conocía esa faceta romántica!— exclamó Anastasia.

Las dos hermanas se rieron y él también.

—¡La verdad es que me siento muy feliz!— exclamó él.

—¡Sí! ¡Es muy bonito estar enamorado, y ser correspondido!— añadió Anastasia.

Carolina pensó: “Sí. Debe de ser maravilloso.”

—Bueno, Caro, —dijo su hermana —¡ya sólo faltas tú! ¡A ver si te animas y nos traes un buen cuñadito! ¡Aunque, bueno, tú eres todavía muy joven!

Carolina sonrió y su hermano la miró con ternura.

—En fin, yo me voy, que he quedado con mi Hugo.— explicó Anastasia levantándose.

Y se fue a terminar de arreglarse.

En ese momento llamaron a la puerta. Como la muchacha estaba terminando de merendar, Carlos fue a abrir.

Por supuesto era Hugo que entró en el salón riéndose con Carlos.

—Ya veo que estás al corriente de todas las novedades de la casa.— le dijo éste.

—Bueno, eso era algo que se sabía que tarde o temprano iba a pasar.— respondió Hugo.

—Pues la verdad es que yo no lo tenía tan claro.— contestó Carlos.

Hugo miró a Carolina sonriéndole y ésta le devolvió el gesto.

—¿Todo bien?— le preguntó el joven.

—Sí.— contestó ella.

Los dos chicos se sentaron en los sillones, mientras ella se tomaba su zumo en la mesa.

—De verdad, Carlos, me alegro mucho por los dos.— dijo Hugo.

—Gracias— contestó el aludido muy contento — La verdad es que vosotros habéis jugado un papel importante en esto.

—¿Nosotros? ¿De qué manera?— preguntó su amigo.

—Bueno, primeramente por mi hermana, que por ser amiga de Nita me ha dado la oportunidad de poder seguir viéndola.

—¿Nita?— repitió Carolina, mientras se levantaba de la mesa y se sentaba en el mismo sillón que Hugo.

—Sí, Nita. Así es como la llamo yo cariñosamente, porque Nicoleta me parece muy largo.

Su hermana se rio.

—Y luego,— prosiguió Carlos —también gracias a ti, Hugo, que me animaste a que rompiera mi cortedad e intentara acercarme a ella, siendo amable.

—Bueno, en realidad eso ha sido trabajo tuyo.— replicó Hugo.

—Sí, ya, pero la verdad es que se pusieron las cosas de una forma que... Veréis, yo no tenía demasiada esperanza en que ella me perdonase por los prejuicios que yo había mostrado contra su familia. Sin embargo, el otro día me encontré con ella aquí, que estaba contigo, Caro, ¿te acuerdas?

—Sí, claro. El lunes pasado, que comió conmigo.

—Eso es. Entonces nos entregó un curriculum a Anastasia a papá y a mí, ¿recuerdas?

—Sí.

—Pues bien, cuando luego estuve mirando el curriculum, al ver su dirección, me sentí contento de saber dónde vivía. Fue cuando decidí escribirle una carta declarándole mis sentimientos, pero como pensaba que me rechazaría, no la firmé. Luego me llegué a una floristería y compré una rosa y les pedí que se la llevaran junto con la carta. Esto lo estuve repitiendo hasta ayer.

—¡Así que eras tú su admirador secreto!— exclamó Carolina.

—¿Ella te lo contó?— preguntó su hermano.

—No. No fue ella. Fue Ileana la que me lo dijo.

—¡Ah!— sonrió Carlos —Bueno, el caso es que esta mañana, cuando entré en la cocina y tú te fuiste a tu cuarto para ver la llamada del móvil, me quedé sorprendido cuando de repente Nita me dijo abiertamente que...— se quedó parado.

—¡No me digas que se te declaró ella!— exclamó Carolina.

—No, no. ¡Claro que no!... pero me confesó, por una razón que no puedo explicaros, que alguien le estaba enviando cartas de amor anónimas con una rosa. Y ella creía haber adivinado el autor.

—¿Supo que eran tuyas?— inquirió la joven.

—¡No, que va! ¡Ahora le veo la gracia, pero cuando me lo dijo, me quedé pasmado! ¡Ella creía que era Hugo quien se las escribía!

—¿Yo?— dijo éste sorprendido —¿Y por qué se le ocurrió eso?

—Pues eso mismo me preguntaba yo. De hecho, le pregunté si es que tú se lo habías dicho y ella me dijo que no. Entonces le volví a preguntar que de dónde sacaba esa conclusión. Y ahora viene lo bueno: Caro, ¿te acuerdas del otro día cuando se derramó el café y manchamos la lista de alimentos que Hugo te hizo?

—Sí.—

—Pues resulta que tal y como quedamos, yo la pasé a limpio para que Eloisa no tuviera ningún problema en leerla, y como sabes, la pegué en el frigorífico. Entonces, parece ser que Nita vio la lista esta mañana y reconoció inmediatamente mi letra. Pero cuando te preguntó que qué era aquello, tú le dijiste que era la lista que Hugo te había hecho y como ella te volvió a preguntar que si era Hugo quien te la había hecho y tú le contestaste que sí, ella creyó que la letra de la nota era de Hugo. Por eso pensó que era él quien le escribía las cartas de amor anónimas.

—¡Ah!— exclamó Carolina — ¡Ahora comprendo por qué se quedó blanca cuando vio la nota! ¡Y luego no hacía nada más que mirarla muy preocupada!

—No me extraña.— comentó Carlos — Pero, claro, yo no podía dejar que ella siguiera creyendo eso, así que me armé de valor y le dije que esa nota la había escrito yo, porque la original se manchó de café. Lógicamente, ella comprendió por fin que era yo quien le había estado enviando las cartas. Y la verdad es que por la cara que me puso, comprendí que no sólo no estaba disgustada, sino que parecía aliviada y contenta. Así que ya me decidí y le declaré abiertamente lo que siento por ella y ella me confesó que sentía lo mismo, y bueno... ya os podréis imaginar...—

Carolina se rio diciendo:

—Y luego llegué yo y os vi abrazados.—

Hugo se rio también.

—¡Vaya historia!— comentó él —¡Qué enredos!, ¿no? ¡Bueno, al menos ha terminado con un final feliz!

—¡Sí!— respondió Carlos muy sonriente —Luego hemos hablado y tenemos muchos planes juntos. ¡Los dos nos sentimos muy felices!

Hugo y Carolina lo miraban complacidos.

Anastasia entró en ese momento.

—¡Ah, hola Hugo!— saludó, acercándose a él y dándole un par de besos.

—¡Hola Anastasia!

—Bueno, siento no quedarme pero es que he quedado con mi novio, y como siempre voy tarde. ¡El pobre tiene una paciencia conmigo!

—¡Desde luego que sí! ¡Ese hombre debe de ser un santo!— bromeó Carlos.

—¡Qué gracioso!— respondió su hermana — ¡Nicoleta sí que tiene que ser una santa!

—¡En eso casi llevas razón!, ¡Nita es un ángel!— exclamó su hermano sonriente.

Carolina y Hugo se rieron.

Anastasia los observó y les dijo:

—Bueno, ¿y vosotros qué?

Los dos la miraron, con expresión de no comprender.

—Perdona, Anastasia no nos reímos de vosotros, sólo que es gracioso lo que decís.— respondió la hermana pequeña.

—¡Sí, ya!— exclamó Anastasia — Pero me da a mí la nariz que entre vosotros también se cuece algo.

Carolina se quedó paralizada, sin saber qué contestar y Hugo, al principio también pareció intimidado, pero después contestó:

—Anastasia, tú sabes que entre Carolina y yo hay prácticamente la misma relación que entre tú y yo. Y también conoces el motivo por el que vengo a verla a menudo.

—¡Sí, bueno! ¡Era una broma! ¡Yo también quería reírme un poco de vosotros!— respondió Anastasia riéndose.

Carolina suspiró aliviada, pero luego sintió una cierta desilusión.

—¡Pero me estoy entreteniendo demasiado! ¡Me voy ya!— dijo Anastasia —¡Nos vemos!

Los demás se despidieron también de ella.

—Bueno, chicos, yo también os voy a dejar. Tengo que seguir estudiando.— dijo Carlos, levantándose y marchándose a su dormitorio.

Carolina y Hugo se quedaron solos. Ella se sintió algo incómoda y no sabía que decir. Pensando en alguna cosa que comentarle, se acordó del libro que Nicoleta le había traído.

—¡Ah!, ¿sabes una cosa? Nicoleta me ha regalado un libro que es del mismo autor que escribí sobre "Psicología Revolucionaria". Lo he estado leyendo antes de comer y me está gustando mucho. Habla de varios temas, que siguen siendo muy revolucionarios desde el punto de vista de que no se nos ha enseñado nunca, pero a mí me está gustando mucho. Entre ellos habla del desdoblamiento astral. Espérate un momento, que te lo voy a traer para que le eches un vistazo.

—Bien.— respondió él.

Carolina se levantó y fue a su cuarto a buscar el libro. Instantes después vino con él en la mano.

—Mira, éste es.

Hugo lo cogió y empezó a ojearlo. Ella se sentó en el otro sillón, se descalzó y subió las piernas para descansarlas en el sofá.

—¡Vaya! ¡Parecen temas fuertes! ¿No?

—Sí. Pero tienes que leerlo. Es muy interesante.

—¿Ya lo has terminado tú?

—Bueno, no. Pero te lo pasaré en cuanto lo termine. Mira, hay un capítulo sobre el desdoblamiento pero no lo terminé porque mi padre me estaba esperando para comer. ¿Quieres leerlo?

—Vale.

—Por favor, léelo en voz alta, que yo me voy a recostar en el sillón.

—¿Estás cansada, hadita?—

—Más bien estoy un poco perezosa. Es que me apetece estar tumbada, pero no tengo sueño. No te importa, ¿verdad?

Él le sonrió y le contestó:

—No, claro que no. Está bien.

Hugo comenzó a leerlo en voz alta, y la muchacha se recostó en el sillón mientras escuchaba.

Después los dos se quedaron pensativos.

—¿Te das cuenta?— dijo Carolina —Si uno va eliminando todos esos yoes que tienen atrapada nuestra conciencia, al final uno es consciente en este mundo, pero también en otras dimensiones. ¿No te parece algo fantástico?

—Sí. La verdad es que estoy asombrado. Al conocer la Nueva Medicina Germánica me di cuenta de que existían muchas cosas que formaban parte de nuestra vida que desconocíamos, y que si uno sigue la mecánica del sistema, no puede ver más allá de lo que el sistema quiere que vea. Pero desde que tú me hablaste de estas cosas y leyendo esto, veo que hay todavía mucho más que desconocemos del ser humano y del mundo en el que vivimos.

—Sí. Es cierto— dijo la joven.

—Nos educan desde pequeños como si fuéramos burritos con orejas para tirar de un molino y dedicar nuestra vida a dar vueltas y vueltas, sin posibilidad de salirse y conocer lo que existe alrededor. Lógicamente, si uno quiere escaparse de la rueda, tiene que liberarse por sí mismo de sus ataduras y entonces se encuentra con que un mundo nuevo y desconocido se presenta ante él. Es como el mito de la caverna de Platón.

Carolina respondió:

—Sí, es verdad.

El joven siguió ojeando el libro y continuó leyendo un poco del siguiente capítulo.

—Mira,— le dijo a la muchacha— aquí también habla un poco del desdoblamiento. Parece otra técnica. Escucha...

Y leyó en voz alta el capítulo.

Después los dos se quedaron en silencio unos segundos pensando en ello, hasta que ella le propuso algo al joven:

—Oye, ¿qué te parece si esta noche hacemos el desdoblamiento astral de forma voluntaria?

—Pues me parece muy bien— respondió él.

—Entonces, lo que vamos a hacer es lo siguiente: cuando nos acostemos, nos vamos a relajar y después vamos a estar muy atentos, vigilando cómo nos va llegando el sueño, y cuando sintamos las primeras ensoñaciones, nos levantamos de la cama. Luego, para comprobar si nos hemos desdoblado daremos un salto, y si flotamos es que nos hemos desdoblado, si no, es que no lo hemos conseguido. ¿Lo hacemos entonces?

—Sí.— dijo Hugo.

Los dos se miraron muy contentos y animados por el experimento que querían hacer.

Entonces se escuchó a alguien abriendo la puerta. Carolina se incorporó y miró al joven.

—Me parece que es mi padre.— dijo.

Él asintió divertido.

Efectivamente era el padre. Éste entró y los miró.

—¡Bueno! ¡Nos vemos de nuevo!, ¿eh?— dijo con retintín.

—Sí. Eso parece.— contestó Hugo sonriéndose.

El padre se fijó en Carolina que lo observaba aguantándose la risa.

—¡Al menos hoy parecemos estar de mejor humor que ayer! ¿No?— tiró el padre.

Y parece que dio en la diana porque Hugo se quedó momentáneamente bloqueado, pero luego reaccionó y contestó:

—Sí. Ayer tuvimos algunas diferencias pero ya las hemos aclarado.

El padre asintió, aún muy pendiente de sus gestos.

—Bueno, espero que recuerdes que Carolina necesita paz y tranquilidad.

—Sí. Claro que sí— respondió el joven, mirando a la muchacha, pensativo.

—Papá,— dijo ella — ya te dije antes, que sólo estaba cansada. Era eso. Hugo siempre es muy bueno conmigo. Además hoy ya estoy mejor. ¿No me has visto en la comida? ¡Hoy hemos hablado mucho!, ¿no?

—Sí, es cierto— reconoció el padre — pero no está de más recordarle a este joven que está aquí para ayudarte a curarte, no para darte disgustos.

—¡Pero si no me los ha dado!— replicó ella.

—¡Bueno! ¡Por si acaso!— contestó el padre con ímpetu.

—Carolina, tu padre lleva razón.— intervino Hugo — Errar es humano, y aunque uno sepa cosas, no viene mal que algunas veces se las recuerden.

Ella lo miró y le sonrió mientras su padre los observaba reflexivo.

—¿Y bien, hija?— dijo éste —¿No crees que va siendo hora de cenar ya?

La muchacha tuvo que reprimirse de nuevo la risa y el joven sonrió también.

—Sí, bueno, yo también tengo que irme.— comentó Hugo —Tengo cosas que preparar para esta semana.

Luego se levantó, y Carolina le dijo:

—Te acompaño hasta la puerta.

—Vale.— le respondió él.

Éste se despidió del padre y se fue con la muchacha a la entrada.

—¡Me parece que cada vez le caigo mejor!, ¿eh?— bromeó Hugo.

Carolina se rio.

—Sí.— dijo— Bueno, Hugo siento que tengas que pasar por eso, pero ya sabes que mi padre es así. Y no es sólo contigo.—

—No te inquietes. Aprecio a tu padre porque te quiere y se preocupa por ti.

Ella sonrió.

—¡En fin, —suspiró — otro día más que pasó!

—¡Umm! ¡Me parece ver cierta resignación!— exclamó el joven — ¿Qué ocurre?

Ella volvió a suspirar.

—Es que aunque me siento todavía bastante débil, ya estoy un poco harta de estar tantos días aquí encerrada.

—Comprendo. Pero estás mejor. Dentro de poco podrás salir. De momento es conveniente que sigas manteniendo reposo.

Ella resopló.

Hugo la miró con ternura y le dijo:

—Dime, si pudieras en este momento ir a cualquier lugar que tú quisieras, ¿dónde te gustaría ir?—

—¡Pueess... no sé! ¡Creo que me gustaría ir al mar! ¡Sí! ¡El mar! ¡Poder mirar al horizonte desde muy lejos y respirar la brisa marina!

—¡Ajá! Bueno, pues te prometo que cuando estés totalmente recuperada iremos al mar. ¡Te llevaré a un lugar que creo que te va a encantar!

Ella sonrió.

—¿Qué lugar es ése?

—¡Ah! ¡Es un lugar secreto! ¡Es un sitio que muy poca gente conoce!

—¿De verdad?

—¡Sí!

—¿Pero es bonito?

—¡Es precioso!

La joven lo miró muy contenta.

—¡Eres muy bueno conmigo, Hugo!

Él se rio.

—¡Anda hadita, no seas exagerada! ¿Qué tiene de particular ir de excursión a una playa?

—Me da igual lo que digas. No soy nada exagerada. Y de todas maneras, aunque al final no vayamos, sólo tu esfuerzo para animarme, es muy valioso para mí. Como siempre.

—¿Quién ha dicho que no vamos a ir? ¡Claro que iremos!

Carolina sintió ganas de abrazarle y siguiendo su impulso, así hizo, sin pensar en nada más. El joven, sorprendido al principio, terminó abrazándola también.

Ella se hubiera quedado así todo el tiempo del mundo, pero comprendió que eso no podía ser.

Cuando se separaron, Hugo le sonrió levemente y le dijo:

—¡Bueno, será mejor que me vaya, antes de que tu padre venga a recordarte que tienes que cenar!

Carolina contestó:

—Está bien. Pero no te olvides de lo de esta noche.

—No. ¡Claro que no me olvido!

El joven abrió la puerta y se despidió:

—Entonces, ¡hasta luego!— dijo él.

—¡Hasta luego!— respondió ella.

Capítulo 25

Después de la cena, Carlos acompañó a Carolina a su cuarto.

—¿No le has dicho nada a papá de tu relación con Nicoleta?— preguntó Carolina.

—No. No he visto el momento adecuado.

—¿Y cuál es el momento adecuado?

—No sé. Más adelante.

—No me digas que tú también temes que no le guste Nicoleta.

—Me da igual si le gusta o no. La quiero y no estoy dispuesto a perderla.

—Muy bien. Pero algún día tendrá que enterarse papá, ¿no?

—Sí, claro. Ahora entiendo a Anastasia.— dijo Carlos —Ella tiene miedo de que papá rechace a su novio. Si papá desprecia a Nita, no lo soportaría, pero no por mí, sino porque no quiero que ella sufra más desplantes.

—Pero papá ya la conoce y parece que le cayó bien.

—Sí. Eso es verdad.— respondió el joven pensativo.

—Peor lo tendría yo, si Hugo me quisiera, porque a él lo tiene metido entre ceja y ceja.

Carlos se rio.

—¡Sí! ¡Pobre Hugo!— contestó — Aunque, no te creas, que me da la sensación de que en el fondo ya no le cae tan mal.

Carolina sonrió.

—¡Ojalá que lleves razón! ¡Aunque no haya nada entre nosotros, preferiría que papá se llevara bien con él!

Su hermano la miró pensativo.

—Caro, ¿tú discutiste ayer con Hugo?

Ella suspiró.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque anoche papá me dijo que os vio algo contrariados a los dos. Y esta mañana, Nita me dijo también algo de eso.

—Bueno, fue una tontería, pero ya se aclaró todo. Pero me extraña un poco que Nicoleta te haya dicho nada. De papá lo entiendo, pero de ella...

—No fue con mala intención. De hecho, eso fue lo que originó mi conversación con ella, lo que pasa es que eso no te lo conté antes porque estaba Hugo delante. Iba a hacerlo, pero me di cuenta a tiempo y me fui directo a cuando ella me contó lo de que estaba recibiendo las cartas.

—¿Y qué fue, entonces lo que pasó?— quiso saber Carolina.

—Verás, cuando te fuiste de la cocina para ver la llamada de tu móvil, vi a Nita bastante alterada. Francamente, pensé que era porque yo estaba allí. Aunque me sorprendió que ella también te dijera que fueras a comprobar la llamada, sabiendo que se quedaba a solas conmigo. Pero, de repente, va y me dice que estaba muy preocupada por ti. Yo volví a sorprenderme y le pregunté que porqué. Entonces me dijo que tú le habías contado tus sentimientos por Hugo y que la causa de tu enfermedad estaba basada en que tú creíste que Hugo estaba con Anastasia. Le

contesté que sí, que era cierto, pero que tú ya habías resuelto eso. Entonces me respondió que era posible que se volviera a producir un hecho que podía reabrir tu conflicto. Claro, yo me quedé intrigado y le pregunté qué hecho era ése y me dijo que Hugo estaba enamorado de ella. Como podrás imaginar, cuando me dijo eso, el que entró en conflicto fui yo. Me desplomé en la silla, completamente desarmado, creyendo que ella le correspondía. Entonces continuó diciéndome que Hugo ya había tenido una pequeña discusión contigo anoche, y que tú no le habías dicho el motivo, pero que temía que en realidad la razón fuera ella. Le pregunté si ya eran novios y me contestó que por supuesto que no. Y como yo le pregunté que qué quería decir con “por supuesto que no”, me respondió que ella no estaba enamorada de él. Entonces, sentí que volvía a renacer. Creo que ahí resolví mi conflicto, ¡Uf! ¡Al menos no fue muy largo!

—¡Vaya! ¡Qué lío, ¿no?!— exclamó Carolina

—Sí. Como Nita me dijo eso, yo le pregunté que si es que Hugo se le había declarado, y entonces ella me contó lo de las cartas. Y bueno, el resto ya lo sabes.

—¡Oh! ¡Pobre Nicoleta! Cuando vio la lista de alimentos y yo le dije que me la había hecho Hugo, no me di cuenta de que en realidad me preguntaba que quién había escrito la lista, y no quién la había hecho. Con razón, tenía esa carita. Creyó que Hugo, a quien sabía que yo quiero, la quería a ella. ¡Pobrecilla! ¡Lo ha tenido que pasar fatal! Carlos, ¡ella también ha tenido su conflicto!

—¡Sí! ¡Mi pobre Nita!— exclamó él— ¡Bueno, pero mira, esa confusión ha hecho que hablásemos y que al final conociésemos lo que sentía el otro! ¡Y ahora estamos juntos! ¡Quién me lo hubiera dicho a mí esta mañana cuando me levanté!

Carolina se rio.

—El problema es que estoy siempre tan liado que voy a tener que sacar tiempo para poder estar con ella. — continuó el joven — Además Nita también tiene que quedarse con su abuela a veces, y por otro lado está buscando trabajo. Pero tenemos algunas ideas, lo que pasa es que no son para inmediatamente. En fin, al menos estamos juntos... ¿Sabes lo que te digo, Caro? Que mañana mismo voy a hablar con papá. Quiero que sepa que Nita y yo estamos juntos y quiero que ella pueda venir a esta casa siempre que quiera, no sólo para verte a ti, sino que pueda sentirse como un miembro más de la familia.

Carolina sonrió.

—Me parece maravilloso lo que dices. Si te hace falta apoyo, cuenta conmigo.

—Gracias, Caro.

Y le dio un beso.

La muchacha se rio y él le dijo:

—Bueno, me voy a mi cuarto. Mañana tengo que madrugar. ¡Qué bien que el miércoles sea fiesta! ¡Nita y yo nos iremos todo el día por ahí!

—¿El miércoles es fiesta? —dijo Carolina— ¡No me había dado cuenta! Aquí encerrada, ya no sé casi el día que es. Sólo distingo entre los días de diario y el fin de semana, porque es cuando vosotros no trabajáis y además viene Hugo.

—Es cierto. Debes de estar ya cansada de tanto encierro, ¿no?— le dijo Carlos.

—La verdad es que sí. Pero Hugo me ha prometido que cuando esté completamente curada me llevará a un lugar secreto muy bonito.

—¿Eso te ha dicho?— dijo Carlos, riéndose.

—Sí.— contestó ella con la cara radiante.

—Caro, yo no sé cómo no te convences. Hugo te quiere. Yo creo que está muy

claro.

—No sé. Puede que sí y puede que no. Pero ya sabes que no me quiero hacer ilusiones. Y si no, mira lo que ha pasado cuando Anastasia ha dicho que si había algo entre Hugo y yo, y ya has visto lo que ha contestado él.

—Sí. Es cierto que ha dicho que tenía prácticamente la misma relación contigo que con Anastasia. Pero fíjate que ha dicho “prácticamente”, ¿eh? Y además antes de contestar se ha puesto un poco nervioso, ¡que yo me he dado cuenta!

Carolina se rio, pensando en la posibilidad de que su hermano llevase razón.

—Carlos, no me hagas que me convenza. ¡Qué más quisiera yo! Pero no me quiero llevar ninguna frustración.

—¿Quieres que hable con él? ¿Qué lo tantee?

—¡No! ¡No! Voy a esperar. Si Hugo y yo tenemos que terminar juntos, algo pasará para que lo estemos.

—Bueno, como quieras. En fin, me voy ya. Buenas noches, Caro.

—Buenas noches— respondió ella.

La joven se acostó, y tal y como había quedado con Hugo, se relajó profundamente y con sus ojos cerrados se mantuvo atenta, espiando su propio sueño. Como estaba realmente interesada en conseguir el desdoblamiento consciente, no le costó demasiado trabajo concentrarse en lo que estaba haciendo. Al poco rato, empezó a sentir una somnolencia y una cierta pesadez que la iba envolviendo, y ella pensó por unos segundos: “Ya me está viniendo el sueño”, pero siguió esperando un poco más, hasta que en un momento dado sintió que su cuerpo estaba dormido y se levantó.

Luego, aunque ya se sentía más ligera, dio el salto y comprobó que podía flotar. Entonces miró a su cama y vio su cuerpo dormido.

Se sintió contenta y decidió salir de su cuarto. Al querer abrir la puerta, descubrió que su mano la atravesaba y recordó aquella otra vez en la que fuera de su cuerpo, quiso agarrar el móvil pero su mano lo traspasaba. Así que ni corta ni perezosa, intentó atravesar la puerta con todo el cuerpo, y lo consiguió.

Muy contenta, se desplazó flotando por toda la casa, y se acercó al salón. Su hermano y su padre estaban aún levantados, charlando. Luego pensó: “¡Ah! ¡Voy a salir a la calle!”. Y se fue hacia la puerta de su casa, la atravesó y luego bajó las escaleras flotando. Era una experiencia realmente maravillosa.

Por fin llegó a la calle. Después de más de dos semanas sin salir de casa, se veía fuera, pero desde otra dimensión. Estuvo flotando un poco más por toda la calle y luego se le ocurrió mirar hacia los balcones de su casa. Entonces dio un impulso más fuerte y se vio volando hacia ellos hasta llegar al balcón del salón. Desde fuera vio a su padre y a su hermano charlando en el interior.

Carolina estaba encantada con esa experiencia. Pero fue tanta la emoción que tenía que, sin quererlo, se volvió de manera muy rápida e inesperada al cuerpo.

La muchacha se despertó y pensó: “¡Uau! ¡Ha sido increíble!”. Pero luego le vino una duda: “¿Habrá sido verdad lo que he visto o sólo habrá sido un sueño?”

Así que se levantó y fue al salón a comprobar si su hermano y su padre estaban allí. Y efectivamente así era. Los dos seguían sentados en la misma posición en la que los había visto, mientras estaba desdoblada.

Ellos la miraron sorprendidos.

—¿Pasa algo, Carolina? —le preguntó el padre.

—¡No!— contestó ella. —Es sólo que tenía un poco de sed y me he levantado a

beber un vaso de agua.

—¡Ah, bueno!— asintió el padre.

—¡Buenas noches a los dos!— dijo ella, muy contenta interiormente.

—¡Buenas noches!— le respondieron.

Carolina volvió a acostarse, pero estaba tan emocionada, que sin darse cuenta, esta vez se quedó dormida sin más.

Capítulo 26

La mañana del lunes pasó de forma rutinaria.

A mediodía, durante la comida, Carlos se decidió a hablar.

—Papá, ¿te acuerdas de Nita?

Carolina y Anastasia miraron a su padre expectantes.

—¿De quién?— dijo el padre.

—¡Euhhh! ¡Nicoleta!, ¡de Nicoleta!— aclaró el joven

—¿Nicoleta?— repitió el padre, pensativo — ¡Ah!, ¿te refieres a la amiga rumana de tu hermana?

—Sí. Entonces, la recuerdas, ¿no?— repitió Carlos, dando vueltas al meollo del asunto.

—Sí. Me acuerdo. ¿Qué pasa con ella?

—¿Y qué te pareció?

—Bueno, parece bastante formalita.

—¡Ah!— respondió su hijo, no sabiendo cómo meterse de lleno en la cuestión.

—Sí. Me dio la impresión de que era una joven tímida, pero bastante dispuesta.

El hecho de que al llegar de su país, se pusiera a buscar trabajo enseguida, sin esperar a vivir del cuento... Da la sensación de que fuera bastante formal. ¿Por qué me preguntas por ella? ¿Le has encontrado algún trabajo?

—Bueno, no exactamente para ahora, aunque tengo algo en mente...— dijo Carlos.

—¡Ah!— respondió el padre—Pues me parece muy bien que le encuentres algo.

Todos siguieron comiendo. Carolina miró de reojo a su hermano y lo vio pensativo.

—Entonces te ha caído bien mi amiga, ¿no?— le preguntó Carolina a su padre.

—¿Eh?— exclamó el padre —Bueno, si lo que me preguntas es que si tengo alguna reticencia en que siga siendo tu amiga, no, no la tengo. En principio no he observado nada reprochable. Aunque sólo la vi unos minutos.

—Pues si la conocieras mejor, verías más virtudes en ella, porque es una muchacha estupenda.— replicó la joven.

—A mí también me cayó muy bien. — comentó Anastasia —Una chica muy agradable y de muy buen trato. Además también se dedica a la rama sanitaria.

El padre miró a sus hijos intrigado.

—¡Vamos a ver! ¿Qué es lo que estáis tratando de decirme? ¡A ver, Carolina, habla claro! ¡Siempre lo has hecho y no sé por qué ahora le estás dando tantas vueltas!

—¿Yo? ¡No papá! ¡No trato de decirte nada en concreto! ¡Sólo comentábamos acerca de mi amiga, por hablar de algo! — respondió Carolina.

—¿Por hablar de algo?— repitió el padre, incrédulo.

—¡Está bien papá!— dijo, por fin, Carlos — No es Caro quien trata de decirte algo, soy yo.

—¿Tú?... Bueno ¿y qué es?— preguntó el padre impacientándose.

El joven respiró profundo y dijo:

—Quiero a Nicoleta y ella me quiere a mí. Ahora somos novios.

El padre se quedó observándolo callado unos segundos y luego siguió comiendo. Sus hijos se quedaron mirándolo, sin comprender su reacción.

—¿Estás seguro de lo que haces? — dijo el padre, al cabo de unos momentos.

—Sí. Muy seguro.— contestó Carlos.

—¿No te importa que sea rumana? —le preguntó su padre.

—No. No me importa para nada. —respondió su hijo.

—¿Y su familia? —inquirió el padre.

—Lo mismo. No me importa. —contestó Carlos

—¿Y si yo me opongo? ¿Qué harás?— le dijo su padre.

—De todas maneras, tanto si la aceptas como si no, la quiero y voy a seguir con ella.

El padre lo miró detenidamente y luego le dijo:

—Está bien. Sólo quería probarte. Si te has enamorado de ella, ¿qué puedo decir yo? Eres ya bastante mayorcito y creo que con la cabeza bien puesta, como para saber lo que haces. En principio, no tengo nada en contra de esa joven, y si a ti te gusta y a tus hermanas parece gustarles también, pues, adelante.

Carlos sonrió feliz y sus hermanas se rieron también muy contentas. El padre observó a sus hijos y sonrió también.

—¡Bueno, Anastasia! ¿Y tú qué? — preguntó el padre, otra vez serio.

—¿Yo?— dijo ésta sorprendida —¡A mí me parece bien, ya lo he dicho antes!

—¡Me estoy refiriendo a tu novio!— explicó el padre en un tono amedrentador.

—¡Ah!— exclamó ella empezando a ponerse nerviosa.

—¿Cuándo lo vas a traer a casa?— le preguntó su padre.

—¿Traerlo?— repitió ella, nerviosa.

—¡Sí, hija! ¡Ya va siendo hora de que lo conozca!, ¿no?— dijo el padre.

—No sé... tendré que preguntarle cuándo puede...—

—¡A ver! ¿En qué trabaja?—

—Pues... trabaja en el instituto—

—¡Ah! ¡Es profesor! ¡No está mal! ¿De qué asignatura?—

—El caso es que...— titubeó la joven, no atreviéndose a decirle a su padre el oficio de su novio.

—¡Qué!— le apremió su padre.

—¡Yo lo conozco!— intervino Carolina —Desde luego hace tiempo que no lo veo, pero me acuerdo de él. Yo lo veía a menudo en el instituto. Se veía muy trabajador. ¿A que sí, Carlos?

—¿Qué? ¿Ha sido profesor vuestro?— exclamó el padre, algo contrariado.

—¡No, no!— respondió su hija pequeña.

—Anastasia, ¡no me digas que estás saliendo con un antiguo profesor tuyo! Pues ¿qué edad tiene ese hombre? ¡Eso no me gusta nada! — dijo el padre.

—¡No, tranquilo, papá!— aclaró Carlos —¡No es un profesor! ¡Díselo ya, Anastasia!

—Es verdad.— contestó su hermana mayor — No es profesor. Y no es tan viejo como crees. Apenas tendrá cuatro o cinco años más que Carlos.

—¡Ah! ¡Menos mal! ¿Pero entonces... a qué se dedica? ¿Acaso es el conserje?

—No. Es el jardinero y... bueno, también trabaja en el mantenimiento.

—¡Así que jardinero!— exclamó el padre.

Anastasia se quedó callada mirándolo.

—Bueno, ¿y por qué le estabas dando tantas vueltas, en vez de decirlo desde un principio?

—Pues... porque pensé... que no te iba a gustar que no tuviese una carrera universitaria y que lo ibas a rechazar.

—Sí, en eso llevas razón, hija. Lo rechazo de plano. No quiero que salgas con él. Así que ya sabes.

Anastasia se quedó contraída. Empezó a mostrar un gesto de querer llorar y contestó:

—¡Pero... no puedes decirme eso...! ¡El que no tenga estudios universitarios no tiene nada de importancia! Es un hombre trabajador y bueno. El dinero o la posición social no es todo. Nos queremos y tenemos derecho a estar juntos y ser felices.

—¡Vaya, vaya! ¿Eres tú, Anastasia? ¿Eres tú quién está diciendo eso? ¡Hasta ahora ese discurso era típico de Carolina!, pero, ¿de ti? Me extraña mucho.

—¡No me importa lo que pienses!— respondió la joven acaloradamente — ¡Nos queremos y si no lo apruebas, lo sentiré mucho, pero igual voy a seguir con él!

El padre sonrió.

—¡Veo que hoy es el día de los rebeldes!— exclamó —¡Está bien, Anastasia! ¡Cálmate! Estaba probando cómo de fuertes eran tus sentimientos por ese muchacho. Lo mismo que he probado también a tu hermano. Tenéis los dos mi bendición, a pesar de que ya parece que no tengo tanto poder de convicción con vosotros como cuando erais pequeños. Pero supongo que es así como debe ser.

Anastasia sonrió contenta y sus hermanos le sonrieron también.

Más tarde, cuando el padre se había retirado, los tres hermanos comentaron entre ellos la reacción de su padre. Todos estaban de acuerdo en que su padre parecía estar cambiando, y volviéndose menos duro que años antes.

Cuando Carolina se fue a su cuarto para hacer un poco de siesta, se dio cuenta de que tenía un mensaje de Hugo en su móvil:

“Hadita, ¿conseguiste el desdoblamiento?”

Ella le contestó:

“Sí, ¿y tú?”

Estuvo esperando un poco, y al ver que no contestaba, se dijo: “Ya debe de estar ocupado.”.

Así que se acostó, pero justo en ese momento llegó un nuevo mensaje y se levantó para verlo:

“Sí. Fue increíble. Ahora no puedo hablarte. Te llamo esta noche.”.

Carolina volvió a acostarse muy contenta.

Trató de hacer el desdoblamiento otra vez, pero en algún momento, su mente se distrajo y se quedó dormida sin darse cuenta.

Más tarde, en la noche, cuando la llamó Hugo, pudieron contarse sus experiencias.

—¡Ha sido increíble, hadita!— le dijo él — El caso es que como me ha impresionado bastante, enseguida volví al cuerpo, pero ha sido una experiencia extraordinaria. Esta noche pienso hacerlo otra vez.

—Sí. Yo también. Quiero ver si esta vez también aguanto más.— contestó ella — Pero te prevengo que hay que estar muy concentrado, porque como se vaya uno detrás de un pensamiento, pierde la oportunidad.

—Sí. Ya me he dado cuenta. Pero la verdad es que tengo muchas ganas de hacerlo, así que voy a hacer lo posible para no distraerme.

—No te acuestes muy tarde, que si estás muy cansado te va a costar más.— le aconsejó la joven.

—Sí, ya lo sé. En cuanto llegue a casa, me tomo cualquier cosa y me acuesto.

Carolina sonrió.

Continuaron hablando un poco más de otras cosas y enseguida se despidieron.

La joven se acostó y se dispuso a hacer de nuevo la práctica. Pero esta vez la emoción le jugó una mala pasada: se desveló completamente y su mente estaba ya demasiado revuelta. Después de casi una hora, decidió levantarse y se fue a la cocina para calentarse un poco de leche.

Y un buen rato más tarde, sintió que tenía sueño, así que volvió a acostarse, pero se durmió enseguida, sin estar consciente de ello.

Capítulo 27

Al día siguiente, durante la comida, Anastasia le preguntó a su padre:

—¿Te parece bien que mi novio venga mañana para que os conozcáis?

—¿Mañana? ¡Ah, sí! ¡Que mañana es fiesta! Vamos a ver...— dijo pensativo— Por la mañana quiero ir al club, pero... ¡está bien! Dile que venga por la tarde. Que venga a las seis.

—Vale.—dijo Anastasia, contenta.

—Anastasia, hija, todavía no me has dicho cómo se llama ese joven.

—Se llama Hugo, papá.

—¿Hugo?— repitió el padre —¿También se llama Hugo?

—Sí.— respondió la joven riéndose.

El padre miró a Carolina y ésta lo observó intrigada. Pero él no dijo nada y ella se quedó sin saber en qué estaría pensando su padre.

—Bien, y tú, Carlos, ¿vas a invitar a tu novia?

—La verdad es que teníamos pensado irnos todo el día a pasarlo por ahí, pero al final ella se tiene que quedar con su abuela por la tarde. Así que nos veremos por la mañana y comeremos juntos. Pero quiero invitarla a comer fuera.

A Carolina le hubiera gustado que su hermano la llevara a su casa, pero comprendía que ellos deseaban estar solos.

El padre volvió a mirarla.

—¡Por supuesto, ese joven también vendrá a verte a ti! — le dijo.

Ella no entendió de primeras de quién hablaba su padre, pero después se dio cuenta de que hablaba de Hugo. Se sintió un poco cohibida.

—¿Te refieres a Hugo?... ¿A Hugo, el amigo de Carlos?

—¿A quién si no?— dijo el padre muy serio.

—Pues... no sé si vendrá...

—Apuesto a que sí. — contestó él con ironía.

La joven lo miró con reproche, pero no dijo nada.

Carolina sentía que su padre no terminaba de tragar a Hugo. Parecía que había cambiado algo, pero al joven todavía lo tenía entre ceja y ceja, y eso le incomodaba.

Por la noche, cuando la llamó Hugo, éste le preguntó qué tal había ido el experimento que estaban llevando a cabo y ella le contó lo que le había pasado la noche anterior y que durante la siesta, también se durmió sin darse cuenta.

—¿Y tú?— le preguntó Carolina a él.

—Yo tampoco.— respondió el joven— Pero no te desanimes. Esta noche, lo haremos otra vez. Es lógico que si estamos empezando no nos sea fácil al principio. Sin embargo, ya sabes lo que dicen: “el que la sigue la consigue”.

Carolina sonrió y le contestó:

—Sí, es verdad.

Continuaron hablando un poco más acerca de cómo seguía la joven de salud y después se despidieron.

Después de colgar el teléfono, ella vio que no tenía sueño, así que se puso a

dibujar un poco para relajarse.

Al cabo de un buen rato se acostó, relajó su cuerpo y se concentró en su Padre interno para pedirle que le ayudase a concentrarse y a hacer el desdoblamiento de forma consciente. Y después se quedó atenta a que el sueño fuera llegándole. La misma concentración fue atrayendo la somnolencia, y siguiendo los mismos pasos que la vez anterior, consiguió desdoblarse.

Después de verificar que se había salido del cuerpo, se fue directamente hacia el salón de su casa y luego hacia el balcón. Entonces saltó desde el balcón y se puso a volar. Carolina se sentía realmente dichosa, pues la sensación era maravillosa. Estuvo sobrevolando por encima de la ciudad y luego decidió alejarse hacia las afueras. Lo hacía a una velocidad muy rápida. Aunque era de noche, podía ver con claridad. Luego se paró y miró hacia atrás viendo que la ciudad se había quedado muy lejos. Pensó: “Esto es increíble” y en ese momento sintió que volvía al cuerpo y se despertó.

La joven se dijo: “Ha sido fantástico. Voy a salir otra vez”. Y se concentró de nuevo. Y de nuevo se desdobló.

Se dirigió al balcón del salón para reemprender el vuelo. Desde allí, sobrevoló de nuevo la ciudad, pero se sentía tan bien volando, que se dejó llevar por la sensación y sin querer, empezó a soñar y se olvidó que estaba soñando. Y de esa manera, siguió soñando, hasta la mañana siguiente.

Cuando se despertó ya era de día. Se quedó pensando y se dio cuenta de que la segunda vez que se desdobló, se identificó tanto con la sensación, que perdió el recuerdo de sí y continuó soñando como siempre.

Con la intención de mantenerse en estado de autoobservación, el mayor tiempo posible, se levantó y después de ir al baño, se fue a la cocina.

Allí se encontró con su hermano.

—¡Qué temprano te has levantado hoy!— dijo Carolina.

—Bueno, no es tan temprano. Son las diez. He quedado con Nita a las diez y media. Así que me bebo este café y me largo.

—¡Qué bien!—

—¿Va a venir Hugo?— preguntó él.

—No he quedado en nada.

—Ayer, en el curso, lo noté un poco melancólico.— comentó el joven.

—¿Melancólico?— repitió ella —¿Por qué? ¿Qué le pasaba?

—No lo sé. De vez en cuando se quedaba como ensimismado en sus pensamientos y lo vi menos risueño que de costumbre. Le pregunté si le pasaba algo y me dijo que sólo estaba un poco cansado.

—¡Ah!— dijo Carolina, pensando para sus adentros: “seguramente estaba un poco frustrado por no haberse podido desdoblar anteanoche”.

—¡No creo que estuviera enfermo!— exclamó Carlos.

—¿Enfermo?— se alarmó la muchacha —¿Pero tenía mala cara?

—No, mala cara, no. Pero estaba más distraído. Quizás le preocupe algo. Bueno, yo tengo que irme. ¡Hasta la tarde, Caro!

—¡Hasta la tarde! ¡Que os lo paséis bien!— respondió ella.

Carolina se quedó preocupada. Pensó: “¿Sería eso? ¡No creo que esté enfermo! ¡Precisamente él que conoce todas estas cosas! ¡Es imposible!”.

Terminó de desayunar y se fue a su cuarto.

Pensó: “¿Lo conseguiría anoche?... ¡Voy a enviarle un mensaje!”

Escribió:

“¿Estás despierto?”

Y se lo envió.

Momentos después la llamó él.

—¡Hola hadita! ¿Qué tal?

—Mejorando. ¿Y tú?

—Yo estoy bien.

—¿Lo conseguiste anoche?

—No. Creo que estaba demasiado cansado y me quedé dormido.

—Carlos me ha dicho que ayer te vio un poco melancólico.

—¡Ah!— el joven hizo un pequeño silencio y luego siguió hablando—..., no te preocupes... Estoy bien... Era sólo que estaba un poco cansado.

—Pensé que quizás te sentías triste por no haber conseguido desdoblarte.

—¡No!, ¡no! Me hubiera gustado conseguirlo, por supuesto, pero no me desanimó por ello. De hecho, lo seguiré haciendo.

Carolina intuyó que había algo más que él no decía.

—¿Pero no estás enfermo?

—No. No estoy enfermo.

—¿Estás preocupado por algo? ¿Tienes algún problema?

El joven se volvió a quedar callado unos segundos y después respondió:

—No te preocupes. Estoy bien. Sólo estaba cansado.

—Es que trabajas mucho, Hugo.— replicó ella— ¿Por qué no aprovechas los días de fiesta para descansar? Hoy podrías haberte quedado durmiendo hasta tarde. Y también te vendría bien salir por ahí para despejarte un poco.

—¡Estoy bien! ¡No te preocupes!— insistió él.

—Y encima, los fines de semana que podías librarte, vienes a verme a mí. ¡Cómo si no tuvieras bastante durante la semana!

—No digas eso, hadita. Tú sabes que voy con gusto a verte.

—Eres muy amable, pero deberías de aprender a decir que no.

—¡No!— dijo él, riéndose —¡Anda hadita, no saques las cosas de quicio! ¡Estoy bien, de verdad! ¡Y voy a verte porque quiero! ¡Nadie me obliga!

Ella sonrió y luego le dijo con dulzura:

—¿De verdad estás bien? ¿No estás enfermo? ¿No te preocupa nada?

—¡Tranquila! ¡Estoy bien!— respondió él, también con ternura.

Ella se rio.

—Eres tú la que se tiene que cuidar.— le recordó el joven — Te has levantado hoy pronto, ¿no?

—Sí. Últimamente me voy despertando cada día un poco más temprano.

—Pero, ¿has descansado bien?

—Sí. De hecho me voy sintiendo con un poco más de fuerza.

—Bueno, eso está muy bien. Aún tendrás que tener un poco de paciencia, pero verás cómo dentro de muy poco estarás completamente bien. ¡Eso sí: no te metas en camisa de once varas, preocupándote por unos o por otros!

—¡Está bien, doctor!— exclamó Carolina, de broma.

—¡Así me gusta! ¡Una paciente obediente!— bromeó él también.

Carolina tenía muchas ganas de preguntarle si iba a ir aquella tarde, pero no se atrevió.

—Bueno, entonces si estás bien, de verdad... —empezó a decir ella.

—Gracias por preocuparte por mí. Pero estate tranquila. Todo va bien. Ahora, tengo que dejarte porque me están esperando mis hermanos.

—¡Ah!— exclamó la joven, cohibida— ¡Perdona! ¡No sabía que estabas ocupado!

—No importa. Llámame siempre que quieras.

—Sí, bueno... Entonces no te entretengo más. ¡Adiós!

—¡Espera! ¡No cuelgues!— dijo él.

—¿Qué pasa?

—¿Nos vemos esta tarde?

Ella se sintió feliz, pero no deseaba que él se sintiera comprometido.

—No sé...— contestó.

—¿Tienes visita?— le preguntó Hugo.

—¡No! ¡No!

—¿Quieres estar tranquila esta tarde?

—No es por mí, Hugo. Es que deberías tomarte el día libre para ti.

—Por favor, hadita, no me digas eso. Ya te he dicho que voy a verte porque quiero. ¿No sabes que me gusta estar... quiero decir, hablar contigo? ¡A no ser que yo te resulte un pelma y prefieras estar tranquila!

—¡No, claro que no! ¡A mí también me gusta hablar contigo!

—Entonces, ¿nos vemos esta tarde?

—Sí.— contestó ella con total seguridad.

—¿Me das el toque?

—Sí— respondió feliz.

—¡Entonces hasta luego!— dijo Hugo.

—¡Hasta luego!— respondió ella.

Carolina colgó y se tumbó en su cama pensando en el joven: “¿Será verdad que me quiere? Sin embargo..., lo he notado un poco raro. Creo que algo le pasa, pero no quiere hablarlo. No sé. Tal vez tenga problemas en el trabajo... O a lo mejor es por algún paciente.... Pero bueno, lo mejor será que no le dé vueltas. Está tarde cuando venga, ya hablaremos. ¡Qué bien que sea fiesta! ¡Así podré verlo antes del fin de semana!”

Capítulo 28

Nada más despertarse de la siesta, le dio el toque a Hugo y luego se fue a merendar.

Al pasar por el salón, vio que Carlos y Anastasia estaban allí, hablando. Así que entró en la cocina, se preparó una bandeja con un vaso de leche y un trozo de bizcocho, hecho por Eloisa, y se fue al salón a merendar en compañía de sus hermanos.

Carlos le sonrió al verla entrar, pero su hermana Anastasia parecía muy nerviosa. Carolina se sentó en la mesa para comer, mientras los miraba curiosa.

—¿Qué pasa?— preguntó.

—Papá lleva ya más de tres cuartos de hora en su despacho con el novio de Anastasia.

Carolina se sorprendió al principio, pero luego recordó que el día anterior, su padre había quedado con su hermana en ver a su novio esa misma tarde a las seis.

—¡Ah! ¡Es verdad! ¡Ya no me acordaba!— exclamó.

—¡Debe de estar comiéndoselo vivo!— bromeó su hermano.

—¡Carlos!— gritó Anastasia presa de los nervios.

El joven se rio.

—¡Tranquila, que sólo era una broma!—dijo.

Carolina tuvo que reprimir la risa.

—No te preocupes, Anastasia.— dijo— Papá ya no es tan duro como antes. Seguramente le gusta hacernos creer que es así, pero en realidad es más comprensivo de lo que pensábamos.

Su hermana la miró agradecida.

—Ojalá que llesves razón. —dijo Anastasia— Pero aun así, siento miedo por cómo va a tratar a mi pobre Hugo.

Carolina sonrió, hasta que de pronto se dio cuenta de algo. “¡Hugo! ¡Oh, no! ¡Hugo!”, se dijo. Y miró a Carlos con cara de asustada.

Éste se dio cuenta y le dijo:

—¿Qué pasa, Caro?

La muchacha se levantó llena de un gran nerviosismo.

—Carlos, yo había quedado con Hugo. ¡Viene para acá y llegará en cualquier momento!

—Supongo que te refieres al Hugo de Carlos —dijo Anastasia— O más bien tendríamos que decir tu Hugo, porque ahora está más contigo que con Carlos.

Ella asintió, asustada.

—¿Y cuál es exactamente el problema?— preguntó su hermano.

—Pues que... se va a encontrar con... — no se atrevió a terminar la frase delante de su hermana, que no sabía nada del tema.

Pero Carlos se quedó pensativo y tras unos segundos pareció comprender.

—¿Quieres decir que se va a encontrar con papá?— dedujo Anastasia. —Bueno, eso ya no es ningún secreto. Él ya sabe cómo es papá. Pero el que a mí me preocupa es mi novio.

Carolina no quería hablar, pero miró a su hermano angustiada.

—No te preocupes, Caro. Quizás ésta sea la solución.— le dijo éste.

—¡No!— exclamó ella, negando también con la cabeza. —¡No puede ser! ¡Así no!

Lo que Carolina temía es que Hugo se enterara de que el novio de Anastasia se llamaba igual que él y de esa manera también se daría cuenta de que el verdadero amor de la muchacha era él mismo. Entonces su secreto saldría a la luz, y ella no podría seguir tratándolo como siempre, pues la joven seguía convencida de que él sólo la apreciaba como una simple amiga.

En ese momento llamaron a la puerta. Carolina miró suplicante a su hermano.

—Abre tú, Carlos. Y explícale que papá está viendo al novio de Anastasia y que no es buen momento ahora.

—¿Estás segura?— le preguntó su hermano.

—Sí...— dijo Carolina.

Pero después de pensarlo, exclamó— ¡Oh, no! ¡Yo lo he llamado y le he hecho venir para nada!

—Caro, ¿Por qué no te enfrentas a esto de una vez? ¡Estoy seguro de que en el peor de los casos, él lo va a entender!

Ella se mordió el labio, dudando, y pensó: “Lleva razón. Esto tengo que solucionarlo ya, o me va a crear otra enfermedad.”

—Está bien. Yo abriré.— dijo.

La muchacha fue hasta la puerta de entrada, con todos los nervios cogidos en el estómago. Se paró unos segundos delante de la puerta, respiró varias veces y luego abrió.

Hugo estaba allí, con su sonrisa. Ella intentó sonreír también, pero su miedo le impedía hacerlo abiertamente.

Él se dio cuenta y le dijo:

—¿Qué pasa, hadita?

Carolina no sabía si llorar, si salir corriendo a su cuarto o si confesarle allí mismo la verdad. El joven entró y cerró la puerta tras de sí y luego le tomó las manos, y mirándola con su ternura habitual, volvió a preguntarle:

—Carolina, ¿qué ocurre?

Pero ella estaba completamente bloqueada.

Finalmente salió Carlos y vio la situación.

—Hola, Hugo, ¿qué tal?

—Carlos, ¿qué ha pasado?— preguntó su amigo, extrañado.

—Nada grave. Mis hermanas que son unas exageradas.— contestó el hermano de la joven, agarrando a Carolina por un brazo y llevándola hacia el salón — Es que el novio de Anastasia se está entrevistando con “el general”, y no sabemos si saldrá vivo.

—¡Carlos! ¡No tiene ninguna gracia!— protestó Anastasia.

Su hermano sonrió mientras dejaba a Carolina sentándose en un sillón, siendo seguido por Hugo, el cual miraba preocupado a la muchacha.

—Es la primera vez que viene a casa,— explicó Carlos — y mi padre debe de estar inflándolo a preguntas. Bueno, ya me entiendes.

—Sí, claro.— respondió Hugo, sin dejar de mirar a Carolina.

—Caro, estás asustando a Hugo.— dijo su hermano — Va a creer que estás peor.

La muchacha reaccionó y lo miró.

—¡No! ¡Estoy bien! No te preocupes. He dormido bien, y he comido... e incluso

he merendado algo. Estoy bien, de verdad— dijo, e hizo un esfuerzo para sonreírle.

—Bueno,— intervino Anastasia, dirigiéndose a Hugo —la verdad es que mi esperanza es que si mi padre ha sido capaz de admitirte a ti, no será tan difícil que apruebe a mi Hugo.

Carolina miró a Carlos y empalideció. Éste se sentó a su lado y le dio la mano.

Pero Hugo no pareció haber escuchado. Seguramente porque estaba más pendiente de Carolina que de lo que le decía Anastasia.

—¿No crees, Hugo?— insistió Anastasia que, por otro lado, estaba tan preocupada por su novio, que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué?— dijo el joven, desorientado.

—Digo que si mi padre, que te tenía tanta manía, te ha aceptado, a mi Hugo le será más fácil convencerlo de que lo apruebe, ¿no?

Entonces el joven sí pareció escuchar esta vez.

—¿A tu Hugo?— dijo extrañado —¿qué es eso de tu Hugo?

—¡A mi Hugo! ¡A mi novio!— contestó Anastasia.

Él se quedó parado un momento, mirándola con extrañeza y luego le preguntó:

—¿Tu novio se llama Hugo?

—Sí. ¡Ah, claro! ¡Es que tú no lo conoces!

El joven se quedó pensativo y luego susurró:

—Así que tu novio, tiene el mismo nombre que yo.

—¡Sí! ¿No es casualidad?— se rio Anastasia — Entre mi hermana y yo, para no confundirnos, a mi novio le decimos mi Hugo, y a ti... antes te decíamos el Hugo de Carlos, pero últimamente, más bien eres el Hugo de Caro, porque estás más con ella que con mi hermano.

El joven se quedó unos momentos reflexionando mirando al suelo y luego muy despacio levantó la cabeza y miró a Carolina.

Ésta lo estaba mirando también, pero no pudiendo soportarlo más, bajó la cabeza avergonzada.

Luego Hugo miró a su amigo que también lo estaba observando, y le preguntó a través de señas muy sutiles, señalándose a sí mismo, y Carlos sonrió y asintió, también de una forma muy discreta.

Hugo soltó el aire y luego sonrió, cerrando unos segundos los ojos y haciendo un gesto que parecía indicar que por fin había comprendido.

En ese momento apareció el padre por la puerta y dijo:

—Anastasia, ven, quiero hablar también contigo.

La joven se levantó para irse con él, pero su padre se había quedado mirando a Hugo y a sus otros dos hijos que lo observaban en silencio. Se paró para fijarse con más detenimiento en su hija y le dijo:

—Carolina, parece ser que he ganado la apuesta.

Y luego se dirigió al joven en un tono grave:

—Veo que te estás convirtiendo en un habitual de esta casa.

La joven se sintió avergonzada por la rudeza de su padre, y tanto Carlos como Anastasia también se sintieron violentos.

Hugo también pareció sorprendido, pero no se dejó intimidar.

—Supongo que no le molestará que su hija esté bajo estrecha vigilancia médica.— le contestó sonriendo pero con firmeza.

Los tres hermanos se quedaron asombrados de la respuesta retadora del joven.

El padre emitió una muy leve sonrisa, como mostrando que aceptaba el duelo y le contestó:

—No, claro que no. Pero me pregunto si es ésa la verdadera razón de que estés aquí.

El joven se sonrió y miró a Carolina, y luego respondió:

—Bueno, no voy a negar que no es la única razón.—

El padre asintió con la cabeza sin dejar de mirarlo y después se dirigió a su hija mayor:

—¡Vamos Anastasia!, tu pretendiente nos está esperando en el despacho.

Y se marchó con ella.

—He de admitir que no hay mucha gente que le plante cara de esa forma a mi padre.— comentó Carlos. —Desde luego, ha sido un momento algo tenso.

Hugo sonrió observando a Carolina y, viendo que ésta había vuelto a desviar su mirada hacia el suelo, dijo:

—Carlos, ¿me dejas hablar con tu hermana unos momentos?

—¡Claro!— respondió éste, soltando la mano de ella y levantándose para irse.

La muchacha y el joven se quedaron solos.

Ella seguía sin mirarlo.

Él se sentó a su lado y empezó a hablar:

—¡Así que el novio de tu hermana se llama Hugo!... ¿Sabes que es el primer Hugo que conozco aparte de mí? ¡Es curioso, ¿no?!... El caso es que... creo recordar que me dijiste que el joven al que quieres... se llama igual que el novio de Anastasia... ¡No me digas que no tiene gracia! ¡El novio de Anastasia, y el chico al que quieres, se llaman igual que yo! ¡Qué casualidad, ¿no?!

Carolina levantó la cabeza y lo miró asombrada, pensando: “¡No se ha dado cuenta! ¡No ha entendido que es él!”

Él le sonrió con su ternura de siempre.

—Pero hay algo más curioso que todo eso.— prosiguió él — Nunca te he hablado de la muchacha de la que yo estoy enamorado, ¿verdad?

La joven se puso en alerta.

—Es la chica más maravillosa que he conocido en toda mi vida y la amo profundamente.— dijo él — Sí, la verdad es que estoy coladito por ella.

Carolina le observaba, empezando a sentir ganas de llorar.

—Pero te decía que hay algo más curioso— continuó Hugo — ¿Sabes qué es?

Ella negó con la cabeza, porque no era capaz de articular ninguna palabra.

—Pues que la chica que amo, se llama igual que tú: Carolina.— contestó él.

La joven, no supo qué interpretar de aquello: ¿se refería a ella o a alguien que se llamaba como ella?

Hugo la miró a los ojos y le dijo:

—Se llama Carolina, pero yo le llamo hadita.

Carolina por fin comprendió. Entonces respiró sintiendo una mezcla de alivio y de felicidad inmensa y empezó a reírse.

Él le acarició la mejilla y le preguntó con dulzura:

—Entonces, ¿soy yo aquel chico del que nunca me querías hablar? ¿Es a mí a quién quieres? ¿No es a otro Hugo?

Y ella ya se sintió libre de hablar:

—Sí. Es a ti. Te quiero a ti. Tú has sido siempre mi primer y único amor.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos con ternura y luego se besaron. Y después se quedaron un rato, sentados muy juntos, cogidos de la mano y hablándose acerca de su amor.

Capítulo 28

Al cabo de un rato, escucharon voces y risas que venían del pasillo. Eran Anastasia y su novio, que entraron en el salón seguidos de Carlos, el cual echó un vistazo rápido a su hermana pequeña y a su amigo, y comprendiendo la situación, sonrió.

Hugo se levantó y Carolina los miró sentada en el sillón. Se sentía feliz pero bastante cansada.

—Caro, ¿te acuerdas de Hugo?— dijo Anastasia —Bueno, de mi Hugo, claro.— aclaró, riéndose.

La hermana pequeña asintió sonriendo.

—Sí, claro que me acuerdo.— dijo levantándose para saludarlo.

Él se acercó a ella.

—Hola Carolina, ¿cómo estás?— le dijo el joven, amablemente.

—Hola, me alegro de volver a verte.— contestó ella.

Los dos se dieron un par de besos.

—Anastasia me ha hablado mucho de ti— dijo Carolina, volviendo a sentarse.

—Y a mí también me ha hablado de ti. Ya tenía ganas de verte. ¿Y cómo te encuentras?— respondió él.

—Pues... voy mejorando poco a poco. Gracias

Luego, dirigiéndose al otro Hugo le dijo:

—Y tú debes de ser mi tocayo, ¿no?

Hugo se rio:

—Así es.

—También me ha hablado Anastasia de ti. Y sé que eres tú quien está tratando a Caro.

El otro asintió, sonriendo.

—Bueno, ya que todo el mundo está presentado, contadnos cómo ha ido la cosa.— intervino Carlos.

—Yo creo que papá lo ha aceptado de bastante buen grado.— comentó Anastasia.

—Bueno, sí. Al final, sí.— aclaró su novio— ¡Pero tengo que reconocer que al principio he sudado la tinta gorda!

Todos se rieron.

—¿Lo ves, Anastasia?— dijo Carlos —¡Ha salido vivo y entero!

Los chicos continuaron riéndose.

—Ya os había dicho que no es tan duro como aparenta ser.— les recordó Carolina.

—¡Es posible! ¡Pero es que aunque sea apariencia, da miedo!— bromeó el novio de su hermana.

Siguieron las risas.

—¡No, pero ya en serio!— continuó el novio de Anastasia — Nunca hice la selectividad, pero... ¡el examen que me ha hecho vuestro padre debe de ser algo muy

parecido!

—¡Pues eso no es nada!— dijo Anastasia — Al menos, he visto que no te trataba tan mal. De hecho, parecía que casi estaba de buen humor.

—Sí, cuando tú has entrado sí. Ha venido bastante cambiado, porque cuando se encontraba conmigo a solas, tenía una cara muy, ¡pero que muy seria!

—Pues no sé. Porque cuando fue a llamarme, también estaba bastante serio. No entiendo por qué habrá cambiado.— comentó Anastasia, pensativa.

—Tengo una ligera sospecha de cuál ha sido la razón— intervino Carlos, sonriendo y mirando a su amigo.

Éste no se dio por aludido.

—Bueno, nosotros nos vamos a ir— anunció Anastasia —¿verdad, cariño?

—Sí.— respondió su novio —Me ha gustado veros, y espero que a partir de ahora, nos encontraremos más a menudo.

Los demás asintieron y después de despedirse, la pareja se marchó.

En ese momento apareció el padre.

—¿Se han ido ya Anastasia y su pretendiente?— preguntó.

—Sí.— contestó Carlos.

—¡Ah!— respondió el padre observando a Carolina.

Ésta le sonrió y él sonrió también.

Luego miró más serio a Hugo y le preguntó:

—Y bien, ¿Cómo ves a mi hija? Me ha parecido antes que estaba un poco más pálida de lo normal.

—Sí. Tiene usted razón.— contestó él— Yo también me he dado cuenta, pero como verá, ya tiene mejor color. Ha sido algo momentáneo.

—Ya... ¿Y según tú, a qué se ha podido deber?

—Pues..., a que haya tenido un pequeño susto.

—¿Un susto? ¿Y a cuento de qué?— preguntó el padre, algo alarmado, dirigiéndose a Carolina.

—Papá, estoy bien.— respondió ella— Es que estaba un poco nerviosa... por el novio de Anastasia... Pero ya que he visto que han salido tan contentos y que tú lo has aprobado, me siento más tranquila.

—No se preocupe. — añadió Hugo —La tensión que ha tenido no ha durado mucho. Ella va a estar bien, ya lo verá.

—¡Ah!... En ese caso... ¡menos mal que estabas tú aquí y que mi hija estaba bajo estrecha vigilancia!, ¿no?— ironizó el padre.

La joven lo miró con un gesto de reproche.

—¡Papá!

—¿Qué pasa, Carolina? ¿Acaso no es cierto? ¡Gracias a que tu médico viene a verte cada vez que puede, tienes más posibilidades de curarte!, ¿no?— siguió diciendo su padre con la transparente intención de provocar al joven.

La muchacha no sabía qué contestarle a su padre.

—Estoy seguro de que si fuera por él, estaría aquí todo el día, vigilándote... — continuó el padre, presionando con más ahínco— ... ¡médicamente hablando, claro! ¿No es cierto, joven?

Aunque sus hijos estaban presenciando una especie de duelo, Hugo no se molestó, sino que más bien parecía estar divirtiéndose.

—¡Está bien! ¡Lleva usted razón!— contestó Hugo, sonriéndose — Confieso que

es usted mucho más perspicaz que yo, y por ello ha observado detalles que se me habían pasado por alto. Usted tenía razón y yo me equivoqué. Pero ahora que ya me he dado cuenta, lo reconozco.

Carolina no comprendió de qué estaba hablando y Carlos también parecía algo desorientado. Pero el padre lo miraba fijamente con una media sonrisa en los labios.

—Le prometí que le diría si la situación que usted parecía adivinar se producía,— continuó Hugo— y voy a hacerlo.

Carlos se quedó asombrado al comprender de qué estaba hablando su amigo.

—Muy bien.— contestó el padre — ¡Adelante! ¡Habla!

Hugo cogió la mano de Carolina y la miró tiernamente.

—Amo a su hija.— dijo — La quiero desde la primera vez que la vi. Pero como la conocí siendo ella una niña, siempre la he tratado como si fuera mi propia hermana. Hemos tenido muy pocas ocasiones de vernos, pero para mí han sido muy intensas. Hasta hoy mismo, creí que ella sólo me apreciaba como amigo, pero por esos milagros de la vida, los dos hemos descubierto que estamos enamorados el uno del otro. Y ahora que lo sé, le prevengo que no voy a dejar que nada ni nadie nos separe.

Carolina estaba maravillada por la franqueza con la que Hugo acababa de hablarle a su padre. Su hermano parecía sentir admiración por su amigo. Pero el padre después de quedarse mirándolo pensativo, empezó a sonreír. Cosa que asombró a sus hijos.

—¡Desde luego que eres poco perspicaz!— le dijo el padre a Hugo— ¡Cualquiera que te hubiera visto al lado de Carolina, se habría dado cuenta enseguida! ¡Y a ti, hija, lo mismo te digo! ¡No habéis sabido disimular, ni un poquito! Bueno, Hugo, eso es algo a tu favor. Me gusta que seas franco y que sepas luchar por lo que quieres.

—Gracias.— respondió el joven —Viniendo de usted, eso es todo un cumplido.

La joven se agarró a la cintura de Hugo muy contenta.

—Papá, ¡has sido muy duro con Hugo, pero ya no me importa, porque sé que en el fondo te gusta!

—¡Bueno, bueno, no exageremos!— exclamó el padre.

Los tres jóvenes se rieron.

—En todo caso, Hugo,— continuó el padre —lo que sí doy por hecho es que tendrás en cuenta el estado en el que se encuentra Carolina en estos momentos.

—Lo tengo en cuenta. No se preocupe.— respondió el joven, mirando feliz a su enamorada.

Después de esto, el padre le propuso a Hugo quedarse a cenar y éste aceptó encantado. Durante la cena, estuvieron hablando sobre la Nueva Medicina Germánica, y Carolina pudo comprobar que su padre parecía estar cada vez más convencido.

Capítulo 29

Cuando Hugo se tuvo que marchar, el padre y el hermano de la joven, los dejaron a solas para que se despidieran.

—¡Qué feliz me siento en estos momentos, Hugo!— le dijo Carolina, mientras se cogían de las manos.

—¡Yo también, hadita!

—Estoy muy contenta. Cuando llegaste creí que se me iba a venir el mundo encima, y ha resultado todo lo contrario. Tú me quieres, yo te quiero y mi padre está de acuerdo, ¿qué más podemos pedir?

—Tienes razón. Por ahora, nos basta con eso.— contestó él — ¡Pero también me gustaría poder verte mañana y pasado y el otro...! ¡Esperar hasta el sábado! ¡Me va a parecer una eternidad!

—Sí, es verdad. ¡A mí también!

—Quizás voy a tener que acortar el horario de visitas por la tarde y así podremos vernos. No podrá ser esta semana, porque ya tengo comprometidas las horas, pero a partir de la siguiente no cogeré a nadie después de las ocho. Así podré llegarme para verte.

—Vale.— dijo ella acercándose a él y abrazándolo.

—De todas maneras te llamaré.— le advirtió Hugo, mientras la rodeaba con sus brazos.

—Me gustaría que no tuvieras que irte todavía.— dijo la joven.

—Y a mí me gustaría quedarme contigo. Pero son ya más de las once y tú deberías de acostarte ya. Esta tarde has tenido demasiado alboroto.

—Sí, bueno. Pero dime una cosa— dijo Carolina separándose un poco de él — Entre nosotros tiene que haber total confianza, ¿no?

—Sí, claro.

—Esta mañana cuando te pregunté que si estabas bien, y me contestaste que ayer sólo estabas cansado ¿me estabas diciendo la verdad?

Hugo sonrió.

—La verdad es que no del todo. Es cierto que ayer estaba bastante cansado, pero lo cierto es que llevaba varios días con el ánimo un poco bajo. Desde que me dijiste que querías a un chico, que por supuesto no sospeché que era yo, me sentí bastante defraudado. Pero en estas últimas semanas, cada vez que estábamos juntos, me sentía más y más enamorado de ti. Y de hecho, el último día que nos vimos, cuando me abrazaste, tuve que retenerme para no confesarte mis sentimientos, pues pensaba que si lo hacía, como creía que querías a otro, te sentirías cohibida conmigo y no querrías seguir viéndome con la misma confianza. Así que conformándome con la relación que teníamos y no queriendo perderla, me callé y disimulé lo más que pude. Sin embargo, el ponernos de acuerdo para hacer el desdoblamiento me hizo sentirme más unido a ti. Y aunque a ratos me he venido un poco abajo, he mantenido la esperanza, ya que cuando llegaba la noche y te llamaba, podía escuchar tu voz y sentirme consolado. Además el proyecto del desdoblamiento en sí mismo también me ha animado un poco

más.

Carolina sonrió.

—Pues yo también creí que si tú sabías que era a ti a quien yo quería, ya no querrías hablar conmigo de la misma manera. Por eso cuando me preguntabas por ese supuesto chico, que si me llamaba, y que si había venido, te decía que sí, pero no podía decirte nada más. Y por supuesto, todos los días estaba deseando que me llamaras.

—¡Oh, hadita!— exclamó él, volviendo a abrazarla — ¡Y pensar que estás enferma porque creíste que tu hermana y yo estábamos juntos! ¡Lo siento mucho! ¡Si yo te hubiera declarado mi amor antes, ahora no estarías enferma!

Ella volvió a separarse de él para mirarle a los ojos.

—¡Pero Hugo! ¡Siempre te tengo que recordar, que no tienen los demás la culpa! ¡Es el cómo me he tomado yo las cosas! ¡En realidad, los culpables son los yoes que llevamos dentro!... Pero, ya no tenemos que lamentarnos de nada. Ahora estamos juntos, ¿no?

—Sí. Llevas razón, como siempre. Ahora estamos juntos, totalmente.— le contestó él.

Después la besó dulcemente y Carolina le correspondió, sintiéndose muy feliz.

Luego abrió la puerta, y le dijo a la joven:

—Escucha: ¿qué te parece si quedamos esta noche en el mundo astral?

Ella se sorprendió, pero se rio.

—¿Pero cómo podemos hacerlo? Tendríamos que ponernos de acuerdo para hacer la práctica a la misma hora y, por supuesto, no fallar.

—Sí. Eso es cierto.— contestó él — Pero mira, vamos a hacer lo siguiente: ponemos el despertador a media noche, digamos a las dos. Luego hacemos la práctica y quedamos... aquí abajo, en el portal de tu casa, ¿qué te parece?

Ella sonrió.

—Vale. Por mí, vale.—dijo.

Los jóvenes se dieron algunos besos más, y enseguida Hugo se marchó.

Carolina se dirigió al salón, donde aún permanecían su padre y su hermano.

Ellos la observaron.

—Caro, ¡si te vieras la cara que tienes!— le dijo Carlos sonriendo — ¡Cualquiera diría que estás en el cielo!

—¡Y es que así me siento!— contestó ella.

Luego miró a su padre, se acercó a él y lo abrazó.

Éste se quedó, al principio sorprendido, pero luego la abrazó él también.

—¡Gracias, papá!— exclamó ella — ¡Gracias por aceptarlo y por ser amable con él!

El padre pareció emocionarse, pues los ojos le brillaron un poco, pero se aclaró la voz y le respondió:

—¡Bueno, bueno, vamos a ver!... ¡de todas maneras, que tenga cuidado, que él sí que va a estar bajo estrecha vigilancia!

Carlos soltó una carcajada y Carolina se rio también, mirando a su padre agradecida.

—Y en cuanto a ti, ¿qué haces levantada aún? ¡Ya tendrías que estar acostada y durmiendo! ¡Que tu médico ha ordenado reposo absoluto!

—Sí. Ya voy.—contestó ella, obediente y necesitada de descanso — ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!— respondieron su padre y su hermano al mismo tiempo.

Capítulo 30

Carolina se fue a su cuarto, puso el despertador a las dos, y se acostó. Pidió ayuda a su Padre interno para el desdoblamiento y se concentró esperando el sueño. Pero en algún momento se le coló un pensamiento sobre Hugo, con el cual se identificó, y de ese pensamiento se fue a otro y después a otro... y al final se durmió sin darse cuenta.

A las dos sonó el despertador. Ella se levantó, fue al baño para despejarse un poco y luego volvió a acostarse. Pidió ayuda a su Padre interno para la práctica y se concentró de nuevo, estando más alerta para no identificarse con ningún pensamiento, por muy atrayente que pareciera.

Enseguida notó la somnolencia y cuando sintió que era el momento, se levantó de su cama y comprobó, haciendo un salto, que se había desdoblado. Luego se fue hacia el balcón del salón y desde allí saltó hacia la calle.

Hugo no estaba. Pensó: “¿Lo habrá conseguido?... Bueno, voy a esperar un poco. Mientras, voy a seguir experimentando un poco.” Y se puso a sobrevolar un poco la calle.

Al cabo de unos momentos, el joven apareció. Al verse, los dos se pusieron muy contentos.

—¡Esto es fantástico!— dijo él.— ¡El sueño de todo hombre de poder volar, aquí es una realidad!

—¡Sí! ¡Es verdad! Pero hay que tener mucho cuidado con no identificarse con ninguna sensación, por muy placentera que sea, porque si no, nos quedaremos dormidos de conciencia y lo único que haremos será soñar, como todas las noches.

—¡Ah, claro!— comprendió el joven —Bueno, ¿qué te parece si recorremos un poco la ciudad a ver si encontramos algo interesante?

—¡Vale!— contestó ella.

Y los dos se pusieron a sobrevolar las calles. Al cabo de un rato llegaron hasta un hospital.

—Hugo, entremos en el hospital. Quiero ver algo.— dijo la joven.

—De acuerdo.— dijo él.

Y los dos entraron.

Estuvieron recorriendo los pasillos hasta que en un momento dado, escucharon lamentos en una de las habitaciones. Los dos entraron para ver qué ocurría.

Se trataba de un enfermo que acababa de morir, y sus familiares estaban llorando.

—¡Hadita, mira!— dijo Hugo señalando a un hombre que estaba junto a la cama del fallecido.

Carolina lo observó y se dio cuenta que era la parte astral de la persona que había fallecido.

Entonces Hugo le dijo al hombre:

—¿Se ha dado cuenta usted de que se ha muerto?

El hombre le miró extrañado.

—¿Qué dices? ¡Yo no me he muerto!

—Pero ¿no se da cuenta?— insistió Hugo— Es su cuerpo físico el que está ahí tendido en la cama. Usted ahora está en el mundo astral.

—No entiendo lo que me dices. Aquí se ha muerto alguien, pero no soy yo.— contestó el hombre con la mirada perdida.

Carolina intervino:

—Señor, mire usted el cuerpo del fallecido. ¿No ve que es el suyo?

—Estás diciendo tonterías. Ése no soy yo.— respondió el hombre y se fue de allí.

La joven y Hugo se miraron sorprendidos.

—Está claro que está tan dormido de conciencia que no es capaz de reconocer su propio cuerpo.— dijo Carolina— Está soñando, igual que todos soñamos por la noche y no nos damos cuenta de que estamos fuera del cuerpo, en otra dimensión.

—¡Vaya!— exclamó Hugo —¡Es terrible no ser consciente! ¡Te mueres y no te enteras!

—Sí, es cierto, es una lástima.

—Bueno, vamos a seguir investigando un poco más.— propuso el joven.

Y continuaron recorriendo el hospital. Luego se dirigieron a la zona maternoinfantil. En los pasillos vieron a unos bebés que les hablaron.

—¡Hola!— les dijeron.

Los jóvenes se sonrieron sorprendidos.

—¿Qué estáis haciendo?— les preguntó Hugo.

Uno de ellos contestó:

—Estamos jugando.

—¿Pero qué edad tenéis?— inquirió Carolina.

—Yo nací ayer, pero mi amigo ha nacido hoy, y mi amiga hace dos días.

—¡Increíble!— exclamó Hugo — ¡Pero veo que sois conscientes y podéis hablar perfectamente!

—¡Claro!— respondió la bebita — Somos conscientes porque todavía no se han incorporado los defectos psicológicos en nuestros cuerpos, aunque ya sabemos que lo harán poco a poco, pero de momento estamos disfrutando de nuestra libertad.

—¿Y cómo sabéis eso?— preguntó Carolina.

—Porque ya hemos pasado por ello antes.— respondió el otro bebé —En nuestras vidas anteriores pasó lo mismo. Conforme nos hicimos mayores se fueron incorporando los agregados psicológicos que traíamos de anteriores vidas, pero como no hicimos nada para eliminarlos de nuestro interior, fueron creándose nuevos demonios internos y cuando nuestro cuerpo murió, nosotros continuamos más atrapados aún.

—¿Y entonces, cómo es que ahora estáis así, tan conscientes?— dijo Hugo

—Pues porque después de estar un tiempo viviendo en el astral,— explicó el primer bebé —nuestra Madre Divina nos cogió y apartando al ego de nosotros momentáneamente, nos ligó a un cigoto, que es el que se ha convertido en nuestro nuevo cuerpo, con la ayuda de un ángel de la vida. Y cuando el cuerpo nació, y tomó aire por primera vez, nosotros nos incorporamos a él.

—¡Vaya! ¡Qué interesante!— exclamó Hugo — Pero lo que no entiendo es por qué sois tan conscientes aquí, y sin embargo no lo sois cuando estáis despiertos dentro del cuerpo físico.

—Bueno, eso es lo que creen los mayores porque ya no se acuerdan de cuando

eran bebés. Claro que somos conscientes, pero no tenemos creada todavía una personalidad y además tenemos que aprender aún a manejar el nuevo cuerpo.

—¿Y el ángel de la vida quién es?— preguntó Carolina.

—Hay muchos ángeles.— dijo la bebida —Son Maestros. Son conciencias que trabajaron sobre sí mismas, eliminaron el ego y despertaron. Y además trabajaron con sus energías internas y crearon cuerpos para todas las dimensiones de la naturaleza. Y se fundieron con su verdadero Ser, es decir, con su Dios interno. Entonces después se dedican a ayudar a la humanidad, y según su rayo, o dicho de otra manera, según su especialidad, hacen unos trabajos u otros. Están los ángeles de la vida, que entre otras cosas hacen la conexión del cordón de plata que une el cuerpo físico con nosotros, pero también están los ángeles de la muerte que son los que lo cortan cuando nuestro cuerpo muere, o por ejemplo también existen los ángeles o Maestros de la medicina, o los Maestros de la Ley divina, o los Maestros de la Fuerza, etc. Lo que pasa es que nosotros, como no hemos trabajado sobre nosotros mismos, hay muchas cosas que desconocemos y no sabemos mucho más. Yo por eso, he decidido que quiero trabajar sobre mí misma en esta vida y no perder más existencias de forma dormida.

—¿Quieres decir que los ángeles no son criaturas distintas al hombre?— dijo Hugo — ¿Que cualquiera de nosotros, si trabaja sobre sí mismo y despierta totalmente, puede unirse a su real Ser y convertirse en un Maestro como ellos?

—Sí, claro.— respondió la bebida.

—¡Vaya!— exclamó Hugo, asombrado.

—¡Hola!— dijo un bebé que acababa de llegar.

Los otros bebés lo miraron.

—¡Tú eres nuevo!— exclamó el primer bebé — ¿Estás a punto de nacer?

—Sí. Mi Madre Divina ya me ha avisado y me están esperando ella y un ángel de la vida. Me tengo que ir.

Y se fue.

Carolina y Hugo dijeron adiós a los bebés y se marcharon detrás del otro.

Los jóvenes entraron en el paritorio y vieron que una mujer estaba empezando a parir. A su lado, había un hombre secándole la frente, y también estaban la matrona y una enfermera, ayudándole en el parto. Sin embargo, también había allí un joven y una mujer de una belleza sobrenatural, y entre medias de ellos estaba el bebé. Los tres miraron unos momentos a la pareja y les sonrieron, y después continuaron pendientes del parto. Carolina y Hugo comprendieron que la mujer era la Madre Divina de aquella esencia y el joven era el ángel de la vida. Tras unos minutos, el cuerpo físico del recién nacido salió completamente de su madre, y al tomar aire, el bebé se incorporó a él y empezó a llorar. Carolina y Hugo estaban maravillados.

Después dejaron aquella nueva familia y siguieron flotando por los pasillos.

De repente, al pasar junto a una de las habitaciones, vieron que estaba abierta la puerta y en el interior había una luz más brillante. Carolina reconoció la luz y le dijo a Hugo:

—¡Espera, vamos a entrar aquí!

Los jóvenes entraron y vieron que junto a una cama en la que había acostado un niño, su madre estaba rezando con mucho fervor para que su hijo se curase, y alrededor de ellos había varios médicos que emanaban una especie de luz y que estaban poniendo sus manos sobre el niño.

Carolina comprendió que aquellos eran los mismos médicos que la ayudaron en

el proceso de curación de la tuberculosis y de la fuerte retención de orina que tuvo cuando era pequeña.

Ella y Hugo continuaron observando en silencio, y al cabo de un rato, los médicos la miraron, le sonrieron y se fueron, a excepción de uno que los saludó.

—Me alegra mucho que seas capaz de ser consciente para poder ver esto— le dijo a Carolina.

—Vosotros sois los que me ayudasteis a curarme cuando era pequeña, ¿verdad?

—Sí. Así es.—contestó el médico astral

—¿Sois Maestros de la Medicina?— inquirió la joven.

Él sonrió.

—Sí. —

Hugo preguntó:

—Pero, ¿qué me decís del origen de la enfermedad? ¿No somos nosotros con nuestra forma de tomarnos la vida cómo podemos enfermar el cuerpo, y no es nuestro cuerpo el que se cura solo?

—En la mayoría de los casos el origen de la enfermedad está en los agregados psíquicos internos que manejan y duermen a la persona. Pero también hay otras enfermedades que son causadas por otros motivos. No obstante, tanto en unos casos como en otros, depende de cómo reaccione la persona, podrá curarse o no. Cuando uno es capaz de trabajar sobre sí mismo y eliminar de su interior esos defectos psicológicos, lógicamente le será mucho más fácil curarse que si se deja llevar por estos en forma de miedo, egoísmo, rabia, autoconsideración, pesimismo etc. Sin embargo, aunque parezca que durante el proceso de curación es el cuerpo el que lo hace solo, esto no es así, no se trata de algo mecánico. Todas las células del cuerpo están comandadas por una inteligencia superior. La de la Madre Divina particular de cada uno en su aspecto de Madre Natura. Y nosotros nos ponemos a disposición de la Madre Divina del enfermo y la ayudamos para que las células trabajen más rápidamente. Además, cuando nosotros hemos tomado cuerpo físico, hemos entregado a la Humanidad enseñanzas sobre la enfermedad y su curación, de acuerdo a la época. Aunque, como pasa en todos los campos, muchas de esas enseñanzas se han quedado ocultas para la mayoría de las gentes, por algunos personajes que a veces lo han hecho por ignorancia y otras veces porque han querido crear la confusión, o por intereses egoístas.

Los dos jóvenes se quedaron callados reflexionando sobre lo que les estaba diciendo aquel ángel.

—No olvidéis nunca que la enfermedad es un maestro que trata de enseñarnos que algo en nosotros está fallando.— continuó el ángel— Y cuando digo nosotros, no me refiero al cuerpo físico, sino al interior de la persona. Detrás de cada conflicto hay seguro un defecto psicológico interior que hay que descubrir. Puede ser un defecto de orgullo, de ira, de apego, de egoísmo, de odio, de miedo, etc. Y ciertamente existe la posibilidad de curar el cuerpo cuando el conflicto se resuelve porque el problema que se tenía ya no existe, pero si el agregado psíquico que originó el conflicto sigue estando vivo, tarde o temprano puede volver a dar la cara, sea en la misma vida mediante recaídas o raíles, sea en otra vida posterior. Sin embargo, si el conflicto se resuelve porque se ha eliminado el defecto que lo ha originado, eso estará resuelto para siempre. Por otro lado, uno no debe protestar contra la enfermedad, más bien tiene que dirigir su atención hacia adentro para ver qué es lo que está fallando. Y por

supuesto, hay un factor muy importante que es el amor por los demás. Si uno trabaja desinteresadamente por los demás y trata de ayudar de manera consciente a otros que están peor que él, eso además de que alimenta la conciencia, será algo que le va a ayudar a la hora de recuperarse de la dolencia que esté teniendo.

—Muchas gracias por todo lo que nos has explicado y por ayudarme cuando era pequeña— dijo Carolina.

—Y por entregarnos esas enseñanzas, y por ayudar a la humanidad— añadió Hugo.

El ángel sonrió. Después se despidió de ellos y se marchó.

Los dos jóvenes se quedaron muy complacidos.

—¡Todo esto es tan extraordinario!— exclamó Hugo.

Ella sonrió, y al mirarlo sintió deseo por él y quiso acercársele para besarle, pero al hacerlo, sintió el tirón y se despertó.

Carolina abrió los ojos y pensó: “¡Vaya que pena! ¡Con lo bien que íbamos! Eso ha sido porque me he identificado con un yo de lujuria y éste me ha cortado la experiencia.”

La joven, sin moverse, se quedó recordando todo lo que había vivido y afortunadamente se acordaba de cada detalle.

“Ha sido magnífico”, se dijo.

Después se dio la vuelta y quiso concentrarse para volver a desdoblarse, pero se quedó dormida tal cual.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

Futuro: ESPERANZA DEL MAÑANA...

Capítulo 1

Al día siguiente, Hugo llamó a Carolina por teléfono a mediodía. Los dos comentaron la experiencia de la noche pasada y estaban ciertamente muy entusiasmados. Después la volvió a llamar varias veces más, a lo largo de la tarde, aunque sólo fuera durante unos minutos, para hablarse tiernamente entre ellos.

Y por la noche volvieron a seguir insistiendo en la salida en astral.

Y al siguiente día, más de los mismo.

El sábado fue un día especial en la casa: los tres hermanos con sus respectivas parejas comieron juntos con su padre.

Carolina se fue recuperando a pasos agigantados. Se veía claramente que el amor obraba maravillas.

A lo largo de tres semanas, estuvieron haciendo varias salidas en astral, unas veces solos y en otras ocasiones juntos, pero en cada salida habían aprendido nuevas cosas. Entre ellas aprendieron a llamar a sus Padres internos para que les llevaran a algún lugar.

Al cabo de las tres semanas Carolina ya estaba completamente restablecida y Hugo la llevó al lugar que le prometió.

Se trataba de una playa de aguas transparentes que realmente poca gente conocía, y que se encontraba bajo unos acantilados. Para llegar a ella tuvieron que atravesar primeramente un bosque de pinos, y al llegar al borde, bajaron las rocas por un camino escondido. Una vez que estaban en la playa de arenas blancas, Carolina vio que había una cueva esculpida por el mar a la cual podían entrar si la marea estaba baja.

Allí pudo disfrutar del paisaje y del aire que tanto anhelaba. Incluso pudieron ver a lo lejos algunos delfines saltando.

La joven volvió a casa cansada, pero feliz.

Poco tiempo después, Hugo le propuso que se casaran, y ella, por supuesto, aceptó.

La noche antes de su boda, el padre se acercó a la joven y le dijo:

—Carolina, hija, estoy convencido de que sí, pero quiero preguntártelo: ¿eres feliz?

—Sí papá. Soy muy feliz. He querido a Hugo desde la primera vez que lo vi. Me salvó de un perro rabioso que estaba a punto de atacarme y desde entonces él ha sido mi único amor.

—¡Vaya! ¡No tenía ni idea de eso!— exclamó el padre, mirándola con ternura. —

Carolina, quiero contarte algo. Yo sé que he sido muy duro contigo, sobre todo cuando eras adolescente. Siempre te veía tan independiente, y te daba igual lo que yo pensara. ¡Has sido tan diferente de tus hermanos! Tu madre siempre quería protegerte, aunque yo me volvía también contra ella. ¡Qué duro he sido también con ella!— se calló un momento, emocionado, y luego prosiguió — Antes de morir, su última preocupación fuiste tú. Tus hermanos ya estaban mayores y aunque me consta que los quería igual que a ti, tú eras aún muy joven y temía que yo continuara siendo tan duro contigo. Entonces me pidió que cuidara de ti y que fuera más cariñoso contigo. Yo no he sabido ser todo lo cariñoso que a tu madre le hubiera gustado, pero ella me conocía y seguramente no pensaría que yo iba a cambiar de la noche a la mañana. También me dijo que aunque tú eras inteligente, no dejabas de ser muy ingenua, y quizás alguien podría aprovecharse de ti, por eso me pidió que si alguna vez te enamorabas de algún joven, yo me cerciorara de que era realmente un buen muchacho que te quisiera de verdad, y que pudiera hacerte feliz.

—¿Mamá te pidió eso?— exclamó Carolina emocionada.

—Sí. Por eso, cuando justo después de su muerte, en el velatorio apareció Hugo, y yo pude ver claramente que él no te era indiferente y por otro lado a él lo veía tan interesado por ti, me puse en guardia, pues por entonces, ya sabes que yo creía que Hugo estaba medio loco. Y más tarde, cuando empezó a tratarte, y vi cómo os mirabais cada vez que venía, comprendí que era a él a quien debía vigilar. Aunque enseguida me di cuenta de que realmente te quería, lo que pasa es que yo no comprendía por qué no te lo decía. Había algo que no cuadraba.

—Papá, lo que pasa es que él creía que yo quería a otro chico.

—¿Y de dónde sacó esa idea tan absurda?

—Porque yo se lo di a entender.— confesó Carolina —Verás, en el origen de mi conflicto estaba él de por medio, pero a mí me daba vergüenza decírselo y entonces le hablé de un chico, sin decirle nombre, y Hugo no sospechó que en realidad hablaba de él. Hasta que Anastasia, sin darse cuenta dijo algo que le hizo darse cuenta y entonces fue cuando por fin me dijo que me quería.

El padre se quedó asombrado.

—Bueno. En todo caso, creo que a tu madre le gustaría tu futuro marido.

Carolina sonrió y luego lo abrazó diciéndole:

—¡Gracias, papá!

Al día siguiente, Carolina y Hugo se casaron.

A la boda asistieron además de toda la familia, toda la pandilla del instituto, y algunos amigos más. También fue invitada Noelia, la profesora de filosofía de la joven.

Carolina y Hugo llevaron a la práctica todos los conocimientos que aprendieron, tanto a nivel de medicina, como a nivel espiritual. Además también aprendieron a conocer sus energías internas, a comprender el tremendo valor de sus energías sexuales y a no desperdiciarlas sino a transformarlas para poder despertar en otras dimensiones de la naturaleza, y crear algo muy superior: unos vehículos apropiados para tener existencia real en esas dimensiones.

Poco después Carlos terminó la especialidad. Su padre terminó siendo otro convencido de la Nueva Medicina Germánica. Y entre él, su hijo y Hugo ampliaron la

clínica donde éste último había pasado consulta en los últimos años. Pidieron una subvención para los cursos y se la concedieron, de manera que con eso no les hacía falta cobrar a los pacientes. Carlos se dedicaba a tratar a los niños, y Hugo y su suegro a los adultos. Nicoleta trabajaba en la recepción atendiendo con mucho cariño a los pacientes.

Carlos y Nicoleta, se casaron poco después. Ella también fue poco a poco introduciendo a su marido en el campo del autoconocimiento interior.

Anastasia y su novio también se casaron. Ella, al principio, dejó la clínica donde trabajaba y se dedicó a su esposo y a su casa, por decisión propia. Pero como también aprendió la Nueva Medicina Germánica, terminó echando una mano a su hermano, a su padre o a su cuñado, cuando se encontraban con más pacientes de los que podían atender.

La sorpresa la dio el padre cuando anunció que estaba teniendo un romance con la profesora Noelia. Todos se alegraron mucho, y unos meses después, ellos dos se casaron.

En cuanto a Carolina, ésta terminó magisterio y abrió una pequeña academia en el barrio más desfavorecido de la ciudad. Allí enseñaba a los niños de forma gratuita, no solamente las asignaturas más básicas de una escuela, sino que les enseñaba también cómo aprender a vivir de manera consciente, a conocerse a sí mismos, y por eso les instruyó para que aprendieran a meditar, a autoobservarse, a eliminar sus yoes internos, y por supuesto a desdoblarse en astral.

Y eso sólo fue el principio de una nueva sociedad, pues poco a poco, se les fueron añadiendo más personas con sus mismas ideas, tanto en el campo de la medicina, como en el Camino del Conocimiento...

Continuará...²

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>

Para quienes quieran profundizar:

http://www.elenasantiago.info/para_profundizar/elena_santiago.htm

Nota: Renuncia de Responsabilidad.

² http://www.elenasantiago.info/Retos_de_la_Existencia.Elena_Santiago.pdf

La presente obra es sólo una novela, con circunstancias y personajes ficticios. Mi intención con ella es, entre otras cosas, la de dar a conocer la existencia de la Nueva Medicina Germánica. Pero, por supuesto no pretendo con ello que nadie se guíe por esta obra como si de un libro de autocuración se tratara. Lógicamente los lectores que quieran tratarse desde el punto de vista de la Nueva Medicina Germánica, tendrán que acudir a un especialista de la Nueva Medicina Germánica o estudiarla por sí mismos a través de las obras del Doctor Hamer.



Reconocimiento — No Comercial — Sin Obra Derivada (by—nc—nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>